

Manuel de Pedrolo

**ACTO DE
VIOLENCIA**



Acto de violencia es una obra característica de Manuel de Pedrolo, uno de los escritores catalanes más leídos y cuya obra, habiendo sido traducida a más de 20 idiomas, no es frecuente encontrar en castellano.

El autor —que se ha considerado a sí mismo como «un fabricante de utopías»— presenta una ciudad solidaria, dispuesta a conquistar su libertad sin causar derramamiento de sangre. Sus habitantes, pacíficos, obedientes a una consigna anónima y clara, desechan todo acto de violencia.

No han previsto, sin embargo, que alguien quiera imponerles un destino que lleva al terror, a la calamidad y a la muerte. Ante la brutalidad del opresor, la resistencia pasiva será el arma de los vencedores.

Manuel de Pedrolo

ACTO DE VIOLENCIA

Traducción: Enrique Sordo

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PRIMERA JORNADA

1

Hoy no han regado las calles y Dan lo lamenta; siempre es agradable remojar las suelas de goma de los zapatos y, más que agradable, útil. Un chico le ha dicho, ya no recuerda cuándo, que el agua las endurece. Lástima que su madre no opine lo mismo.

Cruza la calzada, atento a los posibles vehículos que puedan bajar de la parte alta, porque la calle es de dirección única. Sin embargo, esta mañana no circula ningún coche. Sólo hay uno, que es de la policía, detenido en la esquina de más arriba. Tampoco se ven transeúntes y las tiendas todavía no han abierto. Es demasiado temprano.

Cambia de mano la cartera y sube por la acera del otro lado. Uno de los policías ha bajado del coche y, recostado contra el motor, enciende un cigarrillo. Los demás no se han movido del vehículo. Al pasar, los mira de soslayo, un poco atemorizado, impresionado por los correaes relucientes, por los uniformes claros, por los rostros adustos, como tallados a hachazos.

Después cambia de calle, mete una mano en el bolsillo del abrigo. Una vez más, ha olvidado los guantes. Los dedos que sujetan la

cartera están ateridos, se le envaran un poco. Es un día gris, sin sol, y desde la montaña sopla un airecillo húmedo, con relentes de lluvia.

Descubre que también esta calle parece abandonada. ¿Dónde están todas aquellas personas que acostumbra a ver cada mañana? El hombre del bigote de foca, la lechera con sus potes, aquellos dos muchachos que discuten incansablemente, la rubita desmirriada que siempre le dirige una breve sonrisa...

Quizás haya salido más temprano de casa, quizá se haya adelantado el despertador. Pero entonces tendría que encontrar a otra gente; aquella calle tan solitaria no es natural. Mientras una incómoda sensación de miedo comienza a hurgarle en el pecho, aprieta con más fuerza la cartera, como si buscara una compañía tranquilizadora.

Pero entonces alguien sale de la oscuridad de una puerta. Es una mujer sin abrigo, sólo con un delantal y una gran bufanda arrollada al cuello. Salta a la calzada.

—¡Señora! ¡Señora! ¿Me podría decir qué hora es?

La mujer se detiene a medias:

—Poco faltará para las nueve.

Y camina hacia el otro lado, donde se mete en una escalera estrecha y honda.

Dan vuelve a cambiar la cartera de mano, se sopla los dedos helados y, después, se distrae con el vaho de su respiración cálida, que perturba la atmósfera hostil del invierno.

Por la calle de Mun desciende rápidamente un tranvía, y el ruido familiar devuelve al pequeño Dan a su mundo cotidiano. Pero sólo por un momento, porque después todo se queda solitario de nuevo.

Avanza por un mundo vacío, por una ciudad muerta, de calles sin regar, de casas altas y cerradas. Sólo algo más arriba, ya cerca del colegio, sorprende señales de vida detrás de una puerta enrejada, donde alguien, con un blusón a rayas, seguramente el portero, alinea meticulosamente media docena de cubos de la basura.

Después todavía asiste al paso de dos coches, el uno casi tocando al otro, y, hacia el fondo de la calle, puede entrever la silueta furtiva de un hombre con las solapas del abrigo levantadas. Pero estas presencias, que se pierden en seguida en la distancia, no pueden desvanecer la sensación de misterio que, cada vez más persistente, subyuga al chiquillo. Se vuelve dos o tres veces, mira hacia todas partes, como si buscase una salida. Al fin, impulsivamente, echa a correr cuesta arriba, cruza la última calle, por la que vienen dos o tres mujeres con unas cestas, y se detiene muy cerca del colegio.

No logra ver a ningún otro niño, ni desde dentro le llega el zumbido, la estrangulada algazara de sus compañeros algo más madrugadores, que normalmente abren ya las carteras, examinan los libros y los cuadernos de clase. Otra cosa le sorprende: la puerta está cerrada.

Oprime el botón del timbre, demasiado alto sobre el montante de madera, y oye el largo estrépito de la campanilla que se dispara pasillo adentro, cerca del despacho de la directora. Suena más fuerte y más duro que de costumbre, tan claro como aquel día en que llegó el primero.

Sin embargo, la puerta no se abre. Y cuando toca por segunda vez, el timbre tintinea sobre un silencio absoluto. Las dos mujeres que venían de lejos pasan por su lado, silenciosas también, encogidas bajo sus manteletas, porque son dos viejas de apariencia modesta.

Las sigue con la mirada, pero en seguida se vuelve de nuevo hacia la puerta cerrada, se inclina y, medio acurrucado, espía por el ojo de la cerradura. Únicamente puede distinguir el fondo del pasillo y la puerta, abierta de par en par, de la clase de los pequeños, llena de claridad que penetra por las anchas ventanas que dan al jardín. Pero no ve a nadie allí.

—¿Tampoco tenéis colegio vosotros?

Se vuelve en redondo, sorprendido, y mira a la chiquilla parada detrás de él con una cartera de tela bajo el brazo.

—No lo sé... —Sonríe a medias y se sopla la mano aterida—. A ti te conozco...

La niña se arregla la bufanda alrededor del cuello.

—Yo a ti también.

—Vas al colegio de más arriba. Te veo muchos días.

Miran hacia la calle, en la que acaba de desembocar un camión que, ruidosamente, prosigue en camino. Después, el muchacho dice:.

—No sé lo que pasa. Hoy no es fiesta.

—No.

Él toca otra vez el timbre y esperan los dos, hasta que ella afirma

—Yo me vuelvo a casa...

Dan echa una ojeada calle arriba.

—No se ve a nadie.

Dos hombres jóvenes, uno de ellos sin abrigo, el otro con una gabardina zarrapastrosa, se apresuran a desmentirle. Los dos caminan deprisa, como si huyesen. La niña vuelve a decir:

—Yo me voy a casa.

Pero él se queda mirando a los dos hombres, que ahora se han detenido. Un coche, surgido de la esquina, les cierra el paso. Se abre una portezuela. Dan dice:

—Es de la policía.

Sin decírselo, cruzan los dos la calle, hacia la acera en que los dos hombres se hurgan en los bolsillos. El policía, de paisano, les pregunta algo. Ellos sólo oyen la respuesta del hombre de la gabardina:

—...en la Constructora Márcia.

—¿Y cuándo empezáis?

—A las ocho.

El policía mira su reloj:

—Son más de las nueve.

Después alarga la mano y coge los papeles que ha sacado el muchacho.

—Es que no vamos: venimos.

Otro policía salta del coche y los dos miran a aquellos individuos con una interrogación clavada en los ojos. El hombre dice:

—No había nadie en las obras.

El policía echa una ojeada a los papeles, pero el otro se vuelve hacia los dos niños, que se han parado muy cerca.

—¿Y vosotros, qué queréis? —Los chiquillos desvían la mirada—. Hala, al colegio.

La niña dice:

—No hay.

El policía parece vacilar, pero al final ordena:

—Para casa, entonces.

El otro devuelve los papeles al hombre y dice:

—Un momento. ¿A qué colegio vais?

Dan señala con la mano la otra acera de la calle y los dos policías contemplan el edificio. El que continúa dentro del coche se ha asomado también a la ventanilla. Y el que parece llevar el mando le dice al otro:

—Toma nota. —Alarga los dedos hacia los papeles del otro muchacho—. Y vosotros, ya lo habéis oído: a casa.

—Sí, señor.

Dan toma de la mano a la chiquilla y los dos se alejan sin correr. Después se detienen, cerca de un árbol, y se vuelven. Uno de los policías empuja a los hombres hacia el interior del coche.

—¿Qué les harán? —Pero sin esperar respuesta, reflexiona con voz temerosa—: También nos podían haber detenido a nosotros...

La chiquilla niega con la cabeza.

—A mí no. Mi tío es secretario del jefe civil.

Dan abre mucho los ojos.

—¿Qué jefe civil?

—El Juez.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—No nos han hecho nada.

Miran el coche que acaba de arrancar; la mano que sale por la ventanilla hace señales. Dan pregunta:

—¿Qué nos dice?

—Que no nos quedemos aquí.

Caminan, cogidos de la mano. Al otro lado de la calle, un hombre con una bata de color caca de oca abre la puerta de un establecimiento. Más abajo también hay dos tiendas abiertas, pero las restantes todavía tienen bajados los cierres. Se oye el chirrido de un tranvía que frena, invisible, y una camioneta se detiene al borde de la acera.

—¿Tú crees que hoy se ha levantado tarde todo el mundo?

—El tío Sali dice que no quieren trabajar. Son malos.

—¿Por qué?

—Quieren que el Juez se vaya.

—¿Los maestros también?

Pero la niña ya no contesta, y los dos miran hacia la tienda de la esquina, donde dos hombres jóvenes, vestidos con los uniformes de

las brigadas de choque, golpean violentamente la puerta metálica. De la camioneta saltan otros individuos, que se dispersan por la acera.

El tranvía ha dejado la parada de la calle Mun y ahora desciende con la suficiente lentitud para que se vea bien el interior, donde sólo viajan tres o cuatro pasajeros. Dan dice:

—No nos paremos...

Después de haber cruzado la calzada, caminan con precaución, vigilando todavía a los hombres, que al parecer quieren derribar la puerta. De las casas próximas no ha salido nadie, y un viejo que se acercaba por la acera se desvía hacia el otro lado, por el cual avanza rozando las paredes hasta que uno de los policías le da el alto.

—Da un poco de miedo...

La chiquilla le aprieta más la mano, pero dice:

—Yo no lo tengo.

—Claro, a ti no te puede pasar nada, tú...

Le corta una explosión, dos. Una tercera. Los de la brigada de choque disparan contra la cerradura de la puerta metálica. Otros asaltan una puerta vecina.

—¡Corramos...!

Dan mira a uno y otro lado, y entonces se da cuenta de que están muy cerca de la iglesia del barrio.

—¡Ven!

—¿Adónde?

Pero él ya la arrastra hacia los dos escalones que suben hasta el breve pórtico, en el que se ven dos puertas nuevas, todavía sin pintar.

—Si las han cerrado...

La puerta cede y penetran en la húmeda penumbra del templo. Sólo hay, a un lado, dos altares iluminados. Tres viejas, arrodilladas en los bancos, murmuran monótonamente. Un monaguillo trastea a oscuras en el altar mayor.

—Aquí no vendrán... ¿Por qué dispararían?

La niña saca un pañuelo del bolsillo del abrigo y se lo pone en la cabeza.

—No lo sé. El tío dice que son malos.

Camina por la iglesia y él la sigue hasta el último banco, en el cual se sientan, junto a una columna. Pero, en seguida, la niña deja la cartera de tela y se arrodilla.

—Recemos...

Él continúa sentado, con la cartera colgada de los dedos, y mira las dos trenzas rubias de la niña, que hunde la cabeza entre las manos. Después, ella se vuelve un poco:

—¿Tú no rezas?

—No, yo no.

—¿Por qué?

—Yo creo que los malos son los que disparan.

—¿Lo dice tu padre?

—No. No tengo padre. Sólo madre.

—¿Y ella lo dice?

El muchacho la mira, con una mirada recelosa.

—No dice nada. Ella sólo habla de los enfermos.

—¿De qué enfermos?

—De los del hospital. Es enfermera. —Se inclina un poco hacia adelante—. ¿De verdad eres sobrina del secretario del Juez?

—Sí. ¿Por qué?

Dan desvía los ojos hacia el altar de la derecha.

—No, por nada... —Pasados unos instantes pregunta—: ¿Cómo te llamas?

—Sea Fort. ¿Y tú?

—Dan Nadia.

Una voz, detrás de ellos, dice:

—A la iglesia no se viene a charlar.

Los dos miran al sacerdote, erguido junto a la columna.

—¿Por qué no vais al colegio?

—No lo hay.

El sacerdote oculta una mano dentro de la manga del otro brazo.

—Si os queréis quedar aquí, comportaos como es debido. Rogad al Señor que devuelva la razón a todos esos desgraciados...

Se alejó, silencioso, casi solemne. El chico aguarda un poco y luego declara:

—¡Pues yo no rezo!

Sea cuchichea:

—Porque también debes de ser malo...

Y se vuelve de nuevo de cara al altar, ahora con las manos juntas delante de ella, sobre el respaldo de madera. Dan deja la cartera en el suelo, a su lado, y mira hacia el cura, que sube los anchos escalones del altar y le dice algo al monaguillo. Después, él mismo comienza a encender los cirios de los candelabros que hay a un lado y a otro.

Sin embargo, el templo continúa sumido en una penumbra dulce y tranquilizadora que se disipa más arriba, donde las vidrieras, altas y estrechas, filtran una luz rancia, vagamente irreal.

Dan esconde las manos entre los muslos, muy inclinado hacia adelante, con el cuerpo recogido para defenderse de la humedad que se escapa de las piedras de la columna, de las losas del suelo. Con el oído atento, acecha los ruidos del exterior, pero éste es un mundo aparte, donde no se oye nada. Y cuando el silencio se rompe, la perturbación procede del mismo interior, de una de las viejas que se levanta y arranca un gemido al banco en el que estaba arrodillada. Camina después hacia la salida, con roce de ropa abundante y pesada, y se vuelve cerca de la pila, donde sumerge los dedos para persignarse mirando al altar.

Dan recoge la cartera que está a sus pies y acerca los labios al oído de la chiquilla:

—Yo me voy...

Sea continúa rezando, sin contestar. Él espera un poco y después, casi de puntillas, se encamina hacia la puerta. Antes de llegar a ella, oye que la niña abandona precipitadamente el banco y corre detrás de él.

—¿A dónde vas?

—A casa.

Salen a la luz del exterior y Sea se guarda el pañuelo en el bolsillo. Desde la escalera examinan la calle, todavía vacía bajo una claridad gris y lisa que despersonaliza los edificios. En el jardín de enfrente, las ramas de un sauce se escapan más allá de la cerca, blandas y humilladas.

—¿Dónde vives tú?

—Dos calles más abajo.

Mira hacia la calle de Mun, pero la camioneta de la brigada de choque ya se ha ido y el lugar está desierto. Vuelve a mirar a Sea.

—¿Y tú?

—En la otra. Casi somos vecinos.

Él se coloca la cartera bajo el brazo, se sopla los dedos. La niña pregunta:

—¿No tienes guantes?

—Sí. Los he olvidado.

Vuelven a observar la calle, por la que ahora circulan dos transeúntes, un hombre y una mujer, en direcciones opuestas.

—Podemos ir juntos...

Él sujeta la cartera, que se le resbala.

—Yo no querría ir con una persona mala. —Y como ella no replica, añade—: Aunque tuviese miedo.

—¡No tengo miedo!

—Sí que lo tienes. Lo tiene todo el mundo.

—A nosotros no nos puede pasar nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre dice que porque somos pequeños.

Él la fulmina con la mirada.

—Yo no soy pequeño. Tengo diez años, casi once.

—Yo nueve.

Dan sujeta con más fuerza la cartera, baja los dos escalones. Siguiendo el hilo de una idea inexpresada, dice:

—Y eres una chica. —Golpea con los pies el suelo, indeciso, y, cuando ella baja hasta su lado, murmura—: Echaré una carrera.

—¡Yo también!

Entonces se ponen en movimiento, corren el uno al lado del otro, sin tocarse, casi ignorándose. Ella, con sus largas piernas, le saca unos palmos de ventaja. Pero en la esquina tiene que detenerse, porque sube un coche solitario.

—Corro más que tú.

El protesta, mientras se cambia de mano la cartera.

—¡No es verdad!

—He llegado primero...

—Eres una presumida. Mi cartera pesa más.

—¿Quién lo ha dicho? ¡Mira!

Le hace sopesar la suya, pero no llegan a ninguna conclusión, porque el coche se ha detenido unos metros más arriba y saltan de él dos hombres que se precipitan hacia un portal. La niña insiste:

—¿No pesa?

Dan sólo contesta:

—También son policías...

Sin darse cuenta, se arriman el uno al otro y se encogen. Sobre ellos se abre un balcón y una mujer saca la cabeza, pero se retira en seguida, precipitadamente. La niña dice:

—Vamos a casa...

Él asiente con la cabeza, pero no se mueve.

—Nunca había visto tantos policías como hoy.

Sea le busca la mano. Se la coge. Desde la puerta que hay tras ellos, alguien les dice:

—¿Qué hacéis aquí vosotros?

Se vuelven hacia la vieja, medio escondida, porque sólo ha abierto una rendija.

—¿No eres tú el hijo de la enfermera?

—Sí, señora.

—¿Y sabe tu madre que estás dando vueltas por la calle?

Pero él vuelve a mirar la casa frente a la cual se ha detenido el coche, y la niña también. Hasta la vieja, aunque medrosa, abre un poco más la puerta. Una voz grita, la voz de un hombre todavía invisible:

—¡No quiero! ¡No quiero! No he hecho nada...

La vieja dice precipitadamente:

—¡Entrad! ¡Entrad los dos!

Se refugian en el portal, encogidos pero curiosos. La vieja les agarra un brazo a cada uno.

—¡Esta chiquillería! ¡Qué ganas de buscarse quebraderos de cabeza!

La voz del hombre invisible continúa protestando:

—No tienen derecho. Yo...

Calla casi súbitamente y se oye un golpe sordo. De la puerta del entresuelo ha salido una muchacha, que pregunta:

—¿Qué pasa, Almira?

—Han venido a buscar al carpintero de ahí enfrente.

Los cuatro se asoman con precaución. Por encima de la capota del coche se ven las gorras de los policías, que arrastran a alguien. La muchacha exclama:

—¡Le han pegado!

Las cabezas desaparecen, la portezuela del coche se cierra con un fuerte golpe y el vehículo arranca. Todos salen a la calle. La vieja se lamenta:

—¡Qué vergüenza!

—¡Qué disgusto tendrá su mujer cuando vuelva!

—¿Estaba fuera?

—Sí. Tenía la madre enferma... —Señala a los niños—: ¿Quiénes son éstos?

—El hijo de la enfermera y una amiguita suya.

La muchacha se dirige a ellos:

—¿Y os parece que hoy es un día para corretear por la calle?

La vieja otea la calle arriba y abajo, y al ver que todo está tranquilo y solitario, empuja al chiquillo por el hombro:

—¡Hala! Id a vuestras casas.

—Sí, señora.

Sea le coge otra vez la mano y ambos cruzan la calzada corriendo, pero en el otro lado, al doblar la esquina, Dan se detiene a medias.

—¡Todos nos dicen lo mismo! Parece que... —Sacude un poco a la niña, excitado—. ¿Has visto?

—¿Qué?

Pero ya no le explica nada, porque acaba de descubrir una inscripción sobre la pared blanca de un solar:

ES MUY SENCILLO: QUEDAOS TODOS EN CASA

—Mira...

Sea se vuelve, lee en voz alta. Él se pregunta:

—¿Será por eso por lo que no se ve a nadie en la calle?

—Lo han escrito ellos.

—¿Quiénes son ellos?

De la tienda de más arriba, que está abierta, sale una mujer con la bolsa llena, mira hacia todos los lados y después camina pegada a la pared.

—Los que quieren que el Juez se vaya.

Él clava en ella los ojos, incomprensivo. La mujer de la bolsa pasa por delante de ellos, con una mirada inquieta que no sabe dónde posarse. Sea añade:

—También han repartido unos papeles...

Dan da media vuelta, rápidamente.

—¡Vámonos!

Ella mira por encima de su hombro y ve a los tres policías de la brigada de choque, armados con fusiles ametralladores, que desembocan por la esquina. Pero Dan le tira de la mano y se la lleva a lo largo de las fachadas.

No descansan hasta haber dado la vuelta hacia la calle de más abajo. Los dos respiran con cierta dificultad, mientras Dan alza el brazo y señala:

—Yo vivo aquí...

Ella sólo dice:

—Ven hasta mi casa.

—A ti no puede pasarte nada. Lo has dicho tú.

Sea insiste:

—Ven... —Y entonces saca la cartera de debajo del brazo y abre la cremallera—. Tengo unos cromos...

—No quiero cromos. Son cosas de niña.

Ella, desalentada, deja caer el brazo. Después, su mirada se aviva de nuevo.

—Te daré un libro de cuentos...

—A ver.

—Lo tengo en casa. Te daré el que quieras.

Unos pasos pesados se acercan por la calle de arriba los dos miran, desconfiados, en esa dirección. Dan dice:

—Deben de ser los policías. —Le vuelve a coger la mano—. Ven, corramos.

—¿Me acompañas?

—Sí.

Ella repite:

—Te daré el cuento que quieras.

Dan no contesta. La lleva hasta la calzada, con la intención de cruzarla, y la mano de la niña tira de él.

—Es hacia aquí.

Pasan por delante del estanco, que está abierto, pero las demás tiendas están cerradas. Junto a la lechería hay un triciclo y el conductor, plantado en medio de la acera, se rasca la cabeza.

—Por aquí...

Doblan la esquina y atraviesan la calle, a lo largo de la cual se pueden ver, esparcidos, unos doce coches de turismo, todos ellos abandonados en el bordillo de las aceras. Él pregunta:

—¿Vosotros no tenéis?

—¿Qué?

—Coche.

—No... ¡Espera!

Se le ha caído la cartera y se desprende de su mano para recogerla. Después, vuelve a colgársela.

—Entonces, ¿no sois ricos?

—No; sólo mi tío. Y antes tampoco lo era. —Se desvía hacia una puerta alta y estrecha, que está entornada—. Ya hemos llegado.

Entran en un portal muy largo, en cuyo fondo hay unos azulejos blancos y desconchados que inician de improviso la escalera. La niña dice:

—Sube, te daré el cuento.

—No, no lo quiero.

—¿Por qué? ¿No me habías dicho que sí?

—Entonces creía que eras rica.

—Pero me has acompañado... —Baja los ojos, confusa—: ¿Sabes? Sí que tenía miedo, mucho miedo... Y otra cosa... Yo no creo que seas malo.

Él le sonrío:

—No. —Impulsivamente, alarga la mano, enrojece un poco—.
¿Sabes que tienes unas trenzas muy bonitas, tan doradas?

—¿Te gustan?

Él asiente con la cabeza y entonces, bruscamente, sin añadir una sola palabra, da media vuelta, corre hasta la puerta y sale a la calle, anhelante, en busca del refugio de su casa.

2

Con un golpe seco, Tara Flixa cierra la puerta del flamante coche. Observa, cejijunto, la garita de cristal donde debería estar el portero, sube los tres escalones que llevan a los talleres de la planta baja y echa allí una ojeada desde el umbral. Las máquinas y los bancos de trabajo, abandonados, se pierden en la perspectiva de la vasta sala, ahogada bajo un silencio siniestro.

Mascula una exclamación y, congestionado, sube las escaleras al final de las cuales está la puerta del despacho privado, sólo entreabierta. La empuja, a la vez que se desabrocha el abrigo. Bran, su socio, se vuelve hacia él junto a la ventana desde la cual estaba mirando los solares, llenos de hierbas, que parecen aprisionar la fábrica.

Él ni siquiera saluda:

—¿Así que lo han hecho?

Bran afirma con los ojos y se mueve hacia la mesa, ordenada y limpia.

—Era de esperar...

Él explota:

—¡Son unos desgraciados! Los tratas como personas, les das año tras año un jornal seguro, instalas toda clase de servicios para que estén contentos...

Arroja el abrigo y el sombrero en una de las butaquitas y se arregla, nerviosamente, los puños de la camisa.

—Entonces, ¿no ha venido ninguno?

Bran se sienta detrás de la mesa.

—Sólo tres operarios.

—¡Tres! Pero ¿qué quieren? Eso es lo que me pregunto: ¿qué es lo que quieren?

El otro toma un lápiz y lo coloca verticalmente sobre la mesa.

—Ya lo sabes. Que Domina se vaya.

Él camina hacia la ventana y, antes de llegar a ella, se vuelve.

—¡Eso es una tontería! Gracias al Juez tenemos orden y podemos trabajar sin temor a ningún alboroto... ¡También ha tenido desaciertos, ya lo sé! Los impuestos son demasiado altos, la máquina burocrática nos ata, sobre todo de cara al exterior, pero a ellos todo eso apenas les afecta...

—No es a mí a quien debes decírselo.

Tara se calla, se pasa dos dedos por el interior del cuello de la camisa. Suspira:

—¡No sé a dónde iremos a parar! —Y después—: ¿Dónde están esos tres?

—En la sala de montaje.

—¿Y no ha venido ningún escribiente? ¿Y el portero? No lo he visto... —El otro se limita a mover la cabeza. Tara se vuelve a

exaltar—: ¡Te aseguro que se van a arrepentir! ¡Todos, todos se van a arrepentir!

—Desgraciadamente, no les podemos despedir. Son noventa y seis hombres, toda la fábrica...

—Reduciré las primas de producción, volveremos a la jornada normal, sin horas extraordinarias...

El otro le corta, sin perder su placidez:

—Eso ya lo hicimos. Hace seis meses.

Tara se vuelve a pasar los dedos por el cuello, acaba desabrochándolo.

—Sí, es verdad. ¡Qué cerdos! Es como si les gustase crear dificultades. Como si todavía no tuviéramos bastantes... —Se deja caer en una butaca, se pasa una mano por la cara enrojecida—. ¡Con razón dicen que una desgracia nunca viene sola!

El otro levanta un poco la cabeza, atento.

—¿Zita?

—No, no tiene nada que ver con Zita. —Se levanta y casi rebota hacia la mesa—. Ese imbécil de Virtus, mi tío. ¡Ayer se volvió a presentar en casa, a pedir limosna! ¡Es inconcebible! Abres la puerta y te lo encuentras allí, mendigando... ¡No sé cómo es hoy la gente! ¡Todo el mundo tiene que hacerte la puñeta!

El otro apoya la silla contra la pared del fondo y saca la pitillera.

—¡Cálmate, hombre! Toma, fuma...

—¡Fuma!... No todos tenemos tu carácter. ¡Del norte tenías que ser!

Bran escoge un cigarrillo.

—No podemos luchar contra la corriente...

—¿Qué corriente? Porque cuatro irresponsables...

—No son cuatro, sino miles, e incluso millones. ¿No has visto las calles? Todo, o casi todo, cerrado y atrancado.

—No importa. Lo mismo da cuatro que cuatro millones. Son unos irresponsables. Pasamos por una hora crítica, por un momento de reajuste social y... ¡ahí tienes! ¡Lo único que saben hacer es declararse en huelga!

—Ni eso.

—Es verdad, ni eso. Conviene hacer un escarmiento... El lugar de los obreros está aquí, detrás del banco, de la máquina... Hay que tomar medidas.

Bran enciende un cigarrillo, se levanta de detrás de la mesa.

—Primero tenemos que pensar en estos tres que se han presentado al trabajo. No he querido hacer nada sin tu conocimiento, pero me parece que sería mejor decirles que se volviesen a casa.

Tara casi salta:

—¿Te han sorbido los sesos? —Da un puñetazo sobre la mesa—. ¡Parece que quieres hacerles el juego! A veces me pregunto si no te habrás pasado a su bando...

El otro sonrío, y se sienta a medias en la mesa.

—No... Soy, y supongo que siempre lo seré, un cerdo capitalista. Pero comprendo su punto de vista, un punto de vista, no lo

olvidemos, que no es privativo de los obreros, porque hoy comulga con él un noventa y cinco por ciento de la población: intelectuales, tenderos...

—Pero ¿qué lío es ese? ¿Qué sabes tú?

—Lo sabemos todos. Encarémonos con la realidad, Tara. No sólo de pan vive el hombre... Hasta nosotros queremos algo más. Cuántas veces te has quejado tú mismo de ambiente de asfixia, de...

—¿Quién lo ha dicho? ¿Cuándo me has oído decir una palabra, una sola palabra, en contra de Domina?

El otro sonrío:

—Cada vez que se crea un impuesto nuevo.

Tara alzó el brazo, casi triunfal.

—¡Eso es diferente! No...

Pero el timbre del teléfono que hay sobre la mesa le interrumpe. Se apodera de él, impacientemente, y grita: —¡Diga!

La voz femenina le llega muy clara, como si estuviese hablando a su lado mismo:

—¿Eres tú, Tara? Soy Zita...

—Sí... ¿Qué pasa?

—Sólo quería saber si habías llegado bien.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a llegar bien?

—Dicen que están deteniendo a mucha gente...

—Nadie me ha molestado. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿De verdad no te ha ocurrido nada?

—No, mujer. ¡No te preocupes!

—¿Y el coche?

—Un poco duro, como era de esperar.

—¿Trabajáis?

Él se aclara la garganta.

—Bueno... faltan algunos obreros.

—Dicen que casi todo está paralizado. Nic ha vuelto del Instituto.

—¿Por qué?

—No hay clase.

Él se desencadena:

—¿Pero qué se han creído, esos gandules? Cobran del erario público, del Estado... No tienen derecho... ¡Qué pandilla de sinvergüenzas!

—¡Tara!

—Sí, perdona... Ya nos veremos a mediodía.

—Sé puntual. Recuerda que Ari y mi hermana vienen a comer.

—No lo he olvidado. Ahora tengo un poco de trabajo...

—Hasta después entonces, Tara.

Cuelga y acaba de volverse hacia su socio.

—No sé dónde llegaremos. Hasta en el Instituto...

El otro asiente, todo él envuelto en humo.

—Es un movimiento espontáneo, general...

—¿Espontáneo? ¡No me hagas reír! ¿Crees que unos cuantos miles, unos cuantos millones de personas pueden ponerse de acuerdo de esta manera... espontánea? ¡Hay alguien detrás de todo esto! Me van a oír. Todas las cosas tienen un motivo y aquí, como en todas partes, hay intereses particulares, inconfesables, que se sirven de esos infelices para su objetivo.

El otro se encoge de hombros, a medias.

—Ya lo veremos, como tú dices. Mientras, ¿qué vamos a hacer con estos tres desgraciados que han venido a trabajar?

Él cruza la habitación, coge el abrigo y el sombrero de la butaca y los cuelga.

—¡Que trabajen! Para eso cobran, ¿no?

—Bueno... Quizá sería conveniente darles una gratificación...

Tara se vuelve, con una mirada de sorpresa.

—¿Por qué? ¿Porque cumplen con su deber?

El otro vuelve a pisar los azulejos y habla con cierta severidad.

—Tenemos que ser prudentes... Siempre he sido más realista que tú, Tara, tal vez porque sé mirar los problemas a una cierta distancia. No nos engañemos. Este movimiento, espontáneo o no, puede cambiar la estructura del país y nadie sabe si mañana... —Hace un movimiento con los brazos y a continuación se dirige al cenicero, donde apaga la colilla de su cigarrillo—. No sabemos quiénes son esos hombres...

—¿Quiénes quieres que sean? Nadie.

—Tal vez nadie. Es lo más probable. Pero un gesto de buena voluntad no puede hacernos ningún daño. Mi criterio es éste: llamarlos, concederles una gratificación por el interés que han demostrado por la empresa, y después enviarlos a casa con cuatro palabras que pongan de manifiesto que no se nos escapan las razones de la abstinencia de sus compañeros, y, sobre todo, que no sabríamos vituperarlos a pesar del perjuicio que nos ocasionan...

—¡No, no y no! Nunca haré eso...

—No tienes que hacer nada; lo haré yo. —Se acerca a él y le pone la mano sobre el hombro—. La obstinación puede ser útil en determinadas circunstancias. En otras ocasiones, conviene un poco más de ductilidad. Tú y yo hemos tenido suerte, porque nos complementamos... La situación es grave, Tara: Sólo tienes que reflexionar un momento y lo verás... Déjame hacer a mí.

Tara libera su hombro y camina poco a poco hacia la ventana. De espaldas, dice:

—Está bien, quizá tengas razón...

—Estoy seguro de que sí.

Él cierra los puños y se da la vuelta.

—¡Pero espera que eso fracase, que tengan que tragarse esa cabezonada, y verás cómo me van a oír!

Sin replicar, Bran se acerca al teléfono interior y aprieta el botón que corresponde a la sala de montaje.

—¡Sólo saben reclamar, quejarse! Que si el sueldo, que si las horas, que si las condiciones de trabajo... ¡Y ahora esto! Parece que

les molesta que la ciudad viva en paz... Bran, todavía en el teléfono, continúa esperando en silencio.

—No contesta nadie.

El otro le mira.

—Tendrías que haberlos retenido aquí. Solos, son capaces de cualquier cosa...

—No lo creo.

—Pero cuelga el teléfono y se dirige hacia la puerta—. Será mejor que vaya a buscarlos.

Tara, exasperado, abre los brazos.

—¡Molestias! ¡Molestias! Siempre lo mismo...

Le sigue hacia la escalera y los dos descienden hasta el breve vestíbulo. Al pasar, Tara echa otra ojeada al taller de fabricación.

—Mira qué pena da...

El otro asiente sin palabras y sale al patio, donde sólo ve un coche, atravesado allí. Se detiene y lo señala:

—No me habías dicho que ya lo tenías...

—Me lo entregaron ayer por la tarde.

Ambos lo contemplan, reflejados en la capota verde claro, resplandeciente bajo la luz opaca.

—Se ve que la prima de urgencia ha causado bastante efecto...

—¡Carajo, bien tenía que causarlo! Son cincuenta mil pesetas, un duro por ciento sobre el precio de venta.

—¿Y quién se los queda?

—¡Qué sé yo! El presidente, el director, un secretario..., cualquiera de esos aprovechados.

El otro comenta:

—Es bonito, no puede negarse, pero por medio millón...

—Es un capricho, de acuerdo. ¡Pero me parece que tenía derecho a hacerlo!

Se desplazan hacia la izquierda, donde Bran empuja una puerta, y uno tras otro atraviesan la vasta nave dividida en dos piezas, la última de las cuales es la sala de montaje. Tara pregunta:

—No me has dicho quiénes eran esos tres... ¿Los conozco?

—Elia Escau, el encargado, Bola y...

Pero calla, porque Tara, que se le ha adelantado, se vuelve desde el umbral:

—¡No hay nadie!

La nave está vacía de toda presencia humana. Sólo docenas y docenas de máquinas de escribir, en diferentes etapas de montaje, se alinean sobre los bancos de los operarios, al lado de montones de piezas, de herramientas envejecidas por el uso. Bran dice:

—No lo entiendo...

—Pues ya lo ves. ¡Seguro que se han ido!

El otro se adelanta hacia uno de los bancos, alarga la mano, recoge un papel y lentamente, en voz alta, lee:

ES MUY SENCILLO: QUEDAOS TODOS EN CASA

Tara se abrocha violentamente los botones de la americana.

—¡Y después hablarás de un movimiento espontáneo! ¿Acaso estos papeles se han escrito solos?

—No, pero eso no quiere decir que se trate de una cosa organizada.

—¡Eres un ingenuo!

—Al verme, alguien ha querido aprovechar las circunstancias... Las hojas no han salido hasta última hora, mientras que esa especie de consigna corría, verbalmente, hacía días.

—Bueno, ¿y quién la había dado?

Bran se encoge de hombros, vuelve a dejar el papel ciclostilado. Tara se levanta las solapas de la americana.

—Vámonos; aquí hace frío.

El otro le sigue, registrándose los bolsillos.

—No sé a dónde pueden haber ido...

—¡A casa, hombre, a casa!

—Miremos en las demás dependencias.

—Si esto te divierte...

Pero es el primero en abrir puertas, en escrutar con su mirada adusta los departamentos de fundición, de pintura, de carpintería...

—Nada... Nadie.

Pieza tras pieza les acoge un silencio oprimente, el paisaje sorprendente de las herramientas abandonadas, de las máquinas

que han perdido a sus servidores. La fábrica se ha convertido en un vasto cementerio de herrajes que todavía mantiene las apariencias, pero que, secretamente, ha sido alcanzado por la corrupción que amenaza a los objetos fuera de uso, descuidados o menospreciados.

El gesto de Tara cada vez es más seco, más brusco, más airado; un gesto que, a su pesar, se va envarando a medida que los ojos, ribeteados de rojo, huronean en los grandes espacios, solamente entregados a la luz que atraviesa los cristales de las anchas ventanas enrejadas. Hasta que, incapaz de contenerse ni un minuto más, explota de nuevo:

—¡Ninguno de ellos volverá a poner los pies aquí! ¡Eso se acabó! Podemos tolerar muchas cosas, pero por ésta no paso. ¡Desde mañana, gente nueva!

—¿Y dónde la encontrarás?

—Donde sea. Pondremos anuncios.

—No acudirá nadie.

—Siempre hay esquiros.

—Mucho me temo que esta vez todo será diferente.

El otro se le encara, con los ojos desorbitados:

—Entonces, ¿qué hemos de hacer? ¿Cruzamos de brazos?

—Esperar que las cosas se solucionen por sí solas.

El otro escupe:

—A veces te odio, Bran. Con esa flema...

Sin acabar, da media vuelta, rehace el camino entre las máquinas inertes, reducidas a la impotencia, abre la puerta exterior con una sacudida, sale al vestíbulo y sube de nuevo al primer piso.

Penetra furiosamente en el despacho, se dirige hacia el aparato telefónico y se apodera de él. Bran, desde la puerta, con un cigarrillo en la boca, pregunta:

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Yo soy partidario de la acción. La policía...

Bran, impulsivamente, salta hacia él, alarga la mano y corta la comunicación.

—¡No seas estúpido! ¿Qué quieres que te solucione la policía?

—Para eso están, ¿no? Para eso los pagamos, para que nos protejan. —Le aparta la mano del aparato—. ¡Deja!

—Son ganas de perder el tiempo. —Pero retira la mano.— Bastante trabajo deben de tener con otros problemas...

—Sólo hay un problema. —Y mientras marca, más calmado, explica—: No olvides, tampoco, que el jefe de seguridad es un amigo personal mío.

—¿Y qué? ¿Qué pretendes? ¿Que te envíe una brigada de choque para enchufar las máquinas?

Pero él no contesta, se inclina hacia el auricular, lo sujeta con la otra mano.

—¿Comisaría Central?

—Diga.

—¡Quiero hablar con el comisario Ezna!

La voz no pierde su ecuanimidad. Pregunta:

—¿Su nombre?

—Flixa, Tara Flixa.

—En este momento, el señor comandante...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Tiene mucho trabajo. Pero es un asunto urgente... y personal. Soy muy amigo suyo. Haga el favor de darle mi nombre.

—En este momento, el señor comandante no puede ser molestado. Está reunido en conferencia y...

—Entonces, tome nota de que le he telefoneado. ¡Que me llame tan pronto como pueda! —Cuelga el aparato, más airado que nunca—. ¡Conferencias, conferencias! Es lo único que saben hacer, charlar... ¡Dame un cigarrillo, anda! El otro saca la pitillera y se la ofrece. Después, echa una ojeada al reloj de pulsera.

—¿Piensas quedarte aquí?

—¡No me dirás que te vas!

El otro afirma con la cabeza y guarda la pitillera.

—Sí. Y tú también. Vete a casa y sal de excursión con tu mujer y el chico... A ver si te calmas un poco y evitas ese ataque que parece estar buscando.

—Mi sitio está en la fábrica. Y el tuyo...

Se vuelve hacia el teléfono, que ha comenzado a sonar, lo descuelga.

—¡Diga! —escucha un momento—. Sí —dice, y entrega el auricular a su socio—. Es para ti.

Bran lo coge y, con el cigarrillo sin encender, se desplaza hacia el otro lado. Tamborilea sobre la mesa.

—Bran al aparato.

Tara espía en silencio, pero después da media vuelta y se aleja hacia la puerta que comunica con la oficina del personal y no se detiene ni cuando Bran exclama:

—¡Hola, Cusa!

Entra en la oficina, donde se enfrentan, en hileras de tres, las seis mesas de los escribientes, llenas de papeles dejados sin orden ni concierto, como es su costumbre. Alarga la mano hasta la más próxima y recoge una lista de materiales interrumpida en su mitad, pero en seguida la arruga con un gesto de hastío.

Cruza hasta la repisa que corre a lo largo de las dos ventanas, toca el bloc, donde hay una indicación indescifrable, y después empuja la puerta para salir de nuevo al pasillo. Desde allí escucha el silencio del edificio, una quietud angustiosa, insana, que asciende; no solamente es la de los talleres de la planta baja, sino que en sus oídos parece convergir la de toda la ciudad.

Se da cuenta de que todavía lleva entre los labios el cigarrillo apagado y, con un gesto brusco, lo arroja al suelo y exclama:

—¡Coño!

Avanza de nuevo hacia el despacho de la dirección, y desde la puerta sin cerrar ve que Bran sonrío a su invisible interlocutor. Bran, entonces, se vuelve lentamente de espaldas y dice:

—Sí, sí.

Y se mete la mano en el bolsillo mientras el del otro lado debe de seguir hablando; aleja un poco el aparato de su cara.

—Esta tarde, como de costumbre. Si es que han abierto. —Se inclina un poco más, vuelve a sacar la mano del bolsillo—. Entonces, hasta luego. Adiós.

Cuelga el auricular en su soporte, toma el cigarrillo que hay en el cenicero, pero, al darse cuenta de que está casi consumido, lo aplasta pensativamente. Cuando se vuelve hacia Tara, aclara:

—Era Cusa, de las Manufacturas Ferris.

—Sí. ¿Y qué?

—Quería saber cuál era nuestra situación.

—¿Y la de ellos, cuál es?

—No han podido trabajar tampoco. Sólo se han presentado siete operarios y un oficinista. En todas partes debe de ocurrir lo mismo.

Tara, con el puño cerrado, se golpea la palma de la otra mano.

—Y seguirá pasando mientras no nos decidamos a ponerle remedio. Pero si todo el mundo se lava las manos, como tú... ¿Qué medidas han tomado?

—Ninguna.

Tara vuelve a golpearse la palma con el puño.

—¡Ninguna, claro! —Se mueve inquieto, con la cara otra vez enrojecida por la presión interior—. ¡Eso me revienta! Como si no

tuviésemos ninguna responsabilidad ante la sociedad, ante... nosotros mismos. Aunque sólo fuera por instinto de conservación...

El otro arruga la frente, cierra un poco los ojos y, todavía de pie, se apodera del lápiz con el que había jugueteado antes.

—Ese instinto de conservación nos ha hecho ganar quince años...

Tara, receloso, le mira.

—¿Ganar? ¿Qué quieres decir?

El otro prosigue, siempre con el lápiz entre los dedos, y la cabeza inclinada sobre la mesa.

—Nos ha permitido mantener un estado de cosas en manifiesta contradicción con un progreso de carácter social que...

—¡No fastidies! —Con el pie izquierdo golpea contra los azulejos, casi malignamente—. ¡Nunca, entiéndelo, nunca había existido una legislación más progresiva. Durante esos quince años de los que tú hablas, hemos dado un salto que ni los más optimistas se atreverían a esperar. Bran se ríe, mueve la cabeza.

—¡No, Tara, no! No hagamos discursos ahora... Por progreso social entiendo no sólo una mejora de la condición material de los obreros y de todo el mundo, sino también un respeto a la persona que... — Observa el rostro congestionado de Tara, su boca que se abre, y le pone una mano sobre el brazo—. Escucha... Conozco, tan bien como tú, nuestros intereses y, lo que es más, estoy dispuesto a defenderlos... si eso es posible. Pero ahora hablamos entre nosotros y nos podemos permitir el lujo de ser sinceros...

Se corta, y los dos miran hacia la puerta.

—¿Qué es eso?

Deja caer la mano y avanza, pero los pasos que subían por la escalera resuenan ya en el pasillo y las siluetas de dos individuos jóvenes y con gabardina se recortan en el hueco de la puerta.

—¿El director?

Tara y Bran dicen a la vez:

—Sí.

El más maduro de los dos hombres se presenta:

—Teniente Orsia, de las fuerzas de la policía... Tenemos orden de hacer una relación de todos los obreros de ustedes que hayan faltado al trabajo.

Tara mira a su socio, los labios se le entreabren en un intento de sonrisa.

—Sí. ¡Entren, entren!

Mientras el otro policía cierra la puerta tras él, el teniente explica:

—No es una orden que afecte solamente a su empresa, señor Flixa. Se han tomado medidas con todas las industrias que dan ocupación a más de cincuenta obreros.

Tara acentúa un poco su sonrisa.

—Naturalmente... Y, si me lo permite, le diré que ya era hora. —Indica las butacas—. Pero siéntense, siéntense, mientras buscamos las nóminas...

3

Oti baja la escalera con saltitos que hacen bailar sus pechos jóvenes y lozanos, mal aprisionados en un sujetador desgarrado. Los dos cubos, que sujeta con una sola mano, repican el uno contra el otro con un escandaloso ruido de hojalata que rompe el silencio meridiano de la casa. Sumergida en el estrépito, la voz tararea una canción pegadiza.

—¿Otra vez estáis sin agua?

La portera, que la ha oído, está al pie de la escalera, cerca del ascensor.

—Otra vez. —Se detiene a su lado y dice—: Tienen suerte de que les aprecio y son ustedes personas como es debido, porque con esto ya bastaba para dejar la casa.

—Sí, porque os ocurre cada dos por tres... Es la presión.

La muchacha deja los cubos en el suelo.

—Claro que sí. Pero ¿a quién se le ocurre venir a vivir tan arriba? ¡Y además al último piso! Y tampoco me quejaría si la fuente estuviera aquí mismo. —Con las dos manos se coge el seno izquierdo y, un poco inclinada hacia delante, mete el pecho—. Desde ayer llevo el sujetador roto...

—Tu novio debe tener torpes las manos.

Ella se ríe, recoge los cubos y se encamina hacia la puerta.

—Salgo ahora, que no hace calor, porque con esta subida...

—¡Hace frío, criatura!

—En verano, no sé si lo resistiré.

Deja que la puerta se vaya cerrando detrás de ella, recorre pausadamente los primeros metros y a continuación inicia un trote sostenido pendiente abajo, hacia la fuente que está casi al pie de la montaña. La grava resbala bajo los zapatos planos y la acompaña, rodando en su descenso.

En el chalé de los Eixems, la vieja Cat varea un colchón doblado sobre la barandilla del patio.

—¿Adónde vas, Oti?

Ella no se detiene, muestra los cubos:

—¡Eso ni se pregunta!

Ríe, y los pechos se le agitan como un animal vivo e independiente, deseoso de escaparse.

No aminora la marcha hasta la esquina del torrente, donde comienza una hilera seguida de construcciones bajas, todas cerradas, con las fachadas desconchadas y los hierros de las ventanas cubiertos de herrumbre. Nat sube con unas bolsas llenas de verdura y ella, desde lejos, la llama:

—¿Pero has ido a comprar?

La otra no contesta hasta que llega a su lado; entonces se detienen las dos.

—La señora se ha empeñado en que lo haga.

—Yo le habría dicho que fuese ella.

Deja caer los cubos, uno de los cuales rueda cosa de medio metro, porque ha caído de lado. La amiga dice:

—¡Sí, eso es fácil decirlo!

Deposita las bolsas de la compra en la acera agrietada y, con las manos enguantadas, echa hacia atrás unos cabellos rebeldes que le caen sobre los ojos.

—Tú bien que vas a buscar agua...

—¡Ay, qué graciosa eres! Ya se ve que vosotros estáis bien de presión.

Y, de pronto, ríen las dos, hasta que Oti dobla los brazos ante el pecho.

—¡Se me ha vuelto a escapar!

—¿Qué te pasa?

Pero ella sólo comenta:

—¡Qué rabia tenerlos tan grandes!

—Peor es tenerlos demasiado pequeños. ¿No llevas hoy sujetador?

—Se me ha roto... Ya está, ahora...

Nat saca el pañuelo del bolsillo de su abrigo y se suena.

—No sé cómo puedes ir tan fresca.

—Y tú, tan abrigada... Por eso te resfrías tan a menudo...

Por primera vez, parece darse cuenta del cubo caído a su lado, porque avanza un paso y lo pone de pie. Cuando se reincorpora, pregunta:

—¿Es verdad que no se ve a nadie por las calles?

Nat echa una ojeada circular. Pero ella protesta:

—¡Oh, aquí ya se sabe! ¡Si parece que vivimos en el campo!

—Se ve muy poca gente, sí.

—El señor Rom ha telefoneado a media mañana para decir que todo parecía un cementerio.

La otra, que se ha restregado bien la nariz, guarda el pañuelo.

—A pesar de todo, hay tiendas que han abierto. ¡Por cierto, he visto a Guill!

Oti se coloca las manos en las caderas.

—¿Ha ido a trabajar, ese sinvergüenza?

—Estaba detrás del mostrador.

Oti parece escandalizada:

—¡Y me dijo que no iría!

—Ya sabes que el señor Llasat no anda con bromas.

—Le cantaré las cuarenta, te lo aseguro.

Recoge los dos cubos con una sola mano. La otra muchacha añade con aire inocente:

—Además, allí está la Ter...

Oti se queda un momento muy quieta; luego saca la lengua y hace una mueca.

—¡Bah! Es fea... y está mal hecha.

Endereza el busto, proyectando hacia delante los senos poderosos y tiernos. Pero la otra dice:

—¡Si sólo cuentas con eso!

—¡Y con muchas otras cosas, guapa! Los...

La interrumpe un estallido, y las dos respiran hondo, con los ojos vueltos hacia la parte baja del torrente, donde la calle va descendiendo en serpentina por entre los edificios colgados.

—¿Qué ha sido eso?

—Parece como si hubiesen disparado...

—¿Disparado?

El estallido se repite, pero ahora las dos ven al muchacho que dobla rápidamente la esquina de la última casa y avanza después por la calle desordenada, mirando a uno y otro lado. Cuando pasa junto a ellas descubren su pesado jadeo, la mirada llena de desconfianza que les dirige antes de esfumarse por el barranco de la derecha, donde hay un sendero que rodea el cerro, entre la vegetación enfermiza.

Nat pregunta en voz baja:

—¿Crees tú que le persiguen?

La respuesta la dan cinco hombres de la brigada de choque enfundados en sus uniformes y que, pistolas en mano, se adentran

ya por la calle con sus pesadas botas de campaña. Oti, espontáneamente, grita:

—¡Se ha ido por allí!

Y señala, muy excitada, las escaleras que descienden hacia la parte de atrás de las casas. Ellos, sin detenerse ni darle las gracias, obedecen su indicación, y desaparecen mientras un sordo rumor de rebaño en desbandada altera la quietud del aire. Nat mira a Oti con curiosidad.

—¿Por qué les has mentado?

—¿Acaso quieres que cojan a uno de los nuestros?

—¿De los nuestros? ¿Y si es un criminal?

—¿No le has visto la cara?

—Eso no quiere decir nada.

—Además, hoy no tienen tiempo para los criminales. Cuando el señor Rom telefoneó, dijo que sabía que habían molestado a mucha gente. Sólo porque no iban a trabajar. —Hace un gesto con el brazo—. ¡Pues que se fastidien!

La otra recoge las bolsas.

—Cuando vean que les has engañado, son capaces de venir a buscarte.

—¡Que vengan! —Se encoge de hombros con un gesto arrogante—. A mí no me dan miedo. —Hace tintinear un cubo contra el otro—. ¿No bajas hasta la fuente?

—¿Tú qué crees? —Y comenzó a caminar—. Ya me has hecho congelarme bastante.

Oti se ríe, y da una media vuelta que hace revolotear la falda.

—¡Dile al señorito que te caliente, mujer!

Nat le grita:

—¡Qué graciosa!

—¿O te atreverías a decir que no?

Vuelve a reír, y sus dieciocho años corren pendiente abajo sin esperar la respuesta. No se detiene hasta el comienzo de la calle serpenteante, desde donde grita:

—¡Si quieres, puedes bajar después y me ayudarás a subir un cubo!

La otra sólo yergue la cabeza y la ve desaparecer detrás de los chalés de la parte baja.

Oti se desvía hacia la derecha, donde salta una pequeña lengua de agua, y entonces, orilleando la parte posterior de los edificios, ataja camino hasta la calle de abajo. Gira de nuevo a la derecha y sale a la mezquina plaza donde está la fuente. Una mujer se ha parado allí y bebe.

—¡Hola!

La mujer levanta la cara y, con el dorso de la mano, se restriega el chorrillo de agua que se escurre por su barbilla.

—Buenos días. —Después, mientras observa la cara de la chica, que coloca un cubo bajo el caño, comenta—: ¡Eres la primera persona a la que veo sonreír hoy!

Oti abre más el grifo y el agua restalla sobre el fondo de cinc.

—Pues yo creo que es un día para estar contentos...

La otra la mira con una pizca de desconfianza.

—No lo sé... Según como se mire. —Se arregla el pañuelo que lleva al cuello, una de cuyas puntas se ha salido del abrigo—. ¿No has oído, hace un momento, cómo disparaban?

—Era la policía.

La mujer declara:

—Mi marido lo es.

Oti pone cara de circunstancias, mira hacia el agua que va llenando el cubo. La mujer concreta:

—De la brigada de choque. Hace tres días que los acuartelaron a todos. ¿Crees tú que de verdad pasará algo?

—¡Qué sé yo, pobre de mí!

—Estoy preocupada. Nunca me ha gustado que lo sea.

Obstinadamente, Oti continúa mirando el agua. La mujer espera un poco y después dice:

—Debo irme... Tengo una hermana en el hospital.

Oti regula de nuevo el chorro del grifo.

—Pues no la haga esperar, entonces.

—No... La han tenido que operar de un cáncer en la matriz. Ahora hay muchos allí...

Espera otra vez, pero Oti se abstiene de todo comentario. La otra da un paso. Desmayadamente, se despide:

—Entonces, buenos días.

—Buenos días.

Alza la vista para mirarla mientras atraviesa la plazuela. Después se endereza, saca la lengua y murmura:

—¡Hala!

Ve que el líquido casi rebosa, cierra el grifo, vierte un poco de agua y, con las dos manos, hace pasar el cubo por encima del reborde de la pila y lo deja en el suelo. Coloca el otro, ruidosamente, vuelve a abrir el agua y, con una mano en la fuente y la otra en la cadera, observa a su alrededor las casas diseminadas, en las que no parece haber ni rastro de vida, y los tres bancos de piedra de la plaza, donde hoy no toma el sol ningún viejo.

Después levanta la mirada hacia el cielo, por donde se pasean anchas y espesas bandadas de nubes, cada vez más negras, amontonadas por un ligero viento que sopla de poniente. En alguna parte, bajo el seto vivo que circunda la plazuela por el lado del declive, ronca el motor de un coche, falla, arranca de nuevo y después se aleja con leves estallidos inseguros.

Oti mete un dedo en el cubo, rompe el frágil remolino de espuma que el agua forma en las orillas, pero al darse cuenta de que su delantal roza la pila húmeda, retira la mano y se sujeta la ropa entre los muslos. Entonces se mira las piernas desnudas, un poco enrojecidas por el frío, levanta una y, posando el pie sobre el saliente de la fuente, la examina con ojos críticos, se inclina...

Echa una ojeada a su alrededor y, al comprobar que no hay nadie a la vista, se desabrocha los botones del vestido, introduce una mano

por el escote, se coge un pecho y, con la otra mano, hace subir el sujetador para ver el desgarrón. En voz alta, inquieta, comenta:

—¡Ya te puedes despedir de él!

Pero entonces se abrocha precipitadamente, porque por el lado de la avenida recién proyectada y que un día u otro canalizará la circulación por la montaña, se oyen unas voces ásperas y el rumor de unos pies que se arrastran por la grava.

Cierra el grifo, toma el cubo y lo coloca al lado del otro. Vierte una vez más una pizca de agua, porque le parece demasiado lleno. Se incorpora un poco, se frota las manos a lo largo del delantal y vuelve a inclinarse.

—¡Eh, tú!

Los policías han desembocado en la plazuela, los cinco, y avanzan hasta la fuente. Oti, vuelta a medias, los mira hasta que se detienen delante de ella. El más viejo, con galones de sargento, dice:

—¿No fuiste tú la que nos dijiste por dónde se había escapado aquél?

Ella se vuelve a frotar las manos contra el delantal, a lo largo de las caderas.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No sé si eran ustedes. —Uno de los hombres sonrío, pero ella continúa seria—. ¿No le han detenido?

El sargento la fulmina con la mirada,

—¿Por qué nos has dicho que se había ido por las escaleras?

Ella le devuelve la mirada.

—Para empezar, no le he dado permiso para que me tutee—

—Jodida mocosa!

—Hable bien.

El hombre se irrita, avanza un paso.

—¡Hablo como me da la gana!

—Pues hable solo.

Se vuelve hacia los cubos y se inclina para cogerlos.

El otro le ordena:

—¡Quieta! —Pero Oti completa su movimiento, hasta que una mano le sujeta el brazo—. ¡Quieta, te digo!

—¡Quíteme la mano de encima!

—¿No sabes que te podría detener?

—¡Le he dicho que no me tutee!

—Muy bien. Pues vamos a la comisaria.

—¿Por qué?

—Por haber ayudado a fugarse a un enemigo del orden...

Ella le corta:

—¿Y cómo saben que no se ha ido por donde dije? ¿Porque no le han podido atrapar?

El sargento se vuelve hacia sus hombres.

—Curt, Lari, acompañadla al coche.

Pero Oti vuelve a inclinarse sobre los cubos y los levanta.

—Primero llevaré el agua a casa.

—¡Harás lo que te digan!

—Me han dicho que llevase el agua. ¡Soy una mandada! Y, antes de detenerme, quizá le convendría saber para quién es este agua.

El sargento vacila un momento y, con una mirada apreciativa, recorre rápidamente los chalés próximos. Después vuelve a mirar a la muchacha. Ésta ya tiene un cubo en cada mano.

—¿Dónde vives?

Ella sólo señala con la cabeza, de una manera vaga. —Allí.

Y echa a andar, algo encorvada por el peso del agua que oscila dentro de los recipientes. Sin necesitar volverse, sabe que los hombres la siguen. Y después, cuando se inicia la pendiente, la voz de uno de ellos dice:

—Sargento...

Debe de haber hecho algún gesto explicativo, y el suboficial debe de haber asentido porque entonces una mano se alarga hacia uno de los cubos y lo toma.

—Permite...

Es el policía rubio que le había sonreído.

—No se moleste. Estoy acostumbrada.

—Pero pesa...

Una segunda mano se alarga ya hacia el otro cubo y un muchacho muy alto y cargado de espaldas dice:

—Yo llevaré éste.

La chica casi se ríe.

—Muy bien, como quieran...

El sargento, poco convencido a pesar de su autorización, se lamenta:

—Todo esto es muy poco regular...

Pero entonces todos miran hacia lo alto de la pendiente, por donde baja un jovencito de dieciséis o diecisiete años, con un cántaro en una mano y una botella en la otra. La muchacha grita:

—¿Adónde vas, Bala?

El chico se ha detenido, sorprendido al ver a los policías; después da media vuelta y echa a correr por donde ha venido. El sargento avanza unos pasos, ordena:

—¡Cogedle!

Dos policías se separan del grupo y, corriendo a medias, escalan la cuesta. El otro interroga:

—¿Quién es? —Acto seguido se dirige a los dos hombres que caminan al lado de la muchacha—: ¡Vosotros, dejad esos cubos!

El rubio y el larguirucho obedecen. Todo el grupo se ha inmovilizado junto al ribazo, donde un montón de tierra limita el breve jardín de un chalé. El hombre repite:

—¿Quién es?

—Un vecino. Un estudiante.

El sargento observa el lento progreso de sus hombres montaña arriba, se mete los dedos en la boca y silba. Los otros se detienen, se vuelven.

—¡Bajad! —Vuelve a dirigirse a la chica, mirándola de través—: No nos has dicho el nombre de tu amo...

Oti trata de ganar un poco de tiempo:

—Nadie me lo ha preguntado. Y repito que no quiero que me tutee.

El sargento no le hace caso.

—¿Cómo se llama?

—Es el señor Rom.

El sargento mira a sus subordinados y repite:

—¿Rom? —Los demás se encogen de hombros, pero él pregunta—: ¿Vosotros habéis oído ese nombre alguna vez?

Nadie tiene tiempo de responder, porque la muchacha ha saltado al ribazo y, abandonando los cubos, corre hacia la pequeña hondonada que hay detrás de los chalés. El sargento avanza, seguido por sus hombres, a los cuales se unen, por el lado de arriba, los dos que habían salido en persecución del adolescente.

—¡Alto o disparo!

Pero Oti no le obedece, se adentra por entre unas matas que crecen al ras del risco desmochado y, al cabo de unos minutos, cuando todos corren sobre montones de grava y de latas de conserva herrumbrosas, la ven reaparecer ya arriba del todo, cerca de los escalones de tierra excavados entre dos chalés de la calle de

arriba. El sargento llama a los otros dos policías que avanzan por el ribazo:

—¡Vosotros!

Y dispara al aire para intimidar a la fugitiva. Pero Oti no se vuelve, sube los escalones de dos en dos.

—¡Maldita chavala!

Todos se adentran por los corrimientos de tierra, mientras los dos de arriba se separan: uno de ellos corre detrás de la muchacha, el otro cruza montaña adelante, siguiendo la desigual alineación posterior de los chalés, todos ellos cerrados y mudos, imperturbables ante las voces de los hombres que se estimulan en la cacería.

Oti vuelve por el torrente de arriba, lo sigue al borde de la vertiente pedregosa pero la montaña no ofrece salida por aquel lado y ella sigue corriendo camino abajo, hacia las escaleras que sabe que hay más lejos, pasados los chalés. Pero entonces se detiene, se oprime la boca con un puño y da media vuelta. El policía que se había separado de los demás ha surgido casi delante de ella, después de cruzar por el patio que hay entre los dos últimos chalés.

Los demás ya vienen por el arroyo, desbocados los cuatro, uno de ellos más adelantado, con la pistola en la mano, pero sin apuntar. Oti, desesperada, mira hacia la montaña, se lanza contra la pared y trata de escalarla con ayuda de maños y pies, se aferra a una raíz seca que cede peligrosamente.

El hombre, que ya está tras ella, la agarra por el tobillo, la arrastra, y los dos caen entre un inofensivo derrumbamiento del pedregal.

Ella se revuelve en el suelo para hacer frente a su enemigo y se debate con manos y pies.

El muchacho, casi encima de ella, le oprime el vientre con una rodilla y le sujeta los brazos.

—¡Que me dejes, te digo!

Le golpea el pecho con los puños, pero él va aplastándose más sobre ella, ahora con un rictus de avidez que le desfigura la cara. Desplaza las manos hacia los pechos... El sargento dice:

—¡Basta ya, Malai!

Al hombre parece costarle comprender que se dirigen a él, pero después abandona poco a poco a su presa, se incorpora. Prontamente, la muchacha salta de nuevo, se da la vuelta y se apresta a correr, pero las manos la aprisionan por una pierna y, cuando cae, boca abajo, se ve rodeada por los cinco policías. El sargento ordena:

—¡Hala, fiera, al coche!

Ella se incorpora lentamente, mirándolos. Con un movimiento brusco sacude el cabello caído sobre su cara, pero un mechón rebelde le exige la ayuda de las manos. El sargento se impacienta:

—¡No perdamos más tiempo!

Ella grita:

—¡Váyanse, váyanse!

—Sí, pero contigo, nena.

Le pone una mano encima, pero ella le rechaza, esboza un movimiento de costado y después, con las uñas, le araña la cara.

Todos los demás se precipitan sobre ella: uno le tuerce el brazo hacia la espalda y el sargento, colérico, la golpea sin mirar donde pega.

—¡Desgraciada!

Los golpes llueven sobre la cara de Oti, hasta que uno de los propios hombres exclama:

—¡Sargento!

El otro la empuja zafiamente. La muchacha tropieza y su cuerpo vacila un instante, antes de caer, medio sostenida por las manos que le retuercen el brazo. Un hueso se quiebra.

—¡Ay!

No llora. Se sujeta el brazo con la otra mano, cierra la boca con un gesto de terquedad. El sargento le asesta un puntapié.

—¡Levántate!

Oti no se mueve, mira a los cinco.

—Me tendrán que llevar arrastrando.

El otro saca la pistola de la funda, la amartilla.

—¡Te he dicho que te levantes!

Oti continúa en el suelo, pero ahora la boca ha perdido decisión, los labios le tiemblan un poco. El hombre levanta la pistola.

—Sargento, déjeme que hable con ella...

El policía rubio se adelanta ligeramente, pero el otro no le mira; sólo dice:

—¡Fuera!

Tiene el rostro lívido y la mirada extraviada. La muchacha respira pesadamente, con el corazón desbocado, pero asegura:

—No lo hará...

El sargento, sin mover un solo músculo de la cara, levanta un poco más el arma, apunta entre los dos pechos que han acabado por escaparse del sujetador, del vestido desgarrado hasta cerca de la cintura, y aprieta el gatillo. Un estallido, corto y seco, se propaga por la montaña.

4

Sin abandonar la pluma, Rams Gramú alarga los dedos hacia el paquete de cigarrillos y coge uno, pero después, con la vista siempre fija en la página medio escrita que tiene delante, lo deja sobre las cuartillas blancas que se amontonan a la izquierda, al lado de la copa vacía. Añade unas palabras a la última frase, inacabada, vuelve a alzar la pluma, suprime seguidamente una palabra, escribe otra y desplaza la mirada hacia el principio de la oración. La otra mano busca la copa, se apodera de ella a tientas y la acerca a los labios. Sólo entonces se da cuenta de que está vacía. —Raura...

La mujer, con su diminuto delantal negro, levanta los ojos de la novela que lee y mira al escritor.

—Tráeme otra copa.

Desde la mesa del fondo, Guriana comenta:

—No dicen ni una palabra.

Rams Gramú abandona definitivamente la pluma, coge el cigarrillo.

—¿Pues qué te creías?

La mujer deja un lápiz sobre el libro, se levanta.

—Nunca han dicho nada de las cosas que nos interesan.

—Se comprende. Parece mentira que ahora os sorprenda, después de quince años.

Guriana deja el periódico, toma otro.

—Es que cuesta acostumbrarse.

Rams Gramú vuelve a dejar el cigarrillo, se estira perezosamente; después, desplaza la silla hacia atrás y se pone de pie.

—Con bastante sifón, Raura.

Ella asiente desde el lado de las estanterías repletas de botellas y él camina hacia el rincón de la izquierda, donde hay una cortina azul. Detrás, se mira fugazmente al espejo del lavabo y, sin detenerse, empuja la puerta del retrete, en la que se lee; «Hombres».

Mientras se desabotona la bragueta, lee la frase que alguien ha escrito en el azulejo blanco: «Es muy sencillo: quedaos en casa», mueve la cabeza y, a la vez que orina, hurga en los bolsillos en busca de un lápiz que lleva en el interior de la americana.

Se abrocha de nuevo, con una sola mano. Después, inclinado sobre la taza, añade un «todos» a la frase, procurando imitar la caligrafía del desconocido. Satisfecho, se da la vuelta, abre la puerta y entonces, ya fuera, se detiene unos segundos delante del espejo, donde contempla su rostro anguloso, con un extraño residuo de adolescencia que contradice las primeras arrugas de sus cuarenta y ocho años. Casi se guiña el ojo, pero se separa a tiempo y vuelve a entrar en la sala del café.

Raura está al lado de su mesa, de pie, con la botella en la mano, pero con los ojos fijos en las cuartillas a medio escribir.

—¿Qué estás fisgando?

Ella se vuelve, sin sorpresa.

—Tienes letra de colegiala.

Guriana, desde su rincón, casi invisible detrás de los periódicos, deja escapar una risita. Pero él se limita a decir:

—¿Qué día encontrarás una frase más original? Esa ya la has repetido demasiado a menudo.

—Pero es verdad.

Tapa la botella y se dirige hacia el mostrador. Él dice:

—No te olvides del sifón.

—Lo tienes sobre la mesa, ¿no lo ves?

—¡Ah sí! —Y mientras cruza la reducida estancia, en la que se apiñan seis mesas, pregunta—: ¿Has visto que alguien se ha entretenido haciendo inscripciones en el wáter?

—Sí. En el de mujeres también lo han escrito.

Guriana baja el periódico:

—¿Qué dice?

—Puedes ahorrarte el ir a verlo. No es ninguna procacidad, sino la consigna de estos días.

Raura deja la botella sobre el mostrador.

—Lo escribieron ayer.

—Si los esbirros vienen por aquí, te la cargas.

Se sienta detrás de la mesa, coge el cigarrillo y lo enciende. Deja escapar un poco de humo y, pensativo, reflexiona:

—Parece mentira que, después de tantos años, se haya encontrado la manera de hacer cristalizar un estado de opinión por medio de una simple frase... Media docena de partidos subterráneos han intentado más de una vez galvanizar a la población con acciones más o menos directas, aunque no claramente dirigidas, y nunca se han salido con la suya. Ahora, en cambio, alguien ha encontrado una consigna que ha caído en gracia y se ha repetido de boca en boca. Y ahí tienes el resultado: todo el mundo obedece.

Guriana, que ha dejado el diario ante él, carga parsimoniosamente la pipa.

—Todo el mundo, no. Todavía circulan los tranvías, funciona la radio, salen estos papeles... No cantes victoria todavía, es muy pronto.

—No la canto. Ni ignoro que el aparato de represión continúa en manos de Domina. Pero constato este hecho: que, por primera vez, prácticamente toda la población se ha puesto de acuerdo para seguir una determinada línea de conducta. Ahora sólo falta una cosa: que perseveren.

Raura, con las manos en los minúsculos bolsillos del delantal negro, se desplaza hacia el lado de la persiana de la puerta, ahora cerrada. Rams Gramú prosigue:

—Claro está que eso no garantiza ningún resultado: quiero decir ningún resultado positivo.

La mujer se vuelve, cerca de la persiana:

—¿Quieres decir que hay alguien preparado para sustituir al Juez?

—No. Quiero decir que, a pesar de todo, es posible que él no se deje sustituir.

Guriana enciende la pipa, mira por encima de la llama de la cerilla.

—A mi modo de ver, el resultado depende de la actitud que adopten las fuerzas de seguridad. Si se dejan impresionar por la unanimidad casi total de la sociedad y se atemorizan, Domina tendrá que largarse. Si se mantienen firmes, nos rendirán por hambre.

Raura, de espaldas, dice:

—En este momento todo el mundo tiene la despensa bien provista. Hay tiendas que han cerrado, no porque los amos simpaticen con este movimiento, sino porque ya no les quedaba nada.

—Sin embargo, una ciudad se aprovisiona fuera. Si los transportistas no...

La mujer le corta con un gesto repentino y, sin volverse, dice con voz excitada y llena de urgencia:

—Acaba de detenerse una de esas camionetas de la policía...

—¿Dónde?

—Justo aquí delante.

Rams Gramú indica:

—Abre la puerta.

Raura se vuelve, extrañada:

—¡Qué dices!

—Descorre el pestillo. Esta mañana les he visto derribar más de cuatro puertas. Si las encuentran abiertas, no pasa nada.

—Pero es que yo quiero tener cerrado. No voy a ser menos que los demás.

—Después de todo, bien que nos has dejado entrar...

Ella se defiende:

—Es diferente. Sois más amigos que clientes. —Vuelve a mirar hacia fuera por las rendijas de la persiana; dice—: No ha saltado ninguno...

Rams Gramú deja el cigarrillo en el cenicero y se levanta.

—No escribiremos mucho esta tarde.

Guriana coge de nuevo el periódico.

—Yo, nada.

Él sale al pequeño pasillo que queda entre las mesas y los taburetes del mostrador, avanza hacia la persiana, donde la mujer continúa al acecho.

—Déjame ver...

Espían los dos y observan al conductor, todavía al volante de la camioneta, y al oficial sentado a su lado, con los dedos entretenidos con su leve bigotito negro.

—Parece que esperan algo... o a alguien.

—Es buen sitio para apostarse. Todas las esquinas lo son. —Vuelve a incorporarse—. Es admirable que, con la falta de habilidad que les caracteriza, hayan durado tantos años. —La mujer sólo le mira—. Fíjate, ahora mismo... ¿a quién se le ocurre molestar a todo el mundo que sale a la calle? Quieren que la gente vuelva al trabajo,

pero al mismo tiempo, con sus procedimientos, casi les impiden salir de casa. Esa clase de medidas...

Desde la mesa, Guriana explica:

—Son medidas muy propias de gente desmoralizada.

—Eso es verdad.

Raura cuchichea:

—Ahora baja el teniente.

Rams Gramú vuelve a mirar. El oficial, joven y cargado de hombros, se ha quedado junto a la portezuela abierta, con una mano en el bolsillo. Después, lentamente, se vuelve hacia el bar.

—Mientras no se le ocurra tener sed...

—Cuando están de servicio, no beben. Ahora ya no entrarán. Ya se ve que no venían a por ti.

Pero el teniente acaba de volverse, da un par de pasos hacia el establecimiento. Rams Gramú murmura:

—No sé si nos podrá ver...

Calla cuando el teniente se desvía y va siguiendo a lo largo de la fachada, hasta que lo pierden de vista. Raura dice:

—Eso tiene el aspecto de una emboscada.

Él se reincorpora.

—Esta mañana, en la calle de Vil, había una pareja en cada cruce. Feli, que por excepción dormía en casa, las ha pasado negras para llegar al garaje. Después, dentro del coche, ya fue otra cosa. Se ve que no molestan a los que van en coche.

Desde el fondo, Guriana pregunta:

—No sabía que tu hijo tuviera coche...

—¡Es de la casa, hombre! Aunque no me extrañaría que muy pronto se compre uno, de la manera que le van las cosas.

El otro se ha envuelto en una nube de humo, desde cuyo interior comenta:

—Siempre ha sido un chico muy despabilado.

—Si te refieres a lo de ganar dinero, Sí, nunca olvidaré lo que me dijo cuando todavía era un mocoso y yo le quería hacer estudiar: «Mira, padre, tú tienes dos títulos universitarios y eres un novelista famoso, pero sólo puedes ir al sastre cada tres o cuatro años y haces que los zapatos te duren todo lo que puedan.

El otro ríe, socarrón:

—¿Crees que no he leído *Mañana estaremos todos*?

—¡Me dejas atónito, Dye!

—Pues así es.

Raura, que no se ha movido de la persiana, dice:

—Ahora vuelve.

Se refiere al teniente, que avanza por la acera, lentamente. Rams Gramú espía de nuevo, con el rostro muy cerca de la cara de la mujer. Comenta:

—Es casi un chepa. Yo creía que si no eran perfectos físicamente no les admitían.

Ella no contesta, atenta a los movimientos del hombre, que ya ha llegado junto a la camioneta. Desde allí, mira hacia todas partes y, finalmente, sube a la cabina y cierra la portezuela. Después le ven hablar con el chófer, el cual asiente sin abrir la boca. El vehículo arranca, da la vuelta a la esquina poco a poco. Ahora los dos pueden ver a los seis policías sentados en dos bancos en los laterales de la camioneta. Rams Gramú dice:

—Fuese lo que fuese, no les ha salido bien.

La mujer se endereza, definitivamente.

—Lo importante es que se han ido. Me hacen muy poca gracia.

—No le hacen gracia a nadie.

Los dos se alejan de la persiana y avanzan en dirección a las mesas; después, ella parece pensar algo y se desvía hacia el final del mostrador, donde está el teléfono. Lo coge, pero vuelve a colgarlo antes de marcar el número y, meditabunda, se acoda en la barra y mira a los dos hombres. Guriana, de nuevo con un periódico en la mano, dice:

—Si estorbamos...

Ella lo niega con un gesto y Rams Gramú, que se sienta, se dirige a su colega.

—¿Qué ocurre?

Raura explica:

—Nada. Iba a telefonar a la pensión de Job.

—¿No estaba de viaje?

—Precisamente. Tenía que llegar hoy o mañana y...

Guriana va dejando los periódicos sobre la silla de al lado.

—La verdad es que vosotros dos sois una pareja muy curiosa. Nunca he visto un marido y una mujer que, viviendo separados, se preocupen tanto el uno por el otro.

Ella va hacia la mesa, donde la espera el libro abierto.

—Se puede estar separados sin dejar de ser amigos.

Rams Gramú toma la copa, bebe de un sorbo. Al dejarla, dice:

—Estoy seguro de que, de vez en cuando, todavía os acostáis juntos...

La mujer, sin responder, enrojece un poco.

—¿Lo ves?

—Yo no he dicho nada.

—No hace falta.

Ella se calla, vagamente desafiante...

—Después de todo, si he de dormir con alguien, más vale que lo haga con él, ¿no?

Guriana comenta:

—A mí más bien me parece inmoral.

—¡Oh, tú! —Se sienta ante el libro—. Hace mucho tiempo que me he dado cuenta de que a vosotros, los escritores, os parece inmoral todo lo que hacen los demás. Es decir, siempre que no se trate de un personaje de novela.

Rams Gramú protesta:

—Habla por Guriana. Siempre ha sido un hombre convencional. Ya ves que se le ocurre preocuparse por la salud a los sesenta y dos... ¿son sesenta y dos, no?

—Lo sabes perfectamente. Nunca has perdido de vista la edad de ningún colega.

Raura se ríe.

—¡Ahora me gustáis!

El otro añade:

—Claro que te preocupan más los jóvenes que los viejos...

—¡Me harás llorar!

—Y por...

Todos miran hacia la puerta, donde alguien da unos discretos golpes en el cristal. Detrás de la persiana se distingue una silueta alta y robusta. Raura retiene la respiración.

—¿Qué hago?

—Lo más natural es ir a ver quién es.

La mujer se levanta con desgana lentitud y, bajo la mirada de los dos hombres, se mueve hacia la puerta y, al llegar a ella, entreabre un poco la cortina para mirar al exterior.

—¡Es Barni! —Abre rápidamente y, sin dar tiempo al recién llegado para saludar, dice—: ¡Pasa, pasa!

Vuelve a cerrar, después de echar una ojeada temerosa a la calle. Barni se acerca.

—Sabía que os encontraría aquí.

—No era difícil. Nos pasamos media vida en esta tasca.

Barni coge una silla, se sienta de cara al respaldo y apoya en él los brazos.

—Esta tarde, a las siete, se reúne el Consejo de Escritores. Quieren verte allí, Gramú— —Mira hacia el otro y añade—: Y a ti también, Guriana.

Rams Gramú toca discretamente el pie de la copa que tiene delante.

—¿Y os parece un momento oportuno para celebrar reuniones?

—¡Claro que sí! Hay que encauzar las cosas, canalizar—

Rams Gramú levanta una mano.

—¿Queréis invitar a la policía a una intervención?

—¡La policía no va a saber nada!

—¡No, claro! Cada vez que nos hemos reunido, la policía nos espetaba en la puerta. Por eso hemos pasado tantas temporadas a la sombra.

—Ahora tienen otra cosa que hacer.

—Quieres decir que, ahora más que nunca, tienen esa cosa que hacen desarticular todo movimiento organizado. —Deja tranquila la copa y enlaza las dos manos sobre la mesa—. Durante años, sin que lo pareciera, hemos ido orientando la opinión del país. Novelas, obras de teatro, ensayos, poesía— todo nos ha servido para ir desacreditando, socavando el gobierno de Domina. Cometió el error de menospreciar la inteligencia, quizá porque es un hombre de acción y no cree en las ideas. Y ahora sufre las consecuencias. —

Levanta los ojos, mira intensamente al recién llegado—. Porque todo lo que pasa, amigo Bami, es obra nuestra. Año tras año hemos mostrado a nuestros lectores que vivían bajo unas condiciones impropias de hombres libres, que la miseria moral nos roía y que el prestigio de la ciudad había muerto a manos de Domina, Les hemos explicado lo mejor que hemos podido y lo que las circunstancias nos han permitido, que padecíamos una actitud reaccionaria, ciega a las exigencias del progreso, o a la evolución, si os parece mejor.

Guriana comenta:

—Sí, mucho mejor. Siempre he encontrado equívoco el concepto de progreso.

Rams Gramú se le echa encima:

—Sin embargo, no olvides que toda evolución lleva implícita la idea de progreso. Es inevitable.

El otro se mueve, inquieto.

—¡Cuidado! Inevitable, no. Si, como dicen los científicos, la energía se degrada...

Barni se agita a su vez.

—No me parece la ocasión más adecuada para discutir este aspecto de... de...

Rams Gramú le ahorra el trabajo de buscar la palabra apropiada cuando afirma:

—De acuerdo. Como decía, pues, hemos ido preparando a los ciudadanos, les hemos demostrado la conveniencia de una posible actitud que a la larga podía dar sus frutos...

Raura, hasta entonces de pie al lado de la mesa, se sienta.

—Si os lo tomáis así, la discusión puede durar toda la tarde.

Bami niega con la cabeza:

—No, no durará. —Se dirige de nuevo a Rams Gramú—: No me dices nada nuevo. Todos sabemos cómo han sido las cosas. Ahora se trata, simplemente, de recoger esos frutos que acabas de mencionar.

—¿Y quién los va a recoger?

—Todos. Nosotros también.

—Nosotros hemos sembrado. Pero eso no quiere decir que tengamos que segar.

Barni empuja la silla, se levanta.

—¿Qué es eso? ¿Una invitación a quedarse al margen?

—No. Sólo quiero decir que no debemos hacernos ilusiones. La dirección de las operaciones, por decirlo así, ha pasado a otras manos.

—¿Cuáles? ¿Me lo puedes decir?

—No te lo puedo decir porque no lo sé. Pero sé, eso sí, que el pueblo no nos reconoce como sus caudillos naturales.

Barni dio una palmada sobre la mesa.

—Nadie ha hablado de acaudillar nada. Hemos ido a tocar un aspecto de la cuestión que, hoy por hoy, no se puede discutir.

—Entonces, ¿qué quiere discutir el Consejo de Escritores? Si no me equivoco, has dicho que se trataba de canalizar las cosas...

—Exactamente.

—Pero las cosas ya están canalizadas. Como te decía, durante estos años no hemos hecho nada más que canalizarlas... Conozco el Consejo de Escritores tan bien como tú, Barni, aunque tú seas el secretario. Y sé que lo único que ha conseguido es procurar de vez en cuando a alguno de sus miembros una estancia en la casa grande. Todo lo que se ha hecho, se ha conseguido al margen del Consejo, obligados todos nosotros por las circunstancias y por imperativos de la propia conciencia. Las reuniones del consejo más bien tienden a anular esa conciencia. Siempre han degenerado en una de estas dos cosas: en discusiones de conceptos abstractos o en mordiscos de carácter personal.

—¿Y por eso te hemos visto tan poco por allí?

—Sí, por eso.

—¿Y por eso crees ahora inoportuna una reunión?

—Por eso y, sobre todo, por otra cosa: porque si os reunís daréis a las fuerzas públicas una excelente ocasión de actuar contra un objetivo concreto, contra un movimiento, por inofensivo que sea, organizado.

Guriana monta una pierna sobre la otra y se quita los lentes para limpiarlos.

—Inofensivo, no. No nos contradigamos. Si, según tu parecer, la raíz de los acontecimientos actuales hay que buscarla en la acción de los intelectuales, en las ideas que han propugnado durante estos años de una manera más o menos disimulada, no puede hablarse de un movimiento inofensivo. Todo lo contrario, porque los intelectuales somos de los pocos que han emprendido una ofensiva.

—Una ofensiva de carácter ideológico únicamente. Lo cual nos ha sido posible gracias a la mentalidad claramente obtusa de los hombres que Domina ha colocado en los lugares clave.

—No es posible afirmarlo con esa seguridad. Esos hombres no han sido siempre los mismos, y, por otra parte, han tenido ocasión de vivir en un contacto más estrecho con las realidades de la ciudad. Quizás han tolerado, o incluso estimulado, esa labor de zapa que...

—¡No me digas que luchaban contra sus propios intereses!

—Tal vez para algunos eran intereses circunstanciales...

Barni se sienta de nuevo, pero se vuelve a levantar en el acto.

—Nos desviamos todavía más.

Raura suspira, casi divertida:

—¡Y espérate!

—La cuestión es ésta: que ahora tienes miedo de llamar la atención de la policía.

Rams Gramú da un golpe sobre las cuartillas escritas que tiene ante él.

—¡No, no y no! No me has querido interpretar. —Se inclina con todo el cuerpo un poco envarado—. Escucha... En este momento, las fuerzas del orden público están desconcertadas, no saben con quién combaten. Se trata de un movimiento general y difuso que se les escapa. Prueba de ello es que se dedican a molestar a casi todo el mundo, al azar de que salgas o no salgas a la calle... Ese desconcierto trabaja en contra de ellos y poco a poco les desarticulará. ¡Pero deja que encuentren alguna cosa concreta y reducida a la cual agarrarse! Un dirigente, una organización... Volverán a reunirse, porque

entonces sabrán perfectamente lo que han de combatir. Ahora persiguen a una especie de fantasma y eso siempre es desmoralizador. Pero si detrás del fantasma descubren un cuerpo sólido...

Raura dice, bajito, como para sí misma:

—Tiene razón.

—...Y no olvides que cualquier cuerpo sólido les servirá. —Con la mano plana, va golpeando rítmicamente las cuartillas, como para dar más énfasis a sus palabras—. Es preciso, absolutamente preciso, que no les proporcionemos una ocasión de actuar contra un grupo determinado. Tenemos que dejar que la ciudad les devore poco a poco...

Barni, con la cabeza gacha, se pasea arriba y abajo, a lo largo del mostrador.

—Y es preciso que eso ocurra deprisa, antes de que el hambre, obligue a la gente a volver al trabajo. En este momento, la única arma de que disponemos, la única arma eficaz, es ésta: las calles vacías y la vida paralizada.

El otro se detiene al lado de la puerta, mira hacia los dos hombres, hacia la mujer, sentados los tres, cada cual detrás de su mesa.

—Tal vez sí.

Guriana levanta la mano cerrada y separa de ella un dedo, en actitud admonitora.

—¡Pero cuidado! —Todos le miran, y Barni vuelve a avanzar por el local—. A la policía no le hacen falta provocaciones ni excusas para actuar. Ese grupo que, según dices, y me parece que con acierto,

podría levantar su moral, no es preciso que exista: lo pueden inventar.

Rams Gramú alarga la mano hada el paquete de cigarrillos.

—No lo creo. De cara al público, sí; pero ya no tienen público, por así decirlo. De cara a ellos mismos y para que tengan un efecto galvanizador» no, la verdad. Pueden convertir cualquier grupo, por inocuo que sea, en una amenaza en potencia, pero es necesario que el grupo exista previamente. Y nosotros, el Consejo de Escritores, podríamos ser una asociación tan buena como otra cualquiera, e incluso mejor, porque se nos odia de una manera especial.

Barni se detiene ante él.

—Entonces, ¿qué propones?

El hace un gesto displicente y deja el cigarrillo.

—Disolvernos en la niebla.

Guriana dice:

—No hay niebla. En cambio, podría llover, si mi reuma no se equivoca.

Barni pasa por alto la observación y continúa dirigiéndose a Rams Gramú:

—¿Y nada más?

—¿Te parece poco?

El otro le mira, indeciso pero después se acerca al teléfono.

Raura pregunta:

—¿A quién quieres llamar?

—Ya habíamos convocado a un montón de gente»

Ella se limita a comentar

—Quizá tengan los teléfonos controlados» Puede ser peligroso.

Barni deja el aparato, como si hubiese recibido una descarga eléctrica en la punta de los dedos.

—Sí; no se me había ocurrido. —Se aleja del mostrador—. Les iré visitando personalmente»

—¿Tienes coche?

Barni casi se enfada.

—¿Cuándo has visto a un poeta que tenga coche?

Raura comenta:

—A pie, te pueden detener...

—Es un riesgo que hay que correr.

Rams Gramú comienza a recoger sus cuartillas, las dobla y hace con ellas un pequeño paquete.

—Espera, te acompañaré. O, mejor dicho, si quieres nos repartiremos el trabajo.

Apura de un trago el licor de la copa; el otro dice:

—Después de lo que has dicho, no pensaba que te quisieras exponer...

—¿Por qué no? Yo solo, no soy nadie.

Guriana se lamenta:

—Si no fuese por el reuma, también os acompañaría...

—No te preocupes. Nosotros dos solos nos las arreglaremos.

Recoge el paquete de cigarrillos y las cerillas, lo mete todo en el bolsillo y se levanta. Raura alza la cabeza:

—No sé... me parece que son ganas de complicarse la vida. —Se golpea los muslos con la palma de la mano—. ¡Más vale que telefoneéis!

Barni consulta a Rams Gramú con la mirada. Éste dice:

—¿No has dicho que podían tener los teléfonos controlados?

La mujer abandona la silla.

—No importa. Telefonead y, después, cerraré.

—¿Y nos quedaremos sin un sitio a donde ir?

—Tampoco lo tendréis si os enchironan. Y, a fin de cuentas, también prefiero cerrar. No sé, pero, aunque seáis amigos, ahora siento algo así como si saboteara el esfuerzo de todos...

Barni asiente:

—Tiene razón. Voy a telefonar.

Y atraviesa el local, hacia el mostrador.

5

Guill apila cuidadosamente los paquetes de detergente que va sacando, de cinco en cinco, de la caja que está abierta a sus pies. Afuera, en la tienda, se oye la voz del señor Llasat, que habla con una clienta. Es la voz untuosa con la que se dirige a todos los parroquianos, sobre todo cuando se trata de mujeres. Después se oye el ruido de la cortina de caña y Ter dice:

—¿Queda alguna lata de jamón ahumado?

Hace un gesto indicativo con la cabeza y ella se acerca, alargando las manos hacia el estante. Guill, instintivamente, esquiva el contacto que el movimiento de la muchacha establece entre los dos cuerpos. Ella se ríe un poco:

—¿Todavía te doy miedo?

El muchacho se acuclilla para recoger cinco paquetes más.

—Nunca me lo has dado.

—Pues nadie lo diría... —Él no replica, se incorpora con los cinco paquetes—. A veces creo que debo oler mal...

—No tengo ganas de que tu padre me ponga en la calle. —Y, con toda franqueza, declara—: A él sí que le tengo miedo.

Ella se queda inmóvil, con la lata de jamón ahumado en la mano.

—Quieres decir que si no fuese por eso...

—Tampoco. Ya sabes que tengo novia...

Guill va colocando los paquetes, muy bien ordenados.

—Pero no es en serio.

—Pregúntaselo a ella.

—Te lo pregunto a ti.

El se le encara:

—Mira, Ter, eres la hija del amo, y tu padre nunca...

La voz del señor Llasat, desde fuera, corta su discurso:

—¿Hay o no hay, Ter?

Ella se pone en movimiento.

—Sí, sí. Ya voy.

Sonríe fugazmente al muchacho y después aparta la cortina, que crepita. Mirando hacia la tienda, dice:

—¿Me ha dicho una, verdad?

Guill continúa alineando paquetes de detergente, más lentamente que antes, con el rostro sombrío, preocupado. Cuando acaba, empuja la caja hacia un lado, abre otra, la última, coloca otros veinte paquetes, pero allí ya no caben más.

Desde la cortina, dice:

—Sobran treinta.

El señor Llasat regresa de la puerta, hasta la cual ha salido para despedir a la clienta.

—Apílalas aquí.

Y señala el montón perfectamente ordenado que, como una pirámide, se alza cerca de la salida del mostrador. Ter dice:

—Yo te ayudo.

Y le sigue hasta la trastienda mientras el hombre comienza a toquetear los sacos de arroz, de garbanzos, de lentejas, alineados sobre una corta estantería, contra la pared del fondo, cuyos compartimientos están llenos a rebosar de latas de sardinas, de atún, de calamares, de almejas, de tarros de aceitunas, de setas confitadas, de mejillones sin cáscara...

Dentro, la muchacha se inclina junto a Guill:

—Pero si él no se opusiera...

Reanuda la conversación interrumpida, pero él simula que no la entiende:

—¿Si no se opusiera a qué?

—Ya lo sabes, no te hagas el tonto.

—Como se opondría, es inútil hablar de ello.

—Quizás yo le podría convencer...

Él, sin replicar, se incorpora con los brazos llenos de paquetes y se mueve hacia la puerta. Al oír el rumor de la cortina, el señor Llasat se vuelve.

—Déjame...

Le va tomando los paquetes y los dispone individualmente sobre la pirámide, cada vez más afilada.

—¿Seguro que no se caerán?

—¿Por qué se han de caer? Si las cosas se hacen como es debido...
A ti quizás se te cayesen, porque eres más bien torpe...

Guill pone cara de resignación. Y Ter, que entretanto ha salido con sus paquetes, mueve la cabeza con gesto contrariado. Con una voz un poco dura, pregunta:

—¿Dónde quiere poner éstos?

—¡Espérate! Sólo tengo dos manos.

—¿Los dejo encima del mostrador?

—He dicho que esperes. ¿Cuántos traes?

—Todos los que quedaban. Quizá sería mejor ponerlos al lado de las conservas de tomate. Ha quedado medio estante vacío.

El hombre se cuadra:

—¿Cuántas veces tendré que decirte que cada cosa en su sitio?
¿Has visto alguna vez que pusiéramos los detergentes al lado de las latas de conserva?

—Pero lo podríamos hacer ahora.

—No haremos nada de eso.

Coge los dos últimos paquetes de las manos del muchacho. La chica aún dice:

—Se caen... La pila es muy alta.

—¡La cuestión es no callar! No se caerá nada...

Pero en aquel momento la pirámide se inclina, vacila, cede por un lado. El hombre alarga rápidamente las manos con la intención de contenerla, pero los paquetes se le escurren entre los brazos. Ni Guill

ni Ter abren la boca. Es él quien, mientras contempla el derrumbamiento, grita:

—Ya decía yo... ¡Ahora estaréis contentos! —A continuación se dirige a Guill—: Han fallado los paquetes de abajo. Seguramente los has puesto tú, porque...

El chico protesta, sin dejarle acabar:

—Yo no he hecho nunca ninguna pila. Y ésta, recuerdo que...

—Bueno, no recuerdes tanto y recógelos.

El muchacho se agacha, se acuclilla y su bata de color mierda de oca barre el suelo sucio de pisadas.

—¿Qué hago con ellos?

—Amontónalos contra el mostrador.

Disgustado, vuelve la espalda y se va hacia la puerta. Ter deja los paquetes que lleva en los brazos y cuando el hombre se mete las manos en los bolsillos para sacar de ellos algún cigarrillo que, como de costumbre, se fumará mirando a la calle, fuera de la tienda, se arrodilla delante del dependiente. Él la mira y dice:

—¡Y pensabas convencerle! ¿A un hombre así? Se avendría con mi madre...

—Hay maneras, Guill.

Él se encoge de hombros, va recogiendo paquetes.

—Quizá sí. Pero te olvidas de Oti.

Ella mueve la cabeza, con las dos manos en el suelo, sin tocar ningún paquete.

—Te gusta... Sí, yo sé muy bien por qué te gusta.

—No es que me guste. Es que la quiero.

—Sólo es una criada.

—¿Y qué?

Ter coge un paquete y lo coloca sobre la pila, que poco a poco ganaba altura.

—Si te casas con ella, siempre serás un simple asalariado.

—No me importa.

—¿No te gustaría tener una tienda tuya?

Él la mira y dice:

—¿Ésta?

—Sí, ésta. Y yo tampoco soy tan despreciable... ¡vamos, me parece a mí!

Involuntariamente, Guill observa el pecho de la chica, más bien plano, los brazos delgados y el rostro huesudo, con una boca grande.

—Yo no he dicho eso. Pero la quiero a ella y no a ti. —Después, con rabia contenida, deja el paquete que tenía en las manos—. ¡No sé por qué has tenido que fijarte en mí! No tengo un duro...

—El dinero no me interesa.

—Muy bien, pero hay otros chicos... El mecánico ese que entra cada mañana a comprar dos sardinas para almorzar... Hoy no ha venido.

—Se ve que no te has fijado...

—¿Ha venido, entonces?

—No. Quiero decir en cómo es... ¡Haz el favor de suponerme un poco más de buen gusto!

Él nivela dos paquetes más.

—Tampoco yo soy nada del otro mundo... Y valgo menos que él... que todos ellos. Un hombre no se mide por la anchura de sus hombros, ni por su altura, sino por otras cosas. —Golpea el paquete—. ¡Soy un mierda! Para no perder la colocación, he aceptado venir cuando todo el mundo hace fiesta. Tenía que haberme resistido a tu padre y decirle que, si quería abrir, que abriera solo. Siempre ha de hacer las cosas al revés que los demás. Como eso de no querer vender más que una cantidad determinada de artículos a cada cliente, cuando tendríamos que alegrarnos de esta ocasión de vaciar la tienda. Hace dos días que todo el mundo lo ha vendido todo, y por eso hoy han podido cerrar tranquilos...

Ella dice, sin tono de reproche:

—Estábamos hablando de nosotros...

El señor Llasat, que acaba de entrar, pregunta:

—¿Todavía no habéis acabado?

—En seguida está.

Y trabajan en silencio, mientras el hombre se acerca a ellos.

—No se ve a nadie. Ni los domingos está la calle tan vacía.

Guill, sin interrumpir su tarea, dice:

—Supongo que mañana cerraremos, como los demás...

Sin alterar la voz, el señor Llasat precisa:

—Que yo sepa, mañana no es domingo ni fiesta de guardar.

La chica se levanta y Guill coloca el último paquete.

—Sólo nosotros hemos abierto. En todo el barrio.

El otro camina hacia el fondo de la tienda.

—Ya he oído demasiado la misma canción. Es lo primero que me has dicho esta mañana.

—Porque es verdad.

—¿Y qué? —Se vuelve—. Si no abren, sus razones tendrán. Yo no tengo ninguna.

El muchacho se incorpora, se sacude vagamente el polvo de las rodillas. El hombre prosigue:

—¡Estaría bonito que, porque los demás se han vuelto idiotas, me volviese yo también! ¿Sabes cuál es el resultado de todo eso? —Ni el muchacho ni la chica contestan—. Pues que el comercio se arruina y se desacredita. Y el comercio es la espina dorsal de la comunidad. Sin comercio, no hay nada que funcione...

—De eso se trata...

El señor Llasat se le planta delante, con las manos detrás de la espalda.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que hay veces en que las cosas van tan mal que es preferible que se paren del todo para comenzar después de nuevo.

El señor Llasat, amenazador, se proyecta hacia adelante, apoyándose en las puntas de las zapatillas de felpa.

—¡Guill! ¡No quiero oír en mi tienda palabras subversivas! Aquí nos gusta el orden, porque somos gente sensata que quiere ganarse la vida sin meterse en camisa de once varas —Se vuelve a dejar caer sobre los talones—. ¡No sé de qué te quejas! Tienes un trabajo seguro, te pago como está mandado, comes cada día, puedes ir al cine una vez por semana...

—Bueno... —El chico alza la vista y dice rápidamente—: Hay otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Pues...

El señor Llasat sonrío ante su vacilación.

—¡Eres un cabeza loca! Como a tantos otros, te gusta hablar para no decir nada. Ya se ve que eres demasiado joven para apreciar los beneficios...

Se vuelve hacia la puerta, y todos miran a la mujer que acaba de entrar. El señor Llasat cambia el tono de su voz, casi dobla el cuerpo al saludar.

—Buenas tardes, señora... —y al darse cuenta del paraguas que ella lleva en la mano—: ¿Es que está lloviendo?

—No, pero creo que no tardará mucho en hacerlo. —Suspira—. He tenido que cruzar ocho calles antes de encontrar una tienda abierta.

El señor Llasat muestra una sonrisa de circunstancia. La mujer saca un papel del portamonedas.

—Guill.

Pero el chico ya se ha situado detrás del mostrador, en donde espera. El señor Llasat se inclina un poco más:

—¿En qué podemos servirla?

La mujer consulta el papel y Ter da la vuelta al mostrador y se coloca al lado del muchacho.

—Quería diez latas de sardinas en aceite, una docena...

El señor Llasat levanta una mano admonitoria.

—Sintiéndolo mucho, no puedo vender más de dos por persona.

—¿Cómo? No sabía que lo hubieran racionado...

—¡No, no! Es una medida de precaución. Compréndalo usted, me debo a todos los clientes... Guill, dos latas de sardinas en aceite para la señora.

El chico sale de detrás del mostrador y va a buscarlas a las estanterías del otro lado. La mujer exclama:

—¡Pero si está lleno de ellas!

—No importa. Hay que prever que, por el momento, tal vez será difícil abastecernos de nuevo.

—¡Y yo que no tengo nada en casa! Me he portado como una tonta. Todo el mundo estaba al corriente de que iba a pasar algo... Hay vecinos que han comprado más de lo que podrán comer en un mes.

—No es necesario acaparar. Esta perturbación momentánea no justifica el miedo de la gente.

Guill, desde las estanterías, pregunta:

—¿Alguna otra cosa?

—Sí. —Mira la lista, pero después la dobla y vuelve a guardarla—. Más vale que me dé dos latas de cada cosa. ¿Eso lo podré hacer, no?

—Sí, dos latas de cada...

—Y arroz.

—Dos kilos, también, Ten.

La mujer prosigue:

—Y dos kilos de garbanzos. Lentejas también, ya veo que las tiene. Y cerdo...

El señor Llasat concreta:

—Embutido.

—Sí. Me pondrá un par de longanizas, un kilo de chorizo, otro de sobreasada...; Ah, y queso! ¿Tiene gruyere?

—Puedo servirle medio kilo.

—Pues medio kilo, entonces. Y también del de Holanda.

Los tres trabajan de firme, reuniendo latas, descolgando embutidos, cortando quesos. La mujer pregunta:

—¿No saben si hay alguna otra tienda abierta más abajo?

—No creo que haya ninguna en todo el barrio...

El señor Llasat pesa. Dice:

—¿Tomates en conserva, aceitunas, mermelada?

—Sí, también.

Guill descarga las latas sobre el mostrador, alarga las manos hacia los tarros. El señor Llasat advierte:

—Sólo dos de cada, también.

La mujer pregunta:

—Tendrá que hacerme un paquete.

—Naturalmente. Guill...

El muchacho coge tres papeles de embalar, de los más grandes y gruesos, y los coloca en el extremo del mostrador. El señor Llasat dice:

—Yo lo envolveré. —Y a la señora—: Si quiere, se lo hago llevar.

—No, no. Lo llevaré yo misma.

—Como usted quiera. Ter, las latas. —Y dirigiéndose al chico—: Guill, apunta.

Va tomando las latas de dos en dos, canta el importe y Guill, que ha cogido un trozo de papel de estraza, escribe cantidad bajo cantidad. La mujer va mirando a su alrededor en busca de alguna otra cosa apetecible.

—Los embutidos, Ter...

La chica se los va entregando a su padre. Guill, incansable, apunta las cifras que le cantan.

—Los tarros. —Alza la vista hacia la mujer—: ¿Melocotón y ciruela confitados?

—¡Sí, sí!

—Dos tarros de cada, Ter... —Continúa amontonando ordenadamente y comenta—: Le va a pesar mucho, señora...

La mujer echa una ojeada al paquete en formación.

—Quizá sí

—El chico se lo llevará.

Toma nota de la dirección, fuera del barrio. La mujer espera un poco y pregunta:

—¿Cuánto es?

—Ahora le contaremos. Guill...

Pero Guill ya está sumando la cadena de números. El señor Llasat comienza a empaquetar.

—Ter, trae el ovillo de cordel grueso; el que había aquí se ha acabado.

La chica pasa por detrás de él, hacia la trastienda. Guill, inclinado sobre el mostrador, dice:

—Son dos mil setecientos ochenta y dos.

—Deja que lo compruebe.

Cuenta rápidamente, de abajo a arriba. La chica vuelve con el cordel.

—Sólo quedaba este ovillo.

—Anota que hay que pedirlo. —Acaba de contar—. Está bien. Dos mil setecientos ochenta y dos... ¿Paga ahora, señora?

—Naturalmente.

Busca el portamonedas en los bolsillos. Saca de él otro más pequeño y lo abre. El señor Llasat ordena al chico:

—Acaba de hacer el paquete. —Suena el teléfono, colgado junto a la puerta de la tienda—. Ter...

—Ya lo he oído.

Guill coge el cordel, mide por encima la altura y la anchura del paquete, corta a la medida conveniente y hace una lazada. La mujer entrega unos billetes al señor Llasat.

—Cobre.

El hombre se desplaza hasta la caja registradora, que está al final del mostrador. Ter, en el teléfono, va diciendo:

—Sí, señora... Sí, señora...

Guill, con el cordel en la mano, empaqueta con presteza, con gestos precisos y expertos. Ter repite por quinta o sexta vez:

—Sí, señora... Buenas tardes.

Cuelga. El señor Llasat va devolviendo el cambio a la mujer.

—Ocho, que hacen noventa y diez que son cien... Ochocientas. Cien que hacen novecientas y cien... mil. A su servicio.

—Gracias. ¿Me lo llevarán pronto?

—Dentro de media hora lo tendrá. En el momento de cerrar... —Sale del mostrador, mientras la mujer guarda la vuelta y cierra después los dos portamonedas—. Ya lo sabe: si necesita cualquier cosa nosotros abriremos cada día.

—Lo tendré en cuenta.

Camina hacia la puerta y el hombre la acompaña hasta el umbral, donde se detiene.

—Buenas tardes, señora. O, mejor dicho, buenas noches. Y gracias.

—Sobre todo no se olvide de enviarme el paquete esta misma tarde.

—No se preocupe... —Después, entra, frotándose las manos, y, sin dirigirse a nadie en particular, dice—: Esta noche tendremos tormenta.

—Ha telefoneado la señora Glia, padre. Quiere jamón dulce, melocotón en conserva y una lata de calamares. Se lo tenemos que llevar.

—Haz un paquete, entonces.

Guill, que acaba de atar el bulto, lo coge y lo deja en el suelo. Cuando se incorpora, dice:

—Mi madre también me ha encargado unas cuantas cosas.

El señor Llasat le mira, se alza ligeramente sobre la punta de las zapatillas.

—Hace dos días que llevas cosas.

—Tenga en cuenta que no estamos los dos solos, que mi madre tiene huéspedes. —Se calla y murmura—: La policía...

Ter y su padre se vuelven. Un hombre uniformado, tras el cual se adivinan dos o tres más, asoma la cabeza por la puerta. El señor Llasat hace un ligero saludo con la mano. El individuo pregunta:

—¿Todo en orden?

El señor Llasat sonrío:

—Todo en orden, cabo. —Avanza hacia la puerta—. Mal día para patrullar.

El cabo se encoge de hombros.

—Nosotros, ya se sabe. Haga frío o calor...

El señor Llasat baja un poco la voz:

—¿Siguen tranquilas las cosas?

—Naturalmente. Dominamos la situación.

—Me alegro, me alegro de ello. Nosotros, los comerciantes, sólo queremos que todo marche bien. Los desórdenes no benefician a nadie.

El cabo asiente. Después, vuelve a saludar vagamente.

—Así es. Buenas noches.

—Buenas noches. —Se da la vuelta, todavía con una sonrisa y, dirigiéndose a Guill y a su hija, dice—: Es una suerte contar con ellos...

Ter, en la máquina, corta lonjas de jamón dulce. El muchacho, parsimoniosamente, va recogiendo latas, una de cada clase. El señor Llasat se da cuenta y, cejijunto, le mira.

—¿Qué haces?

—Cojo todo lo que me quiero llevar.

—No abuses. Si comenzamos todos a meter la mano, muy pronto nos quedaremos sin nada. Y ante todo, los clientes. —Repite, enfático—: Ya lo sabes: ante todo, los clientes.

El muchacho deja una lata con cierta brusquedad:

—Si tanto le molesta...

—No sea así, padre.

La cortina de la puerta se proyecta violentamente hacia adelante. El señor Llasat mira por encima del hombro, sin volverse del todo.

—¿Qué modales son esos? ¿Quieres arrancar la cortina?

Pero Nat no le hace caso, avanza rápidamente hacia el chico:

—Guill, tu novia...

Jadea, mientras Guill se aparta de las estanterías.

—¿Qué pasa?

—Está en el hospital...

Él la sujeta por el brazo, mientras Ter detiene la máquina.

—¿En el hospital?

—La han herido este mediodía... Había bajado a la fuente...

Ahora es Ter quien pregunta:

—¿Quién la ha herido?

—La policía. Se ve que querían llevársela a la comisaría...

El muchacho empieza a desabrocharse la bata, se enreda con los botones.

—¿Es grave?

—Le dispararon en el pecho y la abandonaron. Por suerte, unos vecinos la recogieron y...

—¡Y no me lo has venido a decir hasta ahora!

—No he podido escapar antes...

Guill da media vuelta, va hacia la trastienda, donde guarda la americana y la gabardina. El señor Llasat le detiene en seguida con un grito:

—¿A dónde vas?

—¿A usted qué le parece?

Desaparece al otro lado de la cortina de cañas, cuelga la bata de un zarpazo, toma su ropa y, mientras se viste, vuelve a salir. El señor Llasat se lamenta:

—No es razón para irse antes de la hora.

Él replica, agresivo:

—¿Qué haría usted en mi lugar?

El hombre rehúye una respuesta directa:

—En el hospital no te necesitan para nada. Para eso están los médicos y las enfermeras... Además, tienes que llevar antes el paquete de esa señora.

Él se pone la gabardina.

—¡Lléveselo usted!

—¡Guill! No te tolero...

—¡O que se lo lleven esos policías amigos suyos!

—Guill, una palabra más y...

Pero él sujeta a Nat por el brazo, y en su apresuramiento, casi le arrastra hacia la puerta.

—¡Vamos!

El señor Llasat levanta los brazos como para implorar el testimonio del cielo.

—¡Ha perdido el entendimiento!

El muchacho se vuelve a medias:

—Y mañana no cuente conmigo. ¡Me quedaré en casa como todo el mundo!

Y con un golpe seco, que hace vibrar los cristales, cierra la puerta.

6

—«Su informador también nos informaba a nosotros. Al menos, en parte... Pero ¿por qué les perdonó la vida?»

—«Eso no le interesa.»

Braciá, en el papel de Skuratow, ríe:

—«¿Lo cree usted así? Le diré...»

Clori Arnó, desde su taburete, colocado en un rincón del escenario, le corta:

—Un momento, Braciá... Hay que tener cuidado con esa risita. No es una risa espontánea, ¿entiendes? Es la clase de risa del hombre que se siente superior y que siempre cree tener razón... ¿comprendes?

—Me parece que sí. Despectiva...

—No del todo. Es decir, habitualmente despectiva... En el sentido de que forma parte del carácter, de la manera de ser del personaje. Expresa cierto menosprecio del cual, gracias a la costumbre, ha desaparecido toda malevolencia consciente. En realidad, es una risa que tiene más de un nivel y que, por lo tanto, tienes que matizar...

Braciá se vuelve hacia Ercal:

—Repitamos.

El otro, de pie al lado de la silla que ocupa el lugar en que el día del estreno habrá un catre, dice:

—«Eso no le interesa.»

Braciá modula su risita:

—«¿Lo cree usted así?» —Se vuelve hacia Clori—. ¿Ha salido mejor ahora?

El muchacho sólo hace un gesto afirmativo, un tanto inseguro, y Braciá prosigue:

—«Le diré por qué. Por una idea se puede matar a un gran duque, pero es difícil que se pueda llegar a matar chiquillos.»

Clori grita:

—¡Niños!

—«...Es difícil que se pueda llegar a matar niños. Eso es lo que usted ha descubierto. Entonces, se plantea una cuestión: si por una idea no se puede llegar a matar niños, ¿vale la pena sacrificar por ella un gran duque?»

Ercal hace un gesto, pero el otro se precipita:

—«¡Oh, no me conteste, no me conteste! Ya contestará a la gran duquesa.»

—«¿A la gran duquesa?»

—«Sí, le quiere ver. He venido sobre todo para asegurarme de que esta conversación era viable. Lo es. Y hasta es posible que le haga cambiar de opinión. La gran duquesa es cristiana. El alma, ¿comprende?, es su especialidad.»

—«No la quiero ver.»

—«Lo siento, ella insiste. Y, bien pensado, usted le debe cierta consideración. Además, dicen que, desde la muerte de su marido, ya no es la misma de antes. No la hemos querido contrariar.» —Se mueve hacia uno de los lados—. «Si cambia usted de parecer, no olvide mi promesa. Volveré.» —Escucha brevemente—. «Ya está ahí. Después de la policía, la religión. Decididamente, los mimamos.

Pero todo está relacionado. Imagínese a Dios sin las prisiones... ¡Qué soledad!»

Sale entre las dos sillas que simulan una puerta y Clori grita:

—¡Griselda!

Todos buscan con la mirada.

—¿Dónde puñeta se ha metido esa muchacha? ¡Griselda!

Diana, sentada en el fondo, replegada sobre sí misma como un gato, dice:

—Todavía no ha venido.

Clori se levanta impetuosamente:

—¡No ha venido! ¡Es inútil que yo dé órdenes! ¡A las cinco todo el mundo aquí! Pero que si quieres... Si no es el uno, es el otro...

Braciá se abotona la americana.

—A lo mejor la han detenido por la calle.

—¿A ella? ¿A la hermana de uno de esos esbirros?

—Si te oye...

—¡Que me oiga! Aquí, todo el mundo hace lo que le da la gana, no hay ninguna clase de disciplina...

Ercal propone:

—Podríamos descansar un rato. Hace dos horas que le estamos dando...

—¡Dos horas! —exclama Clori. Hurga en sus bolsillos, se traba los dedos en un descosido—. A ver, ¿quién tiene tabaco?

Beral, desde encima del piano, donde se ha sentado con gabardina y todo, dice:

—¡Toma y calla!

—Y así todos podéis holgazanear, ¿verdad? —Coge el paquete y saca un cigarrillo—. Hace diez días que dura esto y nada, todavía no habéis empezado ni a sospechar qué clase de personajes encarnáis. ¡Son seres de carne y hueso, carajo! De hueso sobre todo. ¡Pero nadie lo diría! Os sale una cosa invertebrada...

Mueve los dedos de la mano libre, uniéndolos y separándolos nerviosamente. Beral dice:

—Fofa.

—Eso es, fofa, blanda... —Entonces se vuelve al otro—: ¿Pero qué? ¿Te estás burlando, no?

Diana, desde su sitio, se ríe. Golpea el suelo con los pies.

—¡Es que no creéis en ella!

Ahora protestan todos, y Garçon, que se estaba cortando las uñas, cierra las tijeras.

—Hace dos años que empezamos a hablar de esta obra. Nosotros, Omia y yo...

El director bracea como un náufrago.

—¡No me has entendido, no me has entendido! Quiero decir que no creéis que llegaremos a estrenarla.

—¡Yo, sí!

Braciá, en cambio, dice:

—Yo no. Sois demasiado optimistas.

El director, que tiene una cerilla en la mano, le corta con un gesto rápido.

—Perdona. Éramos optimistas hace diez días, cuando empezamos a ensayar...

Hace estallar la cerilla contra el raspador de la caja y enciende. Braciá suelta una risita.

—¿Optimistas? Temerarios, querrás decir. Porque todo el mundo hablaba, hablaba...

El director deja caer la cerilla, la aplasta con el pie.

—Los hechos lo han justificado. Tuve una especie de premonición.

—Muy bien, pero la situación no es clara. Nadie nos garantiza que Domina se cagará en los calzones. Esta especie de manifestación pasiva...

Beral, desde el piano, precisa:

—Yo más bien lo llamaría un acto comunitario de desobediencia civil...

—LLámalo como quieras. Pero yo todavía no he visto nunca que esta clase de actos tengan resultados positivos. Y si Domina no revienta, no habrá representación.

Desde el patio de butacas, una voz de muchacha pregunta:

—¿Que no habrá representación, dices?

Todos se vuelven hacia aquel lado, y Clori Arnó grita:

—¡Ya era hora, Griselda! Me parece que dije a las cinco... Si me equivoco, corregidme...

Pero Ercal pregunta:

Ella se mira el impermeable y en seguida se quita el pañuelo de plástico con el que se cubre la cabeza.

—Ya hace rato.

Camina a lo largo de la primera fila de butacas, sube los escalones que llevan a los palcos y, doblando a la izquierda, desaparece un momento, antes de entrar en el escenario.

Clori dice:

—Bien, ahora ya estamos todos.

Diana, siempre encogida, contesta:

—Faltan Brau y Ornia.

—Estaban aquí... —Mira hacia todos los lados y, seguidamente, hacia el patio de butacas, perdido en la oscuridad—. ¿Dónde coño se habrán metido? ¡Brau! ¡Ornia! —Se dirige a la muchacha—: ¿No les has visto en el bar?

—Allí no había nadie. ¿Pero qué es eso que decía Braciá de que no habría representación?

El aludido se levanta las solapas de la americana.

—¡Qué frío hace aquí! Siempre pasa aire... —Y a la chica—: Se ve que no lo has oído todo. He dicho que no habrá estreno si el Juez no salta.

—Eso ya lo sabíamos.

—Es que, por lo que parece, no saltará.

Beral, encima del piano, se incorpora un poco.

—Tú tienes que saberlo, Griselda. ¿Qué dice tu hermano el policía?

—Gonal no dice nada. Hace dos días que casi no le vemos por casa.

Griselda se quita el impermeable.

—Pero, carajo, una cosa u otra...

Braciá matiza:

—Bien mirado, un simple policía no puede saber nada. Hace lo que le mandan y no pregunta.

—Pero es un hombre, ¿no? Debe de pensar algo.

Griselda se acerca a una de las sillas y cuelga en ella el impermeable.

—Si lo piensa, se lo guarda para él. De todos modos, nunca ha sido muy comunicativo.

Diana se va desenroscando, abandona su rincón.

—Siempre me ha parecido extraño que fueses hermana de un poli.

Griselda suelta una risita, se encoge de hombros.

—No es culpa mía. En casa, cada uno piensa a su manera.

Clori tira el cigarrillo y, como había hecho con la cerilla, aplasta con el pie la colilla encendida.

—¿Os parece bien si seguimos? No hacemos más que perder el tiempo.

Ercal pregunta:

—¿Vas a tenernos muchas horas aquí?

—¡Las que haga falta!

—Pues acabaremos todos congelados. Si al principio hubiese pensado en que todos estos escenarios son una pura corriente de aire... ¡Y que nunca sabes de dónde viene!

—En lugar de charlar tanto, valdría más que me buscaseis a ese par. Mientras tanto, podemos repasar tu escena, Griselda.

Ercal protesta:

—Si quieres que busque a esos, ¡no sé con quién la va a hacer!

Braciá se mete las manos en los bolsillos.

—Ensayamos demasiadas horas. Cualquiera diría que es para mañana.

—Para mañana no, pero tal vez para muy pronto. Quiero que sea el primer estreno después de la caída de Domina.

—Si no le das un empujón...

—Eso está haciendo la ciudad entera. ¡Hala, manos a la obra!

Ercal insiste:

—¿Busco a ese par o no?

—No... Diana, guapa, tú que tienes tanto frío... Si te movieras un poco quizá se te pasaría... A ver si me los encuentras. Seguro que están haciendo cochinas en algún rincón...

Diana, con un suspiro, se envuelve bien en el amplio abrigo, echado sobre los hombros.

—Está visto que, en esta compañía, hay que hacer un poco de todo.

Clori se vuelve hacia la otra chica.

—Vamos, Griselda. Tú, Ercal, a tu sitio... A ver, Braciá, tú mutis...

Los dos se sitúan dentro de las sillas que indican la puerta; Ercal cerca de la tercera, colocada algo más adentro.

—¿Empiezo?

El director asiente, retrocediendo hasta el piano, en el cual se recuesta al lado de los pies de Beral.

—«Después de la policía, la religión. Decididamente, los mimamos. Pero todo está relacionado. Imagínese a Dios sin prisiones... ¡Qué soledad!».

Sale entre las dos sillas y Griselda, que estaba esperando, se adelanta lentamente, mirando al director.

—¡Ahora!

La muchacha se tapa la cara con las manos, penetra en la imaginaria celda, dentro de la cual se queda inmóvil, sin hablar. Ercal se humedece los labios, la mira.

—«¿Qué quiere?»

Garlón, desde el otro lado, interrumpe:

—Ese «qué quiere» siempre me ha parecido incorrecto.

—¿Por qué? ¿Tal vez dirías «qué desea»? ¿Como si le quisiera vender algo?

Todos ríen, excepto Garlón.

—No es eso. Quizá sería mejor preguntar: «¿Qué se le ofrece?»

—La gente no habla de esa manera. Esto no es un libro. Es una obra de teatro que debe ser vivida. —Hace chasquear los dedos—. A ver, el texto...

—El traductor ha escrito «qué quiere».

—Sería mejor consultar el original...

—¿Lo tienes?

—No, yo no.

Clori deja la copia sobre el piano.

—¡Adelante, sigamos!

Griselda se levanta de nuevo, se tapa la cara y Ercal repite:

—«¿Qué quiere?»

Griselda le muestra el rostro.

—«Mira... Muchas cosas mueren con un hombre.»

—«Lo sabía.»

—«No, los asesinos no lo saben. Si lo supieran, ¿cómo podrían matar?»

Ercal desvía la mirada.

—«Ahora ya lo he visto. Quiero quedarme solo.»

—«No, yo también te quiero mirar.»

Ercal retrocede un poco y Griselda se sienta, mientras en el fondo de la sala se alzan unas voces.

—«Ya no me puedo quedar sola. Antes, si yo sufría, él lo podía ver. Entonces, sufrir era...»

—¡Clori!

El director se separa violentamente del piano y da una patada en el suelo.

—¿Qué coño pasa?

Se adelanta en primer término y todos tratan de perforar la oscuridad del patio de butacas. Diana grita:

—Aquí hay un joven...

—Bueno... ¿Quién es?

Salta del escenario y camina hacia los palcos, donde sólo se ve a la muchacha, inclinada hacia adelante.

—Dice que no se puede mover...

Beral deja el piano, salta también abajo y todos los demás le siguen apresuradamente por la escalera lateral. Clori, ya cerca de la chica, le pregunta:

—¿Dónde está?

—Aquí...

El muchacho está sentado en el suelo, entre las sillas, y les mira con unos ojos que expresan sufrimiento. Clori alza las manos y se sujeta las solapas.

—¿Qué significa esto?

El otro explica:

—No puedo andar.

—¿Está herido, acaso?

—Creo que me he roto la pierna.

Trata de incorporarse con ayuda de las sillas. Y Beral, detrás del director, pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Pero Clori se agacha hacia una silla y recoge un gran paquete de papeles que hay sobre ella. Después se incorpora y lo desata. Todos miran, y Braciá alarga los dedos para tomar uno. Las letras son lo bastante grandes para que pueda leer:

ES MUY SENCILLO: QUEDAOS TODOS EN CASA

—¿Estaba repartiendo estos papeles?

El otro dice que sí con la cabeza. Después, habla:

—Me descubrieron y me perseguían.

—Pero usted es un asno... —Se domina y, soltando los papeles, cambia el tono de la voz—. Quiero decir que los podría haber tirado en una boca de alcantarilla.

—No pensaba en nada... Perdí la cabeza. Eché a correr y nada más.

Garlon se interesa:

—¿Y cómo ha podido entrar?

—He visto que estaba abierto. No había nadie... Entonces fue cuando me rompí la pierna. Miraba el bar y no vi las escaleras. Me caí...

De repente, Ercal abre desmesuradamente los ojos:

—¡Seguramente le han visto entrar! ¡En seguida tendremos aquí a la policía, Griselda!

El director levanta la mano y proyecta dos dedos hacia adelante.

—¡No nos precipitemos!

El hombre declara:

—No me ha visto nadie. Hace más de media hora que he entrado... Ya habrían venido.

Se da cuenta de su ropa arrugada y sucia, y restriega las puntas de la americana.

—Me he tenido que arrastrar por el suelo...

Clori se inclina, alarga la mano.

—A ver esa pierna... Vosotros, alumbrad.

Arden dos encendedores y una cerilla. El hombre se arremanga los pantalones hasta la rodilla y todos se apiñan alrededor de él para verle la pierna. El director la palpa.

—¡Se sale un hueso!

Ercal murmura:

—Claro, el que se ha roto.

—No sé si es la tibia o el peroné, siempre los confundo. Si Fama estuviese aquí...

Braciá avanza un poco.

—A ver. Para eso, no necesitamos a tu mujer. Todo el mundo sabe distinguirlos.

—Entonces es que me olvido de cuál es cuál.

Braciá se inclina, pero en ese momento los dos encendedores se apagan. En la oscuridad, toca la pierna y decide:

—La tibia.

Uno de los encendedores vuelve a iluminar la escena, mientras el otro chasquea inútilmente.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Si encontrasen un taxi, podría llevarme a casa.

—¿Un taxi? Ahora que lo pienso, no he visto ninguno en todo el día. Deben estar también en huelga.

Todos se consultan, un tanto perplejos. El director pregunta:

—¿Vive lejos?

—Sí, en el barrio de Guiña.

Él se rasca la barbilla.

—Y ninguno de nosotros tiene coche...

Griselda, por encima de su hombro, propone:

—Podríamos robar uno. Ahí fuera he visto varios parados.

—¡No digas tonterías!

Todos la miran reprobadoramente, pero ella aún insiste:

—Os aseguro que se podría hacer.

Garlón se interesa:

—¿Y con qué llaves lo abrirías y lo harías funcionar?

—No es difícil. Un día, mi hermano me explicó cómo se hacía.

El director se vuelve del todo hacia ella:

—¿Y tú robarías un coche?

—Sí. ¿Por qué no? —Les consulta a todos con una ojeada—. ¿Qué os parece?

Los demás se encogen de hombros, excepto Diana.

—Sería muy divertido.

—No se trata de divertirse.

El hombre adopta una posición más cómoda y murmura:

—Sería expuesto...

—Más expuesto es lo que tú has hecho. Por cierto, ¿de dónde salen esos papeles? Siempre he tenido curiosidad...

El otro no se hizo rogar:

—Los he impreso yo mismo. Soy impresor.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé... Supongo que he querido contribuir con mi grano de arena...

Baral, desde detrás del grupo, reflexiona:

—Sin embargo, es curioso... He aquí un hombre que imprime y reparte literatura subversiva y lo confiesa con esa tranquilidad a un montón de desconocidos... Y he aquí que ese montón de desconocidos lo encuentran natural y, unánimemente, se disponen a ayudarlo...

—¿Y qué de particular tiene eso? No veo que...

—Sí, hombre. Quiero decir que Domina, durante estos quince años, ha conseguido una cosa: unimos a todos contra él, sean cuales sean nuestras ideas.

—No me dices nada nuevo.

Pero él prosigue:

—Y unirnos hasta tal punto que estamos dispuestos a correr el riesgo de que nos detengan... Lo digo por el coche...

Clori se vuelve a Griselda:

—A mí sólo me preocupa que tengas que hacerlo tú. Parece algo más propio de un hombre...

—¿Por qué? ¡Qué tontería!

—De todas maneras, yo te acompañaré. Entre dos... Puedo vigilar, ¿te parece bien?

Ella lo acepta y el director se dirige a los demás:

—Vosotros le llevaréis hasta el vestíbulo y nos esperaréis allí dispuestos a salir en cuanto llegue ella con el coche...

El hombre insinúa una protesta.

—No me gusta que se expongan por mí...

—No se preocupe. Como ha dicho Diana, ¡incluso es divertido! — Toma a Griselda por el brazo—. ¿Vamos?

Los demás se apartan un poco y ellos dos, por detrás de los oscuros palcos, se dirigen al vestíbulo. Al llegar cerca de la puerta, Clori pregunta:

—¡Oye! ¿Sabes conducir?

—¡Claro que sí!

—No tan claro, porque yo no sé.

—Tú eres una persona salida de la más remota antigüedad.

—Quizá sí. De todos modos, hay muchos así.

Cruzan por delante del bar, desierto y apenas iluminado.

—Le tendrás que llevar hasta su casa, porque me parece que con esa pierna no le podemos entregar el coche.

—Le llevaré. No me importa.

Él se detiene a medias.

—Sólo me fastidia por la escena de la gran duquesa...

—Mañana te quiero ver aquí a las cinco en punto. ¡La primera de todos!

Empuja la puerta de la calle, le cede el paso y ambos salen a la entrada, donde les reciben los carteles y las fotografías clavados por todas partes en las paredes, perdidos en la sombra de las columnas que limitan la penetración de la luz del farol que se levanta en la otra acera de la calle. La puerta enrejada, de acordeón, sólo está abierta dos palmos. La muchacha dice:

—Qué suerte, ya no llueve.

Él se detiene.

—Te has dejado el impermeable. Y esta tarde supongo que ya no volverás...

—No, será demasiado tarde. Trataré de encontrar uno.

—¡Espera! —Corre hacia el interior, cruza el vestíbulo y, desde la puerta interior, grita—: ¡Diana! ¡Recoge el impermeable de Griselda y tráelo cuando salgáis!

Muy cerca de él, una voz dice:

—No grites tanto, hombre; estamos aquí.

Entonces distingue al grupo, con Ercal y Braciá transportando al hombre, al que hacen la silla de la reina.

—Bien. ¿Me has oído, Diana?

Y sin aguardar la respuesta, retrocede, corre de nuevo por el vestíbulo. La chica sigue al lado de la puerta enrejada.

—Te lo traerá Diana. Vamos. —Se levanta las solapas de la americana y se restriega las manos—. ¡Qué frío, chica!

—Es la humedad.

Caminan, muy decididos, calle arriba. A lo lejos, suena un claxon, pero después todo vuelve a quedar en silencio.

—Nunca había visto una calle tan solitaria.

Pero él ya señala hacia la otra acera, más adelante.

—¿Éste?

—No, será mejor que vayamos más lejos.

Continúan avanzando, rápidos y encogidos, y los pasos de la muchacha repican agudamente sobre los adoquines, donde despiertan una serie de pequeños ecos que se prolongan por la calle arriba. Los faroles, muy espaciados, producen un resplandor vacilante, turbio, amarillento, que persigue sus siluetas con unas sombras difusas que avanzan y retroceden y se encabalgan entre ellas sin continuidad.

Clori coloca una mano sobre el brazo de la chica y se detiene. Han llegado a la esquina.

—¿Uno de éstos, quizás?

Entre veinticinco y cincuenta metros hay dos coches inmovilizados al borde de la acera, con las luces apagadas. Ella echa un vistazo arriba y abajo, y no ve a nadie. Entonces dice:

—Cogeré el segundo.

—¿Estás segura de que lo sabrás hacer?

—Ya lo verás.

Él se adosa un poco más contra el ángulo de la esquina.

—Te espero aquí. Si viene alguien, silbaré.

La muchacha asiente con la cabeza y acto seguido avanza calle abajo, con el cuerpo algo encorvado y los brazos muy pegados a las caderas. Él la acompaña con la mirada, echa después una breve ojeada a todos los lados y se aplasta más contra el saliente del edificio.

Cuando vuelve a mirar, la muchacha ya se ha detenido junto al coche y la ve inclinada sobre la portezuela. Retiene la respiración, cierra los puños dentro de los bolsillos pero luego sonrío y su cálido aliento se materializa al momento en forma de nubecilla blanca.

—¡Lo ha hecho!

Griselda acaba de desaparecer dentro del coche, pero él espera hasta que oye roncar el motor. Inmediatamente se vuelve y echa a correr hacia el teatro.

Diana, con el impermeable y el pañuelo de plástico en la mano, aguarda detrás de la abertura de la puerta.

—¿Ya está?

—Sí. ¿Dónde están?

Pero al mirar hacia adentro ve que Garlón, cerca de la puerta que lleva al vestíbulo, le sonrío.

—¡Hala!

Se vuelve hacia afuera y él y Diana presencian el avance del coche, que marcha sin luces. Con una precisión casi matemática se detiene de tal manera que la portezuela coincide con la abertura de la puerta acordeonada. Él abre más ésta al oír que sus compañeros se acercan y, seguidamente, se aparta hacia un lado para dejar libre el paso.

Diana ha abierto la portezuela del coche y lanza el impermeable y el pañuelo sobre la falda de Griselda.

—¡Ten cuidado!

Braciá y Ercal miran furtivamente arriba y abajo, pero Clori dice:

—¡Rápido! No hay nadie.

Se inclinan hacia el interior del vehículo y el muchacho de la pierna rota se apuntala con las manos antes de dejar caer todo el cuerpo en el asiento. Ercal pregunta:

—¿Voy yo, también?

El director deniega con un gesto casi inquieto, y agacha la cabeza hacia el cristal abierto.

—Magnífico, Griselda. —Se incorpora y cruza dos dedos—. ¡Suerte!

Los otros cierran la portezuela y el coche, preciso y suave, arranca casi sin ruido. Clori se vuelve hacia los demás compañeros:

—¡Hala, vosotros a trabajar! Por hoy, ya hemos hecho bastante el gandul...

7

El metro, en el cual viaja una docena escasa de pasajeros, se detiene delante de Cara y el conductor la observa con una mirada que parece una invitación a subir al coche. Hasta el encargado de las puertas espera un poco, por si ella se decide, pero al ver que no se mueve del banco lanza un toque de silbato, cierra y se queda inmóvil detrás de los cristales, mientras el vehículo arranca de nuevo.

Cara continúa sentada y mira, a su alrededor, el andén desierto al que, durante los seis o siete últimos minutos, no ha bajado ni una sola persona. En el otro extremo, el jefe de estación se ha metido en la pequeña jaula de cristal de la taquilla y pega la hebra con la rubia oxigenada y robusta que despacha los billetes. De vez en cuando, dirigen una mirada a la muchacha.

Ella se desabrocha la gabardina, por cuya tela impermeable se escurren las gotas de agua. Después, consulta el reloj. Ahora ya sólo faltan unos segundos para las nueve; su espera se acaba.

Para matar el tiempo se mira las botas de agua, negras y brillantes, excepto en la parte del tacón, donde han sido salpicadas por el fango. Inclínada hacia adelante, lo rasca con la uña, pero el lodo es demasiado blando y no salta, sino que se extiende aún más.

Echa una nueva ojeada al reloj, ya impaciente, y observa que no coincide del todo con el de la estación, ligeramente adelantado. Entonces se levanta, inicia un paseo por el andén, se asoma afuera, hacia las vías, y atisba túnel arriba. Otro tren ha salido ya de la estación anterior y ella contempla el lento avance de la luz, una

estrella lejana que, poco a poco, se dilata y precipita sus focos contra las paredes blancas.

Maquinalmente, vuelve a abrocharse la gabardina, se aparta un trecho, andén adentro y entonces el ruido del tren restalla por las bóvedas embaldosadas y los frenos muerden las ruedas con un chirrido contenido y aceitoso. Cuando la puerta se abre, Cara se precipita al primer coche.

Casi está vacío. Sólo logra ver a dos mujeres, una de ellas con un hatillo, sentadas en el otro extremo; un hombre de edad, mal vestido y con un paraguas excesivamente grande, y un muchachito que se apoya en una de las barras centrales. Al lado de la segunda puerta hay un hombre joven vestido con una delgada gabardina blanca toda ella manchada por el agua, y la cara protegida por un sombrero de ala ancha que oculta sus ojos. Ella no le reconoce hasta que avanza a lo largo del coche. Es Pau.

Avanza también, presurosa, con los labios entreabiertos por una sonrisa inquieta, y los dos coinciden bajo la bombilla introducida en un soporte blanco.

—Pau...

Él la toma del brazo, sin pronunciar palabra, y la conduce hacia el refugio de una puerta, opuesta al lado de la salida. Hasta entonces no dice:

—Veo que te han dado mi recado...

Cara continúa mirándole con inquietud.

—¿Qué ha pasado? No sabía si venir o no venir... Cuando me dijeron que habías telefoneado y que querías que tomase el primer metro que pasase por esta estación después de las nueve, creí que

era una broma. —Le toca las solapas de la gabardina—. ¿Cómo no llevas el uniforme? Estás todo mojado...

Él se mira distraídamente la ropa empapada, inclina un poco más el sombrero sobre los ojos y, muy bajo, dice:

—Me he largado del cuartel.

Ella ahoga una exclamación de sorpresa; cierra el puño y aprieta los nudillos contra los labios.

—Pero ¿por qué?

El muchacho mira a un lado y a otro del coche casi desierto.

—Supongo que sabes lo que está pasando...

—Sí, pero vosotros...

—Nos han acuartelado y dicen que mañana saldremos a la calle.

—¿Saldréis? ¿Para qué?

—Según parece, nos harán colaborar con las brigadas de choque... Pero nadie sabe nada con certeza.

Ella baja aún más la voz y comenta:

—Y te has escapado...

—Sí. No quiero hacer de verdugo. Pero no creas que soy yo el único. Nos hemos escapado todo un grupo; hemos saltado la tapia con uno de los centinelas, que también quería irse.

La muchacha le aferra por la gabardina, se aprieta fuertemente contra él.

—¿Y si te cogen?

—Me fusilarían, naturalmente.

Ella humilla la cara, le roza con los cabellos ablandados por la humedad.

—¡Oh, Pau, Pau...!

El muchacho la aparta un poco.

—Te mojarás.

Pero Cara continúa aferrada a su cuerpo y, transcurrido un momento, él le explica:

—No me cogerán. Por suerte, un cabo tenía todavía el traje de paisano y esta gabardina. Se lo he comprado. Los otros, salvo uno, han tenido que huir con el uniforme.

La muchacha levanta de nuevo la cabeza en el momento en que el tren se para en la estación siguiente.

—¿Sabes que la policía pide la documentación a todos los que encuentra por la calle?

—Por eso te he pedido que vinieses en metro. —Observa el único pasajero que sube, una mujer, y vuelve a desviar los ojos—. Lo que no me esperaba es que estos trenes estuvieran tan vacíos...

—Casi todo el mundo se ha quedado en casa.

Las puertas del vehículo se cierran con un rumor de sorbete y los dos callan hasta que ella repite:

—Te has escapado...

—No me quedaba otro remedio, Cara.

—¿No podías esperar hasta mañana, a ver lo que pasa?

—Entonces ya habría sido demasiado tarde. ¿Te habría gustado verme al lado de la policía, deteniendo a la gente u obligándola a volver al trabajo, como dicen que han comenzado a hacer?

—No, claro que no...

—¡Entonces! Otro y yo queríamos que escapase toda la compañía. Hicimos correr una especie de consigna, pero la mayoría tenía miedo... ¡Siempre el miedo! A pesar de todo, somos unas tres docenas los que hemos tomado el portante.

Ella se muerde los labios, escasamente interesada por los otros. Después de un momento, pregunta:

—¿Y qué vas a hacer ahora?

El muchacho inicia un movimiento de hombros, pero no lo completa.

—En principio había pensado en mi primo Orestes... Pero vive en una casa de huéspedes y no sé qué clase de gente habrá allí. Al pueblo, con mis padres, tampoco puedo ir; será el primer lugar donde me busquen.

—Y un hotel tampoco me parece indicado...

—No.

Ella murmura:

—¡Dios mío, Dios mío!

Pau pone una mano sobre su hombro, le sonrío:

—No te preocupes. Si conviene, puedo pasar la noche aquí mismo, en el metro.

—¡Si cierran a las dos!

—Ya lo sé. Me puedo esconder en algún rincón. No será difícil, ya lo verás.

—Pero es que después de esta noche viene mañana, y el otro... Nadie sabe cuántos días puede durar esto, ni cómo acabará. ¡Si al menos los metros llevasen más gente! Pero ya lo ves. Y quizá también acaben haciendo huelga...

El dice, con una voz súbitamente débil:

—Encontraré una solución u otra.

—¿Cuál? No estarás seguro en ninguna parte. Ni aquí lo estás. En cualquier estación puede entrar un policía y... —Casi llora y él le acaricia los cabellos con mano tierna; ella trata de proseguir—: Si te pasa algo... —La voz se le quiebra de nuevo, pero acto seguido sus dedos se cierran sobre el brazo de Pau. Y entonces Cara levanta la cabeza con un gesto decidido y los ojos se le alegran un poco—: ¡Ya sé lo que vamos a hacer!

El espera hasta que el coche se detiene en otra estación, y la muchacha mira al exterior.

—¿Dónde estamos?

—En Sitat

Cara le coge una mano.

—¡Bajemos!

—¿Por qué?

Pero ya la sigue hacia las puertas que se acaban de abrir y, detrás del viejo del paraguas, salen al andén, donde sólo descubren a una mujer con un niño que suben por otra puerta.

—¡Ven!

Caminan hacia las escaleras, apresuradamente, y dejan atrás al viejo. Mientras suben, Cara explica:

—Vendrás a casa.

Pau modera el paso, va a detenerse, pero ella aún le tiene cogida la mano y le obliga a continuar subiendo.

—¿Y qué le parecerá a la familia de ese tranviario? No es tu casa, vives realquilada...

—No se enterarán. —Por el puente superior, cruzan a la otra acera—. Cuando lleguemos al piso, ya estarán durmiendo, porque Boni se levanta muy temprano... ¡Corramos!

Se precipitan escaleras arriba, detrás del tren que desemboca del túnel.

—No te caigas...

Se suelta de su mano y la sujeta por el brazo, sin dejar de correr. El metro se detiene con un pequeño rechinamiento metálico. Alguien más, que entra por la escalera central, corre también, y todos penetran en el vagón bajo la mirada amistosa del encargado de las puertas que ya se está metiendo el silbato en la boca.

—Bajaremos en Calab, que queda más cerca de casa...

Respira fuertemente y se recuesta en la puerta del otro lado. Él, con la respiración también agitada, comenta:

—No me has dado tiempo de decir sí o no...

Cara no le escucha. Explica:

—Ni se enterarán de que estás allí. No entran nunca en mi habitación, porque yo misma hago la cama y la limpieza.

—A pesar de todo... Eso no está bien, Cara. Les podemos comprometer.

Ella, decidida, dice:

—Me interesas más tú que ellos.

—Pero es un abuso.

Ella le coge las manos, le mira desde muy cerca.

—¿No lo harías tú por mí?

—Es diferente.

—¿Por qué? ¿Crees que por un pequeño escrúpulo me voy a exponer a que te pase algo malo? ¿No has dicho tú mismo que si te cogen te fusilarán?

—Es lo más probable.

Los dedos se insinúan por debajo de la manga demasiado ancha de la americana que lleva debajo de la gabardina, y le oprime la carne.

—¿Y quieres que eso ocurra? ¿Me vas a dejar sola?

—Cara...

Con la otra mano le rodea la cintura mientras el tren entra en la soledad de la estación.

—No quiero que te pase nada. Yo... —Se aprieta contra él, casi con violencia—. Haría cualquier cosa por ti, Pau.

Él asiente con la cabeza, desvía la mirada hacia el cristal, donde se refleja la otra puerta, que ya se está cerrando.

—Quizá no debería haberme marchado del cuartel.

—¡Sí, Pau, sí!

—Sólo te traeré complicaciones.

—No importa. De momento, me desconcerté. Pero has hecho bien en irte. Yo también lo habría hecho. Esta vez tenemos que ganar...

Él se anima, su expresión se endurece.

—Ganaremos, Cara. Ha empezado todo tan bien... Ya están asustados. Cuando quieren sacar los soldados a la calle, es señal de que ya no saben qué hacer.

—Y sólo es el primer día.

—Y sólo es el primer día. ¿Tampoco habéis trabajado en tu oficina?

—Si todos han cumplido lo que acordamos ayer, no. Y en nuestro barrio he visto que casi nadie había abierto.

—¿Cómo andáis de comida?

—Los Boni, un poco justos. Pero ellos siempre van justos. Con lo que gana Sam...

—¿Y tú?

—Me he preparado.

Él tuerce la cabeza.

—Pero sólo para ti, naturalmente. No podías prever...

—Nos arreglaremos, no te preocupes.

Pau se queda silencioso durante unos momentos, mira coche adelante. Hasta que dice:

—Hay muchos inconvenientes... Hemos de pensar en el dormir, también. —Le busca los ojos con los suyos—. ¿No se te había ocurrido?

La muchacha, muy seria, le devuelve la mirada:

—Sí, se me ha ocurrido.

Pau espera, pero al ver que ella no prosigue, dice:

—¿No querrás que durmamos juntos?

—¿Por qué no?

El muchacho le toma las manos, las aprisiona entre sus dedos anchos y fuertes.

—¿Lo dices de veras?

—Sí.

Él traga saliva, casi desconcertado.

—Tú, tan... remilgada...

—Ahora es diferente. —Suelta una mano y juguetea con un botón de su gabardina, pero continúa mirándole—. No sabemos lo que puede pasar. Podemos perder, nos pueden separar... Desde ahora, hemos dejado de vivir una vida normal. Por eso veo las cosas de otra

manera, por eso... —Se mira los dedos, sorprendida—. ¡Ay, te he arrancado el botón!

—¿Qué más da? Estás nerviosa, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Tienes miedo?

—No, no es exactamente miedo.

Las luces de la estación se confunden con las luces del tren, que aminora la marcha. Él la coge por el brazo.

—Ya estamos.

Avanzan hasta la puerta, ante la cual esperan unos segundos, hasta que el doble batiente se desliza hacia los lados:

—¿Por dónde salimos? ¿Por Calab?

—Sí. Queda más cerca.

No hay nadie en todo el andén. Y ellos caminan cogidos del brazo bajo los tubos de neón que dan una tonalidad enfermiza a sus caras. Al pasar por delante de la taquilla, la muchacha desconocida que está sentada detrás de los cristales les saluda con una sonrisa inconsciente. Después les recibe el aliento frío y húmedo que se cuela por las puertas mal cerradas.

—Todavía llueve.

—Mejor, así es más fácil que no nos tropecemos con nadie.

La muchacha se pone la capucha en la cabeza.

—¿Te refieres a la policía?

—Sí.

—Ellos van en coche. —Le detiene con un gesto de la mano—. Espera. Primero saldré yo.

—Está bien. Anda.

Sube rápida, sin tocar siquiera la barandilla, e inmediatamente el goteo se abate sobre la capucha y los pies chapotean en los pequeños charcos de los escalones desigualmente gastados por los pasos de los viajeros.

Arriba, se detiene, mira hacia todas partes y deja que pase velozmente un coche que se dirige hacia el centro de la ciudad. Entonces se vuelve, hace un movimiento con el brazo.

—¡Ven!

Él sube los escalones de tres en tres, indiferente a la lluvia que le lame la cara y le empapa los pantalones por debajo de la gabardina entreabierta.

—Corramos...

—Llueve mucho...

Cogidos de la mano, pero con los cuerpos separados, cruzan la calzada y se precipitan hacia el refugio de las casas, bajo la protección de los balcones.

—¡Nos quedaremos calados hasta los huesos!

Echan a andar por la empinada calle, cuyo asfalto brilla extrañamente bajo la lluvia. Pero en seguida acortan el paso, porque una camioneta surge del cruce de más arriba y gira hacia el otro lado, donde se detiene. Los dos se consultan con la mirada.

—¿Son ellos, verdad?

—Sí, creo que sí.

—Podían haber esperado un poco...

La camioneta arranca de nuevo y, contra dirección, recorre el círculo comprendido entre las cuatro esquinas. Los potentes faros barren enérgicamente la calle.

—¿Nos habrán visto?

—No lo sé...

La arrastra hasta el portal más próximo y alarga la mano hacia el pomo de metal negro, pero la puerta no cede y al otro lado de los cristales todo está oscuro.

—¡Ya han cerrado!

Pero ella mira hacia arriba.

—¡Bajan!

—¡Malditos!

Se adosan los dos al amplio saliente, mezclando sus alientos nerviosos y sus humedades. Ella cuchichea:

—Quizá no se den cuenta...

Acecha de nuevo calle arriba, y él asoma la cabeza por encima de ella. La camioneta ha parado otra vez en la esquina, pero ahora en la de este lado. La chica dice:

—Han apagado los faros.

—Ya lo veo.

La agarra, obligándola a dar la vuelta, y los dos se quedan mejilla contra mejilla, con los cuerpos muy unidos.

—Cara... Si me cogen...

—¡No te cogerán!

Pero él insiste:

—Si me pasa algo...

—¡No digas eso!

Le cierra la boca con la suya y, pasado un instante, se besan desesperadamente, casi con rabia, con los labios alborotados y duros.

—Cara, Cara...

—Pau...

Se restriega contra él, desordenadamente, se moja las manos con la gabardina empapada. Pau dice:

—Tiemblas... —La muchacha sólo asiente con un movimiento de cabeza y le busca de nuevo los labios, pero él la detiene—. No nos podemos quedar aquí. Tenemos que hacer algo.

Miran de nuevo hacia el vehículo, que sigue detenido y apagado.

—Son capaces de estar horas ahí...

—No sé... ¿Y si nos escurriésemos pegados a las casas?

—Nos verían.

Él fuerza de nuevo el pomo de la puerta, trata de penetrar en la oscuridad del portal.

—Si pudiéramos lograr que nos abriesen...

Discretamente, con los nudillos, golpea el cristal, espera un poco y vuelve a llamar. Ella dice:

—Esta noche, nadie abrirá a nadie. Todos tienen miedo.

—Sí, todos son unos mierdas. —Pero rectifica—: Es decir, no. Bien mirado, es admirable que, con miedo o sin él, nos hayamos decidido a enfrentarnos con el Juez todos juntos. Porque esto es enfrentarnos con él

Ella le agarra el brazo:

—¡Han encendido una luz!

Los dos se pegan a los cristales de la puerta, pero después Pau se vuelve y señala:

—Es ahí enfrente.

Pueden distinguir claramente a la mujer que, en la otra acera, de espaldas a los cristales del balcón, está gesticulando, probablemente dirigiéndose a otra persona invisible desde la calle. Cara deja resbalar su mirada hacia la puerta de más abajo.

—También tienen cerrado.

—Hoy habrán cerrado todos al oscurecer. —La abraza, estrechándola contra su cuerpo—. ¿Tienes frío, verdad?

—Sí. No. —Levanta la cara—. Podría salir yo sola y...

—¡Ni hablar de eso!

—A mí, tal vez no me dirían nada. Soy una chica y, además, este es el camino de mi casa.

—¿Y si te llevan, qué? No.

—Pero...

—Te digo que no, Cara. ¡No insistas! ¿Crees que...?

Pero entonces se calla y ella, instintivamente, vuelve la cabeza.

—Han vuelto a encender los faros.

—¡Vienen hacia acá!

Anudados los brazos y con el corazón en un puño, los dos tratan de confundirse, de fundirse, con la pared protectora de la casa. Ella aún murmura:

—A lo mejor no nos ven...

—No te hagas ilusiones.

El rumor de la camioneta, leve a pesar del silencio de la calle, se acerca inexorablemente, y sus luces se extienden por la calzada, por las aceras, por la parte baja de las fachadas. Los dos se hacen más pequeños, ocultan las caras, cierran casi los ojos. Pero no hasta el extremo que no puedan ver los hilos de lluvia que el vehículo parece ir tejiendo ante él.

La luz les roza los pies, resbala por la acera, y el bulto de la camioneta, que ahora aumenta la velocidad, pasa amenazador por delante de ellos.

Cara respira a fondo, como si exhalase una piedra.

—¿Qué te decía? ¡No nos han visto!

Él reflexiona:

—Es extraño... Quizá no era de la policía.

Se adelanta con el fin de seguir su marcha con la mirada, pero la muchacha le urge:

—Ahora, vámonos. Antes de que ocurra cualquier cosa...

Salen a la lluvia, que cae pausadamente desde un cielo negro y hostil, y corren calle arriba, el uno tras el otro, mal protegidos por los salientes de los aleros y por los balcones. Él, que va detrás, levanta la voz:

—¿Te das cuenta de que en todo este rato no ha pasado nadie?

Pero ella no contesta, se escurre rozando las fachadas con la cabeza gacha, la capucha como una oreja inmensa que proyecta sombras chinescas en la pantalla de las paredes de piedra picada.

Al llegar a la esquina, dejan el preCarlo refugio para cruzar en línea recta y Pau se sujeta la gabardina mal abrochada, cuyos faldones se abren como unas alas negras. Se encasqueta más profundamente el sombrero y esconde el cuello entre las solapas descoloridas y empapadas. Y entonces se detiene.

—¡Mira!

Pero ella también lo acaba de descubrir y los dos, como al borde de un abismo, se inclinan sobre el bordillo, con la mirada fija en las grandes letras rojas, húmedas por la lluvia y mal dibujadas, que componen una frase:

ES MUY SENCILLO: QUEDAOS TODOS EN CASA

Y en un extremo, junto al comienzo de la consigna, hay una gran mancha negra, de aceite, que escupe el agua.

—¿Ves? No eran de la policía.

Sorprendidos, otean calle abajo, pero la camioneta ya ha desaparecido por una vía transversal.

—Con el miedo que hemos pasado... Y ellos debían tener también el corazón en un puño...

Ríen nerviosamente, quietos junto a la frase que leen y releen. Pau comenta aún:

—Los hay valientes... Y cómo deben de haberse puesto, echados sobre el fango y el agua...

Cara le coge una mano, tira de ella.

—No nos entretengamos más.

Vuelven a correr, chapoteando en los charcos del asfalto roto por el paso de los carros y de los camiones, y se precipitan en busca de la protección de las casas de la otra acera. Pero aquí no hay balcones ni salientes, sino el largo muro de una fábrica y, después, la cerca de un solar. El agua sacude sus hombros encorvados, se insinúa traidoramente por el cuello del muchacho y le empapa la parte baja de los pantalones.

Después tienen que cruzar de nuevo, en otra calle, por la cual avanza la silueta furtiva de una persona solitaria que entra y sale de las sombras de los árboles y los faroles. Pero ni el uno ni el otro se preocupan por ello, porque ahora ya están cerca de casa: sólo tienen que adentrarse hasta medio bloque y girar entonces a la izquierda, donde se abre un callejón estrecho, oscuro y sin salida, en el cual se alinean unas docenas de edificios iguales.

La muchacha modera el paso, mete el pie en un charco abierto entre los adoquines de la angosta acera y grita:

—¡Cuidado, hay un charco!

Pero el muchacho, que ya se ha metido de lleno en él, suelta una palabrota, y ella ríe mientras mete la mano en el bolsillo. De un pequeño portamonedas saca la llave de la puerta, palpa hasta que encuentra la cerradura e inmediatamente se abre ante ellos un tajo negro y profundo.

—¡Ya llegamos!

Y, sin cerrar, emocionada, se vuelve hacia Pau, que ha entrado tras ella, y le busca los labios en la oscuridad. Él sólo susurra:

—Cara...

Segunda jornada

8

Tomás aparta las cortinas transparentes de la ventana y aplasta la nariz contra el cristal medio empañado.

—¡Qué puercos! También han abierto...

—¿Quiénes?

Se vuelve hacia su mujer, que, provista de un trapo, sacude el polvo invisible del aparador.

—¿Quiénes quieres que sean? ¡Los de las legumbres cocidas!

—Siempre te he dicho que simpatizaban con el Juez.

Marc, juiciosamente sentado a la mesa, deja las piezas del rompecabezas que tenía en los dedos.

—¿El Juez es malo, padre?

—Para algunos, parece que no.

—¿Y para nosotros? En el colegio dicen...

—Olvídate de lo que digan en el colegio. ¡No les queda más remedio que cantar la palinodia!

Mina se acerca a la ventana.

—¿Qué te parece si voy a comprar alubias o garbanzos? No estarían de más...

Se inclina hacia adelante, para observar, pero Tomás dice:

—¡De ninguna manera! Nadie debería comprar nada. Eso es envalentonarles.

—Estoy segura de que éstos abrirían aunque tuviesen la tienda vacía. A lo mejor, ni han cocido...

—Razón de más. Y, si esto falla, no quiero que te vuelvas a acercar.— Aplasta de nuevo la nariz en el cristal—. Si no fuese porque... Me gustaría ir a hacerles cerrar.

El chiquillo pregunta:

—¿Por qué quieres que cierre todo el mundo, padre?

Él se aparta de la ventana, hurga en sus bolsillos, pero después se da cuenta de que los cigarrillos están sobre la mesa.

—Tú, sigue haciendo el rompecabezas. Cuando seas mayor...

—¿Hoy tampoco podré salir de casa?

—No, tampoco.

—Pero yo me aburro.

Tomás coge el paquete, saca de él un cigarrillo.

—Todos nos aburrirnos. —Hablando para sí mismo, continúa—: Y no ahora, sino desde hace quince años. —Alza la cabeza—. ¿Te das cuenta, Mina? ¡Quince años! A veces cuesta creerlo. Todavía no nos habíamos casado...

Mina pasa el trapo por la vitrina del otro lado, detrás de cuyos cristales brillan los peces de cristal y de porcelana.

—No grites tanto. Te oirán los Muri...

Él mira al suelo, mueve la cabeza.

—La voz más bien sube. Por cierto: me gustaría saber si él ha ido al despacho.

—Esta mañana, muy temprano, he oído que abrían la puerta. Pero quizás era su mujer. Nosotros estábamos todavía en la cama.

—Sí, sería la mujer. Él nunca se va antes de las nueve y media. —Mira el reloj colgado sobre la vitrina—. Y todavía no lo son. —Se apodera de las cerillas que están al lado del paquete y enciende el cigarrillo—. ¡Ya pueden estar contentos, esos tipos! Cuatro horas de limpiar sillas con el culo, ¡y hala, a hacer daño! —Escupe—. ¡Burócratas!

El chiquillo levanta la cabeza:

—¿Qué es un burócrata, padre?

—Un señor que se pasa cuatro horas cada día detrás de una ventanilla poniendo mala cara a la pobre gente que tiene delante.

—¿Y el señor Muri también?

—Hará como todos.

Mina inmoviliza un gesto y corre hacia la ventana.

—¡Ahora he oído la puerta!

Tomás se acerca a ella, seguido del chiquillo, que se cuela entre los dos.

—¡Yo también lo quiero ver!

Espían lo que hay al otro lado del cristal: la calle húmeda de la noche pasada, despierta como si toda la ciudad se hubiese vaciado. Al cabo de un momento, Tomás se aparta un poco.

—Déjame abrir...

Pero su mujer señala...

—¡No! Mira... Es la chica.

Anni, la chica de los Muri, cruza la calzada mirando a un lado y a otro. Él se ríe:

—¿Tendrá miedo de un coche, esa tonta? Desde ayer no ha pasado ninguno.

—¿Adónde iré? Lleva la bolsa de la compra.

Tomás se enfurruña:

—Esa clase de gente sólo sirve para eso, para boicotear... Hace tanto tiempo que van a caballo que ahora no se resignan... Deben de tener miedo de que les obliguen a trabajar como todo el mundo.

Se aleja de la ventana y, entre una nube de humo, camina alrededor de la mesa. La mujer dice:

—Entra en la tienda de legumbres cocidas.

Tomás se desplaza hacia la radio, colocada sobre un trípode de dos estantes, en uno de los cuales se apilan libros escolares y revistas infantiles.

—A ver si hoy dicen algo.

Marc vuelve a la mesa y reanuda con desgana el rompecabezas, mientras él hace girar el botón del aparato. Un ruido confuso indica que no está bien sintonizada; hace correr la aguja indicadora. Brota una voz, que habla precipitadamente:

—Ha disparado un tiro contra su padre, un campesino de Townstone, Georgia. Detenido casi inmediatamente por la policía, Al, que sólo tiene catorce años, ha dicho que siempre había querido matar a alguien para saber qué se sentía—.

Tomás gira de nuevo el indicador, mientras comenta:

—Por lo visto, les urgía comunicarnos esa salvajada—

El pequeño, con unos ojos como naranjas, pregunta:

—¿Por qué dice que le ha matado, padre?

Contesta la madre, alejándose de la ventana:

—Porque es un chico malo.

Pero la segunda emisora ya está hablando:

—Según el parecer de los expertos en cuestiones de política internacional, la crisis actual entre los dos bloques ideológicamente en pugna podría resolverse fácilmente mediante una conferencia de mesa redonda entre los dos dirigentes de las potencias interesadas...

—¡Mierda!

Cierra violentamente el aparato. La voz de la mujer, reprende:

—Tomás, ese lenguaje...

—¡Es que me hacen perder la paciencia, carajo! Vivimos un momento decisivo, estamos ventilando el futuro de la ciudad, ¡y ellos como si nada! Te sirven unas declaraciones imbéciles de unos expertos que no tienen ni sentido común. ¡Conferencias de mesa redonda! ¡Pues vaya una novedad! —Aspira una gran bocanada de humo y la expulsa a medida que va diciendo—: No sé si habrán salido hoy los periódicos... —Camina apresuradamente hacia la ventana, la abre de par en par y se asoma—. El quiosco de la esquina está cerrado. Pero eso no quiere decir nada, claro está...

Mina se queja:

—¡Qué aire!

—Ya cierro.

Marc, sin decir nada, mezcla las piezas del rompecabezas y, después, sin guardarlas, se levanta para ir en busca de un cuaderno de clase. Pregunta:

—¿Me dictas una división, padre?

—¿Ahora quieres hacer divisiones?

—¡El rompecabezas es muy aburrido!

—¿Y para eso no nos dejabas vivir pidiendo que te lo comprásemos? —Se aproxima a la mesa, deja el cigarrillo en el cenicero—. ¿De cuántas cifras la quieres?

El niño prepara el cuaderno y mira la punta del lápiz.

—De tres.

Mina, que se ha desplazado hasta la puerta, dice:

—Mientras tanto, te podría ordenar el despacho.

—Sí, hazlo. —Y al niño—: A ver... Ocho, siete, cuatro, dos, seis...

—No tan deprisa.

—Seis... nueve, cinco. Dividido por trescientas veinticinco.

El chiquillo escribe aplicadamente, con la punta de la lengua entre los pálidos labios.

—¿La sabrás hacer? —Pero no espera la respuesta, sino que mira hacia el pasillo—. Han llamado... ¿Quién puede ser?

La voz de Mina, desde la otra punta del piso, grita:

—¿Han llamado, Tomás?

—Me parece que sí. Ya voy yo.

Atraviesa el comedor, recorre el breve trozo de pasillo y, cerca de la puerta, oye, al otro lado de ella, que alguien se aclara la garganta. Abre.

—Buenos días...

Devuelve una sonrisa maquinal al señor Muri, retrocede medio paso, indeciso. El otro se toca las gafas.

—Perdone que me haya tomado la libertad... Nuestro teléfono no funciona y me preguntaba si sería una avería o bien...

Tomás se decide, acaba de abrir la puerta.

—Entre, entre...

—Gracias, es sólo un momento. Quería saber si el de ustedes va bien.

—Supongo que sí, entre...

El señor Muri avanza vestíbulo adentro y Tomás cierra la puerta tras él.

—No lo hemos usado en toda la mañana, ni ha llamado nadie, hasta ahora. Anoche, funcionaba.

—El nuestro también, ayer por la noche.

—Ahora lo miraremos. Venga...

—No quisiera molestar...

—No tiene importancia.

Se encaminan los dos al despacho. Tomás va delante. Sin saber por qué, llama:

—Mina...

Ella asoma la nariz con el trapo del polvo en una mano y el plumero en la otra. Al ver al visitante, abre la boca con una sonrisa de excusa, pero el hombre dice en seguida:

—Perdone la intromisión, señora... El teléfono...

—Parece que no les funciona. Quería saber si el nuestro...

Ella, un poco apurada, dice:

—¡Sí, sí! Claro...

Tomás se acerca a la mesa, a un lado de la cual está el aparato.

—Lo vamos a saber en seguida. —Levanta el auricular, escucha; después, se vuelve hacia el vecino—: Línea hay... Usted quería llamar, naturalmente...

—Sí, al despacho.

Él le alarga el aparato.

—Pues telefonee desde aquí. Mataremos dos pájaros de un tiro. Comprobaremos si va bien y, al mismo tiempo, usted podrá hablar...

—Si no les parece un abuso...

—¡Por favor!

El otro toma el auricular, se inclina para marcar el número, espera. Acto seguido, asiente con la cabeza

—Sí, funciona.

Tomás mira a su mujer y los dos retroceden un poco. El hombre los detiene a medias:

—No... —Pero en el otro extremo ya deben de haber descolgado, porque se calla y habla para el aparato—: ¿Es usted Guez? Soy Muri.

Tomás y su mujer acaban de salir del despacho y entrecierran la puerta. Desde fuera, aún oyen:

—¿Es usted Illem?

Casi de puntillas, se alejan hacia el vestíbulo. Ella murmura:

—Tenía que encontrarme así, con el plumero y el trapo en las manos...

—¿Crees que en su casa no limpian? Es decir, supongo que sí...

—No es eso.

Desde el comedor, Marc grita:

—¿Quién era, madre?

Ella avanza hasta el umbral de la puerta.

—¿Nunca te han dicho que los niños no deben ser comprometedores?

—Yo sólo...

—Tú nada. Lo que han de hacer los niños es callar.

El niño cierra los labios con un gesto terco y contrariado, y agarra fuertemente el lápiz. Tomás, que ha entrado después de su mujer, comenta:

—Supongo que no les telefonaré para decirles que no va... Sería demasiado bonito...

—¿Ir? ¿Adónde?

—¡Qué despistada eres! Al despacho.

—¡Ah, sí! Me he puesto muy nerviosa.

—¡Ni que te hubiese encontrado con el orinal en la mano!

Marc abre la boca:

—Padre, ¿cuántos números separo?

El hombre se vuelve, mueve la cabeza.

—¿Todavía estamos así? ¡Yo creía que ya habías acabado! —Se coloca detrás de su hijo—. A ver... ¿Cuántas cifras tiene el divisor?

El chiquillo empieza a contar por la izquierda.

—¿Esto es el divisor?

Marc levanta rápidamente el lápiz, lo desplaza.

—¡Ah, el divisor! Yo creía...

—Tú creías, tú creías... Me parece que en lugar de adelantar, retrocedes. Como los cangrejos.

Desde el vestíbulo, la voz del señor Muri llama discretamente:

—Señor Luc...

Mina sale primero, después de haber dejado sobre una silla sus armas de mujer de su casa.

—¿Ya ha telefoneado?

—Sí. He llamado al despacho para ver si un compañero me podía sustituir hasta las once. —Mira a Tomás, que acaba de salir detrás de su mujer—. Mi señora no se encuentra muy bien y no la quiero dejar sola. Mientras la chica hace la compra.

Mina se extraña:

—No sabía que tuviesen enfermos.

—Sólo es una indisposición. Pero ella, no sé si saben cómo es. Se asusta en seguida, quiere que alguien le haga compañía.

—Si nos necesita para algo.

—Gracias. Lo haría si fuese preciso—. Pero ya les he dicho que se trata de una leve indisposición. Gracias por haberme dejado telefonar. Me habría molestado mucho que, en esas circunstancias, en la Delegación hubiesen pensado.

Tomás no puede evitar una pregunta intencionada:

—Entonces, ¿ustedes continúan trabajando?

El otro se atiesa un poco.

—Naturalmente. No hay ningún motivo para—. ¿Ustedes no?

—Anteayer por la tarde dejamos el trabajo por todo el tiempo que hiciese falta.

El señor Muri inclina la cabeza y dice, casi con dulzura:

—Mal hecho.

—¿Cree usted?

El hombre sacude enérgicamente la cabeza.

—Sí, lo creo. No querría ser impertinente, pero me parece un error que las clases dirigentes se solidaricen con esta. Digamos con esta manifestación demagógica.

Tomás adelanta una mano, como si quisiera taparle la boca.

—Permítame— Nos hemos acostumbrado a usar las palabras sin discriminación y con inexactitud—.

Mina, inquieta, mira al uno y al otro; ruega:

—Tomás, por favor...

Él se vuelve:

—Me parece que no he dicho nada que no pueda decir. El señor Muri y yo somos dos personas adultas y educadas que, si es necesario, podemos hablar con franqueza sin ofendernos mutuamente. ¿Me equivoco?

El señor Muri vacila casi imperceptiblemente, pero al final se inclina:

—Es muy cierto.

—Pues, como le decía, nos hemos acostumbrado a usar la palabras de una manera manifiestamente inexacta. Se ha abusado mucho de ellas, se las ha distorsionado hasta tal extremo que a menudo hemos acabado dándoles un sentido contrario al que tenían originalmente.

—Es una apreciación personal... Al fin y al cabo, no podrá negarme que bajo las palabras siempre ha habido hechos.

—¿Cuáles?

—Se ha afirmado, por ejemplo, que atravesamos un período de paz y de orden desconocido en cualquier otro momento de la historia y de la ciudad. Y es verdad. La criminalidad es prácticamente inexistente, todo movimiento subversivo es ahogado antes de que pueda adquirir caracteres de perturbación...

—Pero todo eso ¿a costa de qué se ha conseguido? Usted parece reducir a una cuestión de orden público un problema que atañe muy de cerca a la dignidad del hombre.

Mina vuelve a implorar:

—Tomás...

—Tú, calla... —Y se dirige de nuevo al señor Muri—: El orden se puede entender de muchas maneras. Pero me parece contrario a todo respeto humano conseguirlo a costa de la libre manifestación de unos derechos humanos...

—No creo que sea éste el caso. El que usted pueda expresarse como se expresa lo demuestra de sobra.

—Pero no me negará que corro un riesgo, el peligro de una denuncia... —Se interrumpe y hace un gesto con la mano—. Entiéndame, no quiero decir que usted... Pero no puedo salir a la calle y exponer con franqueza mis ideas.

El otro esboza una sonrisa.

—Podrían ser mal interpretadas, en efecto.

—Al contrario: serían interpretadas correctamente y calificadas de subversivas. Y eso es lo más intolerable: que todo punto de vista que se aleje, por poco que sea, de la ideología oficial, merece el nombre de subversivo. En un clima así es imposible construir nada, porque sin el derecho de crítica las instituciones se corrompen, los hombres que ocupan el poder se deifican y cualquier decisión, hasta la más sensata, acaba por convertirse en arbitraria.

Mina le contempla embobada. El señor Muri, con aire de mortificación, intenta una salida al sesgo.

—¿Se atrevería a calificar de arbitraria la preocupación del Juez por la clase obrera y esa serie de medidas que nos aseguran un nivel de vida superior al de cualquier otro período anterior?

—Sí, ciertamente...

Se interrumpe, mirando hacia el despacho. Mina dice:

—El teléfono.

—Contesta tú. —Y acto seguido vuelve a dirigirse al señor Muri—: A un nivel de vida superior no se llega a base de órdenes y decretos, sino aumentando la riqueza de la ciudad, y no es éste el caso. La administración del Juez no se cansa de insistir sobre esa supuesta mejora, pero él y todos nosotros sabemos que es ilusoria, porque no

hay la debida relación entre el salario y el coste de la vida. Si quince años atrás se podía vivir mejor con una moneda que ahora con cinco, es señal que el nivel de vida de entonces era superior al de ahora.

—No niego que, a veces, la apariencia pueda ser ésa. Pero usted no tiene en cuenta que, ahora, todo el mundo se ha acostumbrado a una serie de pequeños lujos que antes no se permitían ni en sueños.

—¿Qué lujos?

El señor Muri parece buscar algo con los ojos, y se coge un dedo de una mano con los dedos de la otra.

—Pues ya lo sabe usted. Antes, por ejemplo, el obrero calzaba alpargatas; ahora casi todos llevan zapatos.

—¿Pero de cuándo habla usted? Veinticinco años atrás, cuando nadie sabía todavía quién era Domina, ya llevaba todo el mundo zapatos, porque, en aquella época, aunque lentamente, pero de una manera visible, la riqueza aumentaba y tendía a pasar progresivamente a manos de la clase trabajadora. Es ahora cuando hay muchos obreros que vuelven a llevar alpargatas. ¡Fíjese en ello!

—Y en otro tono, se lamenta—: ¡Parece mentira que, año tras año, como si el tiempo no pasase, tropecemos con el mismo ejemplo! Es como para suponer que... —mueve la cabeza, casi con miserativo—. Y además, señor Muri, no todo es cuestión de nivel de vida. Hay otras cosas. Muchas otras cosas. Yo, como jefe de ventas de la casa Lyns, hablo con personas de todos los estamentos y condiciones, y le aseguro que, de cada cien de los que se quejan, noventa, aparte de la opinión habitual de lo difícil que es ganarse la vida, lamentan verse reducidos a meros receptáculos de una opinión a la que no han contribuido ni pueden contribuir. Encuentran intolerable que se les dé todo hecho, todo masticado, digerido. Les duele verse tratados

como niños a los que se les dicta lo que deben pensar, cómo se han de comportar, qué espectáculos han de ver. Como menores de edad condenados a la lectura de una prensa que filtra e interpreta tendenciosamente las noticias, que falta al más elemental deber de honestidad informativa...

Ahora es el señor Muri quien adelanta la mano.

—Perdone... Ese aspecto le conozco mucho mejor que usted, por deber profesional. Yo sé que el público tiene una tendencia a creer que se le engaña, que le ocultan hechos que él juzga esenciales...

—¿Y no es verdad? Sobre todo en lo que afecta a la vida de la propia ciudad.

—¡En absoluto! Le puedo asegurar...

Pero entonces Tomás da un paso atrás y dice:

—¿Quiere hacer el favor de entrar un momento?

Y, sin esperar su respuesta, le precede hasta el comedor, donde Marc continúa sentado a la mesa, con el lápiz en la mano. Al verle, dice:

—Ya he acabado la división, padre.

—Muy bien, buen chico. —Alarga los dedos hacia la radio y hace girar el botón—. Ahora verá...

Espera un momento, con el señor Muri inmóvil a su lado. Después, la voz, tal vez demasiado aguda, hace saber:

—Restos fosilizados que, según parece, pertenecen a un mastodonte que vivió hace unos veinte millones de años, han sido hallados en...

Lentamente, Tomás corta la emisión y, sin ningún comentario, desplaza la aguja hasta otra emisora.

—...oído Habanera. Ahora les ofrecemos las primicias de la obra del maestro Guimz Retomo al paraíso, interpretada...

Bajo su pulso, la voz enmudece en seco. Vuelto hacia el señor Muri, pregunta:

—¿Qué le parece? Toda la mañana igual. Y ayer. Ni la más leve insinuación que permita adivinar que la ciudad está paralizada...

El señor Muri se estira maquinalmente la americana.

—Es comprensible. Se omiten incidentes sin demasiada importancia, que podrían hacer el juego a los enemigos de la ciudad...

—¿Lo ve? Es lo que decía al referirme al sentido de las palabras. Ustedes identifican a Domina y a su administración con la ciudad, como si fuese lo mismo, como si no hubiese existido un antes ni hubiese de existir un después...

La silla donde está sentado el niño chirría desagradablemente sobre los baldosines y Marc, sin ningún miramiento, interrumpe a su padre:

—¿He escrito bien esto?

Tomás se vuelve a él.

—¡Marc! ¿No sabes que los niños bien educados esperan a que los demás hayan terminado de hablar?

Le mira severamente, pero a pesar de todo coge el papel que su hijo le ofrece. Después sonrío y lee en voz baja, pero audible:

—«Es muy sencillo: quedaros todos en casa.» —Sin mirar al señor Muri, dice—: Sólo sobra una letra, la «r» de «quedaos». Pero no me gusta que seas tan catacaldos. Primero aritmética, ahora redacción...

—No es redacción, padre. ¡Es caligrafía!

—¡Ah! —sonríe mirando al señor Muri—. ¡Qué chiquillos! Sin embargo, bien mirado, salen despabilados...

El señor Muri se limita a hacer una mueca vagamente apreciativa y echa una ojeada al reloj que hay sobre la vitrina.

—Mi mujer debe estar inquieta. Le he dicho que sólo subía un momento... —Se da la vuelta y desfilan todos hacia la puerta. Al llegar al vestíbulo, dice—: Gracias por haberme dejado telefonar.

—Ya lo sabe, puede disponer.

—Salude a la señora.

Tomás abre la puerta.

—Espero que la suya mejore.

—Sí, gracias. Buenos días. —En la escalera se vuelve de nuevo—. Buenos días. Retírese, por favor. Hace frío...

—Buenos días, adiós.

Cierra lentamente y entonces, con una sonrisa, regresa al comedor, donde Marc está inclinado de nuevo sobre la mesa. Se acerca a él y le pasa un brazo por los hombros. —Has estado oportuno de verdad.

El niño le mira con un poco de extrañeza.

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué?

—Porque te he interrumpido.

Él se ríe escuchando el taconeo de su mujer, que camina por el pasillo.

—No; de enfadado, nada.

Nina entra en el comedor y mira a los dos. Sonríe también, sin saber por qué.

—¿Qué ha pasado?

Pero Tomás pregunta:

—¿Quién llamaba?

—Fanny, que quería saber cómo estábamos.

—Ah, pero ¿ya se ha levantado esa perdida?

—¡Tomás! Porque tiene un amigo...

—Uno detrás de otro, querrás decir.

Mina no replica e, inconscientemente, alarga la mano hacia el trapo. Pero después sigue:

—¿Qué ha pasado con el señor Muri?

Él toma el ejercicio de su hijo.

—¡Le hemos leído esto!

La mujer avanza hacia la mesa, mientras el pequeño dice, muy orgulloso:

—¡Lo he escrito yo, madre!

Ella le echa una ojeada, se incorpora.

—Un día tendremos un disgusto...

—Ahora, ya no.

Se mueve hacia la ventana, mira hacia fuera, a la calle sin sol; salvo la tienda de legumbres, sólo se ven puertas cerradas.

—Me parece que esta vez no podrán con nosotros. Somos demasiados...

Y mientras se vuelve, comienza a silbar muy bajito.

9

La camioneta, parcialmente encima de las vías del tranvía, sigue la hilera de árboles desnudados por el invierno, tras de los cuales las casas alzan sus fachadas herméticas. Por la ventanilla de la cabina, que está abierta, entra una ininterrumpida bocanada de aire que se come el cigarrillo que Gonal sostiene entre los dedos amarillos de nicotina.

—Dos.

El teniente, detrás del volante, comenta:

—Sí, hay bien pocas.

—Una de comestibles y una farmacia... Dos tiendas en todo el sector. Y mañana, ni eso.

El otro no replica, atento a la buena conducción del vehículo. Tiene que dar la vuelta a la plaza, cambia la marcha y seguidamente entran en el paseo sin asfaltar. Gonal se mete el cigarrillo en la boca y expulsa una bocanada de humo.

—Tengo la impresión de que esta vez perdemos el tiempo. Son más fuertes que nosotros.

El teniente sigue sin contestar, con la vista fija delante de él.

—Quizá porque no hemos sabido adoptar las medidas pertinentes. Medidas preventivas, quiero decir.

—No podíamos imaginar que la gente se iba a atrever... —Era inevitable que, en un momento u otro, se atreviesen. Todo el mundo está cansado. —Tras un momento de reflexión, añade—: Incluso nosotros.

El otro le mira brevemente, pero sólo cuando vuelve a desviar la vista hacia adelante afirma:

—Sí, incluso nosotros.

—Hemos tenido que hacer demasiado trabajo sucio. Y ahora, por si fuera poco, esto. —Enfadado, arroja el cigarrillo—. El comandante ha perdido la cabeza... Aunque saquen los soldados a la calle, como van a hacer, no hay bastante fuerza en toda la ciudad para efectuar esta tarea. Porque no sólo se trata de obligar a la gente a que reanude el trabajo, sino de evitar que vuelvan a abandonarlo. Ya sabe lo que pasó ayer en la Mercuria... —El otro afirma con la cabeza, pero Gonal continúa—: A las dos de la tarde se había conseguido reunir al noventa por ciento de los obreros que trabajan allí.

Y a las tres, al cabo de una hora, ya no quedaba ni uno en toda la fábrica.

—Y eso que, según tengo entendido, las puertas estaban bien guardadas.

—No basta con eso. Habría que acordonar los edificios y falta personal. Saltan por las ventanas, por donde sea... Es como si todos hubiesen perdido el miedo al mismo tiempo.

Calla, y ambos miran hacia las últimas casas del paseo, más allá de las cuales comienzan los primeros repliegues de la montaña. Un coche toca el claxon detrás de ellos y el teniente desvía el vehículo

hacia la cuneta que ha sustituido a la acera. El automóvil les adelanta como una exhalación.

—Matrícula extranjera...

—Sí.

Hurga en el bolsillo en busca de cigarrillos. Saca el último y, mientras convierte el paquete en una bola, dice:

—Anoche hubo dos casos de desertión. Es de prever que hoy haya más.

El otro dice:

—Lo ignoraba, pero no me extraña. Parece que los hombres comienzan a vacilar.

Él se ríe a medias, con escasa alegría.

—¿Los hombres solamente?

Se inclina hacia adelante y, protegiendo la cerilla con el hueco de la mano, enciende el cigarrillo. Cuando se incorpora de nuevo, comenta:

—Me pregunto cuántos de nosotros presentarían la dimisión si nos la fuesen a aceptar... Y no serían los peores.

Sacude una ceniza inexistente, suspira. El teniente dice:

—Ya hemos llegado.

Detrás del pliegue de la montaña, se aglomeran desordenadamente las humildes construcciones pintadas de un blanco rabioso. Gonal saca un pequeño cuaderno del bolsillo y lo consulta.

—Aquí hemos de recoger cinco.

El vehículo modera la velocidad y el teniente, indeciso, dice:

—No veo ningún camino...

—Tenemos que seguir hasta arriba, donde hay una especie de plaza.

El otro vuelve a pisar el acelerador, prudentemente. Después sin perder de vista la carretera, cada vez menos perfilada, pregunta:

—¿Cómo entró usted en la policía?

Gonal cierra la pequeña libreta, con un dedo entre las páginas donde están apuntados los cinco nombres.

—Hace ya catorce años que pertenezco a ella. En aquel momento, Domina me pareció la única solución. Durante mucho tiempo he seguido creyendo que lo era... ¿Y usted?

El otro esboza el gesto de encogerse de hombros.

—En el fondo, ahora puedo decirlo, por ganas de seguir el camino más fácil.

—¿Más fácil?

—Sí. Vi que en una ciudad como la nuestra sólo había dos salidas prometedoras: la milicia, en una u otra de sus formas, y el sacerdocio. Y como vocación no tenía ninguna...

Gonal indica:

—Gire por aquí.

El vehículo se adentra por el paso abierto entre las rocas y las ruedas se hunden en los charcos que han dejado los aguaceros de la madrugada.

—¡Qué andurriales!

Desembocan en la especie de plaza, un gran cuadrado irregular de tierra apisonada, de la que parte una serie de senderos serpenteantes, algo más arriba bordeados por las construcciones. Gonal aconseja:

—Más vale que dé la vuelta a la camioneta. Nadie sabe si tendremos que salir corriendo...

El otro obedece, pero dice:

—No lo creo. A estas horas ya saben que no deben recurrir a la violencia.

Gonal abre la portezuela de su lado, pero todavía no se mueve.

—Lo que más me cabrea es la ocurrencia de enviar a un inspector con cada camioneta. Ésta es una tarea vuestra, de las fuerzas de choque.

El teniente frena el vehículo.

—Quizá sí. Pero ya sabe cómo es el comandante Ezna.

Siempre ha creído que tenía más fuerza moral...

Sin replicar, Gonal escupe y después se apea de un salto. El teniente lo hace por el otro lado y grita:

—¡Eh, vosotros!

Pero los tres hombres que ocupaban la parte posterior de la camioneta, se apean ya, con los fusiles ametralladores en las manos.

Gonal mira hacia la montaña.

—No se ve a nadie. ¡Ni un chiquillo! ¡Y no será porque estos desgraciados no los tengan...!

El teniente da órdenes:

—Tú, Gana, te quedas aquí. No quiero encontrarme con los neumáticos pinchados. Y vosotros, seguidme. —Tras una breve vacilación, añade—: Cuelguen las armas del hombro.

Busca la aprobación de Gonal, y éste expresa su conformidad:

—Sí, es más prudente.

Y entonces comienza a caminar hacia el primer sendero, con todos los demás, exceptuado Gana, detrás de él. Con el cuaderno abierto en la mano, explica:

—Tenemos que buscar los números 82, 102, 208, 271 y 520...

Sin detenerse, vuelve a mirar hacia la montaña, donde las construcciones, frágiles y blancas, parecen estar colgadas en equilibrio inestable sobre los barrancos, cortos pero repentinos, a los que se asoman por la parte anterior los exiguos patios limitados por vallas de caña, de madera o de planchas de hojalata. Aquí y allá, excavados en la roca, unos escalones desiguales se desvían de los caminos para dar acceso a una barraca más aislada.

—Aquí está el 105. El 102 no debe quedar lejos...

Se desvían hacia la izquierda, donde pueden distinguir, detrás de un entrante de piedra, los tejados de cinco o seis construcciones unidas.

—Vamos bien. El 105.

Pero uno de los hombres, que ha entrado en el patio, exclama:

—¡Aquí está el 13!

—¡No puede ser!

Todos se reúnen ante la puerta cerrada, provista, como todas las demás, de la correspondiente placa municipal. El teniente dice:

—Es extraño... No digo que los números tengan que ir correlativos, porque en este desorden es imposible, pero...

Se acerca a la puerta de al lado y, con una expresión desconcertada, canta:

—¡El setenta!

Gonal tira el cigarrillo que tenía en la boca.

—¡Pues estamos lucidos si tenemos que mirarlas todas, una tras otra! Podemos pasarnos aquí todo el día. —Da un paso hacia la puerta más próxima.— Tendrá que guiarnos alguien.

Llama con el puño cerrado, y los otros tres, reunidos tras él, aguardan. Pero la puerta no se abre. Vuelve a llamar, mientras el teniente se acerca a la pequeña ventana sin cristales ni postigos: un simple agujero protegido por una simple tela remendada. La aparta hacia un lado y, de puntillas, escudriña el oscuro interior.

—¡Eh, oigan!

—¿Hay alguien?

—¡Claro que hay!

Gonal se asoma junto a él y descubre a una mujer, de edad ya muy avanzada, sentada y absolutamente inmóvil, al lado de una mesa de madera sin pintar. El teniente grita de nuevo:

—¡Usted! Abra la puerta en seguida si no quiere que la derribemos.

La vieja, sin decir una palabra, se levanta pesadamente y renquea camino de la puerta. El teniente comenta:

—Todo el mundo se habrá encerrado...

Gonal se desplaza hacia los dos policías, que no se han movido. Y después de una breve espera, se enfrenta con la vieja, que sólo abre una rendija.

—A ver esta numeración. Usted debe de saber cómo va.

La mujer balbucea alguna cosa con las mandíbulas temblorosas.

—¿Qué dice?

La vieja consigue articular un poco más claro:

—Hace sólo dos días que he venido aquí... No sé...

Gonal avanza hacia la puerta, la abre de par en par.

—¿No hay nadie más?

Pero la habitación está vacía. La cruza y separa la cortina que hay en el fondo. Cuando se da la vuelta, dice:

—No, no hay nadie. ¿Dónde están los otros? ¿Con quién vive?

A la mujer casi le castañetean los dientes.

—Con mi hijo... y mi nuera... Se han... ido...

—¿Adónde?

La vieja agita los hombros, medio articula:

—No... no me han dicho... nada.

—¡A ver, sus papeles! —Y ella le mira inexpresivamente, sin responder—: ¿No los tiene?

—No... ¿Qué papeles?

Él hace un gesto desalentado e impaciente, y regresa a la puerta, por donde asoman la cabeza los otros tres.

—Dejémoslo. Encontraremos algún otro. —Y a los dos policías del fusil ametrallador—: Haced salir a la gente de las demás barracas.

Los dos hombres descuelgan las armas y, con las culatas, golpean paredes y puertas. El teniente mira por otra ventana.

—Vacía...

Gonal vuelve a dirigirse a la vieja, que está de pie al lado de la puerta.

—Pero ¿dónde está la gente?

—Se han ido todos.

Él se rasca la barbilla con dos dedos.

—No lo entiendo...

Uno de los policías, sin necesidad, dice:

—No abren. ¿Quiere que eche abajo la puerta?

—No, déjalo.

Se reúne con el teniente, que, sin conseguirlo, se esfuerza en abrir otra ventana, la última, porque las dos barracas restantes no tienen ventana.

—Más vale que sigamos. Quizá más arriba...

El otro renuncia a sus esfuerzos, da media vuelta.

—Lo dudo.

—Pero no podemos derribar las puertas. Nuestras órdenes sólo se refieren a la detención de cinco hombres determinados de la empresa Flixa...

Por un instante, ambos se miran a los ojos. Después, el teniente sonríe fugazmente.

—Tiene razón. Limitémonos a cumplir las órdenes.

Seguidos por los dos guardias, retroceden hacia el sendero rodeado por una pared de tierra, sobre la cual, en un rellano, hay dos construcciones más. Gonal comenta:

—Lo que no entiendo es que se hayan ido...

Pero el teniente ya ha comenzado a decir:

—En estas barriadas siempre hay una barraca u otra donde venden comida y bebidas. Por lo general, los carteros dejan allí la correspondencia, y por eso conocen a todo el mundo. Sería conveniente localizarla.

—Si está cerrada, de poco nos va a servir.

Uno de los hombres, con voz excitada pero contenida, exclama:

—¡Miren!

Se vuelven a medias y entonces miran hacia el lugar que señala la mano, más arriba, en dirección a un grupo de barracas escalonadas. Todavía tienen tiempo de ver unas faldas que desaparecen en un recodo.

—¡Vamos allá, rápido!

Los cuatro se precipitan barranco arriba, con un gran estrépito de botas. Tienen que rodear otra pared, tras de la cual un paso muy estrecho, entre dos construcciones silenciosas y como abandonadas, lleva a una reducida explanada, aparentemente sin salida. El teniente se queja:

—¡Maldita sea!

Pero uno de los hombres se escurre más allá de la última barraca, donde hay un caminito oculto por el ángulo de la construcción.

—¡Por aquí!

Pasan uno tras otro, rozando el alto ribazo. Por detrás, el camino se vuelve a ensanchar para convertirse en seguida en seis empinados escalones que conducen a la pequeña aglomeración donde, momentos antes, han sorprendido a la falda fugitiva.

Sin embargo, al llegar arriba ya no encuentran a nadie. Las barracas se alinean a medias, entre salientes desiguales, unas encima de otras, al ras de un pequeño repliegue bajo el cual, en una depresión poco profunda, se diseminan docenas y docenas de tejados protegidos con latas, trozos de Uralita y telas impermeables...

—¿Y ahora qué?

Uno de los hombres va empujando las puertas con la culata del fusil ametrallador y el teniente busca una ventana y no la encuentra, porque ninguna de estas construcciones tiene ventanas. Gonal comprueba números y después, para sí mismo, dice:

—No hay dos correlativos. Se diría que...

Se inclina hacia adelante, hacia la placa, y adelanta los dedos; pero no llega a tocar ni la hojalata, donde está perforado el número, ni la madera de la puerta. En lugar de eso, dice:

—¡Los muy canallas!

Todos se vuelven y el teniente se acerca.

—¿Qué ocurre?

Él señala:

—Mira bien esta placa.

El otro la examina, pero al incorporarse sólo dice:

—Es el número 151. ¿Qué tiene de particular?

—Que no es la placa que corresponde a esta barraca.

—¿Cómo lo sabes?

—Fíjese...

Y sin tocarla, va siguiendo con el dedo el contorno de la placa por uno de sus lados. Uno de los hombres, que se ha reunido con ellos, lo comprende en el acto:

—La han superpuesto exactamente en el lugar de otra.

Él asiente, casi satisfecho.

—Y por eso ha quedado este ribete más oscuro, donde la placa vieja protegía la pintura del sol.

El teniente vuelve a inclinarse.

—Sí, no cabe duda. ¿Quiere decir...?

—Sí, eso quiero decir. Deben de haber cambiado las placas de todas las barracas.

Va rápidamente hacia la que está al lado, y después de examinarla sigue hasta una tercera puerta, con todos los demás, que le pisan prácticamente los talones.

—En conjunto, han hecho muy bien la tarea, pero siempre hay distracciones. —Apoya el dedo en una placa—. Fíjese en este clavo.

El teniente dice en seguida:

—Está más nuevo.

—El otro está herrumbroso. Al desclavar la placa debieron de perder uno y tuvieron que sustituirlo. Pero no pensaron que era diferente.

El teniente deja caer los hombros.

—En ese caso, ya hemos acabado. Podemos volver a la camioneta.

Gonal asiente y, alejándose de la puerta, comenta:

—No puede negarse que son ingeniosos.

Pero el teniente parece enfadado:

—Me gustaría encontrar al hijo de puta...

—¿Para qué?

El otro levanta la cabeza con un gesto violento, pero después se limita a murmurar:

—Sí, tiene razón. ¿Para qué?

Detrás de él, el mismo policía de antes dice:

—La muchacha...

Pero ya la han visto todos, al lado de una barraca de la explanada, inclinada sobre un objeto que oculta con el cuerpo, Las amplias faldas se han desparramado por el suelo a su alrededor.

El teniente, sin gritar, ordena a los dos hombres:

—¡Cogedla!

Los policías saltan por los escalones y desaparecen detrás de la pared. Gonal, excéptico, reflexiona:

—Se les escapará. Ella conoce los rincones...

—Sí, probablemente.

Sin darse prisa, bajan también los escalones, saltan hacia un sendero lateral, medio interceptado por abundantes piedras, y se adentran entre las caóticas construcciones que entran y salen siguiendo los accidentes de la montaña. Por un momento pueden distinguir a los dos policías que, más abajo, cruzan corriendo una reducida explanada que forma, entre las barracas, un espacio vacío. Después, un saliente de rocas los vuelve a ocultar. Gonal comenta:

—Bien mirado, la gente que vive en estas condiciones tiene derecho a todo. —El teniente salta delante de él sin decir nada—. Y creo que también deberían atreverse a todo.

El otro, sin volverse, dice:

—Por suerte para todos nosotros, no saben que son los más fuertes.

—No lo sabían. Pero ahora lo deben de haber aprendido. —Se detiene y mira ante él, más allá de la montaña, donde comienzan las casas, difuminadas en el resplandor de un cielo bajo y plomizo—. Ellos, y todos los demás. —Se pasa un dedo entre la camisa y el cuello—. Este silencio nos ahogará.

Y echa a andar de nuevo, detrás del teniente, que ha vuelto a bajar los hombros.

Salen a la pequeña explanada, donde faltan dos casas, giran a la derecha, saltando sobre un ribazo, por detrás de las rocas, y entonces se van orientando difícilmente por el laberinto de callejones. Curiosamente, evitan los arroyos, por los que corre un chorrillo de agua negruzca y pestilente.

Después se encuentran al lado de otra pared y desde ella ven a los policías detenidos junto a la muchacha, que se ha incorporado. Uno de los hombres hace unos gestos vehementes.

—¡Ya la tienen!

Saltan por detrás de una barraca derrumbada y, entre piedras y montones de basura, se escurren hasta el paso de abajo.

—Ahora habrá que ver si le sacamos algo...

El sendero se divide en tres ramales, pero ellos siguen el del medio sin dudarlo, orientados ahora por la voz del policía que habla embarulladamente. Y de repente, el callejón se acaba; no tiene salida. Gonal se limita a exclamar:

—¡Coño!

Retroceden hasta la encrucijada, giran a la izquierda, por un camino más sinuoso y lleno de agua estancada, y después, pasado uno de los zigzags, casi inesperadamente, topan con el pequeño grupo. Uno de los hombres comenta:

—Está loca.

La muchacha, muy tranquila, mira a los recién llegados, sonríe y se ahueca las faldas, anchas y vistosas pero llenas de manchas. Gonal casi silba:

—¡Qué belleza!

El hombre repite:

—No está en sus cabales. Mire.

Gonal y el teniente bajan la vista hacia el cubo lleno de agua. Junto a él, desnuda, hay una muñeca de goma.

—¿Saben qué hacía? La estaba bañando.

La muchacha asiente, satisfecha:

—La baño todas las mañanas.

El otro hombre dice:

—No le podemos sacar nada que tenga sentido.

La muchacha se inclina, se acurruca a medias al lado del cubo y levanta la muñeca del suelo.

—Es muy limpia. Es tan limpia que, si no la baño, no quiere mamar...

Uno de los hombres alarga la mano y la sujeta por un brazo.

—Levántate.

Gonal, sin moverse, ordena:

—¡Déjala!

La muchacha no parece haberse dado cuenta de que la sujetan. Con los dedos de la mano izquierda se desabrocha la blusa y, antes de que lo puedan evitar, saca al aire un pecho moreno y pequeño y acerca a él los labios rojos de la muñeca. Después, se queda mirando a los cuatro hombres con una expresión feliz que se extiende por su rostro joven y suavemente ovalado.

—Es muy tragona. Por eso la tengo tan gordita...

Gonal y el teniente se consultan con la mirada mientras los dos hombres tragan saliva. El teniente dice:

—A lo mejor finge que es tonta...

Él mueve la cabeza. —No. Sería mejor actriz que mi hermana, y ella es una profesional.

—Vuelve a mirar a la muchacha, que sigue acucillada con la muñeca entre los brazos y entonces, bruscamente, se vuelve—: ¡Vámonos!

Y avanza con decisión sendero adelante, seguido por el ruido de botas de los dos hombres. El teniente se coloca a su lado.

—No hemos venido por aquí...

—No importa. Todos los caminos deben llegar abajo.

Saltan más escalones, recorren otra calle de barracas, todas silenciosas y obstinadamente cerradas, y, al llegar al rellano, giran a la derecha, donde el camino es más ancho. La pendiente les obliga a acelerar el paso en dirección a las construcciones de abajo; bordean

éstas, hacia otros escalones que desembocan en un nuevo laberinto, donde se orientan como pueden siguiendo la pared de un barranco cortado a pico.

Entonces se detienen en seco.

Abajo, en un agujero profundo y dilatado, donde aún quedan señales de la explotación de una cantera ahora abandonada, unos cuantos centenares de personas, hombres y mujeres, están reunidos en una asamblea sin palabras. Un silencio grávido y angustioso asciende de aquella multitud inmóvil, distante y misteriosamente amenazadora y que no dispone de más armas que sus puños cerrados.

Gonal se estremece y se vuelve de espaldas. Y no necesita dar ninguna orden, porque los otros tres, unánimemente, se vuelven también y continúan bajando tras él por la montaña, en busca de la camioneta.

10

La señora Iris se desata el delantal, lo cuelga detrás de la puerta de la cocina, se alisa las faldas y, antes de salir, recomienda a la criadita:

—Y no cojas ninguna aceituna, Carla.

—No, señora.

—Hay seis por cabeza.

—Sí, señora.

Cruza el pasillo, entra en el comedor y, casi sin detenerse, modifica la disposición de un vaso y de la botella del vino. Va hacia la ventana y la cierra. Después, llama con los nudillos en la puerta de la derecha.

—¿Señor Sorl?

—Sí...

—La comida está en la mesa.

Vuelve a pasar por delante de la ventana y se dirige a la puerta del otro lado.

—Orestes, Bern...

Una voz juvenil contesta:

—Adelante...

—La comida...

Pero no acaba la frase. Sus ojos se clavan en el trapo que hay en el suelo, un trapo blanco en el que los dos estudiantes, arrodillados, acaban de pintar algo.

—¿Qué están haciendo?

Orestes aleja el pincel del trapo y se separa un poco, mientras su compañero se limpia las manos con el pañuelo que ha sacado del bolsillo.

—Mire... ¿Verdad que queda bien?

Y ella, con un pie dentro y otro fuera del dormitorio, lee las grandes letras negras:

ES MUY SENCILLO: QUEDAOS TODOS EN CASA

Se pellizca el labio, los mira a los dos, uno tras otro.

—¿Y dónde piensan poner eso?

—Todavía no lo hemos decidido.

Bern bromea:

—Quizás en la puerta del piso.

—Se guardarán mucho de hacerlo. ¿Y de dónde han sacado este trapo?

—¿Por qué?

—No habrán arrancado un trozo de sábana...

—¡Señora Selvia! Tendría que conocernos mejor.

—Lo digo precisamente porque les conozco. —Da otro paso, se inclina y acto seguido exclama—: ¡Pero si es la espalda de su camisa blanca!

Orestes desplaza un poco la lata de pintura negra.

—Ya estaba muy vieja. Debía tener dos o tres años.

Pero ella, despiadada, recuerda:

—Se la compró hace tres meses.

Mientras su compañero ríe, él se sorprende:

—¿De verdad?

—Ya se lo he dicho. Si le parece que ésta es la manera de derrochar el dinero que le envían desde su casa...

Ahora es Bern el que dice:

—Después de todo, tiene otras.

Ella se vuelve hacia Bern:

—Y usted... Después, Carla las pasará moradas para lavar ese pañuelo. Creo que tienen un lavabo, y jabón...

Él mira el trapo, las manos, ahora casi con curiosidad.

—Esta pintura se va muy fácilmente.

—Como ustedes no lo tienen que lavar... Y más vale que lleven esta lata a la cocina. No quiero que se vierta y manche las baldosas. Esto no es un taller de pintor.

Orestes se incorpora, coge la lata. Ya en pie, todavía echa una mirada al cartel.

—¿Ha quedado bien, verdad?

Pero la señora Iris retrocede hacia la puerta.

—Lo que deberían hacer es tener un poco más de conocimiento... Hala, vengan a comer. Después se quejarán de que está frío.

Los dos muchachos, resignados, salen uno tras otro. Pero ella todavía dice:

—No se meta en el bolsillo ese pañuelo. Coja otro.

El señor Sorl, que acaba de sentarse a la mesa, despliega la servilleta y apostilla:

—No se pueden quejar. Les trata como una verdadera madre.

Bern, retrocediendo hacia el dormitorio, murmura:

—Mucho peor.

La señora Iris, tan digna y lenta como siempre, sigue a Orestes hasta la cocina.

—Déjala aquí. Detrás de la puerta.

El muchacho obedece y guiña el ojo a Carla; ésta sonrío a espaldas de la señora Iris. Cuando se incorpora, descubre el plato de ensalada.

—¡Ah, olivas!

Pica una con la punta de los dedos.

—¡Orestes!

—¿He hecho algo malo?

—¿De qué me sirve a mí decir a la chica que no coja ninguna aceituna si usted le da el mal ejemplo? Y con las manos sucias, además...

Él se las mira.

—No mucho.

—¡Vaya a lavárselas, ande!

Le deja paso y, después, se dirige al armario y saca de él un tarro de cristal. Pesca una aceituna con una cucharilla y la pone en la fuente de la ensalada. Comenta para sí misma:

—Qué bien hago en no dejarles entrar nunca en la cocina... — Guarda el tarro y, antes de salir, todavía dice—: Y acuérdate, Carla, de que cuando sirvas la fuente no quiero que metas el dedo dentro. Las fuentes se cogen por debajo.

—Sí, señora.

Ella vuelve a alisarse la falda y se aleja por el pasillo. Empuja con el pie un poco de barro seco que alguien debía de llevar en los zapatos y que se ha quedado sobre las baldosas. Después, dirige su mirada hacia Orestes, que acaba de salir del lavabo.

—¡Si no ha tenido tiempo de enjabonarse!

Él, cómicamente, le enseña las manos:

—Mire, limpias como el día de la primera comunión.

—Usted siempre está de broma.

Entran en el comedor, donde el señor Sorl espera con la cuchara en la mano. Bern, ya sentado, coloca el cuchillo y el tenedor a un lado.

La señora Iris separa la silla de la mesa, se instala en ella, espera a que Orestes se siente en el otro lado y pone una pierna sobre la otra, como acostumbra a hacer. Entonces explica:

—No les extrañe que hoy la comida sea un poco más escasa. Las circunstancias nos aconsejan ser previsores.

Orestes despliega la servilleta y la interrumpe:

—Nosotros tranquilos. Mientras Guill trabaje en la tienda de comestibles...

Ella dice, sencillamente:

—Ya no trabaja.

Todos levantan la cabeza, extrañados.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana. O, mejor dicho, desde ayer por la tarde.

—¿Qué ha pasado?

El señor Sorl reflexiona:

—Anoche no vino a cenar y hoy tampoco está aquí.

—Hirieron a su novia y él dejó la tienda para ir al hospital. Ahora también está allí.

—Pero eso no quiere decir que no trabaje...

—El señor Llasat le despidió.

Bern, que recuerda sus libros de texto, comunica:

—No puede hacerlo. Según la legislación...

—Supongo que ahora se puede hacer lo que se quiera.

El señor Sorl mueve la cabeza y mete la cuchara en la sopa. Todos le van imitando. Orestes pregunta:

—Pero ¿por qué le han despachado? ¿Sólo porque se fue?

—Eso dice. Esta mañana he hablado con él por teléfono. Más que nada, el dueño está resentido porque se negó a llevar un paquete a casa de una clienta. El señor Llasat es muy estricto con la disciplina.

Bern se ríe a medias, con la boca llena de sopa.

—¡Como usted, entonces!

—¡No se haga el gracioso, Bern!

Pero Orestes ríe:

—¡Tocada! ¡Tocada!

Los otros dos le hacen coro y ella misma no puede evitar una sonrisa fragmentaria.

—¡Son unos niños!

Orestes aprueba:

—Así me gusta. Tendría que sonreír más a menudo.

—No diga tonterías.

Se inclina sobre el plato. Los otros también comen, el señor Sorl con la servilleta atada al cuello. Pasado un momento, Bern pregunta:

—Supongo que usted no habrá abierto el estanco...

—Eso ni se pregunta.

—Como esta mañana ha salido a la hora de costumbre y ha vuelto tarde...

El otro se turba un poco y murmura:

—Bueno...

Orestes aclara:

—No sé si sabes que el señor Sorl tiene una amiguita...

—¡Orestes, esas son bromas de mal gusto!

—Déjelos, señora Selvia. Son jóvenes y...

—¡Ah, pero yo le he visto del brazo con una chica, no hace muchos días!

—Debía de ser mi sobrina.

—¡Y bien maja que era!

La señora Iris le mira, sorprendida:

—No sabía que tuviese ninguna...

—Sí, una hija de mi cuñada... de mi hermano, quiero decir. Él murió.

Bern decide:

—Un día nos la tiene que presentar... A su sobrina, naturalmente.

Él casi se excusa:

—No nos vemos apenas... Ella siempre tiene mucho trabajo.

—¿Es artista?

—¿Artista? No, ¿por qué?

Orestes se encoge de hombros.

—No sé. Tenía aspecto de serlo.

—No. Trabaja en... un despacho oficial.

La señora Iris deja la cuchara dentro del plato, se vuelve a medias hacia el pasillo y llama directamente:

—¡Carla!

La voz de la criadita contesta inmediatamente:

—¡Sí, señora!

Y acto seguido sale de la cocina y da una breve carrera hacia el comedor. La mujer indica:

—Ya puedes retirar los platos.

Orestes se limpia la boca con una punta de la servilleta y levanta los ojos hacia la muchacha.

—¿Y qué día haremos esas prácticas de anatomía?

La chica ríe, halagada y avergonzada, sin dejar de recoger los platos. La señora Iris se interesa:

—¿Qué prácticas?

Con toda naturalidad, explica Orestes:

—Carla, por todo lo que puede verse, tiene una anatomía casi... perfecta. A un estudiante de medicina siempre le conviene completar su formación práctica...

La señora Iris se pellizca los labios, pero no dice nada hasta que la chica ha salido del comedor con su carga de platos.

—Ya sé que usted sólo piensa en bromear. Pero quisiera que no olvidase que Carla es una niña y...

—Tiene dieciséis años, señora Selvia.

—A los dieciséis años se es una niña.

Orestes desmiga un poco de pan de la rebanada que le han dejado cerca del vaso.

—Si usted lo dice... Pero si no recuerdo mal, usted sólo tiene cuarenta y tres años. Si descontamos los veinticinco que ahora tiene su hijo y el año aproximado en que la naturaleza va haciendo su efecto... resulta que usted se casó a los diecisiete.

El señor Sorl sonrío.

—La han atrapado, señora Selvia.

—Bien, sí, me casé muy joven, no lo puedo negar... —Sin embargo, calla, mirando hacia la ventana, y escucha—. ¿Qué es eso?

Todos aguzan el oído, atentos.

—¡Una trompeta!

—¡Y tambores!

Bern, sin inmutarse, dice:

—Deben de ser los soldados del cuartel.

—Desde aquí no se oyen las trompetas.

—A veces sí. Según el viento que sople.

—¿Con la ventana cerrada?

El señor Sorl se levanta, sin desatarse la servilleta.

—Ahora parece que se oye más cerca... Deben de haber salido a la calle. Ya me han dicho esta mañana que corría el rumor de que los sacarían...

Orestes separa también la silla.

—Se lo debe de haber dicho esa sobrina tan maja.

Se acercan los dos a la ventana, miran a la calle. La señora Iris dice:

—Sí, se oye más cerca...

Bern se levanta a su vez y casi tropieza con Carla, que entra con una fuente en la que se mezclan garbanzos y patatas.

—¡Cuidado!

La chica exclama:

—Son los soldados, ¿verdad?

Y ella y Bern se acercan también a la ventana. La señora Iris los mira, con una expresión resignada, y seguidamente, como con desgana, deja la servilleta al lado del plato y también se levanta de su silla. El señor Sorl se vuelve:

—Todavía no se ve nada, pero seguro que vienen...

Carla reclama:

—¡Abramos, abramos!

Y alarga ya una mano hacia la falleba. Pero Orestes la sujeta por el brazo.

—¡Prudencia, niña! —Indica los balcones y ventanas de la otra acera—. ¿No ves que no ha abierto nadie?

Detrás de todos los cristales se apiñan rostros llenos de curiosidad, móviles, y hacia la derecha hay un mirador donde dos muchachas, puestas de puntillas, miran calle abajo.

—Cuando pasen, ya les veremos. Me parece que a ti te gustan demasiado los soldados...

La señora Iris, desde detrás de todos, pregunta:

—¿Es realmente indispensable que continúe sujetándola por el brazo?

Orestes mira su mano, el brazo de la chica, y después se ríe:

—Indispensable, no. Sólo agradable...

Pero retira los dedos. Ella se acerca un poco más hacia el cristal, entre Bern y el señor Sorl. La señora Iris se desplaza hacia un lado y tira del cordón de las cortinillas para abrirlas del todo.

—¡Ya están aquí!

—¡Qué estruendo!

Todos se pegan contra el cristal, poniéndose de puntillas como las chicas de la otra acera; no obstante, sólo pueden avistar un trozo de calle.

—¡Miren!

Dentro de su campo visual hace su aparición el cabo de gastadores y, detrás de él, se pueden ver dos timbaleros que avanzan con paso medido. Sus manos son como dos máquinas autónomas que dejan caer alternativamente las dos baquetas sobre la piel tirante.

—¡Llevan fusiles!

A cuatro metros de los timbaleros avanzan los soldados, con uniforme azul, todos impecables, con el fusil al hombro y los botones y hebillas deslumbrantes como un mediodía de julio. Orestes pregunta:

—¿Será esto un desfile?

—No, una simple manifestación de fuerza.

El señor Sorl asiente:

—Sí, quieren impresionar a la gente. Después, si nos damos por aludidos, se nos echarán encima.

—¿Cómo?

—Como sea. Podremos ver grandes cosas, te lo aseguro...

Orestes se inclina más, con un brazo descuidado sobre el hombro de Carla. Bern dice:

—Tal vez las grandes cosas las verán ellos. Quiero decir, Domina y los suyos. Si se creen que tienen la tropa de su parte...

El señor Sorl aclara:

—Mientras tengan a los oficiales...

Orestes se aprieta un poco más contra Carla, que continúa mirando la calle con los ojos abiertos de par en par, y dice:

—A mí me parece que ni la oficialidad está contenta. Según dice Pau, mi primo, que ahora está haciendo el servicio...

La señora Iris, desde el otro lado, advierte:

—Orestes, creo que debería dejar respirar un poco a Carla—

La muchacha, sorprendida, se vuelve:

—¿A mí?

Pero en seguida vuelve a mirar por la ventana mientras el muchacho da un paso atrás, deja caer el brazo y se excusa:

—Es una ventana demasiado pequeña para todos...

—Puede mirar desde su habitación.

—Es un consuelo. Por cierto... —toca con el dedo a Bern—. ¿Te imaginas qué golpe si ahora dejásemos caer el cartel encima de los soldados?

El señor Sorl pregunta:

—¿Qué cartel?

—Hemos pintado la espalda de una camisa con la consigna del momento. Esta noche lo colgaremos en un lugar o en otro. ¿Quiere venir?

Pero el señor Sorl se limita a mover la cabeza. Entonces Carla, con la voz más excitada que nunca, dice:

—¡Miren!

Todos se acercan un poco más, hasta el punto de que la señora Iris se queja:

—¡El cristal! Se romperá...

Nadie le hace caso. Todos siguen ávidamente la breve carrera de los dos soldados que, desde el final de la formación, se han precipitado al refugio de una puerta abierta, en el único edificio bajo

de la calle, donde hay un pequeño vestíbulo de entrada cortado por otra puerta, esta última de cristales esmerilados.

El señor Sorl casi tiembla de emoción.

—Si los oficiales se dan cuenta...

Pero no acaba. Sigue, como todos los demás, el movimiento de los soldados, ahora vueltos hacia la puerta interior. Uno de ellos tiene un brazo levantado y no es difícil comprender que está tocando el timbre que hay en el marco de madera. El otro, inclinado hacia adelante, parece acechar en el interior de la casa.

La señora Iris, que mira desde atrás, dice:

—Se han ido a meter en un mal lugar:

Y cuando los dos estudiantes se vuelven hacia ella, interrogativos, añade:

—Ahí vive un ex secretario del jefe de policía que había antes de Ezra. Es decir, ahora sólo vive su mujer, porque se separaron. Y ella no abre nunca a nadie. Parece ser que es una maniática. Y, según dicen, bebe.

Orestes dice:

—Pues si se quedan en la entrada y pasa un policía o algún oficial...

Vuelve a mirar por encima de la cabeza de Carla. El muchacho que intentaba ver a través de los cristales esmerilados, se ha vuelto ahora y, mientras su compañero continúa con el dedo clavado en el timbre, saca tímidamente y recelosamente la cabeza y echa una ojeada arriba y abajo de la calle. De pronto, retrocede y se dirige a su

amigo, el cual retira la mano del botón. Sin perder tiempo, ajustan las dos hojas de la puerta exterior. Bern dice:

—Deben de haber visto a alguien.

Todos esperan, tensos, integrados en la aventura de los dos reclutas. Entonces ven la patrulla, tres policías uniformados que, con el fusil ametrallador en las manos, avanzan por la acera, uno tras otro, bien separados.

El señor Sorl murmura:

—¿Los descubrirán?

Los policías miran a uno y otro lado, desconfiados, examinando puertas, ventanas y balcones.

—¡No!

Lo han dicho todos a la vez y suspiran sonoramente, como si se hubiesen quitado un peso de encima. La patrulla no ha dado señales de la más leve vacilación, y los tres policías se alejan ahora hacia el otro extremo de la calle.

No obstante, la puerta exterior continúa cerrada y no es posible descubrir si al final les ha abierto la mujer maniática. Tienen que esperar mucho rato, casi cinco minutos, antes de sorprender la mano prudente que, poco a poco, ensancha la rendija y la cara que, entonces, acecha de nuevo, más tímida que antes. Orestes retrocede un poco y dice:

—Habría que hacer algo.

Pero el señor Sorl opina:

—¡Ya se despabilarán ellos! Puertas, no les faltan.

—Están todas cerradas.

La señora Iris, con gran sencillez, decide:

—Voy a buscarles.

Todos abren la boca. Sólo Orestes exclama:

—¿Usted? Una amiga del orden...

—No de este orden.

Y se dirige hacia la puerta. Pero el muchacho corre tras ella, la intercepta el paso.

—Iré yo. Puede ser peligroso.

—No. ¡Si sólo tendré que abrir la puerta e indicarles que vengan!

—A pesar de todo...

Ella se resigna a medias:

—Acompáñeme, si quiere.

El señor Sorl se aclara la garganta y da un paso hacia la mesa.

—¿No se precipitan ustedes demasiado? Se me ha ocurrido que podrían ser dos agentes provocadores. Nunca se sabe...

—¿Dos soldados?

—Hay que ser prudente.

La señora Iris parece titubear, pero Orestes se vuelve hacia él.

—¿No ve que es ridículo? Los agentes provocadores nunca se visten de uniforme.

Ella sólo dice:

—Vamos.

Orestes abre la puerta del piso, le cede el paso, pero antes de cerrar, todavía puede oír al señor Sorl, que refunfuña:

—Si pasa algo, que no digan después que no les he advertido...

El muchacho se encoge de hombros y comenta:

—No se puede ser viejo, porque se acaba por confundir la prudencia con el egoísmo.

Y salta tras la mujer, que se aleja silenciosamente escaleras abajo, ligera y extrañamente juvenil.

No se detienen hasta el portal, tres pisos más abajo. Desde la puerta echan una ojeada a la calle, hacia el portal, pero los dos soldados han vuelto a cerrar. Ella mete la llave en la cerradura y la hace girar.

—Deben estar aterrorizados, pobres muchachos...

—Si no abren, no les podemos hacer señas.

Esperan, sin perder de vista la puerta pero pasan los minutos y, a pesar de su atención, no pueden sorprender ninguna cara, ninguna mano. Orestes insinúa:

—A lo mejor se han ido.

—Arriba deben seguir mirando por la ventana. Nos lo habrían dicho.

—Entonces, ¿quiere que me acerque?

—No.

Continúan esperando, enfrentados a una puerta cerrada y con una calle desierta, de fiesta fúnebre. Después, ella entreabre el enrejado, desliza el cuerpo por la abertura y ordena:

—No se mueva de aquí.

Otea arriba y abajo, alza los ojos hacia los balcones y las ventanas de la otra acera pero ahora parece que ya se ha retirado todo el mundo. Orestes empieza a decir:

—No sería mejor...

Pero ella le ataja:

—Vuelvo en seguida.

Atraviesa corriendo la calle y, una vez en el otro lado, sin detenerse, proyecta hacia adelante las dos manos y empuja la puerta, que cede. Y entonces sí que se detiene.

En el otro lado no hay ningún soldado, la puerta interior, en cambio, está abierta y el cristal roto.

Indecisa, penetra hacia el silencio del piso desconocido, avanza por un pasillo claro, iluminado por un rayo de luz que, sin obstáculos, procede del balcón, ancho y virgen de cortinas, que da al patio interior.

Entonces se vuelve a detener, porque ha oído un breve rumor seguido de algunas palabras. Se orienta acto seguido hacia el comedor, donde hay otra puerta, que está abierta.

Los dos soldados, de espaldas, se inclinan sobre la vieja que, con toda la ropa desordenada, parece respirar pesadamente, sin conocimiento, en la amplia cama matrimonial. Uno de los

muchachos tiene en la mano una botella y la mira; el otro, con delicadeza, golpea las mejillas de la mujer y dice:

—¡Tía, tía!

El de la botella dice:

—Se la ha bebido toda. Es inútil que le grites, pues no se despertará hasta mañana.

La señora Iris retrocede lentamente, sin hacer ruido, y desde el hueco de donde sale la luz, vuelve hacia la puerta y la cierra tras ella.

Desde la otra acera, medio asomada en el umbral de la casa, la cara de Orestes la mira con ansia. Ella le sonríe nerviosamente y, después, sin acordarse siquiera de mirar a los lados, cruza rápidamente, dando saltitos.

El la recibe con una pregunta:

—¿Qué? Les han abierto, ¿no?

—Sí. Uno de ellos era un sobrino.

Orestes extiende la mano hacia la cerradura, pero ella le detiene con un gesto.

—No... Bien mirado, es estúpido eso de tener las puertas cerradas.

Orestes aprueba y, obediente, le entrega la llave.

11

Al ver el tranvía que da la vuelta delante del mercado, San, hasta entonces sentado en el escalón superior de los dos que conducen al cine, ahora cerrado, se incorpora y avanza hasta la acera, donde se detiene al lado de un poste.

El vehículo, vacío y con un gran rótulo que dice «Completo» en la parte delantera, se acerca disparado y, durante un momento, incluso parece que va a pasar de largo. Después, frena estridentemente, la puerta se abre con un restallido y el conductor, sin moverse, le dice:

—Voy a la cochera.

—No importa.

Sube ágilmente y mira hacia el fondo, donde el cobrador parece adormilado. Entonces se vuelve otra vez hacia el conductor, que acaba de arrancar de nuevo.

—Por lo que se ve, no tienes muchos clientes.

—¡Tú dirás!

—¿Acabáis el servicio o se os ha roto el trasto?

El otro acelera calle arriba, donde solamente hay coches parados y un vehículo de la policía alrededor del cual fuman tres agentes.

—Acabamos ahora. —Echa una ojeada hacia el lado posterior y señala a su compañero—. Éste y yo teníamos que haber sido

relevados hace una hora. Hemos dado una vuelta entera. ¡Y nada! — Abre el cristal delantero, escupe fuera y vuelve a cerrar—. Creo que ya es el único tranvía que circula. Durante esta media hora, no hemos visto ninguno más.

San mira delante de él, se quita la mugrienta gorra.

—Sí, ya lo sé. Al menos hacía tres cuartos de hora que esperaba. Un poco más y me vuelvo a casa.

El otro murmura:

—Somos unos idiotas. Todo el mundo ha dejado de trabajar.

Él vuelve a ponerse la gorra.

—A mí nadie me ha dado ninguna orden.

—Puedes esperarla sentado, si quieres. —Señala a derecha e izquierda, a los establecimientos cerrados—. Tampoco se la han dado a éstos, y ya ves... ¡Cuando terminemos nosotros, esto parecerá un cementerio! —La costumbre le obliga a vigilar la curva, aminora un poco la marcha—. ¿A dónde vas tú?

—Estoy de guardavías en la esquina de Prove—Pass.

—No pasamos por allí.

—Pero pasáis cerca. Hace un cuarto de hora que debería haberle relevado.

—¿A quién?

—A Cletxa.

—¡Como si me dijese al diablo! Quiero decir que no encontrarás a nadie. Desde esta mañana, ahora uno y después otro, todos han

tomado el portante. ¡Incluso los vigilantes de la parada! Y hace horas que no recuerdo haber visto a un inspector. Y, a lo mejor, ni en la cochera hay nadie. Estaría bueno que hubiesen cerrado...

—¿Qué harías?

—¿Qué iba a hacer? Dejar en la calle este maldito trasto. —Se inclina hacia adelante y comenta—: Por mí, lo pueden quemar.

Él dice:

—Si no encuentro a nadie, me vuelvo.

—Yo, en tu caso, ni siquiera llegaría.

—Hombre, ahora ya no falta mucho. Y tampoco quiero que, según vayan las cosas, después se diga... ¡Tengo mujer y críos!

—Todos tenemos mujer y críos. Por eso mismo...

Calla súbitamente y frena con tanta violencia que la inercia les proyecta contra el cristal, donde apoyan las manos.

—¿Qué hace ese bestia?

El cobrador, que se ha despabilado, pregunta:

—¿Qué coño pasa?

El otro bracea, da grandes taconazos a la campanilla.

—¡Ese animal que se para ahí, en la esquina, para que me rompa los morros!

Continúa tocando desesperadamente, con la cara congestionada por la rabia. San dice:

—Me parece que lo han abandonado...

El cobrador, que ha recorrido todo el pasillo, mira por encima de sus hombros.

—A ver, déjame bajar...

La puerta cruje y el hombre salta a la calle, con San detrás de él. Los dos avanzan hacia el vehículo y van examinando, con la vista, el interior vacío, hasta la puerta delantera, abierta de par en par.

—¡Vaya coña!

—Seguro que lo han hecho con intención.

El otro grita, dando un paso atrás:

—¡Joas, ya puedes bajar! El viaje acaba aquí.

El conductor obedece prestamente, sin hacerse rogar.

—¿No hay nadie?

El cobrador hace un gesto con las manos.

—Ya lo ves.

—¡Maldita sea! ¿Y qué carajo hacemos ahora?

—¿Qué quieres hacer? Nada.

Pero el hombre grita:

—¡Eso es de inconscientes! Una cosa es largarse a casa y otra dejar esta chatarra en medio del paso, para que alguien se rompa la crisma.

Retrocede hasta su vehículo, sube a la plataforma y San y el cobrador observan sus maniobras. El hombre arranca lentamente,

acercándose al tranvía abandonado, junto al cual se detiene con toda precisión. Acto seguido ordena:

—Tú, sube delante y...

Pero el otro no le deja acabar:

—¿Qué quieres hacer? ¿Empujarlo?

—Naturalmente.

—Entonces, no cuentes conmigo. Todavía recuerdo lo que pasó cuando iba con Arbe, el que murió...

—Pero hoy es diferente, no hay circulación.

—No importa.

San propone:

—Lo podría llevar yo.

Los dos se miran, uno desde su sitio, el otro asomado en la plataforma.

—¿Tú? ¿Sabes conducir?

—Sí. Aprendí a hacerlo, pero después descubrieron que estaba enfermo del corazón...

El conductor, en lugar de agradecerle la iniciativa, se indigna:

—¡Pues lo podía haber dicho antes! Éste y yo perdiendo el tiempo, y tú... ¡Anda, sube! ¡Ya debería estar en casa, coño!

Él pone el pie en el estribo, pero el otro aún dice:

—Acuérdate de parar en la esquina de Ció, porque el cambio automático de las vías no funciona.

El cobrador dice:

—De eso ya me encargaré yo —y se coloca a su lado—. A ver cómo lo haces...

San, sin replicar, se sitúa detrás de la caja de mando y establece el contacto. Gruñe el motor y después, cuando mueve la palanca, el tranvía, con una pequeña sacudida, comienza a avanzar. El otro aprueba:

—Muy bien.

—Estoy seguro de que habría sido un buen conductor. Pero...

Se encoge de hombros y el otro pregunta:

—¿Qué es lo que tienes en el corazón?

—Es algo de la válvula. No sé... Además, lo tengo demasiado grande.

El vehículo sube sin prisa por la pendiente, modera aún más la marcha al acercarse a la esquina y pasa de largo por delante de los indicadores de parada, porque no hay nadie que espere en ninguno de ellos.

—También lo tengo yo, pero nunca me he preocupado por él.

El otro no replica y mira a derecha e izquierda, vigilando un tránsito inexistente. De vez en cuando, sorprende detrás de los cristales de los balcones unas presencias hundidas en la sombra, miradas reprobadoras que le siguen calle arriba.

—¿Y éstos, qué quieren?

Tres hombres de uniforme han surgido del refugio de la puerta abierta de un garaje. Uno de ellos levanta la mano. El cobrador dice:

—No te detengas, no es parada.

Pero él, indeciso, ya ha aminorado la marcha.

—¡Mira que eres idiota! —Se precipita hacia la puerta y grita—:
¡Vamos a retiro!

Uno de los hombres ya se ha subido al estribo y los otros dos le imitan, todos con las oscuras caras bajo la gorra y con las armas colgadas en la cintura. San acaba de detener el vehículo. El oficial dice:

—¿Por qué? ¿Tenéis avería, acaso?

—Hemos terminado el servicio.

Los tres hombres le miran con una expresión casi feroz. El más viejo se queja:

—¿Qué servicio? ¡Hace media hora que no ha pasado ningún tranvía y ahora salís vosotros con que habéis acabado el servicio! —
Se vuelve a San—. En marcha, conductor.

El muchacho explica:

—No puedo llevar pasajeros. La verdad es que yo no soy conductor.

Se vuelve a los uniformados y les muestra la gorra, en la que se puede leer en letras rojas la naturaleza de sus funciones. El oficial reflexiona:

—No importa. Le habrá requisado la compañía...

Él niega con la cabeza:

—Este tranvía estaba abandonado en mitad de la calle y como nos estorbaba...

Le hace callar el tintineo de la campanilla del otro vehículo, cuyo conductor, que ahora está tras él, se impacienta. El cobrador grita:

—¡Ya arrancamos, hombre!

Él dice:

—De manera que, si no les molesta, les agradecería que bajasen.

Pero el agente que parece llevar el mando taconeando sobre el entarimado.

—Nada de eso. Tenemos que ir a la plaza de Adra y no podemos perder más tiempo. Si no estaba requisado, nosotros lo requisamos ahora. ¡Adelante!

—Pero...

El agente más joven le pone la mano en el hombro:

—¿No lo ha oído?

—Bien... Yo no me hago responsable...

—¡Arranque!

Obedece con desgana. El mismo guardia indica:

—Y no se detenga hasta la plaza.

Después, los tres entran en el vehículo y se sientan. El cobrador les echa miradas desconfiadas y se recuesta sobre la barra que protege el motor.

—¡Ya te decía yo que pasases de largo! No sé a qué viene eso de pararse para después decirles que se bajen.

—He sido un zoquete, ya lo sé.

—Ahora tendrás que dar otra vuelta...

—Podemos dejarlo en la cochera del paseo.

—¡Podrás dejar, querrás decir! Yo me bajo aquí. —Se incorpora y se acerca a la puerta—. Abre. No hace falta que te pares, afloja sólo un poco.

Él se lamenta:

—Eso no es de buen compañero.

—¿Compañero de qué? Si te metes en líos, ¿qué culpa tengo yo?

San, sin replicar, abre la puerta y el cobrador baja al estribo. Detrás, una voz ladra:

—¿A dónde diablos va usted?

El policía le mira desde arriba, erecto, casi envarado. El hombre explica:

—Este no es mi tranvía. Yo voy en el de atrás.

—Ahora no. ¡Suba!

El cobrador se indigna:

—¡Esto ya es demasiado, coño! He acabado mi servicio, y con una hora de propina... Nadie puede pedirme más.

Y se inclina hacia afuera, dispuesto a saltar. Pero el otro desenfunda a medias una de las dos pistolas que lleva en el cinturón:

—¡No acostumbro a repetir mis órdenes!

El cobrador hace un gesto de desaliento, sube de nuevo a la plataforma y, después, se descuelga la cartera del hombro y la lanza con rabia entre el motor y la pared lateral de la caja.

—¡Joder...!

El policía vuelve a enfundar la pistola y, sin añadir una palabra, se reúne con sus compañeros. El cobrador, de cara a San, masculla:

—¡Qué valientes son! Y sólo sirven para fastidiar... ¿Para qué quieren ahora un tranvía? ¡Como si no hubiera coches!

—No los deben tener.

—¿No? ¿Es que nunca los has visto pasar, todos bien repantigados, con el esclavo delante, tieso como un palo? —Gargajea, enfadado—. ¡Ganas de tocarnos las narices! —Se vuelve, mira hacia el interior del vehículo y más allá.

—Joas se ha salvado de una buena... ¡Tiene una suerte!

—Joas?

—Sí, el compañero. Dentro de cinco minutos en la cochera, y hala, a casita.

—También nosotros. Es decir, tú, porque yo tengo que ir a relevar.

El otro vuelve a escupir, le mira de lado.

—¿Eres imbécil o qué?

Pero no espera respuesta, sino que, con un zarpazo, recoge la cartera del suelo y se aleja hacia el interior del coche, donde se sienta, lo más lejos posible de los policías.

San, sin aminorar la marcha, porque la visibilidad es buena, atraviesa la Gran Avenida, donde las palmeras y los pinos alternan amigablemente, ellas un poco amarillentas, envejecidas por el invierno; los pinos altos, rectos, rozando en la lejanía el cielo gris, donde las nubes se persiguen, por ahora pacíficamente.

Dos coches circulan por la parte ancha de la calle, uno de ellos con la estrella de la policía, el otro con unas grandes letras dibujadas en el parabrisas: MÉDICO. Una patrulla de cinco hombres a caballo se escalona a lo largo de cinco bocacalles, inmóvil y al acecho.

Después, la calle se vuelve a quedar vacía, como un río sin agua, con sus altas orillas desde las cuales la ciudad viva asiste, confiada, al desarrollo de la historia.

El tranvía avanza ruidosamente y, de vez en cuando, el trole chisporrotea.

—¿No puede correr más?

El policía joven se ha levantado, todavía nervioso. San se vuelve.

—Creo que no. Pero ahora ya no falta mucho.

El tranvía toma la curva del Paseo de Arriba, chirría sobre las vías, y el policía es proyectado contra los tres hierros horizontales que protegen los cristales.

Cuando se incorpora parece irritado, pero entonces se mete una mano en el bolsillo, saca una pitillera de plata y la abre con un pequeño chasquido mientras se queda mirando a la vieja que ha aparecido en la esquina y que les hace señales.

—¡No se pare!

El vehículo continúa en su curva y se adentra por la empinada calle, ininterrumpida, que conduce al barrio alto. El policía enciende el cigarrillo, expele el humo contra la nuca de San y, después, volviéndose hacia dentro, indica a sus compañeros:

—Ya casi estamos.

Un fragor confuso, todavía lejano, se superpone al estrépito del tranvía, y San mira a derecha e izquierda, hunde la mirada en las calles laterales. Pregunta:

—¿No oyen?

—¿Qué?

El cobrador ha abandonado su asiento y ahora, lleno de curiosidad, vuelve a la plataforma. También él pregunta:

—¿Qué es ese ruido?

—Parece de cristales...

Los otros guardias, ya incorporados, se estiran las guerreras. El más joven dice:

—Deténgase en la entrada de la plaza.

San se prepara, modera la velocidad, pero después casi se olvida de frenar: detrás de la esquina, al abrirse el abanico de la plaza, descubre a varias docenas de soldados que, con las culatas, golpean brutalmente las puertas de las casas. Por todas partes, detrás de los enrejados, se desprenden escandalosamente grandes fragmentos de cristal.

—¡Pare!

Él consigue dominar el vehículo, que se detiene ya en plena plaza. Dos sargentos, hasta entonces inmóviles al lado de un arriate, avanzan ahora rápidamente. El policía de más edad ordena:

—¡Abra!

Desciende, casi con majestad, con los otros dos pisándole los talones. Los sargentos, a tres metros de distancia, saludan rígidamente. El policía dice:

—Dirijo las operaciones en el sector norte.

—Muy bien.

El cobrador cuchichea al oído de San:

—¡Qué salvajes!

El policía habla de nuevo:

—¿Vehículos?

—Dos.

—Es insuficiente. Retendremos el tranvía.

—Han desertado tres chóferes.

El policía rectifica:

—Cuatro, con el nuestro. —Con un gesto, indica el tranvía—. Sargento Nolis, hágase cargo del vehículo y de estos dos hombres.

El cobrador se precipita hacia adelante, alarga la mano.

—¡Que se lo crean!

Con la otra mano, bruscamente, acciona la palanca y los dos movimientos se sincronizan: la puerta se cierra y el tranvía arranca con un gemido.

—¿Qué haces?

—¡Salgo de aquí!

Los cinco hombres, al otro lado de los cristales que parecen decapitarles, se vuelven todos a la vez, abren las bocas, dicen algo, pero el estrépito del tranvía ahoga sus airadas palabras. San pregunta:

—¿Te has vuelto loco?

—¡Quédate tú, si quieres!

El vehículo aumenta la velocidad y San, que se vuelve, ve a los cinco hombres, que corren con los brazos levantados. Después, el policía más joven saca la pistola y, sin apuntar, dispara repetidamente.

—¡Al suelo!

San y el cobrador se acurrucan detrás de la pared, mientras el tranvía, ya disparado, se precipita pendiente abajo. Salta un cristal, y los dos hombres, automáticamente, agachan aún más la cabeza. El cobrador masculla:

—¡Para que luego digan que son irrompibles!

Los policías continúan disparando y una bala penetra sin romper nada en el vehículo, lo atraviesa de cabo a rabo y se estrella contra el acero del motor. San se lamenta:

—¡Nos perseguirán!

El cobrador respira ruidosamente y, después, cuando ya enfocan la curva donde la calle se ensancha, se va incorporando. Los otros han dejado de disparar. San pregunta:

—¿Y ahora qué?

Pero el otro sólo dice:

—¡Son unos desgraciados! Porque los chóferes han tomado las de Villadiego, ya no pueden servirse de los coches...

¡Tienen miedo a ensuciarse las manos si tocan el volante!

—No sabrán conducir.

—¡Eso es lo que quiero decir, idiota! Que no se han tomado la molestia de aprender... —Y a continuación, con un cambio de voz, añade—: Anda, ponte aquí detrás. Iremos hasta la plaza de la Iglesia. Y te paras allí.

—¿Y después?

—Tú haz lo que quieras. Si quieres esperar...

—¿Para cargar con el paquete? ¡No, gracias!

Se coloca detrás del motor, pero no lo toca. El otro dice:

—El problema será cómo llegar a casa. ¿Dónde vives tú?

—En el pasaje Vilat.

El cobrador chasquea la lengua.

—Yo también vivo lejos, en Caines. Lo interesante sería encontrar un lugar abierto, un café... Allí podríamos esperar a que se hiciese de noche.

—No hay ninguno. Todo está cerrado.

El otro se da un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¡Calla, ya lo sé! Hay una casa, por aquí arriba...

—¿Un burdel?

—Sí. Yo no he estado nunca allí, pero sé dónde está. ¿Qué te parece?

—Podemos intentarlo.

El tranvía gira hacia la plaza de la Iglesia, más solitaria que un desierto, y San modera la velocidad.

—Prepárate a saltar. Dejaré el tranvía en marcha, a poca velocidad.

El otro aprueba:

—Es una buena idea. Así, si nos persiguen, no sabrán donde hemos bajado.

San aminora más la marcha, abandona el motor y, alargando la mano, abre la puerta.

—Hala, salta.

El cobrador baja al estribo, se inclina como si fuese a tomar impulso, y entonces San le ve dar unos pasos precipitados por la acera, que el vehículo bordea. Medio colgado a su vez, proyecta enérgicamente el cuerpo hacia adelante, lo echa hacia atrás y, acto seguido, el empedrado choca bajo sus pies. Se queda mirando el tranvía, que prosigue solo su marcha plaza adelante y se desvía hacia el paseo de la izquierda:

—Mientras no haga daño a nadie...

—Difícil lo veo. ¡Venga, corramos!

Él se adelanta hacia uno de los callejones que, debajo de la plaza, se pierden en otras calles aún más estrechas, casi enroscadas y medio laberínticas. San comenta:

—Quizá no debería haber salido de casa y creerle a Cara...

—¿Tu mujer?

—Una realquilada que tenemos. Quién iba a pensar que acabaría la tarde en una casa de tías...

—Todavía no estamos en ella. Y, después de todo, hay lugares peores. —Se ríe entre dientes y camina un poco más deprisa—. Dicen que es más bien cara.

—Me da igual. Como no hemos de acostarnos con ninguna... ¿Tú estás casado?

—Por segunda vez. —Dobla la esquina y señala con la mano hacia el fondo del callejón, donde un chalé corta la rasante—. Es ese chalé.

—Tiene buen aspecto. Me temo que no nos dejarán entrar.

—¿Por qué? ¿Porque llevamos este uniforme?

—Claro. A la primera ojeada se ve que no somos gente acomodada.

El otro hace sonar la cartera que lleva colgada del hombro.

—¿Quién lo ha dicho? ¿No oyes?... —Ríe, mirando a su compañero—. Hoy sí que no hay que liquidar.

Cruza hacia la otra acera del callejón y San, que va detrás de él, reflexiona:

—Si mi mujer supiera dónde me he metido, me echaría de casa.

—No hace falta que hagas nada. Puedes salir del paso con un par de copas.

Se detiene delante del chalé, tan silencioso como todo el barrio, y alarga la mano hacia el timbre, que suena inmediatamente en el interior. Pero entonces San le sujeta por el brazo con un gesto casi convulsivo. El cobrador le mira.

—¿Qué pasa? ¿No quieres...?

Pero, al seguir la dirección de su mirada se calla, porque del laberinto de callejones ha salido una patrulla de cuatro hombres, que se adelantan por el empedrado abajo. Murmura:

—¡Qué jodida suerte!

La puerta del chalé se abre y una mujer, muy vistosa a pesar de unos cincuenta años que no puede ocultar, les mira severamente. Al mismo tiempo, el jefe de la patrulla alarga el paso.

—¡Eh, vosotros!

Ellos pasean la mirada del policía a la mujer. Y entonces se dan cuenta de que ella, en un visto y no visto, ha convertido su expresión severa en una sonrisa acogedora.

—¡Ah, entrad, entrad!

Pero el jefe de la patrulla, escoltado por sus hombres, ya se ha detenido junto a ellos e interroga:

—¿Qué hacéis aquí?

Los dos se encogen ligeramente de hombros y se limitan a replicar con una mueca avergonzada. La mujer dice:

—¿Qué cree usted que pueden hacer, brigada?

Pero el policía vuelve a dirigirse a los dos hombres:

—¿No estáis de servicio?

El cobrador explica:

—Lo hemos terminado hace un rato, después de una hora de suplemento.

El brigada alarga la mano.

—A ver vuestra hoja de servicio...

El otro hurga en sus bolsillos y se la entrega.

—¿Y tú?

San balbucea:

—Yo... es mi día libre...

La mujer, desde el umbral, apremia:

—Vamos, entrad, que aquí hace frío. —Y al brigada—: Quizás a sus hombres también les gustaría entonarse un poco antes de seguir.

El otro alza una mano.

—No tan deprisa. —Devuelve la hoja al cobrador y se dirige a San—: Usted tendrá que venir con nosotros.

—Yo...

La mujer da un paso adelante.

—¡Pero brigada! Si son dos clientes, les conozco muy bien...

—¿Desde cuándo?

—Desde hace años. No se los puede llevar así... Caray, quieren que todo el mundo haga la vida de costumbre y cuando alguno, como nosotras, trabaja como si no pasase nada, ¡vienen ustedes y se nos llevan a los clientes!

—Todavía no nos hemos llevado a nadie.

—Pero les molestan, y eso desanima. ¡Cuando lo que deberían hacer, precisamente, es proteger a todos los que continuamos con el establecimiento abierto, sin dejarnos impresionar por cuatro cabezas huecas!

El otro, cejijunto, arruga la frente.

—Pero este hombre no está en regla.

La mujer ríe:

—Pero ¿qué quiere usted? ¿Que cada vez que le toca fiesta, un día a la semana, le haga un certificado la compañía?

El brigada parece vacilar y mira largo rato la cara de San. El cobrador dice:

—Si conviene y sirve para algo, yo también respondo por él.

La mujer se muestra persuasiva:

—Ande, brigada, no sea malo y todos se lo agradeceremos. A usted y a sus hombres.

—Está bien...

Mira fijamente a sus subordinados, pero la mujer, con otra sonrisa, procede como si la decisión ya fuese cosa hecha.

—Entren también. Aunque sólo sea para tomar una copa...

Él mueve la cabeza, más tratable.

—Ahora no podemos. Estamos de servicio.

—Pues ya lo saben: cuando quieran.

El brigada da las gracias, vuelve a mirar a sus hombres y, con un movimiento de cabeza, ordena:

—Continuemos.

Saluda con la mano, sin palabras, y la mujer y los dos tranviarios se quedan todavía en el umbral del chalé, con los ojos fijos en las espaldas que se alejan. San respira pesadamente.

—Gracias, señora. Sin usted...

Ella vuelve a poner un rostro severo y los examina de pies a cabeza.

—No me agradezcáis nada. Ahora todos estamos en el mismo lado. Hala, entrad antes de que pase otra patrulla.

Les cede el paso y San y el cobrador entran en un vestíbulo lujosamente alfombrado y con las paredes pintadas de un color verde pálido.

Ella cierra la puerta, y señala la pesada cortina que cuelga en la entrada del pasillo.

—Venid... —Se detiene de nuevo y, más severa todavía, añade—: Eso sí, no penséis que hoy os voy a dejar tocar a ninguna chica. Hemos cerrado, como todo el mundo.

San asiente alegremente con la cabeza.

12

—Yo telefonaría a Batxera...

Dolça se vuelve a su madre y, con un dejo de impaciencia, dice:

—¿Cuántas veces tengo que repetirle que no quiero que le llame Batxera? Se llama Blasi, ¡Blasi!

—Yo, a tu padre, siempre le llamé Puxal...

—¿Y qué? Es una mala costumbre, de todas maneras. A los de la familia se les ha de llamar por el nombre de pila.

La mujer se acerca un poco más al radiador eléctrico.

—Él todavía no lo es.

—Lo será muy pronto. Quiero que le llame Blasi.

—Está bien, no te enfades por tan poca cosa. Te preguntaba por qué no le telefoneabas...

Ella se sienta, abre ruidosamente el cajón, de dónde saca unas pequeñas pinzas.

—¡Más vale que se calle! No quiero que me haga perder la paciencia... —Se inclina hacia adelante, se mira la cara que le muestra el espejo, bien iluminado—. Después de todo, ¿qué podría hacer? ¿Decírselo a Domina? —Hace un gesto despectivo con la cabeza y vuelve a contemplarse—. ¡Bastante trabajo tendrá ya, el pobre hombre!

—Pero te han destrozado la puerta...

—La mía y dos docenas más.

—Les podías haber dicho que eres la novia de uno de los chóferes del Juez. A lo mejor...

—¡Calle, madre, calle! —Levanta la mano que sostiene las pinzas y, con mucho cuidado, comienza a depilarse las cejas—. Y no se quede ahí mirándome como si hubiese ocurrido una tragedia. ¿No tiene nada que hacer?

—Siempre hay cosas que hacer

—Pues entonces, hágalas.

Pero la mujer todavía dice:

—Y ahora, esta noche, tendremos que dormir con todo eso abierto...

Dolça deja las pinzas sobre la repisa de mármol.

—Queda la puerta de cristales, ¿no? Y no se queje tanto, que otros han perdido más.

—Les han reventado los cierres de afuera.

Ella vuelve a tomar las pinzas, con un suspiro.

—Muy bien. Ya que no puede callar, siga hablando.

—Sí, claro, ahora tú te desahogas conmigo.

—¡Es que usted no sabe aceptar nada! Estoy preocupada, es cierto, pero razón de más para no insistir.

Se tira de un pelo largo y grueso; lo mira, muy sorprendida. Después, dilata las ventanas de la nariz y husmea rápidamente, dos o tres veces.

—¿Tiene algo en la lumbre? Huele a quemado.

—No... —Pero en seguida se precipita, lanzando una exclamación—: ¡Ay, la plancha!

La mujer desaparece detrás de la cortina floreada que da paso a las habitaciones interiores. Y Dolça se arranca otro pelo, con un breve tirón, seco y enérgico. Luego, sin dejar las pinzas, se levanta, se inclina sobre el radiador movable y, sujetándolo por el pie, lo traslada más cerca de la silla.

Vuelve a sentarse y reanuda su delicada tarea. La cara se le contrae un poco, los músculos tensos. La madre, desde el umbral de la puerta interior, dice:

—Sólo se me ha quemado un pañuelo.

Ella ni siquiera se vuelve; la mira en el espejo.

—¿Ha vuelto a dejar la plancha encendida?

—Sí.

—Pues a ver si se le quema otro. A usted siempre le pasa como a aquel obrero que se cortó un dedo.

—¿Qué obrero?

—Un mecánico. Se cortó un dedo con la máquina que manejaba y después, cuando le explicaba al jefe cómo se lo había hecho, se cortó otro.

La mujer altera la expresión blanda de la cara y refunfuña:

—Tú siempre tan graciosa.

—¡Pues sí, ya ve! Ande, vaya a planchar.

—¿No va a venir Bat... quiero decir Blasi? ¿No va a venir hoy?

—No lo sé, ya lo veremos. Es alto y macizo, se le ve en seguida...

—¡Ay, qué carácter, hija!

Se retira de nuevo, murmurando. Dolça, ya sola, repite muy bajito, observando en el espejo el movimiento de sus labios:

—Es alto y macizo, ancho de espaldas y hasta un poco salvaje...

Se vuelve hacia la puerta, donde la silla que sujeta la cerradura rota se mueve un poco, aunque la ha encajado muy bien. Alguien empuja desde fuera ligeramente, y después con más fuerza. Dolça observa el leve balanceo de la cristalera, pero no se mueve de la silla.

Entonces, unos nudillos golpean con discreción, y una voz conocida llama contenidamente:

—Dolça, Dolça...

Ella hace resbalar la silla por el piso y se levanta. La voz insiste:

—Dolça... Soy yo, Elvi.

La muchacha desapuntala la silla, la sujeta con una mano y, con la otra, abre un poco la puerta vidriera. Elvi entra en la peluquería con una breve carrerita.

—Te he traído el periódico.

Dolça vuelve a apuntalar la silla y la comprueba forcejeando un poco con la puerta.

—¿Qué dice?

—Nada. Pero he pensado que no habrías podido comprarlo. Carlo dice que no se los puede quitar de encima porque no se presenta ningún repartidor. Tiene el almacén abarrotado... Toma.

—Si no dice nada, no me interesa. —Pero lo despliega, echa una ojeada a los titulares y vuelve la página—. ¡Qué asquerosos son! —Pasa otra hoja, pasea la mirada por ella y luego, despectiva, dice—: ¡Mira que también hay que tener estómago para hacer hoy de periodista!

La otra se molesta:

—¡Ya está bien, mujer! Supongo que el mismo estómago que para hacer de chófer de Domina.

Dolça dobla el periódico y se lo devuelve a la mujer.

—Me lo he ganado. Perdóname, ¿oyes? Eso me enseñará a no tirar la primera piedra.

El tono de la otra cambia, se hace conciliador:

—Ya sabes que para vivir se han de hacer muchos papeles...

—Sí, tienes razón. —Camina hacia la silla donde antes estaba sentada, se instala en ella y coge las pinzas—. Sin embargo, no me parece que sea lo mismo. La mayor parte de la gente tiene oficios que... ¿cómo te diría yo?... que no exigen responsabilidad. Al fin y al cabo, da igual servir de chófer a uno que a otro. Pero un periodista... obligado a decir mentiras, consciente de que lo son...

—¿Pues qué querías que hiciera? ¿Que se pusiera a trabajar de peón? Si crees que simpatiza con la administración del Juez...

Ella agita la cabeza, con las pinzas aún en la mano.

—Eso es lo que tiene gracia. No hay nadie que simpatice con eso, pero todo el mundo, de una manera u otra, colabora. ¡Son todos unos títeres!

La otra mujer se acerca al radiador, estira las manos, Repite:

—Hay que vivir.

Pero Dolça prosigue:

—Por una razón o por otra, todos nos hemos ido comprometiendo. —Suspira—: Quizás es mejor así, me digo a veces. Porque el día de mañana nos veremos obligados a perdonarnos mutuamente, nadie podrá ocultarle nada a su vecino. Es la manera de evitar que corra la sangre.

La mujer vuelve las manos, afila la cara.

—¿Y tu novio qué dice de todo eso?

—¿Qué quieres que diga?

—No sé. Debe de oír conversaciones, debe de saber cómo se lo toma el Juez...

—Desde anteayer no le he visto. Debe de tener servicio permanente.

La otra desvía la mirada.

—Siempre me ha parecido extraño que te comprometieses con un muchacho que piensa muy diferente de lo que pensáis todos vosotros.

—No piensa así.

La mujer, de pronto, hace un vivo gesto.

—Tiene que pensar así a la fuerza. Si Domina no le considerase seguro...

Ella declara con simplicidad:

—A primeros de mes tenía que dejar el servicio.

—¡Ah! —Pero acto seguido reflexiona—. Eso no quiere decir nada.

—Eso quiere decir que, pensase lo que pensase al principio, ahora ha cambiado. ¡Y mucho, te lo aseguro! Ha visto cosas... —La mira a través del espejo, pero después se vuelve hacia ella—. ¿Quieres saber por qué hemos sido novios tanto tiempo, sin casarnos?

—Es verdad, ya lleváis muchos años...

—Casi tres. Pero no por culpa nuestra. —Deja las pinzas con un ruidito seco—. Él es como todos los policías, que no pueden casarse sin que se haga una información sobre la chica.

—¿Eso hacen? No lo sabía.

—Sí. Y, naturalmente, no les costó mucho averiguar que mi padre estuvo en la cárcel, condenado a doce años, y que a mí me expulsaron de la Escuela Pedagógica porque me negaba a hacer caso de la formación política... En una palabra, que no le dieron la autorización para casarse. Él quería dejar a Domina en el acto. Suerte que mi padre le hizo ver que no sería prudente... Pero ahora ya estaba decidido.

La otra pincha:

—Bien le ha costado. Mira que tres años son muy largos.

—No hace tres años. La información, aunque te parezca mentira, se arrastró casi un par de años, y cuando él pidió permiso para casarse ya hacía meses que nos conocíamos. —Con la punta de los dedos se quita un hilo que acaba de descubrir en su falda—. Y eso no es todavía lo peor. Porque cuando empezó a buscar otro sitio donde colocarse, descubrió que nadie quería saber nada de un chófer del Juez.

La otra se admira, ahora de espaldas al radiador:

—¿Y por qué?

—Por miedo, supongo. Miedo a las complicaciones. Con esta gente, nunca se sabe lo que puede pasar.

—Pero ¿todavía no ha encontrado trabajo?

—No.

—¡Pues sí que llegaréis a casaros!

—Nos casaremos... Antes de comenzar todo esto, ya habíamos pensado que haría de peluquero.

—¿Aquí, contigo?

—Conmigo, pero no aquí. Queríamos abrir un establecimiento en un lugar céntrico, algo de categoría... Ahora, si todo sale como esperamos, nuestros proyectos pueden cambiar... —Echa una ojeada hacia la puerta—. ¿No has visto lo que me han hecho?

—¿Quién?

—¿No lo has visto? ¿No has oído nada? Aunque vivas en el otro bloque, tenías que haberlo oído...

Se levanta, mientras la mujer se explica:

—No estaba en casa. He llegado ahora mismo y se me ocurrió traerte el periódico. También pensé que me podías hacer la permanente. Ya suponía que hoy no tendrías a nadie.

Dolça se detiene.

—No cuentes con ello. No pienso arreglar ni una cabeza hasta que esto se acabe.

La otra no parece extrañada, porque dice:

—Me lo temía.

Dolça vuelve a ponerse en movimiento.

—Ven, verás.

Quita la silla de detrás de la puerta, le enseña la cerradura destrozada y, acto seguido, abre la puerta vidriera.

—Mira, me han arrancado las puertas de fuera.

—¿Pero quiénes? ¿Qué ha pasado?

—Una compañía de soldados. —Señala calle abajo, hacia las otras tiendas—. Han hecho abrir o han derribado todas las puertas de este trozo de calle, hasta la plazuela. Después, se han ido en dos camiones.

—¡Mira que soy boba! No me había dado cuenta de nada. Es decir, he visto que había alguna tienda abierta, pero no pensaba que... Claro que venía por la otra acera...

—Al principio, todas estaban abiertas. Ahora hay algunas que han vuelto a cerrar como han podido. Pero allí donde no viven los dueños...

La mujer anda unos pasos acera abajo, curiosa.

—Esta noche les desaparecerá todo.

—Si no se lo llevan las mismas patrullas de vigilancia...

Se detiene delante de una alpargatería, cuyas puertas, hechas pedazos, están amontonadas a un lado.

—Pero cualquiera que pase...

Una voz sale de dentro del establecimiento. Dice:

—No hay peligro, señora.

Las dos se sobresaltan, figonean en la oscuridad del interior, hasta que alguien, envuelto en un abrigo muy claro, se hace visible. La voz vuelve a decir.

—Nadie tocará nada. —Entonces parece reconocer a Dolça—. Ah, usted es la peluquera, ¿verdad?

—Sí.

El hombre, que es joven, acaba de surgir de la oscuridad, estornuda y se levanta las solapas del abrigo.

—También usted se las ha cargado...

Pero ella pregunta:

—¿Y qué hace aquí? ¿Es pariente, quizás, del señor Inta?

El otro niega con la cabeza.

—No. Usted no me conoce, pero a mi mujer, sí. Es Irinia. Hace una semana que volvimos del viaje de novios...

—¡Ah, sí! ¡Sí que le conozco! Recuerdo haberles visto juntos antes de casarse. Pero no sabía que tuviesen que ver con el alpargatero.

Él se ciñe más el abrigo, estornuda de nuevo.

—Perdone, estoy resfriado. —Después, explica—: cuantos vecinos hemos decidido guardar las tiendas abiertas hasta que vengan los amos. Hemos telefoneado a los que hemos podido. En este barrio, no queremos nadie toque nada. Ningún transeúnte, quiero decir, que el vecindario...

Vuelve a estornudar.

—¡Salud!

—Es cabreante... Esa gente estaría muy contenta si alguien comenzase a saquear y a crear desórdenes. Estoy seguro de que lo están deseando, porque con esa excusa podrían tomar represalias.

—¿No cree usted que las están tomando ya?

El otro hace un gesto con la mano.

—Hasta cierto punto. Ya sé que han detenido gente que en algunos sectores han obligado a los hombres a volver al trabajo. Y después esto... —Señala con la mano el barrio, arriba y abajo—. Pero, mientras nadie haga nada les es difícil actuar a fondo. Piensen... —Se mete la mano en el bolsillo, saca el pañuelo y se restriega la nariz, sin sonarse—. Piensen que el mundo entero vive pendiente lo que ocurre aquí. ¿No han oído la radio?

La mujer dice:

—¡Si sólo dan música y noticias del extranjero!

—No, ya lo sé. Me refiero a las emisoras de fuera. Parecen muy bien informadas. Y aquí...

Ahora el estornudo le coge de improviso y casi no tiene tiempo de volverse. Después continúa, inclinado, con el pañuelo en la mano.

—Haría bien metiéndose en la cama, en lugar de estar aquí, al aire libre.

Él mueve los hombros.

—Tiene usted razón. Pero alguien tiene que hacer las cosas. En casa, todos estamos ocupados.

Dolça dice:

—Me puedo quedar yo.

—Usted ya tiene su tienda.

—Allí está mi madre. Sí, me quedaré. Nos quedaremos las dos, ¿verdad, Elvi?

La otra no parece muy entusiasmada, pero dice:

—Sí, me puedo quedar un rato...

Ella se vuelve rápidamente.

—Voy a buscar el abrigo y vuelvo en seguida. Usted se toma un coñac y a incubarlo...

—Bueno, no sé si...

Pero ella no le deja continuar. Seguida de la otra, camina apresuradamente calle arriba, hacia la peluquería. Antes de llegar a la puerta, dice:

—¡Este vecindario es muy bueno! A veces no lo parece, pero... Si todo el mundo fuese tan disciplinado, acabaríamos en seguida con Domina.

Muy excitada, empuja la vidriera. La otra dice:

—Te haré compañía una horita. Después tengo que ir a preparar la cena.

—Antes de una hora, ya estará aquí el señor Inta. No vive muy lejos.

—Eso si no le detienen por la calle...

—Si dice que va a la tienda, no le detendrán. —Cruza el local y llama—: ¡Madre! Elvi y yo nos vamos a vigilar una tienda.

La vieja, que ha salido al umbral de la puerta, protegida por la cortina floreada, abre un palmo de boca.

—¿A vigilar...? Hola, Elvi.

—Buenas noches.

—Voy a buscar el abrigo.

Se adentra en el piso mientras la vieja, sin moverse de la cortina, pregunta:

—¿Qué tienda?

—La del alpargatero. Los vecinos se han encargado de vigilar los establecimientos abiertos hasta que lleguen los dueños.

La mujer parece bajar de la luna:

—¿Qué vecinos?

Dolça vuelve con el abrigo en las manos.

—¡No sea tan absurda, madre! Todos, cualquiera...

—Y nuestra casa, ¿quién la vigila?

—Nadie. Todavía tiene puerta, aunque sea sin cerradura. Además, nosotras vivimos aquí. Y tampoco nos pueden quitar nada.

—Pero me dejas sola...

—¡Vamos, madre, no ponga pegas! La alpargatería está ahí mismo, bastante lo sabe usted. Y padre vendrá en seguida.

—Si no lo han cogido.

Dolça, mirando a Elvi, explica:

—Se ha ido con un amigo suyo que tiene coche. Quería ver cómo respondía la ciudad.

La vieja murmura:

—Como si no hubiésemos tenido ya bastantes disgustos... En esta casa siempre nos metemos donde no nos llaman. Y después, quien sufre las consecuencias soy yo.

La muchacha se impacienta:

—¿Qué quiere, entonces? ¿Que todos escondamos la cabeza debajo del ala?

—Que hagamos como todo el mundo. La gente se queda en casa.

Ella ríe.

—¡De eso se trata, precisamente!

Rápida, con el abrigo todavía en las manos, da un paso hacia la silla donde antes estaba sentada, toma un pintalabios del tocador y, con grandes letras, escribe sobre el espejo:

ES MUY SENCILLO: QUEDAOS TODOS EN CASA

—¿Ven?

Elvi la reprende:

—Eso es una imprudencia, Dolça...

Ella subraya la frase con un rasgo enérgico, qué va de lado a lado. Entonces se vuelve:

—Vamos.

Se pone el abrigo, se lo abrocha, mientras su madre sigue lamentándose:

—Está visto que nunca escarmentaremos... —Y dirigiéndose a la mujer—: Siempre hace lo que quiere. ¡No sé cómo es, la juventud de ahora! En nuestra época obedecíamos a los padres.

Ella repite:

—Vamos. —Mientras camina hacia la puerta, dice a su madre—: Ponga la silla detrás y apague las luces.

Cruza el umbral y, seguida por Elvi, sale a la acera llena de circulitos de agua. Muy sorprendida, levanta los ojos.

—¡Llueve! —Vuelve a asomarse a la puerta y, mirando hacia el interior, grita—: ¡Está lloviendo! Quite el vestido tendido en el patio. Si se moja demasiado, se correrán los colores.

Y cierra, sin esperar respuesta. La vecina dice:

—La has dejado preocupada, pobre mujer...

—No, lo que pasa es que le gusta lloriquear. —Alza de nuevo los ojos al cielo—. Está muy nublado. Hoy, si llueve, dormiremos bien.

Y de repente, friolera, se estremece dentro del abrigo. Pasa su brazo por debajo del brazo de su amiga. Y confiesa:

—¡Estoy un poco excitada!

La otra ríe, condescendiente.

—Ya lo estoy viendo.

—Todo esto, este silencio, las patrullas que no saben qué hacer ni por dónde empezar, la gente escondida detrás de los cristales, todo el mundo espiando, resistiendo... ¿No lo encuentras emocionante?

—Pues no sé qué decirte...

—Es que tú tienes la sangre de horchata.

Se detienen delante de la alpargatería, oscura y honda, donde no parece haber nadie. Llama:

—¡Eh, oiga!

El muchacho se columbra entre las sombras, con el rostro semioculto por las anchas solapas del abrigo.

—Si el señor Inta tarda mucho, se quedarán heladas. He mirado a ver si había un radiador, pero nada. Y esa puerta, que no se puede cerrar.

—No se preocupe, ya encontraremos algún rincón. Usted váyase a casa y dígle a Irinia que le prepare algo caliente.

—Me tomaré un par de comprimidos. Y un buen coñac, naturalmente. —Se endereza un poco, las mira—. ¡Pues es verdad! Les bajaré una botella... Cuando no hay calefacción por fuera, hay que calentarse por dentro.

Ella se ríe, pero protesta:

—No baje nada. Yo no bebo nunca. Y tú tampoco, ¿verdad Elvi?

—Normalmente, no.

El muchacho saca rápidamente el pañuelo y se dobla por la mitad. Después, él mismo dice:

—¡Qué asco! —Pero bromea—: Cuando les cuente a mis nietos cómo nos las arreglamos para echar a Domina y la parte que yo tomé en ella, tendré que pasar por alto mi resfriado. Haría mal efecto.

—Si se entretiene demasiado, quizá no pueda contarles nada, porque acabará pescando una pulmonía.

Él salta a la calle, riendo. Se vuelve.

—Y gracias, oiga.

—De nada.

Las dos se quedan mirando cómo se aleja calle abajo, antes de desaparecer en el portal que está junto a la ferretería. Entonces, Dolça se vuelve hacia la tienda.

—Entremos, chica, que esto moja.

13

El coche rueda lentamente por la avenida desierta, donde los árboles, desnudos y patéticos, aplastan las sombras de sus muñones sobre el asfalto húmedo. Cae una lluvia perezosa y desganaada que ni siquiera llega a empañar el parabrisas, pero allá por los montes que cercan la ciudad resuena un trueno largo y esquinado.

Míster Zwig y su mujer miran ante ellos y a un lado y a otro, con ojeadas cada vez más sorprendidas.

—Esto no es natural...

La mujer mueve un poco la cabeza y los largos cabellos rubios se le pasean por las mejillas.

—No.

—Si lloviese mucho... —Pero él mismo se contradice—: Pero tampoco. Por mucho que llueva, nunca he visto una ciudad tan quieta, tan... tan sola.

—Y no puede ser que se haya muerto todo el mundo...

—No es probable. Ni durante las grandes epidemias del siglo dieciocho se moría todo el mundo. Y además, ¿no sería demasiada casualidad que todo el mundo se muriese en casa, detrás de las puertas cerradas?

Ella se encoge contra su hombro.

—Empiezo a tener miedo...

El hombre le acaricia amistosamente la rodilla, le sonrío.

—Tiene que haber una explicación. Todo tiene una explicación, sólo hace falta hallarla. —Señala con la mano—. Mira, allí hay un semáforo que funciona...

—Pero los semáforos son automáticos...

—Sí, ya lo sé...

Ella se incorpora un poco.

—¿Y si se hubiese ido todo el mundo?

—¿Qué quieres decir? Una ciudad no se abandona así como así, sin ningún motivo. —Sacude la cabeza, vuelve a dejar reposar la mano sobre la rodilla de su mujer—. Si se hubiesen ido, observaríamos señales de desorden. Una ciudad de dos millones de habitantes no se evacúa sin que queden rastros. Y no se ve ninguno. Todo tan limpio..., al menos según las normas de una ciudad extranjera.

La mujer sonrío.

—Los extranjeros somos nosotros, Clark.

—Sí, sí, ya lo sé. Sin embargo, me has entendido.

Ella se incorpora más, mira hacia adelante.

—¿Qué es aquello?

—¿Dónde?

—Allí, entre los árboles... Parece un hombre con un paraguas.

Los dos aguzan la vista para distinguir la silueta vagamente recortada más allá de la luz de los faros del coche, donde los faroles de la avenida oscilan.

—Sí que lo es. —Acelera y va acercando el vehículo al bordillo de la acera del paseo lateral—. Ya era hora: ahora saldremos de dudas.

—¡Mira, allí hay un coche!

Pero el automóvil ha cruzado velozmente y se pierde ya por detrás de las casas de la distante esquina.

Ella señala con la barbilla hacia la figura del paraguas.

—Es una mujer.

Míster Zwig aminora la marcha y, sin soltar el volante, baja el cristal de la ventanilla con la otra mano. La mujer dice:

—Si no hubiésemos perdido la dirección de Boris...

—Ha sido mala suerte, sí, pero de todas maneras teníamos que encontrar el Confort.

—¡Y no sabemos ni por dónde está!

—Ahora lo preguntaremos. —Acaba de detener el coche, se asoma por la ventanilla—. ¡Señora! ¡Señora! —La mujer del paraguas le mira de reojo, pero continúa caminando—. ¡Señora! Es a usted...

Abre la portezuela, se asoma un poco más y un chorrillo de agua que resbala del techo le moja la cabeza.

La desconocida, en lugar de detenerse, aprieta aún más el paso, incluso inicia un breve trote hacia la acera que sigue la hilera de casas, como impaciente por poner distancia entre ella y el coche.

—¿Has visto? —Vuelve a cerrar y, con la mano, se seca el agua que le ha mojado la cara—. ¿De qué tendrá miedo?

Acto seguido se da la vuelta, atraído por el ruido, y asoma de nuevo la cabeza por la abertura del cristal. La mujer, a su lado, casi se arrodilla en el asiento.

—Es una camioneta.

Sin decir nada, míster Zwig abre aún más y, sin preocuparse por la lluvia, se planta en medio de la avenida y, con los dos brazos, hace señales al vehículo. Después, cuando la camioneta comienza a frenar, se aparta a un lado.

Distingue a dos personas con uniformes claros, una de ellas detrás del volante, la otra asomada hacia afuera, porque acaba de abrir la puerta de la cabina. Míster Zwig da un paso.

—¡Ya era hora de que pudiésemos hablar con alguien! ¿Qué ocurre en esta ciudad?

El policía le mira con desconfianza, a pesar del acento foráneo de míster Zwig.

—¿Extranjero?

—Sí. ¿Qué...?

—La documentación, por favor.

—¡Ah! Tengo el pasaporte en el coche.

El policía espera y míster Zwig se vuelve y da una breve carrerilla. Su mujer, asomada a la portezuela abierta, se retira un poco hacia dentro.

—¿Qué pasa, Clark?

—Son de la policía y quieren ver nuestro pasaporte. —Registra una bolsa lateral, de la que salen revistas, un mapa de carreteras...—. Mira a ver si está en la otra.

La mujer busca a su alrededor, con todo el cuerpo inclinado y las ancas lujuriosamente subrayadas.

—Sí.

Míster Zwig lo toma y se incorpora para volver al lado de la camioneta, de donde no se han movido los policías. Se excusa:

—No lo encontrábamos...

El policía se apodera de él y lo examina a conciencia bajo la luz de dentro. Pregunta:

—¿Míster Clark Zwig?

—Sí. Y mi mujer, Edva Pick.

El otro cierra el documento, se lo devuelve.

—¿Dónde se hospedan?

—En el Confort. Precisamente quería preguntarles dónde está. Nunca hemos estado aquí y...

El hombre condesciende:

—No podemos acompañarles porque estamos de servicio. Se lo indicaré... —Señala con la mano paseo arriba—. Sigán hasta el cruce, donde verán una estatua ecuestre... Vuelvan hacia abajo y entren después por la tercera calle a la izquierda, que les llevará a una plaza. Entonces tienen que enfilear la segunda calle y entrar por la primera travesía. Es allí. ¿Me ha entendido?

El disciplinado cerebro de míster Zwig repite:

—Hasta la estatua; tres calles más abajo, hasta la plaza; la segunda calle y luego la primera travesía. ¿A la izquierda?

—No, a la derecha.

—La primera travesía a la derecha.

—Eso es.

—Lo encontraremos. Muchas gracias, oficial.

El otro comienza a cerrar la portezuela.

—Y mañana, no se olvide de presentarse en la Comisaría Central, como es obligatorio para los extranjeros. Ya se lo habrán dicho...

—Sí.

El policía acaba de cerrar la puerta, pero míster Zwig continúa de pie al lado de la camioneta. Hace un gesto, indicando a su alrededor.

—¿Ocurre algo?

—No. ¿Por qué?

—No se ve a nadie...

El policía dice vagamente:

—Debe de ser por el tiempo...

Hace una señal con la cabeza al conductor y la camioneta ronca y arranca. Entonces saluda:

—Buenas noches, míster Zwig.

—Buenas noches.

Desde la parte posterior del vehículo, que está abierto, seis caras le miran mientras se aleja: las caras de seis hombres sentados en dos filas y con los fusiles en las manos.

—¡Clark!

Corre hacia la voz de su mujer, y ésta vuelve a moverse en el asiento.

—¿Qué ha dicho? —Pero no le da tiempo para contestar, porque comienza a palparle los hombros, la delantera de la americana—. Te has empapado todo...

—Un poco.

—Será mejor que te la quites.

Gira sobre sus piernas y, arrodillado en el asiento, se inclina hacia la parte de atrás del coche, donde van dos maletas. Atrae hacia sí la mayor y acciona el cierre metálico.

—Menos mal que la otra está encima de todo.

Míster Zwig, obediente, se quita la americana cubierta de goterones de agua que chorrean sobre todo por la espalda, quizá porque tiene la costumbre de caminar un poco encorvado. Comenta:

—Debe de estar pasando algo grave, porque no ha querido decir nada.

Ella estira la americana.

—¿Grave? ¿Quieres decir, quizá, una revolución?

—No lo sé... No lo parece. Las revoluciones se hacen con la gente en la calle, con desorden. Y aquí, precisamente, todo se ve demasiado ordenado.

—Toma.

Míster Zwig deja su americana, recoge la otra y se entrega a una serie de contorsiones para ponérsela en el reducido espacio de que dispone.

—Supongo que Boris nos lo explicará.

—Primero tenemos que encontrar el hotel.

—Me ha dicho dónde está. Hemos de seguir hasta un monumento, bajar tres calles y después, al llegar a una plazuela, tomar por la primera calle hasta la segunda esquina.

Se abrocha la americana, se estira los puños. Su mujer acaba de extender la chaqueta húmeda sobre la maleta y se deja caer de nuevo a su lado. Especula:

—Quizá ha habido algún atentado y han ordenado el toque de queda...

Míster Zwig descansa una mano sobre el volante, la mira.

—No se me había ocurrido. Lástima que este coche no tenga radio... Claro está que, para lo que nos costó, ya es admirable que ande. —Arranca con una pequeña sacudida de conductor inexperto—. En fin, en el hotel nos lo aclararán todo.

Su mujer toma el paquete de cigarrillos, se pone dos en la boca y los enciende. Después, le entrega uno.

—Ten... Tanto tiempo planeando unas vacaciones y ya ves: ¡cuando nos decidimos a hacerlo nos encontramos con todo esto!

—Sea lo que sea, supongo que a nosotros no nos afecta.

—Pero suponte que nos confinan en el hotel...

—Ese oficial no ha dicho nada. Es verdad que no parecía muy hablador.

Ella señala con el dedo:

—Más policía.

Ambos observan a la patrulla de tres hombres que avanza lentamente por la calle, pegados a los árboles.

—Y todos con el fusil ametrallador en las manos...

Ella concluye:

—Sí, debe de haber sido un atentado o algo semejante.

Míster Zwig aprieta el botón y las escobillas del limpiaparabrisas se ponen en movimiento en el otro lado del cristal, donde se han ido acumulando, poco a poco, las gotas. Fija la vista en la longitud de la avenida.

—Ese debe de ser el monumento...

Pero ella dice:

—Lo que más me extraña es ver todos esos coches parados en las calles. ¿Es que esta gente no tiene garajes?

—No olvides que es un país seco, de temperaturas altas... Además, son personas indisciplinadas.

Gira hacia la parte baja de la avenida transversal y dice para sí mismo:

—Tres calles a la izquierda...

Modera la marcha y los dos, inclinados, están atentos a las travesías. La mujer esparce con la mano la nube de humo concentrada ante ella.

—La primera.

—¿Podremos girar? Hacia la izquierda me parece que es contra dirección.

—Supongo que el policía sabía lo que decía. Y además, somos los únicos que circulamos...

La mujer le sujeta por el brazo, muy excitada:

—¡Una tienda abierta!

Él mira también hacia los almacenes espléndidamente iluminados, modera aún más la velocidad y ambos hunden la mirada en la profundidad del local, en donde sólo pueden descubrir dos hombres. Edva se incorpora.

—¿Cómo es posible que ésta esté abierta, cuando todas están cerradas?

—Eso desmiente tu teoría de un posible toque de queda. Si fuese así, sería para todos. Debe de ser otra cosa... —Se interrumpe y cuenta—: Segunda.

Ella dice:

—Más abajo hay gente.

—¿Dónde?

—A la derecha, detrás del coche negro.

Míster Zwig se quita el cigarrillo de la boca, escupe una brizna de tabaco.

—Sí, ahora lo veo...

—¡Mira, mira!

Dos individuos uniformados sujetan a otro, que parece resistirse. Uno de ellos tira de él y el otro le empuja hacia el vehículo.

—También son policías.

—Pero ¿qué le hacen?

—Seguramente le detienen.

Acorta la marcha, sin dejar de observar los esfuerzos del desconocido que intenta librarse de las manos de sus secuestradores, pero Edva dice:

—¡No te pares!

—¿Por qué?

—Podría ser peligroso.

Otro individuo ha salido del coche de la policía para ayudar a sus colegas, pero míster Zwig y su mujer se alejan ya; ella mira hacia atrás.

—¡Si que hemos venido en buen momento!

Él, que acaba de descubrir la tercera travesía, mira por el retrovisor, donde sólo se refleja la calle desierta, y dobla la esquina.

—Es ésta. Ahora, hasta la plazuela.

El callejón casi está a oscuras, pero los dos, simultáneamente, se dan cuenta de que por allí parece haber pasado un huracán. Puertas desventradas, cristales en la acera, persianas hechas trizas... Las tiendas están abiertas ante el silencio nocturno.

Los dos se miran, vuelven a observar la calle, y míster Zwig dice:

—Tal vez sí ha sido una revolución.

—En todo caso, deben de haberla dominado.

Él reflexiona:

—Sin embargo, hay cosas inexplicables, contradictorias... Sobre todo lo de esas tiendas que hemos visto. Es cierto que, en países como éste, no hay que extrañarse de nada.

—¡No sé cómo puede vivir Boris en un lugar así!

El sonrío, atento al volante.

—Cosas peores habrá visto. Los corresponsales, ya se sabe: se acostumbran a todo. Y en especial al desorden. Ésa es precisamente su misión: acudir allí donde haya jaleo.

—Sí, es verdad... —Señala hacia adelante—. ¿Es ésta la plazuela?

—Supongo que sí. El policía dijo la primera travesía...

Lentamente, dirige el coche hacia la derecha y la luz de los faros tropieza con las fachadas, negras y viejas, antes de dilatarse en la oscuridad más profunda de una vía angosta y enfangada. La mujer se extraña:

—¿Estás seguro de que has entendido bien? Un hotel como el Confort no debería estar en un lugar tan miserable.

—Más abajo hemos de volver a girar... Esto sólo debe de ser un paso entre dos calles principales.

Las ruedas se sumergen en el lodo que oculta los baches y, a pesar de la reducida velocidad, míster Zwig y su mujer saltan impulsados por los muelles. Los faros resbalan por las paredes, que destilan una humedad grasienta y opaca. Y, por un instante, advierten la silueta de un hombre que se desliza hacia el interior de una casa.

Después, los amenazadores edificios se precipitan hacia el centro de la calle, se comen la acera triturada.

—¿Crees que podremos pasar?

—¿Con este coche? Sí.

Pero los guardabarros casi rozan los riñosos muros y la rueda posterior, monta sobre la acera reducida a la anchura de un adoquín.

—No podremos girar.

Míster Zwig se inclina más sobre el volante, con los ojos clavados en los límites de la luz de los faros.

—Lo peor es que no veo ninguna travesía.

La rueda resbala de nuevo por la acera, muy pulida por los mordiscos de otros vehículos, y las casas se van separando ligeramente en una curva suave. La mujer se vuelve a lamentar:

—Nos hemos atascado.

—No nos podemos atascar. Siempre podemos dar marcha atrás, si hace falta. Y esta calle, por estrecha que sea, tiene que llevar a un sitio o a otro.

—Mientras no sea un callejón sin salida... Podría pasarnos cualquiera cosa.

Él se vuelve hacia ella, cejijunto.

—¿Qué quieres que nos pase?

—No lo sé. Si nos quisieran hacer una mala jugada... En esta clase de casas no puede vivir nadie decente.

—¡Sí, mujer! Tú crees que todo es como en nuestro país... —Pero se interrumpe, señalando con la cabeza—. ¡Ah! ¿Lo ves?

La travesía, en ángulo recto, acaba de hacerse visible y él, sin darse cuenta, pisa un poco más fuerte el acelerador.

—La otra es la nuestra.

El coche salta por un agujero profundo y lleno de agua, que salpica y se esparce por todos lados.

—Ojalá lleguemos enteros...

Él intenta reír:

—¡Pero si todo esto resulta interesante!

—Lo será cuando se lo contemos a los amigos. ¡Ya veo la cara de envidia de Gerda!

Ríen los dos, pero entonces él frena.

—¡Eh! ¡No nos pasemos ahora de largo! No me imaginaba que estuviesen tan juntas estas travesías.

Abre la portezuela y se asoma, mientras da marcha atrás. El coche patina un momento, pero después se agarra firmemente y, con un rumor sordo, roza de nuevo la acera. Ella dice:

—No podremos girar, es demasiado estrecho.

—Probaremos.

Vuelve a detener el coche, cambia la marcha y, muy lentamente, avanza. La puerta, libre, choca contra la pared próxima.

—¡Maldita sea!

La cierra y, acto seguido, con ambas manos, fuerza el volante hacia la izquierda. El vehículo corre por la acera y los faros van aproximando la pared esquinada. Mueve los pies, nervioso, y el motor se cala.

—¡Lo que nos faltaba!

Vuelve a abrir la portezuela, salta a la calle y, por la parte de atrás, muy arrimado a las fachadas, da la vuelta al coche y examina la situación. Su mujer saca la cabeza por la ventanilla.

—¿No pasaremos, verdad?

El se rasca el bigote.

—Habrá que hacer todo lo posible... —Levanta los ojos al cielo y se desliza de nuevo por detrás del coche—. Parece que no cae nada, pero te deja empapado. ¿Dónde tienes el impermeable!

—¿Para qué?

—Tendrías que bajar para dirigir la maniobra.

Ella se da la vuelta sobre las piernas dobladas en las que está sentada y tira de la maleta después de echar la chaqueta húmeda en el asiento posterior.

—Estoy segura de que se puede llegar al hotel por otras calles.

—Aquel idiota nos debe de haber gastado alguna broma.

—¡Pues sí que tiene gracia!

Abre la maleta, revuelve en el fondo, de donde acaba sacando un impermeable negro y transparente.

—¿Qué tengo que hacer?

—Avísame cada vez que la carrocería esté a punto de rozar con las paredes.

La ayuda a ponerse el impermeable y después, inclinado hacia el otro lado, le abre la portezuela.

—Espera, la capucha.

Se la sujeta con dos cintas, que ata bajo la barbilla, y luego, desplegando las piernas, salta a la calle. Él dice:

—Daré marcha atrás.

Se inclina hacia los mandos del coche, aprieta con el pie y el motor ronca. Poco a poco, pero con firmeza, gira el volante hacia la izquierda, acentúa la presión del pie sin insistencia y el vehículo, lento, salta de la acera, se balancea y vuelve a enderezarse con un gran rumor de fango.

—¡Basta!

Levanta el pie y, simultáneamente, pisa el freno con el otro. En punto muerto, hace girar de nuevo el volante, totalmente concentrado en la tarea. Después, al levantar los ojos, se da cuenta de que Edva está hablando con alguien.

Mira la sombra, inmóvil en el estrecho portal, y después, haciendo resbalar las posaderas por el asiento, abre la puerta. Edva se inclina.

—Dice que si seguimos hasta el final de la calle pasaremos bien. El policía nos ha engañado.

Míster Zwig, con una mano, aparta un poco a su mujer, mira al hombre, todavía quieto en el escalón de la entrada, y le interpela.

—¿Ha entendido usted bien que vamos al Confort?

El hombre, sin mover la cabeza, explica:

—Se han equivocado de calle. Tenían que haber doblado en la segunda travesía de la plaza.

Y luego señala calle arriba. Míster Zwig abre la boca, da un puñetazo en el vacío.

—¡Es verdad! Soy yo el que se ha confundido. El capitán me dijo en la segunda calle de la plaza y en la primera travesía de esa calle, no en la primera calle y la segunda travesía.

El hombre se limita a desplazar la mano hacia el otro extremo del callejón.

—Si tiran hacia arriba, verán que al final se ensancha... Giren a la izquierda, suban por la calle que tenían que haber bajado y verán las luces del hotel...

—Oiga, ¿por qué no viene con nosotros?

—No hace falta. Lo encontrarán.

—Para más seguridad... Después le volvería a traer con el coche.

El hombre se niega.

—No se pueden perder.

—Muy bien, como quiera.

Retira la cabeza, hace resbalar de nuevo las posaderas hasta colocarse detrás del volante y espera a que entre su mujer. Sólo entonces, cuando ella ya está adentro, se le ocurre lanzar una exclamación.

Se inclina por encima de ella, con una pregunta:

—Me podría decir...

Pero no concluye. Donde un momento antes había un hombre ahora únicamente se ve la puerta cerrada de la casa. Casi incrédulo, murmura:

—Se ha ido...

Ella mira también.

—Tenía miedo.

—Pero ¿de qué?

—Todo debe de ser lo mismo. Quiero decir que debe de estar relacionado con lo que pasa. Bien, la cuestión es que nos ha ayudado. Con los dedos húmedos, se desata las cintas de la capucha. Arranca. Ya tengo ganas de verme en el hotel.

Él empuña el volante, mueve el pie.

—Sí. Y yo también.

14

Fanny sale disparada del piso y atraviesa corriendo todo el rellano hasta la cuarta puerta, donde oprime largo rato el botón del timbre. Llama:

—¡Clunya! ¡Clunya!

Después, al oír los pasos precipitados, retrocede de nuevo hacia su piso, desde cuyo umbral ve cómo se abre la puerta.

—He localizado una emisora extranjera donde ahora van a dar noticias... ¡Corre!

La otra alarga la mano hacia el interior, recoge las llaves que están colgadas en el pestillo de la cerradura y acto seguido, sujetándose la larga y pesada bata, atraviesa también el rellano y se mete en el piso, donde su amiga la precede hacia la salita—comedor.

El locutor, con una voz ligeramente excitada, de modulaciones muy precisas, casi empalagosamente educadas, va diciendo:

—...Una acción tal vez decisiva y que podría servir de ejemplo a todas las comunidades regidas por un poder reaccionario que subyuga a los propios fines el bienestar y la libertad del pueblo. Los ciudadanos, carentes de órganos de expresión independiente, de representantes que les garanticen que su voz llegará a los gobernantes, faltos también de toda clase de armas, cuya posesión les habría permitido un levantamiento popular, han recurrido a una acción solidaria y pasiva de brazos caídos. En estos momentos ya

hace cuarenta y ocho horas que la población, obedeciendo a una consigna espontánea que ha llegado a todos los hogares: «Es muy sencillo: quedaos todos en casa», se ha encerrado voluntariamente en la estrechez de los pisos, negándose al trabajo y a toda obediencia civil. Es un movimiento pacífico e impresionante que la policía no ha podido desarticular debido a la firme voluntad que anima a los oprimidos. Las fuerzas policíacas, y últimamente el ejército, han emprendido una vasta campaña de coacción, procediendo a detenciones domiciliarias entre la masa trabajadora...

Fanny, sentada de costado en el brazo de la butaca, alarga a su amiga un cigarrillo con filtro de corcho.

—Toma.

Clunya lo coge maquinalmente, se inclina hacia la llama del encendedor, que la otra le presenta, se incorpora y las dos continúan escuchando.

—...Y a la apertura violenta de establecimientos. A pesar de todo, la vida de la ciudad continúa paralizada e incluso algunos servicios públicos, como el de transportes, se han solidarizado con la actitud de las empresas privadas. Las calles presentan un aspecto desconocido, prácticamente sin más circulación que la de los vehículos y patrullas de la policía, que, por lo demás, tiene orden de interrogar a todos los ciudadanos sorprendidos fuera del hogar. En algunos sectores, la resistencia de los obreros, a los que pretendían hacer volver al trabajo, ha sido causa de incidentes desagradables y de violencias que han ocasionado heridos y un pequeño número de muertos. Sin embargo, en conjunto, se reconoce que la actuación de la policía, todavía fiel a la administración Domina, se caracteriza por una cierta laxitud, por una indecisión que hace concebir grandes

esperanzas a este pueblo paciente y sufrido: Las esferas directivas viven unos momentos de desconcierto manifestado en el hecho de que el Juez y sus consejeros, reunidos en sesión permanente, no acaban de encontrar las medidas adecuadas, tal vez asustados ante la posibilidad de convertir esta manifestación pasiva de la población, la huelga más extensa que registra la historia, en un movimiento activo y desesperado que podría desembocar en una lucha fratricida.

El locutor hace una pausa, y Clunya la aprovecha para preguntar a su amiga:

—¿Y cómo sabrán ellos todo eso?

—Tienen sus informadores. Y si llega el caso, alguna emisora clandestina de aquí, que les facilita las noticias.

El locutor prosigue:

—Según los observadores autorizados que han seguido de cerca la vida del país durante los últimos quince años, la arbitrariedad de la administración Domina ha conseguido alienarse incluso a aquellos partidos y fuerzas con cuya colaboración obtuvo el poder. Diferentes purgas, con frecuencia ignoradas por la generalidad del país, han conducido a rivalidades disimuladas que hoy paralizan la actuación efectiva del Juez, inseguro de la fidelidad de los que le rodean. Grandes industriales y terratenientes continúan siendo adeptos a una administración que les ha procurado beneficios sustanciosos, pero la pequeña burguesía se pone de parte de los proletarios en una acción conjunta que, según cálculos fidedignos, incluye el noventa por ciento de la población. Ya pueden imaginar nuestros oyentes la inmensa presión moral de todo un pueblo que se niega a verse privado por más tiempo de su libertad y que se dispone a defender sus derechos a una vida mejor y más digna humanamente.

—Habla bien, ¿verdad?

Fanny, todavía sentada en el brazo de la butaca, asiente en silencio, toma el cenicero que está en la mesita de atrás y lo deja sobre el otro brazo después de hacer caer en él la ceniza del cigarrillo.

—Sin embargo, a la población se le plantea un problema importante: el problema alimentario. Una gran mayoría de personas se han preparado para resistir este extraño asedio, y, desde hace días, todo el mundo se provee en abundancia, hasta el extremo de que muchas tiendas de comestibles y de ramos afines se han quedado vacías. Pero esto no basta. Una estimación aproximada nos lleva a la conclusión de que las existencias de estos establecimientos no permitirán a los ciudadanos una resistencia que sobrepase los ocho o los diez días. Por lo tanto, es preciso que el pueblo pueda desmoralizar a los...

La voz se aleja, después de un gran chasquido. Y luego vuelve, ahora inteligible, medio ahogada por numerosos restallidos breves y ruidosos.

—¿Qué pasa?

Fanny salta hacia el aparato, acciona los botones de mando, centra la aguja.

—No sé...

— ... una carrera entre...

Pero los rumores vuelven a ascender y la voz es como la de un naufrago que lucha contra el temporal con la boca llena de agua. Fanny continúa manipulando.

— ... y Caperucita Roja se quedó muy quieta...

—¡Un cuento de hadas! Creo que me he pasado de emisora.

Vuelven los ruidos, ahora estabilizados en una especie de doble silbido, más grave el uno, más agudo el otro, que se comen la voz subyacente, más adivinada que realmente oída.

—Eso lo deben de hacer los de aquí...

—Naturalmente. Siempre han hecho lo mismo, cuando afuera han dicho algo que no les convenía.

—Pero, ¿qué quieren ocultar ahora? ¡Si todos sabemos lo que pasa!

—No importa, es el sistema...

Aplasta la punta del cigarrillo, toda ella pintada de rojo, contra el cenicero limpio.

—De todas maneras, creo que lo hemos oído casi todo.

Fanny apaga el aparato y se vuelve.

—Yo no sabía que ha habido desórdenes, muertos y heridos...

—Ni yo. —Se deja caer en el sofá, saca otro cigarrillo del paquete—. ¿No te parece que tienes la calefacción demasiado fuerte?

—No. Me gusta así. Soy friolera... ¿Tú habías oído hablar de esas purgas entre ellos?

La otra mueve la cabeza mientras ahueca la bata por delante para dejar libres las piernas. Después dice:

—Tal vez se refería a cuando Domina renovó su Consejo de Defensa... Nunca se supo del todo lo que pasó con Gregi y los demás.

—¡Ah, sí! Rom dice que los fusiló.

—¿No vendrá hoy?

—¿Quién, Rom? —Se encoge de hombros—. No lo sé. No creo. ¿Y el tuyo?

—Ya sabes que está fuera.

—¿No ha regresado?

—No. ¡Soy libre como un pájaro!

Se ríe, y abre más la bata. Fanny se inclina delante de ella, alarga la mano y toca el borde de su combinación.

—Es bonita esta puntilla...

La otra también la examina.

—Me la trajo esa vendedora que visita los pisos. ¿No te la había enseñado?

—No.

Clunya se incorpora y se arremanga la ropa.

—Esta otra también se la compré a ella.

Fanny le toquetea las bragas y, con una sonrisa, comenta:

—Vas muy preparada por tenerlo fuera...

—¡Ah, sí, chica! También lo hago para mí...

Fanny ríe.

—Yo soy más amiga de la comodidad.

Se sube la falda, ancha y acampanada. La otra echa una rápida ojeada a la oscuridad del vientre y al triángulo piloso del pubis.

—Ya sé que tú no llevas nada. Y después dices que eres friolera...

Alarga la mano hacia el encendedor y lo hace chasquear junto al cigarrillo que ha tenido apagado hasta entonces.

—A Jaus no le gustaría que fuese así.

Fanny deja caer la falda.

—Rom es diferente. —Se estira, vagamente voluptuosa—. Me gustaría que viniese. ¡Hoy es una buena noche para dormir con un hombre!

—¿Por qué? ¿No son todas iguales?

—No. Cuando llueve, o hace viento, no se está bien en la cama sin compañía.

—No sé qué decirte... Yo estoy mejor sola. Si pudiese elegir... —Se inclina hacia adelante, con el cigarrillo entre los dedos—. ¿Por qué se harán viejos?

—Viejos, viejos... Rom tiene cincuenta años.

—¿Y no es viejo eso?

—Bueno, según cómo lo mires.

La otra reflexiona, mientras proyecta el humo.

—Es verdad, tú eres mayor que yo.

—No mucho mayor. —Se vuelve de nuevo hacia el aparato—. Volveré a probar...

Manipula los botones de mando y la radio se enciende. Pero entonces, de repente, se apaga la luz.

—¡Vaya!

—Se habrá fundido un plomo.

—¿Dónde está el encendedor?

Busca a tientas, y también Clunya. Los dedos coinciden y después tropiezan con el pequeño objeto niquelado.

—¿No tienes ninguna vela?

—Un quinqué, pero hace tiempo que no lo he usado. No sé si tiene petróleo... Miraré los plomos.

—¿Los sabes cambiar?

—Es muy fácil.

Precedida por la pequeña llama, avanza hacia el vestíbulo, con Clunya detrás de ella.

—A mí no me hace gracia tocar esas cosas de la electricidad. Te puedes quedar electrocutada.

—Si quitas primero la corriente, no. Hay una llave...

Aparta la cortinilla rosada que oculta el contador y, con destreza, desenrosca los plomos y acerca a ellos el encendedor.

—Este está bien. Debe de ser el otro. —Repite la maniobra—. Pues éste también. Qué raro... —Lo deja todo sobre la repisa del contador—. A ver si hay luz en la escalera.

Abre la puerta y avanza hasta tocar la de al lado, donde está el botón del automático. Lo oprime. La otra dice:

—Es toda la casa. ¡Pues mira qué bien! Y yo no tengo ni un trozo de vela.

Fanny comienza:

—Quieres decir que... —Y sin acabar, se precipita de nuevo al piso, corre hacia la ventana de la salita—comedor y abre las cortinas—. Mira, las de la calle también se han apagado.

Clunya mira por encima de su hombro.

—Debe de ser en toda la ciudad.

Ambas se miran con el mismo pensamiento. Y es Fanny la que dice:

—Tendríamos que haberlo imaginado.

La otra se lamenta.

—Eso no está bien. Nos perjudican a todos...

—Pero es la única manera de paralizar la ciudad, ¿no lo ves?

Clunya suspira:

—Ahora sólo faltaría que cortasen el agua.

—¿Quién sabe si no lo han hecho ya? —Se da la vuelta, precipitadamente, y a grandes zancadas se encamina hacia la cocina—. Eso ya me cabrearía más. —Abre el grifo, del que sale un delgado chorrito que se interrumpe en seguida—. ¿Qué te parece?

El grifo silba, deja salir todavía unas gotas. Pero Fanny ya se está acercando al armario.

—El quinqué tiene que estar por aquí...

Se inclina hacia los estantes inferiores, roza una olla de aluminio cuya tapadera resbala ruidosamente. Después, saca la mano con el quinqué.

—Mientras haya petróleo... Toma, sosténmelo.

La otra sostiene el encendedor y deja el objeto sobre el mármol que se extiende más allá de los fogones. Clunya dice:

—¿Y el gas?

Fanny alarga la mano, hace girar la llave de paso y acto seguido la manecilla que enciende cada fogón.

—A ver, acerca el encendedor. Pero no lo oigo silbar.

La amiga obedece, pasea la llama por la válvula de salida.

—Nada. De todas maneras, a mí esto no me preocupa tanto. Tengo un fogón de carbón.

—Pues yo no.

Vuelve a apoderarse del quinqué, deja el tubo de vidrio a un lado, alza el depósito y lo mira a contraluz.

—He tenido suerte. ¡Casi está lleno! —Vuelve a montarlo todo, toca la llave reguladora—. Enciende.

La mecha chisporrotea un poco, el fuego prende por un lado, y después la llama, escasa y azul, se extiende por todo el cerco. Fanny coloca el tubo de cristal.

—También tengo una linterna. Si quieres, te la puedo dejar.

—Sí, te lo agradecería. Pero ¿y el agua? Sin luz, te queda la solución de irte a dormir como las gallinas. Pero sin agua...

Fanny coge el quinqué.

—Por suerte, todavía llueve. ¿No tienes alguna cosa, cubos, pucheros?

—¿Para qué? ¿Crees que la lluvia los llenará?

—En el patio hay un canalón roto. Hace meses que estoy avisando para que lo cambien, porque toda el agua se va por el agujero y, cuando llueve, no puedes salir allí. Si pusiéramos algo debajo... Yo tengo un barreño.

—Yo sólo tengo cubos. Dos.

—Pues ve a buscarlos.

—Déjame la linterna.

Salen de la cocina, hacia la habitación; Fanny revuelve en un cajón del armario.

—Creo que ya debe estar un poco gastada... Toma.

La otra la prueba, y las dos observan la luz amarilla y vacilante.

—Tendré que ahorrarla. ¿Por qué no me acompañas con el quinqué?

—Está bien. Pero antes pongamos el barreño.

Clunya guarda la linterna en el amplio bolsillo de la bata y las dos, muy decididas, salen de nuevo de la habitación, recorren el pasillo por delante de la cocina y siguen hacia el fondo, donde está la puerta del patio.

—Alúmbrame desde aquí. No hace falta que nos mojemos las dos.

La muchacha queda en el umbral de la puerta, mientras que Fanny sale a la oscura noche que cae sobre patios y tejados, todos ellos invisibles pero animados por el dulce rumor del agua.

—¡Qué frío!

—Sí. Y humedad.

Levanta los ojos hacia el canalón y el agua que baja por él, pero que todavía no tiene fuerza para salir proyectada al exterior, a ras del lavadero. Sólo se escapa un chorrillo que se desliza mansamente a lo largo de la cañería de Uralita.

—Tendría que llover más.

Pero arrastra el barreño hasta colocarlo debajo del canalón. Después, mira a su alrededor y descubre en un rincón una escoba vieja. Se apodera de ella y, con el pie, parte la caña.

—¿Qué haces?

Ella estira los brazos por encima del lavadero, apoya un extremo de la caña en el ancho agujero del canalón y, luego, con la rodilla, hace correr el barreño, en cuya asa coloca la otra punta de la escoba rota. Satisfecha, dice:

—Me parece que lo he solucionado. Alúmbrame un poco más...

Se inclina, examina el dispositivo y observa que una parte del agua que se filtra por el agujero se desvía ahora hacia la caña, por la cual desciende hasta el recipiente de cinc.

—Por ahora, va bien.

Empuja a su amiga hacia el interior, entra rápida en el refugio del pasillo y cierra. Se frota las manos.

—¡Qué diferencia, chica!

—¡Cómo te has mojado los pies!

—¡Si sólo fuesen los pies! ¡Mira!

Le hace tocar la falda, empapada al rozar con el lavadero, y el jersey ablandado por la humedad.

—Me voy a cambiar, no quiero pillar una pulmonía. Después iremos a buscar los cubos, los dejaremos aquí y, cuando el barreño esté lleno, los colocaremos debajo del chorro. Ojalá lloviera más.

—El cielo está muy negro.

—No hay que fiarse de eso.

Corre por el pasillo, quitándose el jersey, y Clunya la acompaña de nuevo a la habitación y después al baño, donde ella deja toda la ropa colgada en el saliente de la ducha. Con una toalla se seca la cara llena de gotas de agua y se fricciona vigorosamente el cuerpo. La otra comenta:

—Conservas bien la línea, chica.

—¿Verdad que sí? —Se mira en el espejo, a duras penas, porque Clunya sostiene el quinqué demasiado bajo.— Lástima de nalgas, las tengo demasiado salientes. —Se las toca, y ríe—. ¡Pero a ellos les gustan así! —Se aparta del espejo y pasa junto a Clunya, camino del dormitorio—. Me pondré el albornoz.

La otra, que la sigue, dice:

—Si Rom no va a venir, podríamos dormir juntas...

—¿Acaso te da miedo estar sola?

—Mujer, miedo, lo que se dice miedo...

Pero entonces las dos se vuelven hacia la oscuridad que hay más allá de la habitación, porque en el otro extremo del piso se acaba de oír el ruido de una puerta. Fanny se ríe:

—¡Palabra que has sido oportuna! Debe de ser Rom...

Sale afuera, con el albornoz todavía sin atar. La voz del hombre llama ya:

—Fanny...

—Rom... No te esperaba.

El hombre avanza medio a tientas, siguiendo el hilo de luz que sale del dormitorio. Después se detiene.

—¡Chica!

Alarga las manos con el rostro risueño, pero ella casi no le da tiempo a palparle los pechos.

—¡Oye! Está aquí Clunya...

Se sujeta el albornoz y Rom mira hacia la puerta del dormitorio.

—Hola, Clunya.

—Hola, Rom.

Fanny pregunta:

—¿Cómo has venido? Lloviendo y con las calles tan vacías... ¿No has tenido miedo de que te dijeren algo?

El hombre se encoge de hombros y explica:

—Todavía respetan a los que van en coche. —Se quita el sombrero, del que sacude algunas gotas de agua; después, se quita el abrigo y lo deja todo encima del sofá.— Ya veo que también os habéis quedado sin luz.

Clunya se adelanta, deja al quinqué en un extremo de la mesa.

—Bueno, yo me voy...

—¿Te llevas la linterna, verdad?

—Sí.

—Hasta mañana, entonces. ¡Ah! ¿Y los cubos? —Se vuelve de nuevo hacia el hombre y, maquinalmente, le coge las solapas de la americana— También nos hemos quedado sin gas y sin agua.

—Era de esperar.

—He puesto un barreño debajo del canalón. —Se dirige otra vez a su amiga—: Trae los cubos. O iré yo, si quieres...

—No hace falta. Los traeré yo... —Saca la linterna del bolsillo y camina hacia el recibidor—. Los dejaré al lado de la puerta, ¿sabes? No quiero molestaros otra vez...

Rom se sienta en el sofá, no lejos de donde ha dejado el sombrero y el abrigo.

—Ya sabes que no molestas, Clunya. ¿Dónde anda Jaus?

—Está fuera. Tenía que volver mañana, pero ahora, con todo esto, cualquiera sabe. —Vuelve a caminar, enciende la linterna—. Bueno, que os divirtáis. Nos veremos mañana, Fanny.

—Sí. Deja los cubos.

—Sí. Buenas noches.

Escuchan después el ruido de la puerta que se abre y de los pasos que se alejan por el rellano. Rom alarga las manos, toma las de la muchacha, pero ella dice:

—Espera. Colgaré todo eso.

Recoge el sombrero y el abrigo y se lo lleva todo al vestíbulo, desde el cual explica:

—Hemos podido oír una radio extranjera... ¿Es verdad que ha habido muertos y heridos?

Rom se levanta y se acerca al radiador incrustado en la pared; hace girar un poco la llave.

—Muertos, no lo sé. Heridos, sí. Precisamente, a nosotros nos han herido a la criada.

Ella vuelve a entrar.

—¿De verdad?

—Sí, ayer. No hemos podido averiguar lo que pasó... Es decir, lo que hizo ella para que la agrediesen. El caso es que la agredieron. Está en el hospital.

—¿Y lo hizo la policía?

—Sí. Es una chica muy decidida y que no tiene pelos en la lengua. A lo mejor les soltó cuatro verdades y... —Hace un gesto con las manos, abre los brazos—. Mi mujer ha ido a verla y al parecer está muy grave. ¿Qué decía la radio?

—Aparte de lo de los heridos y los muertos, nada que no supiéramos. Que Domina no sabe qué hacer.

—¡Ojalá acertasen!

Ella se sienta a su lado, dobla el albornoz sobre las piernas.

—¿Cómo crees tú que acabará todo esto?

—No lo sé. Domina siempre se guarda cartas en la manga. Además, mientras le sean fieles las fuerzas de orden público... Dame algo de beber.

La muchacha se levanta de un salto.

—¡Ay, sí, perdona! —Se inclina hacia el mueble y saca de él las copas y una botella—. ¿Coñac?

—Quizás un whisky...

—No tengo agua, ¿sabes?

—No importa.

Lanzan una ojeada a la sombra del vestíbulo, donde se oye un ruido de cubos.

—Es Clunya.

La muchacha grita:

—¡Buenas noches!

Y después, cierra la puerta de golpe.

—Hoy me han dicho que, entre los oficiales, hay un sector muy descontento... Sí, dicen que sí. ¿Mucho?

—¿Cómo? Ah, sí. Tres dedos, de momento... Y eso no les gusta. De hecho, el Juez puede haber cometido un error... un error psicológico.
—Toma la copa que ella le alargó—. Gracias. Y digo que puede,

porque parece difícil de creer. Hasta ahora, nunca había cometido ninguno.

—¿Quién dice eso? ¡Pero si nadie está contento! La radio ha recordado que incluso muchos de sus antiguos partidarios le habían vuelto la espalda...

Él bebe un trago y deja la copa sobre la mesa.

—Pero siempre ha sabido halagar a las fuerzas que cuentan: ejército, policía, financieros... Y también a la Iglesia. En principio, todavía tiene todos los triunfos en la mano. Claro que, como todo el mundo, también se hace viejo y pierde facultades. Quizá sea cierto que esto es el principio del fin. Tengo mis dudas, sin embargo...

Ella se sienta a su lado y ríe:

—¡Derrotista!

—Esto es algo entre tú y yo. —Reflexiona, sonriendo por debajo del bigote—. En el fondo, debe confiar en ello más de lo que creo. Me he pasado la tarde en el despacho preparando la publicación de tres o cuatro libros que, mientras Domina siga en el poder, nunca podremos editar. ¡Ya ves!

—¿Libros de políticos?

—Sólo uno. Los otros, excepto un ensayo de carácter social, son obras de imaginación, novelas.

—¡Ah! ¿Entonces todavía quedan autores para escribir obras inconformistas?

—¡Naturalmente! —Vuelve a beber y ríe—. Hace años que casi sólo se escriben obras inconformistas, y muchas incluso se publican. Lo que ocurre es que casi nadie se da cuenta... Quiero decir que todo

el mundo lo encuentra natural; incluso, y eso es lo más curioso, los partidarios del orden establecido. Se han acostumbrado a que prácticamente todos los que piensan con un mínimo de honestidad estén en contra, de una manera o de otra. —Le pone una mano sobre el muslo—. Si reflexionamos en ello, la situación es bien paradójica: la administración Domina admite y encuentra normal que la gente esté en contra, pero al mismo tiempo pretende que es la única capaz de dar un sentido a nuestra vida, de unirnos en una empresa común...

Ella le mira, también risueña.

—¡Y tiene razón! Si no nos hubiese sabido unir, ayer y hoy la gente no se habría quedado en casa.

Él se queda un momento muy quieto y la mira abiertamente. Después, afirma con la cabeza.

—Sí, es muy cierto. No tienes un pelo de tonta, chica. —Hace subir la mano por el muslo—. Ni de fea, tampoco.

—¿Verdad que no?

—No, nada. —Con la otra mano le abre un poco el albornoz—. Y como eres bonita y lista, ya habrás comprendido que yo no he venido aquí a hablar de Domina...

—Hay tiempo para todo.

—Sí. A veces... —La atrae hacia sí, con las manos sobre la piel cálida—. Sin embargo, otras veces, no... ¿Verdad que me entiendes?

Ella le pellizca la oreja con los labios.

—Sí.

Tercera jornada

15

El silencio del llano por donde la mujer los guiaba se abre en un agujero voraz, por el cual cae.

—¡Raura!

Pero ya ha perdido la mano y la presencia y, nerviosamente, con un sobresalto que afecta a todo su cuerpo, se despierta.

El coche está oscuro y el tren se ha inmovilizado. Más allá de la ventanilla, cuidadosamente cerrada, distingue el volumen de los edificios, oscuros también, y, junto a la salida, tres o cuatro siluetas que se recortan contra el cielo vagamente aclarado. Ya no llueve.

El silencio del coche le sorprende y, con los ojos habituados poco a poco a la penumbra, examina los asientos próximos y después, levantándose del todo, los demás compartimientos separados del suyo por un tabique de madera que se corta a la altura del pecho.

—¿Cómo es posible?

La docena de viajeros esparcidos por el coche ha desaparecido y todas las redes portamaletas están vacías. Indeciso, baja el cristal de la ventanilla y se asoma al exterior.

No, no han llegado. La estación es pequeña y está descubierta, y detrás de ella hay un puñado de construcciones bajas, de pueblo. El rótulo indicador, medio despintado, es ilegible.

—¡Eh, oigan!

El grupo entero se vuelve para mirarle y uno de aquellos hombres se separa de él y se adelanta hasta el lado del tren.

—¿Pasa algo?

El hombre, al principio, mira hacia los otros, que le han seguido pero más despacio; después, dice:

—Estaba dormido, ¿verdad?

—Sí, me he adormilado un poco.

El otro mueve la cabeza y los de atrás se ríen.

—Estaba dormido, y bien profundamente. Nos quedamos aquí. Sin reflexionar, dice:

—Yo no.

—Todos. Maquinista, fogonero, revisor... todos han abandonado el tren. —Señala con la mano el edificio—. Y en la estación tampoco hay nadie.

Él reacciona lentamente.

—¿Dónde estamos?

—En Bretia, a cinco kilómetros de la capital.

—¿Y los demás, la otra gente?

—Muchos se han ido a pie. Pero todavía quedan algunos en la sala de espera.

Sin contestar, Job retira la cabeza, se incorpora y alarga las manos hacia las dos maletas. Después, lentamente, porque pesan, recorre el pasillo hasta la plataforma. Cuando salta, ve que los otros no se han movido del lado del tren.

—¿No hay ningún coche?

Uno de los tres de la retaguardia, un hombre grueso, contesta:

—No hay nada. Ni coches, ni luz..., ni nadie a quien reclamar.

El que habló antes, pregunta:

—¿Acaso es viajante?

—Sí.

Y mira las maletas, con disgusto.

—Yo también. De zapatería, de la casa Ciáis.

—Yo de los tejidos Sete. ¿No hay ningún hotel o fonda en este pueblo?

Uno de los otros, alto y muy abrigado detrás de una bufanda roja, puntualiza.

—En realidad, sí la hay. Hay dos fondas. Pero no quieren abrir a nadie.

El cuarto, amojamado, flaco, protegido por un abrigo con cinturón, se queja:

—¡Todavía me duelen las manos de llamar allí!

El viajante de la casa Ciáis dice:

—Más vale que deje las maletas en la sala de espera. Volverá a llover.

Job se agacha para recogerlas, y los cinco avanzan hacia los oscuros edificios.

—¿Y algún garaje?... Podríamos alquilar un coche sin chófer. Yo tengo permiso de conducir.

—También lo hemos mirado.

Él se detiene.

—¡Sí que han tenido tiempo de hacer cosas!

El viajante y el gordo ríen. El primero explica:

—Ya le he dicho que debe de haber dormido como un tronco. Hace más de media hora que nos hemos parado.

Él vuelve a dejar una maleta en el suelo, mira su reloj.

—Casi las siete... —Y, mientras se agacha de nuevo—: Comprendo que el personal de ferrocarriles se solidarice con toda la población. Yo mismo, y supongo que vosotros también, volvía a casa antes de terminar mi recorrido, sólo por ayudar, por ser uno más... Pero estos cabritos podrían haber llegado a la ciudad para no perjudicar a nadie...

El gordo dice:

—Quizá vivan aquí.

—¿Todos?

—Sí, claro, sería demasiada casualidad.

El flaco dice:

—Tiene razón. Son ganas de fastidiar.

Job entra en la sala de espera, pero se detiene otra vez, porque la oscuridad, más pronunciada, y el murmullo de voces le sorprenden desagradablemente. El otro, detrás de él, indica:

—Puede dejarlas con las nuestras.

—No veo ni gota.

—Venga.

Y, en medio del silencio que se ha hecho, le coge por la manga y le conduce a un rincón, donde tropieza con algo.

—¡Cuidado, que ahí hay un banco! No enciendo una cerilla porque sólo me quedan dos.

—Yo tengo una caja entera.

—¡Ah, bueno!

Oye que rasca; acto seguido, las tinieblas explotan antes de suavizarse. Delante de él hay un montón de maletas y hacia el otro lado puede distinguir a dos mujeres y a un viejo sentados junto al ángulo de la pared. Más cerca, otra mujer, con dos niños dormidos, le mira. A su lado, hay una pareja madura.

—¡Job!

En el fondo, a donde no llega el resplandor de la llama, se levanta un hombre que se acerca rápidamente.

—Job... me pareció que eras tú. Por la voz...

La cerilla se apaga, pero él ya ha tenido tiempo de identificar las facciones afiladas y extrañamente envejecidas.

—¡Jurt!

Se buscan las manos abiertas, se las estrechan en la oscuridad.

—¡Ni remotamente pensaba en ti!

—¿Venías en el tren?

—Sí. Es extraño que no nos hayamos visto.

—Debía de ir en otro coche.

El viajante de la casa Ciáis pregunta:

—¿Otro colega?

—No, un amigo de la infancia. Jurt Nadia, profesor...

El otro se presenta:

—Omi Subar.

—Encantado. Perdona que no le dé la mano... ¡Ya me ha costado bastante encontrar la de Job!

Los tres ríen en el silencio de la sala de espera, porque las voces han callado y todo el mundo parece atento a su conversación, Job dice:

—¡Caray con Jurt! ¿Dónde vives ahora?

—En Lile. Hace años que conseguí una cátedra en el Instituto.

—¿Casado?

—¡No, no! Tú sí que te casaste joven...

—Sí... ¿Y Guida?

—Bueno, Guida...

El viajante toca el brazo de Job:

—Voy a ver lo que hacen esos amigos.

—Nosotros nos quedamos aquí, ¿verdad, Jurt? Afuera hace fresco.

El otro deja escapar una risita.

—Pero el aire es estimulante.

Y se aleja hacia el rectángulo de la puerta, más allá de la cual los otros tres, muy juntos, forman una masa única y negra donde centellean sus chispas de fuego, las de los cigarrillos. Jurt dice:

—Sentémonos.

Van palpando con los dedos hasta que encuentran el banco y, un momento después, se han refugiado detrás del amontonamiento de maletas. Él pregunta:

—¿Le ocurre algo a Guida? No se habrá muerto...

—No... ¿Recuerdas que era novia de Vintila?

—Yo no le conocía. Me lo dijiste tú.

—Sí. Pues él sí que murió. Desgraciadamente... En fin, él y Guida habían adelantado las cosas y ahora tengo un sobrinito.

—¡Ah! Siento haberte preguntado.

—No, ¿por qué? Claro que no es agradable... ¿Tú no tienes hijos?

Él carraspea, se aclara la garganta.

—Mi mujer y yo estamos separados. Como ves, todas las familias tienen sus quebraderos de cabeza.

—Sí, es verdad... ¿No teníais un bar?

—Ella. Todavía lo tiene.

—Ya comprendo, un bar...

Él le pone una mano sobre la manga.

—No es lo que tú crees. Es una buena chica. Pero no nos aveníamos, sencillamente. Nunca nos hemos avenido, y por eso decidimos dejarlo. Y no creas, todo de una manera muy amistosa. — Hace una pequeña pausa, retira la mano—. En realidad, cuando estoy en la ciudad nos vemos a menudo. Ya sé que para otro es difícil de entender, pero el caso es que nos queremos.

—No, no es difícil.

Job mira hacia fuera, donde el grupito casi se ha difuminado.

—A veces, ni yo mismo lo entiendo. Claro que tú has sido siempre un estudioso de la naturaleza humana, del carácter... ¿Todavía enseñas psicología?

—Sí, entre otras cosas.

Le oye hurgar en el bolsillo.

—¿Fumas?

—No, lo he dejado.

El otro enciende y los grupos que llenan la sala vuelven a salir de sus reductos de sombra totalmente mudos.

—¿También habéis dejado el trabajo?

—¿Cómo?

—En el Instituto...

Jurt deja caer la cerilla al suelo, pero la brasa de su cigarrillo asiente.

—Lo dejamos ayer. Es decir, no todos, porque el director y los demás... Si esto falla, ya puedo despedirme de la enseñanza. Pero no creas, no me importará mucho. Hace bastantes años que sé que cometí una equivocación. Yo y otros muchos... Nunca debí haber aceptado aquella cátedra.

Job continúa silencioso, con las dos manos entre los muslos para calentarse los dedos helados. El otro prosigue:

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que si, desde un principio, nos hubiésemos negado todos a colaborar, cada uno en su esfera y según su capacidad, las cosas no habrían llegado al extremo a que han llegado?

—Quizá sí.

—Este movimiento de ahora viene con quince años de retraso. Cuando la ciudad está prácticamente arruinada, cuando ya se ha hecho mayor otra generación, que es la que cuenta... La que debería contar, quiero decir, porque en realidad es una generación debilitada, embrutecida por consignas estúpidas, adormecida por el poder hipnótico de unas palabras vacías repetidas día tras día... Ahora será muy difícil enderezarnos. Nosotros, los viejos, nos hemos anquilosado un poco, como era inevitable, y continuamos pensando en términos de veinte años atrás, unos términos que han perdido vigencia... En nuestras manos, la ciudad casi no tiene salvación.

Hemos de resolver un problema desproporcionado para nuestras fuerzas...

Él inclina la cabeza, cruza las piernas, sin sacar las manos de entre los muslos.

—No lo sé... ¿Pero qué podíamos hacer, quince años atrás? No sabíamos cómo iba a ir todo.

—Di que no lo sabías tú. Ni yo, si quieres. Pero lo debieron de prever todos los profesionales de la vida pública. No podían estar tan ciegos que no se diesen cuenta de que todo, de pronto, comenzaba a enfocarse con una mentalidad reaccionaria, enemiga del progreso. En estas condiciones, hasta una administración honrada tenía que traer consecuencias funestas. Pero ha sido preciso que nos sintiéramos personalmente lesionados en nuestros intereses para que nos decidiésemos a hacer causa común, como ha ocurrido ahora.

La estrella roja del cigarrillo resplandece violentamente, y el olor acre del humo que se escapa de la boca de su amigo hiere la pituitaria de Job.

—Ahora, cuando ya estamos envenenados y corrompidos también. Porque no se puede vivir impunemente años y años al lado de un cadáver. Que eso es lo que ha sido la administración Domina, un cadáver inmenso que nos ha ido emponzoñando con sus miasmas. ¡Quién sabe! ¡Tal vez una bocanada de aire puro nos matará!

Job se vuelve, con un vivo movimiento.

—Entonces, ¿qué? ¿Acaso tendríamos que seguir formando un mismo cuerpo con el cadáver?

—No, eso no. Lo único que te quiero decir es que no acierto a ver una salida clara a la situación que se plantea. Porque no basta con que, todos a una, la gente del pueblo se alce contra un orden establecido. Los movimientos de carácter negativo no conducen a ninguna parte si no llevan dentro un fermento constructivo, una voluntad de edificar sobre las ruinas, una voluntad traducida en un programa más o menos preciso. Es verdad que éste es un problema mundial. La tragedia de nuestros días es que no tenemos nada con que sustituir los valores de una civilización de la que renegamos. Y al decir nada, quiero decir que estamos desilusionados. Vivimos en una especie de tierra de nadie, entre lo que ha sido, deficiente y esclavizador y una nebulosa que no sabemos cómo disipar. Es como si todo a la vez hubiese entrado en un callejón sin salida. Sabemos que no es posible proseguir por este camino, pero no acabamos de descubrir otro. Sólo sabemos decir: ¡no, no! Y sólo eso ya agota nuestras energías...

Job se remueve, inquieto.

—Es posible. No he analizado la situación de una manera tan precisa. Quizá no sea esa mi misión.

—¡Error, error! Son muchas astillas las que hacen un fuego... En realidad, hace años que todos tenemos esa misión: buscar la salida. Pero no podremos encontrarla sin un análisis de las condiciones actuales. Y, como digo, tal vez ni así... —Se interrumpe, y Job también levanta la cabeza—. ¿Qué es eso?

Desde el exterior, del andén de la estación, les llega un ruido de golpes violentos, un rumor de voces excitadas. Alguien, una masa más densa que la oscuridad ambiente, cruza por delante de ellos, y

después pueden ver que es el viejo que estaba sentado con las mujeres.

—Parece una pelea...

Salta al suelo, seguido de Jurt, y ambos corren hacia la puerta, donde casi tropiezan con la pareja madura, que también se precipita afuera, y con el viejo que vuelve a entrar.

—¡Perdón!

El viejo dice:

—¡Están derribando una puerta!

Pero ya han salido al exterior y pueden ver al viajante y a los otros tres hombres que, ahora más silenciosos, manejan una barra introducida en la juntura de una puerta de dos batientes.

—¿Qué hacen?

Uno de ellos, con voz excitada, explica brevemente:

—Es la cantina.

El viajante de la casa Ciáis ordena:

—¡Vamos allá!

Introducen un poco más la barra y, después, los cuatro tiran de ella hacia la pared.

—Más abajo, junto a la cerradura.

El gordo, sin sacar la barra, va orientándola en sentido vertical. Dice:

—Quizás lo hacemos al revés. Si tirásemos hacia fuera forzaríamos el otro batiente...

—Probémoslo.

Las ocho manos agarran firmemente y el viajante canta:

—¡A la una... a las dos... a las tres!

Empujan los cuatro y, en el otro lado de la puerta, se oye un amortiguado estrépito de cristales. Los hombres se inmovilizan.

—Debía de haber una vidriera...

—Probablemente. Pero la cerradura ya ha empezado a ceder.

El hombre gordo, con todo su cuerpo, se esfuerza en introducir un poco más la barra y después se enjuga la frente con el dorso de la mano.

—¡Ya casi está!

Ahora, excepto la mujer con los niños, todo el mundo ha salido ya de la sala de espera, y una de las acompañantes del viejo pisotea con fuerza para quitarse el frío. El hombre comenta:

—No dice en ningún lado que sea la cantina...

Los otros no le hacen caso, tiran los cuatro a la vez, como cuatro pajarracos grotescos y desmañados, en la presentida claridad de un cielo aún nuboso y amenazador.

—¡Más!

Respiran a fondo, echando el resto, y, de pronto, los cuatro retroceden precipitadamente andén afuera, empujados por su

propio impulso, mientras la cerradura salta con un chasquido. La barra cae al suelo estrepitosamente.

El viajante, satisfecho, dice:

—¡Sí, señor!

—Y después de todo, ¿para qué?

Todos se vuelven y miran a Jurt, incluso aquellas personas que ya iniciaban un movimiento hacia el interior del local. El de la bufanda roja pregunta:

—¿Qué quiere decir?

—Que no estoy seguro de que hayan procedido correctamente.

El viajante salta:

—Usted no ha hecho nada. Toda la responsabilidad es nuestra.

—No del todo. Hasta cierto punto, todos somos cómplices de este acto de vandalismo.

—¿Y se le ocurre decirlo ahora? ¡Podía haber hablado antes!

Jurt, con el cigarrillo entre los labios, hunde las manos en los bolsillos del abrigo.

—Tal vez no pienso con bastante rapidez. De momento, no se me ocurrieron todas las implicaciones...

—¿Qué implicaciones? ¿Tiene miedo de lo que pueda pasar?

—No, ya sé que nadie nos va a decir nada.

—¡Entonces!

Una de las mujeres que van con el viejo, dice:

—Si la compañía nos ha abandonado en este rincón del mundo, es natural que nosotros tratemos de defendernos.

El hombre maduro la corea:

—Tiene razón. Aquí tiene que haber comida y bebida. No tendremos que ayunar.

Jurt saca el cigarrillo de su boca.

—¿Pero es que nadie se da cuenta de que, con este acto, nos ponemos al mismo nivel de la mentalidad que estamos combatiendo?

Otra de las mujeres dice: —¡Qué hable más claro!

Job explica:

—Todos sabemos que, en muchos lugares, la policía y los soldados han procedido a derribar las puertas de los establecimientos cerrados, que han allanado los hogares y...

—No veo la relación...

Job se vuelve hacia su colega.

—Ya sé que la finalidad es distinta, pero los procedimientos son los mismos. Eso es lo que quiere decir mi amigo.

El hombre escuálido dice socarronamente:

—Si les preocupa que atentemos contra la propiedad privada...

—No es eso. Al fin y al cabo, ésta no es tan privada. La empresa de ferrocarriles es un servicio público...

Jurt vuelve a meterse el cigarrillo en la boca.

—Quiero suponer que todos, por mucho que nos haya perjudicado la defección del maquinista, que podía habernos llevado hasta la capital, estaremos de acuerdo en una cosa: que a la administración Domina ya se le ha acabado su tiempo.

El hombre de la bufanda roja protesta:

—¡No mezclemos las cosas!

Pero Jurt prosigue:

—Y que estaremos decididos a mantenernos en una actitud de resistencia pasiva.

El viejo masculla:

—¡Yo no me meto en nada!

Jurt le mira— fija e intensamente, y después pasea la mirada por las caras de los demás viajeros.

—Quizá me he equivocado. Quizás he pasado por alto que entre nosotros hay personas que aprueban la actual situación y que no simpatizan, por lo tanto, con los que nos disponemos a sacrificar algo, si es preciso, en beneficio de un futuro mejor y más digno...

La misma mujer que había protestado antes exclama:

—Pero ¿qué dice? A lo mejor es un maestro de escuela, éste.

Job se vuelve hacia ella.

—Un profesor, señora.

—¿Y por eso no puede hablar como todo el mundo? No sé por qué ha de hacer discursos.

Job la corta:

—Permítame... Nos hemos reunido por azar, no nos conocíamos, y cada uno de nosotros ignora la manera de pensar de los demás. Por lo tanto, tal vez sería mejor que aclarásemos las posiciones respectivas.

El viajante de la casa Ciáis da un paso adelante.

—De acuerdo, siempre es conveniente aclarar posiciones y saber con quién tratamos. Pero confieso que, por mi parte, continúo sin ver qué relación existe entre todo eso y el hecho de que hayamos forzado la cerradura de la puerta de la cantina.

—La hay, se dará cuenta en seguida. Por eso propongo...

Otra de las mujeres le interrumpe:

—Si es muy largo lo que tiene que decir, quizá será mejor que volvamos a la sala de espera o que entremos aquí. Hace frío.

Él niega con la cabeza.

—No. Acabaremos en un momento. Propongo que todos los que simpaticen con la actual campaña de desobediencia civil levanten la mano.

La otra mujer pregunta:

—¿Y qué es eso de desobediencia civil?

—Es lo que estamos haciendo desde hace tres días, señora. Es esta resistencia pasiva en virtud de la cual la gente ha abandonado sus lugares de trabajo y...

—¡Ah, ya lo entiendo!

—Muy bien. —Vuelve a mirarlos a todos—. Entonces, los que simpaticen con esta campaña que levanten la mano.

Job, el viajante y los otros tres casi ni esperan que acabe. Más lentamente, les imita la pareja madura.

—¿Ustedes no?

El viejo contesta por ellas:

—Nosotros no nos queremos mezclar en nada.

—¿Pero no están en contra?

—Ni en favor ni en contra.

—Perfectamente. De todas maneras, somos mayoría.

El viajante, distraído, se frota las manos enérgicamente.

—Muy bien. Ahora ya hemos definido posiciones. ¿Qué más?

Hurt se quita de la boca por última vez el cigarrillo. Tira la colilla al suelo.

—Ahora estoy seguro de que todos ustedes me podrán entender y me darán la razón cuando les exponga mi punto de vista. La resumiré en dos observaciones. "Primera: que el uso de procedimientos empleados por el enemigo nos equipara moralmente con ese enemigo y, por consiguiente, debilita nuestras posiciones. Tener razón, ser mejor, no es una cuestión de fuerza bruta, sino...

Job le toca en el hombro.

—Jurt...

El otro sonrío.

—Sí, confieso que tengo cierta tendencia a sermonear... La otra observación es esta: tenemos que evitar por todos los medios posibles que esta resistencia pasiva se desnaturalice por culpa de

impacencias, malos humores o circunstancias momentáneamente desventajosas. —Hace una breve pausa y prosigue—: Si ahora nosotros, después de haber forzado esta puerta, entramos a saco en las existencias de la cantina, nos hacemos culpables de un acto violento que nos compromete y compromete nuestra lucha.

El hombre gordo se toca la nariz, un tanto perplejo.

—Un episodio tan insignificante, una cosa tan...

Jurt se vuelve rápidamente.

—Sí, tiene razón. Es un episodio mínimo que tiene lugar entre una docena de personas perdidas en un rincón del mundo. Nadie sabrá nada, hasta eso os concedo. Pero no somos nosotros solos. Aquí y allá, por todas partes, hay pequeños grupos, algunos probablemente aún más reducidos que el nuestro, enfrentados con tentaciones muy semejantes. Ahora bien: si cada uno de esos grupos se dice que lo que él hace no tiene importancia porque es un acto aislado, sin peso en el conjunto de las cosas, al final podríamos ver que la sociedad entera se ha separado de una norma de conducta que consideramos deseable porque es la única que nos pone moralmente por encima de nuestro enemigo, la única que nos puede proporcionar una victoria digna...

El viajante reflexiona:

—Me parece que lo he entendido... ¡Pero habla usted de una manera! Quiere decir, si no me equivoco, que cada grupo debe actuar como si dependiese de él esa victoria o la derrota. O sea, ejemplarmente.

Jurt sonrío.

—Me ha entendido muy bien.

El hombre maduro se aclara la garganta, tose un poco.

—Todos le hemos entendido. Tampoco somos tan ignorantes...

El de la bufanda roja, cejijunto y como haciendo un esfuerzo, expone:

—Ahora lo que hace falta es que en cada grupo haya alguien como usted para encarrilar debidamente las cosas... Job afirma, convencido:

—Por suerte, aquí tenemos esa persona. Y, para nosotros, es como si la tuviese todo el mundo. —Mira francamente a los reunidos—. Y ahora, ¿qué les parece si tratásemos de volver a cerrar la cantina?

El viejo, rascándose el bigote, dice:

—A lo mejor puedo ayudarles. Soy cerrajero.

Todos se ríen, desbordantes. El viajante acaba:

—¡Adelante, pues! Hoy es un gran día.

16

Cautamente, Fama sale al rellano y, sin hacer ningún ruido, atrae la puerta hacia la jamba; luego, deja escapar el pestillo que mantenía quieto con la llave y, satisfecha, se dirige hacia la escalera.

Del piso contiguo sale un ruido de platos y, más al fondo, alguien habla con un deje irritado. Pero ella ni escucha. Ligeramente, comienza a saltar, escalones abajo, hasta el portal.

La puerta de la calle está descerrajada desde la tarde anterior y los cristales rotos dejan entrar un poco de aire, precursor del fresco de la calle. Fama se limita a encoger un poco el cuello entre las altas solapas del abrigo, y sale.

No se ve a nadie. Y en toda la calzada sólo hay dos coches y un gran camión. Las tiendas están unánimemente cerradas, algunas de ellas de cualquier manera, con las puertas medio colgadas de las bisagras. Fama apresura el paso.

Al llegar a la esquina, sorprende a una mujer que desaparece en el interior de un portal que no ha sufrido ninguna ofensa, porque, ayer, el vandalismo de los soldados se limitó a la parte baja de la calle. Después, se vuelve a encontrar sola en una ciudad desierta y desconocida.

Cruza a la otra acera e inicia un trotecillo que la lleva hasta la encrucijada. Entre las vías hay un tranvía abandonado y, más arriba, espectáculo insólito, una portera barre delante de un edificio alto, de

pisos. Su taconeo le hace alzar la cabeza, pero después, indiferente, la mujer reanuda su tarea.

Fama intenta inútilmente reducir las dimensiones de su cuerpo bien aprisionado por el abrigo; y sin darse cuenta, algo inclinada hacia adelante, comienza a deslizarse bien pegada a las casas. La soledad y el silencio cortan como el filo de una espada.

Dobla hacia la izquierda y se adentra en un callejón que conduce a la avenida de más abajo. Los edificios, aquí bajos y modestos, también están cerrados, pero detrás de las puertas se oyen gritos de niños, conversaciones de adultos y alguna risotada. Ella suspira y modera el paso un poco, acompañada por los ruidos familiares.

La quietud, aún más agresiva, vuelve a asaltarla al desembocar en la avenida. La calzada, ancha y gris, recoge la claridad mortecina de las primeras horas de la mañana y la transforma en una reverberación cruda y pálida, hostilmente distante.

Ella corre hacia el otro extremo por debajo de los plátanos, que han perdido la sombra, y, casi recelosa, se adentra por el pasaje cubierto que se abre como las fauces de un animal fabuloso.

Roza las paredes desconchadas y viscosas, perennemente húmedas, donde alguien ha repetido tres veces, en letras discretas: «Es muy fácil: quedaos todos en casa», y al llegar, al final, corriendo de nuevo, desemboca otra vez bajo la luz plomiza. Entonces ya sólo tiene que cruzar y empujar la puerta de madera, alta y estrecha, que se inserta en el dintel de desgastada piedra.

La escalera está oscura, como siempre, y ella sube con precaución, casi rozando con la mano la pared verde oliva, pero sin tocarla. Al llegar al primer rellano, respira pesadamente, mientras echa una

ojeada distraída al patio que se ensancha al otro lado de la ventana enrejada, donde nunca ha visto cristales.

Después, casi de puntillas, sube el último tramo, en cuyo último escalón modera aún más el paso, porque busca la llave del piso, perdida entre los pequeños objetos que llenan su portamonedas.

Abre con un ruidito metálico y, cuando retira la llave, se enfrenta con el vestíbulo oscuro y desnudo que se prolonga, sin transición, hacia el pasillo, en el que hay dos puertas abiertas.

Distraídamente, toca el interruptor, hace un gesto de contrariedad y se mueve hacia la primera habitación, donde está el baño. Allí, bajo una claridad pobre, filtrada por la claraboya, se mira al espejo, se quita el abrigo y lo cuelga detrás de la puerta. Se incorpora con una sonrisa dedicada a sí misma, se toca los botones del vestido como si fuese a desabrocharlos, pero luego parece renunciar a su gesto y, otra vez a oscuras, avanza hacia el fondo, donde está el dormitorio, también abierto.

Palpa con los dedos el marco, la puerta y después va siguiendo la pared, hasta la ventana, donde entreabre un postigo. El hombre, abrigado de la cabeza a los pies, jadea fuerte y lentamente en su sueño.

Fama sonrío de nuevo, cruza hacia el otro lado y, en silencio, se quita el vestido, que abandona en una butaca, donde ya hay otras piezas desordenadas. Se descalza y, siempre erguida, acaba de desnudarse bajo el pálido rayo de luz. Seguidamente, friolera, se desliza al lado del hombre.

El jadeo parece hacerse más pesado, pero después, cuando le toca con las manos heladas, el ruido se extingue y el cuerpo se contrae bajo las sábanas. Ella adelanta los labios.

—Feli...

El hombre mueve una mano y unos dedos ardientes, ligeramente sudorosos, reposan casi inconscientemente sobre su carne.

—¡Fama...!

De repente, rechaza las sábanas, los dedos se animan, rodean la rotundidad de sus pechos y todo el cuerpo se desplaza en la penumbra de la alcoba; la abraza, y sus labios se aplastan, anchos y rellenos, contra la boca entreabierta.

—Nena...

Ella le corta la palabra con sus besos, le aprieta contra ella y mueve las piernas. Poco a poco, le deja reposar en su intimidad, profunda y poderosa, ahora totalmente despierto y vivo, y los dos se aman, graves y concentrados, largo rato.

Cuando abre los ojos para mirarla, le sonrío desde su carne, y una mano se extiende para tocarle la cara, los cabellos caídos sobre la frente, las orejas tal vez demasiado grandes. Él la besa una vez más.

—¿Cómo te las arreglas para estar tan buena, Fama?

—¿Y tú?

Feli se deja caer hacia un lado.

—Pero venir ha sido una imprudencia...

—¿Por qué?

—La policía podía molestarte en la calle. ¿No has encontrado ninguna patrulla?

—No. Todo está muerto y desierto. —Se vuelve hacia él, medio abrazándole de nuevo—. Feli...

—¿Qué?

—¿Todavía te hace ilusión quererme?

Él se aparta un poco y la mira con una expresión de sorpresa.

—¿Acaso no lo has visto?

—No quiero decir eso. Eso lo harías con cualquier mujer que se hubiese metido en tu cama...

Feli arruga la frente.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Ella desvía los ojos, juguetea con su brazo, le acaricia los pelos negros y duros.

—En seguida hablas de otras cosas...

—¿Porque te he dicho eso, que te podían haber molestado?

—Antes, sólo hablábamos de nosotros.

—¿Y eso no es hablar de nosotros?

—Quiero decir de otra manera...

—He dicho que te encontraba buena, ¿no?

Ella continúa alisándole la pelusa del antebrazo.

—Sí, ya lo sé. —Los dedos se cierran sobre la piel—. Si fuera libre, ¿te casarías conmigo?

Él, cogido de improviso, vacila un momento, pero al final dice:

—¿No te parece que es una pregunta ociosa? No eres libre.

—Pero las cosas pueden cambiar. Si este movimiento triunfa y Domina acaba yéndose...

La boca de Feli se contrae en una mueca despectiva.

—¿Y tú te crees eso?

—Lo cree todo el mundo.

—¿Quién es todo el mundo? ¿Tu marido?

Ella retira la mano.

—¡No es necesario que lo digas así!

—No lo digo de ninguna manera. —Ahora es él quien la toca, mientras se va incorporando—: Escucha, Fama— Todo eso es insensato, una cosa sin pies ni cabeza. Domina puede resistir perfectamente esta crisis y cincuenta más que se presenten. Sólo tiene que esperar un poco. El criterio de la gente que sabe lo que dice es que, mientras tenga a su lado a las fuerzas de orden público...

—Pero es que tal vez ya no las tiene. Clori dice...

—¡Olvídate de lo que diga Clori! Me parece que, a pesar de que querrías dejarle, haces mucho caso de sus opiniones.

Ella recoge un poco las piernas bajo su propio cuerpo.

—No me has dejado acabar. Anoche, cuando volvió de ensayar, a las tres de la madrugada, me dijo que la misma policía comenzaba a secundar el movimiento de la población.

Los ojos de Feli, burlones, casi chispean.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sabe él?

—En la compañía hay una chica que es hermana de un policía.

—¿Y qué? Porque dos docenas de tontos hayan perdido la serenidad...

—Quizá no son dos docenas. Ya te he dicho que, cuando venía, no he encontrado ninguna patrulla.

—Es una casualidad.

—Tal vez sí. Pero ayer, y sobre todo anteayer, no se podía dar un paso sin encontrar un montón de ellas. Parece que esa chica dice...

—Tú te lo crees todo.

—Y tú no te crees nada. Eso es lo que me preocupa de ti. Además, siempre te gusta llevar la contraria...

—Claro, cuando no estoy de acuerdo contigo es porque me gusta llevar la contraria. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que también yo puedo tener mi opinión?

—No te he dicho... —Pero se interrumpe, recoge las piernas—. Hace frío... No sé cómo puedes dormir con tan poca ropa.

Él señala.

—Ahí tienes una manta, si la quieres.

—Me parece que sí.

Aparta a un lado las sábanas, y salta ágilmente de la cama, con un solo movimiento del cuerpo. Corre sobre la estera hacia los pies de la cama y abre la puerta del armario. Entonces da media vuelta:

—¿Es ésta?

—No hay ninguna más.

La recoge y vuelve hacia el lado de la cama, donde la despliega con cuatro gestos expertos. Después levanta los ojos, felicitada por la mirada del hombre.

—¿Qué miras?

—Es que me gusta verte con ese vestido.

Alarga una mano para tocarla y le acaricia las caderas, las nalgas. Ella sonrío pálidamente.

—¿Tanto como antes?

—Sí; sigues gustándome.

Pero Fama rechaza la mano, se inclina.

—Déjame que me tape, tengo frío.

Él la recibe a su lado, ríe sin convicción.

—Con lo buena chica que serías si no te empeñases en discutir siempre.

La mujer cruza las manos ante sí, sobre los pechos, con el cuerpo perdido contra el cuerpo del hombre.

—No me has contestado.

—¿A qué no te he contestado?

—Te he preguntado si te casarías conmigo...

—¡Ah, eso! —Afloja el brazo y ella le mira con los ojos vagamente entristecidos—. No veo la necesidad de hablar de eso, por ahora.

Ella concluye:

—Así que no te casarías.

—¡No te he dicho eso!

Fama se retira un poco, pondera:

—No he debido preguntártelo. Es ridículo. Ningún hombre se casa con una mujer que le lleva siete años...

—¿Siete años?

—Sabes que tengo treinta y uno. Ninguno se casa con una mujer mayor que él, sobre todo después de haber hecho todo lo que él ha querido.

Él la sujeta por el brazo.

—¡No hables así, Fama!

—¡Pero si es la verdad! Pero yo no he nacido para eso, para engañar...

—¡Lo sé, Fama, lo sé!

—Haya hecho lo que haya hecho contigo, no soy una perdida.

Él vuelve a sujetarla fuertemente, pega los labios sobre la roja boca para hacerla callar. Pero Fama todavía consigue decir:

—Y lo he hecho porque te quiero, te quiero de verdad...

—Y yo a ti, Fama. No quiero que te pongas así.

La besa de nuevo y, con las manos, la acaricia lentamente. Luego, los labios descienden hacia la barbilla, hacia el cuello. Ella intenta protestar:

—No, Feli.

El muchacho se limita a desplazar un poco la mirada.

—¿Por qué?

—Porque... —Pero al mismo tiempo alarga los brazos y le estrecha, casi frenética—. No lo sé, no lo sé... —Suspira hondamente, le magulla la carne—. Tendría que decirte que no, pero no puedo...

—Porque sabes que te quiero.

—Hasta ahora, nunca te he podido decir que no. No es natural...

—Sí que lo es, Fama. Quiero que nunca puedas decirme que no.

Con los pies hace correr la sábana y se incorpora a medias, pero ella le atrae de nuevo y las manos resbalan flancos arriba.

—Feli... —Cierra los ojos y la boca se le estremece, nerviosa. Entonces murmura—: No tengo vergüenza.

Pero después se deja llevar por la llama que le devora el vientre y su boca jadea penosamente junto a la otra boca.

Un silencio ardiente se extiende por la alcoba, y Fama se extiende con él mientras repite:

—No tengo vergüenza...

Él, sudoroso y reticente, suelta las manos anudadas bajo los brazos de la muchacha, pero todavía no la mira. No lo hace hasta después, cuando ha dejado resbalar la mejilla sobre la almohada y dice:

—Si nos queremos...

Ella mueve la cabeza:

—Sólo piensas en esto...

—¿Y tú?

Ella se escurre hacia un lado y su mano hace subir la ropa hasta los hombros.

—Somos unos viciosos.

—No es verdad, Fama.

—Aparte de esto, no hay nada que nos una.

—Pero esto que tú dices nos une fuertemente.

Ella le mira con gravedad.

—Sí... —Con un gesto triste, tal vez inconsciente, le acaricia los cabellos, pero en seguida deja caer la mano—. Somos diferentes en todo, no nos avenimos en nada.

—¿Tú qué sabes? No hemos tenido ocasión de comprobarlo.

Ella se abriga más.

—Me parece que sí. —Desplaza un poco la cabeza por la almohada y explica, muy bajito—: No sé lo que pasa. Cuando vengo aquí, siempre vengo contenta y animada, ilusionada como una chiquilla de dieciocho años. Pero después... después me pongo triste, porque siempre falta algo...

—Nunca me habías dicho nada.

—Quizá no. Al principio creía que acaso acabaríamos por encontrarlo. Ahora ya veo que no.

—Lo dices por lo del casamiento...

—No, no sólo por eso. —Desvía la mirada hacia la ventana—. En el fondo, tal vez sólo te lo he preguntado para ver lo que contestabas.

—En ese caso, era una pregunta desleal. No está bien, Fama.

—¿No es desleal todo esto?

—¿Todo? ¿A qué llamas todo?

—Tú y yo aquí... Y Clori durmiendo... Y yo misma, que soy desleal conmigo. Me gustaría que todo fuese claro, limpio...

—No eres la primera mujer que tiene un amante.

—Ya lo sé. Pero es que yo no querría ser como las otras. Si viviésemos en otro lugar...

—Sería lo mismo.

Ella mueve la cabeza.

—No, porque en otro lugar podría decir: ya estoy harta de esto.

—También lo puedes hacer aquí; nada te impide dejar a tu marido.

—Legalmente, sí. Lo único que puedes hacer es abandonarle, separarte de él, y entonces quedas descalificada. Esa obligación de seguir unidos hasta la muerte nos corrompe.

El se ríe a medias:

—Para una burguesita como tú, eso suena hasta inmoral.

—Más inmoral es tener que mentir y engañar. Confío que los que vengan después de Domina sean más justos, más comprensivos.

—¿También de eso tiene la culpa Domina?

—¿Crees tú que no? Con la excusa de que el país ha de ser fiel a una moral tradicional nos aprisiona entre ideas caducas. Y, bien

mirado, ¿qué quiere decir eso de moral tradicional? ¿No hay más que una?

—Que yo sepa, no.

—Tú eres muy joven.

—También tú, a pesar de esos terribles siete años que me has recordado que nos separaban.

—No es cuestión de años. Tal vez quería decir que todavía eres demasiado ignorante.

—¡Vaya, ésta sí que es buena! —Saca un brazo, se vuelve y alarga la mano hacia la mesilla de noche—. Porque hiciste tres años de medicina...

Toma la pipa y se incorpora un poco más. Ella dice:

—No fumes. Ya sabes que no me gusta el olor del tabaco.

—Perdona. No lo recuerdo nunca.

Vuelve a deslizar el cuerpo en la cama; se abriga el brazo. La muchacha prosigue:

—No son los tres años de medicina. Es que a ti sólo te ha preocupado una cosa: ganar dinero.

—¿Pues que querías que me preocupase?

Ella echa hacia atrás la cabeza, un poco fuera de la almohada.

—¡A veces me exasperas!... Claro que no sólo es culpa tuya, si no te han enseñado nada más. Pero tú, con el padre que tienes...

—¡Un visionario!

La muchacha le mira fijamente, con curiosidad.

—Estoy segura de que ni siquiera has leído sus libros.

—¿Para qué? —Y tuerce los labios, displicente—. A mí nunca me ha gustado eso de escribir novelas. Es perder el tiempo.

—Al cine bien vas...

—El cine es otra cosa.

Fama asiente lentamente, con un gesto amargo.

—Sí, es otra cosa. Creo que nunca has sacado de él ningún provecho.

—¿Y qué provecho sacarías de las novelas?

—De algunas, más de lo que tú crees. Tu padre es un hombre culto. Él no diría, como tú dices, que sólo hay una moral tradicional.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Y qué? Para mí es buena la que existe ahora. Y también lo sería para ti si no te preocupases tanto. ¡Déjate de cavilaciones, mujer!

—¿Por qué?

—Porque una mujer sólo... ¡No me lo hagas decir! —Y, casi indignado, agrega—: Lo que a ti te pasa es que tienes un problema personal sin resolver. Y en lugar de pensar en que tú misma lo has creado, prefieres echar la culpa a los demás, a la sociedad, a Domina... ¡Es ridículo! ¡Y egoísta, también! Te alegrarías de que todo el orden social se fuese a hacer puñetas, porque este orden contraría tus conveniencias...

Fama se incorpora, expone su desnudez, inconscientemente generosa, y su pecho vibra de indignación.

—¡No es verdad! ¡Sabes muy bien que no es verdad! Si sólo se tratase de eso, si sólo se tratase de mí, no protestaría. Es todo ello junto.

—Claro, necesitas justificarte.

—¿De qué?

Él pliega los labios, en un gesto burlón.

—No querrás que se justifique Domina del hecho de que tú engañes a tu marido.

Fama levanta la mano.

—Eres,.. —Pero entonces, sin haberle golpeado, baja la vista. — Tienes razón. No tengo derecho a enfadarme, porque eso es un hecho. Y me enseñaron a respetar los hechos.

—¡Entonces!

—Pero eso no quiere decir que él no tenga que justificar nada. En primer lugar, la existencia de jóvenes como tú, de muchachos de veinte años...

—¡En que líos nos metemos!

—En ningún lío. De muchachos de veinte años que no tienen ningún ideal, ninguna inquietud, que lo aceptan todo mientras puedan tener coche, mujeres...

Ahora es él quien se desabriga y levanta la mano.

—¡Basta ya, Fama! Ese tema ya lo hemos tocado otras veces. ¡Y no me gusta que te las des de sabia, coño!

—Palabrotas, eso sí... Me tratas de egoísta y no te das cuenta de hasta qué punto lo eres tú. Las cosas te han ido bien, has progresado rápidamente porque te has avenido a que los demás pensasen por ti...

—¡Mira que puedes llegar a decir barbaridades!

—¡Barbaridades! Eso deberías decírselo a esa pequeña minoría que, porque quiso pensar por su cuenta, está ahora en la cárcel.

—¡Qué pesada eres, cojones, cuando te pones así! Yo creía que aquí no venías a discutir, sino a que te montasen...

Fama enrojece hasta la raíz de los cabellos. Y sus labios, de pronto delgados y temblorosos, palidecen. Dice:

—Está bien, Feli.

Saca las piernas de entre las sábanas, se levanta y recoge rápidamente la ropa que había dejado sobre la silla.

—¿Adónde vas, ahora?

Pero ella, sin una palabra, cruza el dormitorio y sale al pasillo. No se vuelve a oír el gemido de la cama, sino que continúa hasta el cuarto de baño, donde entorna la puerta, sin cerrarla.

Abre el grifo, del que salen una bocanada de aire y algunas burbujas. Vuelve a cerrarlo y se frota con una toalla.

—Fama...

Feli ha empujado la puerta, y se queda junto a ella con una mano sobre el marco y la otra sobre el pomo de latón.

—¿Qué significa esto?

—Ya lo ves.

—¿Es por lo que te he dicho? Perdona, yo...

Ella, de espaldas, se pone las bragas.

—Ya sé que no me puedo quejar. Una vez más, no has dicho nada que no fuese cierto. Vengo aquí para que me montes.

—Yo no quería...

Entonces, Fama, medio desnuda, se vuelve hacia él.

—Pero, aunque te parezca extraño, yo no lo sabía.

—Me molestaste y dije lo primero que se me ocurrió.

—Has dicho la verdad. —Busca el sostén y vuelve a ponerse de espaldas—. Era yo la que andaba equivocada. Para disculparme ante mí misma, hablaba de amor y hasta pensaba en el matrimonio..., pero en el fondo sólo quería eso otro.

Él la sujeta por el brazo y la obliga a ponerse de cara.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías. —Se libra de sus dedos, sin violencia, pero enérgicamente—. Una mujer como yo necesita vestir los hechos demasiado crudos... Soy un poco anticuada en algunas cosas. Muy diferente de esas chicas de ahora que tan bien se avienen con la forma de moral tradicional. O sea que todavía soy más hipócrita, porque quería engañarme a mí misma. Al fin y al cabo, desde el primer momento supe cómo eres.

—Si no me has querido entender...

Ella se pone la combinación y se acerca al espejo, ante el cual se peina con movimientos rápidos, casi irritados.

—No hay que entender nada, eso es lo peor. Eres transparente... Comer, cagar y dormir. Y, como tienes veinticinco años, dinero y sexo. Por azar, éste ha sido el mío.

—Eres injusta. Tú sabes que, a mi manera, te quiero.

—Sí, no lo niego; cómo quieres al dinero y a todo aquello que puede procurarte algún placer. Eres más consecuente que yo. —Deja el peine, toma el vestido y se lo pone por los pies—. Clori tiene cuarenta y seis años y es un artista. Vive en un mundo irreal del cual yo sólo formo parte de una manera marginal. No le interesan ni el dinero ni las mujeres..., salvo en contadas ocasiones. Se comprende, ¿verdad? Tú, en cambio... —Se abrocha los botones y mueve la cabeza—. Pero no. Sólo pensaba, nada más... Únicamente te interesas por ti mismo. Eres mucho peor que él. Pero cuando no se te conoce, causas una cierta ilusión...

—Todo eso son palabras, Fama. Tú sabes que lo hemos pasado bien y que no hay ninguna razón para que no continúe todo como hasta ahora.

Ella descuelga el abrigo.

—Y continuará como hasta ahora. ¡Si de eso ya estoy convencida!

—Entonces, ¿por qué dices...?

—Con otra, Feli... —Le aparta el brazo que bloquea la puerta—
Déjame pasar.

—Contigo, Fama. Estoy seguro de que volverás.

La sigue por el pasillo, con los pelos erizados por la fría atmósfera. Ella avanza hasta la puerta, se detiene junto a ésta y abre el portamonedas.

—Fama.

Feli trata de retirar la mano cuando ya es demasiado tarde: la llave reposa en su palma.

—No está bien, Fama...

Ella sonrío, con una sonrisa agridulce, y abre la puerta.

—Nunca estuvo bien. Lástima que no nos diésemos cuenta.

Se aleja por el rellano, oscuro y húmedo, hacia la soledad de la calle, del hogar.

17

La gasolinera está a dos pasos, abierta porque no tiene puertas, pero alguien se ha preocupado de extender, de un pilar a otro, unas gruesas cuerdas que, simbólicamente, impiden el acceso. Sin embargo, Carlo llama:

—¡Eh! ¿No hay nadie aquí?

La voz se pierde bajo la marquesina, y él alarga el cuello hacia el fondo, donde hay una pequeña cabina con una ventana ancha y apaisada, sin ningún postigo. La puertecita, en ángulo recto, está cerrada.

—¡Eh, los de la gasolinera!

Salta las cuerdas y se adentra en el local, más allá de las bombas pintadas de rojo. Ya junto a la ventana, observa el interior, donde sólo ve una mesa de despacho arrimada a la pared, unos archivadores sobre una repisa y una silla desvencijada.

—¡Muy bien!

Retrocede hacia las bombas, echa una ojeada a los depósitos vacíos y, a media voz, masculla:

—Esto sí que es hacer las cosas como es debido...

Salta de nuevo las cuerdas y se ciñe aún más el cinturón de la gabardina. Mira más allá, hacia la moto caída junto al bordillo de la acera y, con los dedos, se alisa el ala del sombrero.

—Hasta otra... —pero rectifica—: ¡Qué coño!

Da apresuradamente los pocos pasos que le separan de la moto, la endereza y luego la empuja vigorosamente hacia la gasolinera. La cuerda le molesta, pero se agacha y, levantándola con la espalda, consigue que el vehículo pase por debajo. La hace rodar casi hasta el fondo, hasta la puertecita de la cabina, y allí la apoya contra la pared. Entonces, se frota las manos con el pañuelo.

Un instante después, salta otra vez la cuerda y avanza por la calle, de cara a la ventolina que arrastra unos cuantos papeles. Observa la calzada, donde comienzan a amontonarse desperdicios de toda clase, y las aceras mal lavadas por la lluvia de la noche pasada.

Y, cuando levanta los ojos al cielo, sorprende una formación de cirros, altos y amontonados sobre las capas por donde sopla el viento.

—¡Perdón!

—¡Perdón!

Pero entonces se ríen los dos y él alarga la mano y da unas palmadas en la espalda con la cual, distraído, ha tropezado.

—¡Hola, Boris Sten!

—¡Carlo! ¿De dónde sales, hombre? Ahora no se te ve nunca.

—Eso tú. Yo creía que te habías ido sin decir adiós.

—¿Irme? ¿Con todo lo que está pasando?

Lo coge amistosamente por el brazo y Carlo pregunta:

—¿Vienes de telegrafiar, quizás?

—¡Telegrafiar! —Levanta la cara hacia el edificio de comunicaciones y después la mueve con una expresión burlona.— No puedes ni pedir una conferencia telefónica con el pueblo de al lado. ¡No hay nadie! —Aprieta con más fuerza al brazo de Carlo y los dos caminan calle arriba.— ¿Acaso os habéis vuelto locos? Abandonar así todos los servicios...

—¿Cómo? ¿No lo apruebas? Un antidominista como tú, siempre a punto de ser expulsado...

Sten levanta la otra mano.

—A punto, no. Expulsado. —Le mira, con un rictus sardónico—. Ayer a primera hora recibí la orden de desaparecer antes de las doce...

—Pero tú...

—¿Tú qué crees? Por nada del mundo me perdería esto. Antes iría a la cárcel. Por suerte, la policía parece tener demasiado trabajo y nadie se ha preocupado más por mí. —Vuelve a mover la cabeza.— ¡Qué pueblo más loco, palabra! —Se detiene y, en otro tono de voz, pregunta—: ¿Adónde podríamos ir? ¿Adónde ibas tú?

—A ninguna parte. No hay ningún sitio a donde ir.

—¿Ni la redacción?

—Vengo de allí. Desde esta mañana ya no hay periódico. No hay nada.

El otro levanta los brazos al cielo.

—¡Y yo aquí, sin poder comunicarme con la agencia! —Vuelve a sujetarlo—. ¡Te digo que estáis locos! ¿Qué pensáis que vais a

conseguir con todo esto? Sólo una cosa: fortalecer la posición de Domina.

Carlo se ríe y un gato, receloso, cruza la calle y escapa disparado hacia una puerta.

—¡Tú sí que estás loco!

—¿Sí? Escucha... ¿Cuánto tiempo crees que puede resistir un pueblo sin gas, sin agua, sin electricidad, sin servicios de ninguna clase? No llegan los trenes y el transporte por carretera tampoco circula... ¡No funciona nada, como tú has dicho! —Se detiene, ahora del todo—. Te doy una semana, todo lo más. Después, ya verás cómo todo el mundo reanudará su vida normal, como si no hubiese ocurrido nada.

Carlo razona simplemente:

—Si Domina resiste una semana, tal vez sí.

—¿Él? ¡Lo que haga falta, hombre!

—No estés tan seguro. La descomposición interna de la administración es espantosa... ¿Y si te dijese que a estas horas tal vez ya esté corriendo hacia el extranjero?

El otro aguarda un momento, totalmente apaciguado.

—¿Entonces tienes alguna noticia?

—Noticia, noticia... Sobre todo, rumores. Por otra parte, también soy capaz de hacer mis deducciones.

—¡No fastidies!

Ríen amistosamente, y ahora es Sten quien da unas palmaditas en la espalda de Carlo.

—¡Qué tío! Pero, hablando en serio... una cosa sí que la sé. Domina tenía redactado e impreso un bando que, bajo la amenaza de terribles castigos, conminaba a la población a reanudar sus ocupaciones habituales. Pues bien, el bando no ha sido pegado en ninguna parte.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Quiere decir que alguien le ha convencido de que sería una medida imprudente.

—¿Por qué?

—¿No lo entiendes? Eso le obligaría a llevar a la práctica sus amenazas, si la población no obedecía. Y la población no obedecería.

El otro, pensativo, se pasa un dedo por los labios.

—No sería la primera vez que actúa con mano dura. De hecho, siempre ha actuado así.

Carlo sonríe, afirma con la cabeza.

—Precisamente.

—¿Precisamente, qué?

—¡Utiliza el cerebro, hombre! Si Domina se ha echado atrás ante la posibilidad de verse obligado a actuar, es porque sabe que no puede actuar.

El otro abre mucho la boca.

—Quieres decir que...

—Sí. El encadenamiento es bastante lógico: no confía ya en las fuerzas de orden público.

—¡Bien, bien, bien! Eso querría decir que esas fuerzas, de una manera o de otra, le han indicado que ya no están incondicionalmente a sus órdenes...

—¿Y te das cuenta de lo que eso significa? La cosa está mucho más madura de lo que parece.

Sten reflexiona a fondo y hunde las manos en los bolsillos en un gesto brusco, casi impaciente.

—Pero no lo entiendo. Esas fuerzas juegan, han jugado siempre, la partida de Domina. Saben que si él la pierde, la perderán con él.

—La alta oficialidad, sí. Hay que suponer que la presión, esta vez, ha venido de abajo. —Le coge por el brazo—. Mira, desengáñate... Los hombres que forman parte de esas fuerzas sufren la presión de sus familias, que se ven coaccionadas por la actitud de los vecinos, de los amigos y conocidos, de la ciudad entera. ¿Qué pasa entonces? Como todavía no se atreven a desobedecer abiertamente, actúan sin interés, se hacen culpables de pequeñas negligencias... Y los oficiales lo ven, pero no pueden hacer nada, porque no se trata de un hombre, ni de una docena, sino de la totalidad de las fuerzas... Como tampoco son tontos, acaban por comprender que su lealtad a la administración Domina está pendiente de un hilo muy fino... —Se detiene, le amonesta con un gesto de la mano—. Te diré más: la misma oficialidad puede acabar dándose cuenta de que sólo le queda un camino de salvación: enfrentarse con el Juez y hacer causa común con la ciudad.

—Peligrosa decisión...

—Sí, y mucho. Pero si actúan con energía, nadie puede asegurar que la ciudad no les agradecería el gesto. Ya sabes cómo somos... Si

ahora se apoderasen de Domina y le pasearan por las calles encadenado, todo el mundo olvidaría que también ellos formaban parte de esa administración que odiamos y que sin ellos él nunca habría podido imponerse... —Retira la mano del brazo de su amigo.— Eso lo pensamos ahora nosotros, dos individuos corrientes, ni demasiado estúpidos ni excesivamente listos. También puede habersele ocurrido a Domina, de cuya inteligencia no tenemos derecho a dudar... Por eso te digo que a estas horas incluso podría estar ya fuera.

El otro estira el cuello hacia adelante, como si se quitase el peso de todo el cuerpo.

—¿Vamos allá?

—¿Adónde?

—A la Mansión. Quizá podríamos comprobar...

—No podríamos comprobar nada.

—Nunca se sabe. ¡Vamos allá! —Se frota las manos, con anticipada satisfacción—. ¡Qué primicia sería, chico!

Carlo se ríe.

—¿De qué te serviría? Si no puedes enviar ni una crónica...

—Para una cosa así, ya encontraría la manera. Aunque tuviera que llevarla yo mismo a través de la frontera. ¡Soy capaz de fletar un avión!

—A estas horas no encontrarías ninguno.

Sten vuelve a ponerle la mano en el hombro, sin dejar de caminar apresuradamente.

—Entonces, me dejarías tu moto...

—La he tenido que abandonar, porque ya no tenía gasolina.

—Pues mira que... —De pronto, se da una palmada en la frente—. ¡Qué grande soy! Porque, bien mirado, podría disponer de un coche. Precisamente una familia amiga me estará esperando en el hotel Confort.

—¿Compatriotas?

—Sí. Tenían que llegar ayer. Viajan en su coche.

Carlo chasquea la lengua, escéptico.

—Dudo mucho que llegasen.

—Lo comprobaremos. Sin embargo, primero lo otro... —Y repite, casi estático—: ¡Qué golpe, chico, qué golpe si Domina se hubiese ido!

Caminan hacia abajo, hacia la arteria que conduce a la plaza en donde se levantan los edificios de la administración. La calle, en la acera más baja, está llena de vehículos abandonados en desorden, pero no pueden distinguir ni una presencia viva. Sten prosigue:

—¡Lo celebraríamos! Una buena comilona... —Parece tragar saliva y, por asociación de ideas, pregunta—: ¿Todavía sabe hacer tu mujer aquellas fabadas? Son para chuparse los dedos.

—¡Hombre, ahora no es el tiempo!

—O aquellas paellas... Me volveré a invitar algún día.

—Cuando quieras. Ya sabes que Elvi te tiene simpatía.

—¡Es una cocinera excelente!

—Quizá te tiene simpatía por eso: porque nunca le regateas los elogios.

—¡Se los merece! Si algún día me caso, quiero que ella sea una mujer como la tuya.

Se ríen los dos, pero después se quedan mirando un coche que circula con un solo individuo inclinado sobre el volante. Es un vehículo un tanto maltrecho sobre cuyo parabrisas puede leerse una palabra escrita con letras blancas: MÉDICO.

—Es el primer coche que veo en marcha en toda la mañana.

—Debe de ser un esquirol.

—Hombre, un médico no puede negarse si es un caso de urgencia. Además, si quieres mostrarte tan exigente, también tú y yo somos esquiroles. Al parecer, somos las dos únicas personas que hoy no se han quedado en casa.

—Bueno, bueno, bueno... A mí no me mezcles en eso. Yo soy un extranjero y las consignas del país... —Se vuelve hacia Carlo y le mira maliciosamente—: Por cierto... Hace poco me preguntabas qué interés podría tener la oficialidad de las fuerzas de orden público en volverse contra el Juez. La pregunta también se te puede aplicar a ti. Por lo que veo, te gustaría que le expulsasen, y no sé si eso te conviene... ¿No has pensado en la situación en que te verás?

—¿Yo? Nunca he sido un ferviente partidario de Domina. Al contrario, siempre lo he mirado con disgusto. ¡Bastante lo sabes!

—Sí; yo, sí. No habría podido tener amistad con alguien que defendiera a Domina a machamartillo.

—¡Entonces!

—Pero eso que sabemos tú y yo, y tal vez algunas personas más, no es del dominio público. La gente te considera un colaborador, un colaboracionista, como a todos los que durante estos años han ocupado un puesto de responsabilidad...

—¡No exageres!

—¡Claro que sí! Quiero decir que no exagero. Has escrito en un periódico pro—Domina, como todos los que se publican en la ciudad, y debes de haberte hecho culpable de más de un artículo encomiástico.

Carlo levanta los hombros y los deja caer de nuevo, con un gesto de irremediabilidad...

—¡Qué remedio quedaba!

—¡Ah, qué remedio quedaba...! ¿Crees que eso es un argumento de peso? Esas razones las podría esgrimir todo el mundo. Y bien necios serán los que sucedan a Domina si hacen caso de ellas.

—Tendrán que hacer caso, si no quieren quedarse sin periodistas. Puestos a hablar, no hay ninguno que no haya colaborado. A no ser cuatro viejos, anteriores a la administración Domina...

—Esos serán los que os harán daño. Y no sin razón, ¿sabes? Porque siempre podrán decir que lo que hicieron ellos, retirarse de la profesión, también lo podríais haber hecho vosotros.

—Habría sido peor para todos. Reconozco que los periódicos han sido un asco durante todos estos años. Pero no es difícil imaginar que todavía habrían sido peores si sólo hubieran trabajado en ellos los periodistas identificados con Domina. Gracias a nosotros se han filtrado cosas que de otra manera todos habrían silenciado. Hasta

cierto punto, hemos contribuido a formar una actitud desfavorable a la actual administración.

El otro, de buen humor, vuelve a reírse.

—¡Eres un jesuita!

Pero entonces cierra la boca y está a punto de echar a correr. Del edificio oficial, ahora próximo, acaban de salir cuatro personas que cruzan la ancha acera y se dirigen a uno de los coches parados al lado de la entrada.

—Tal vez hemos llegado a tiempo...

Carlo corre también y después se quedan los dos detrás de otro automóvil, separados por toda la anchura de la plaza de los personajes que desaparecen dentro del vehículo, negro y de matrícula oficial. El chófer, que ha abandonado su asiento, sujeta la portezuela con una mano y espera, rígido, con la gorra recogida sobre el pecho. Detrás de él hay un oficial de la guardia, algo adelantado entre los dos centinelas, enguantados de blanco, que protegen la Mansión.

—¿Conoces a alguno?

Carlo estira el cuello.

—No les he podido ver bien. Me parece que no.

Se cierra la portezuela del coche y Sten echa una mirada arriba y abajo, estudiando los contornos. Dos vehículos más, también en el otro lado, esperan con los chóferes detrás del volante, y más allá, casi en la esquina, hay otro chófer que fuma recostado contra el motor de un turismo gris. El corresponsal dice para sí mismo:

—Es curioso.

Pero Carlo le ha oído y pregunta:

—¿Qué?

—No hay más vigilancia que la normal. Y eso no es lógico.

—Hombre, si Domina se hubiese ido...

—Tampoco. En ese caso supongo que no debería haber ninguna. Más bien se diría que quieren dar la sensación de que no pasa nada. No me gusta. No...

—Entonces, ¿qué hacemos? Aquí no nos podemos quedar. Hace frío y acabaremos por llamar la atención.

—Ya la hemos llamado.

Uno de los chóferes que esperan al volante les observa desde detrás del cristal cerrado de la ventanilla.

—¿Vamos allá?

—No sé...

Vuelven a mirar hacia la puerta, donde se ha retirado el oficial después de arrancar el coche, que se dirige a la avenida, y se deslizan entre los demás vehículos, un poco indecisos a pesar de todo, impresionados por su propia audacia. Luego, de pronto, se detienen.

—¿Qué ha sido eso?

El ruido, discreto, se repite, y entonces, al bajar la vista, descubren al muchacho arrodillado en el asiento posterior del coche, con la máquina fotográfica en las manos. Les mira, sonriente.

El corresponsal ahoga un nombre:

—¡Geus! —Abre rápidamente la portezuela mientras el otro se agazapa en el interior—. ¿Qué diablos...?

—Entrad, entrad. ¡Cuantos más seamos, más nos divertiremos! — Con la cabeza señala hacia Carlo, que entra en el coche detrás de su amigo—. ¿Es del ramo también?

—¿No lo conoces? Carlo Alem, de *La Opinión*.

El otro se ríe:

—¿De qué «opinión»?

—De la del que paga.

Siguen riendo, amontonados en el asiento. Sten explica:

—Este es Geus, de la agencia Morvia... Pero ¿qué diablos haces aquí? ¡Creía que te habían enchiquerado en el Tibet!

—¡Calumnias! Llegué ayer...

—Eres como los cuervos: olfateas la carroña. ¿Cuántos cadáveres has fotografiado?

—Todos los que desentierran desde que ha amanecido.

—¿Y han desenterrado muchos?

—Desenterrado y enterrado.

—¿Qué quieres decir?

—Que los hay que salen y los hay que entran.

—¿Y Domina?

—Ni la punta de la nariz.

Carlo pregunta:

—¿Le conoces?

—¿Quién no le conoce? Es el hombre que... Calla, ahora sale otro.

Apoya los codos en el asiento y los tres observan al hombre alto y delgado, con los ojos protegidos por unas gruesas gafas oscuras, que ahora cruza la acera a grandes zancadas y se dirige a uno de los coches, cuyo chófer, al acecho, ha saltado de su puesto detrás del volante para abrirle la portezuela. Carlo dice:

—Es Nesi, el de Hacienda.

—Seguramente ha habido reunión... Eso quiere decir que Domina no se ha movido.

—¡Quién sabe! Quizás se han reunido en ausencia del Juez para hacerse cargo del poder.

El corresponsal se rasca la cabeza.

—¿Cómo lo podríamos saber? —Señala al fotógrafo—. Yo no soy como éste, que es capaz de pasarse horas y más horas esperando.

El otro exclama:

—¡Me lo pagan, chico!

—Pues yo, ni así. ¡Soy hombre de acción!

Alarga la mano hacia la manija de la portezuela, tira de él.

—¿Qué haces?

—Sólo hay una manera de salir de dudas: tratar de hablar con éstos...

—¿Con los de la guardia?

—Claro. No veo a nadie más...

Carlo le sujeta.

—¿Estás loco o qué?

—¿Qué puedo perder?

Acaba de empujar la puerta y saca una pierna fuera. Carlo se decide.

—¡Espera! Voy contigo. Pero tengo otra idea... —El otro retira la pierna, casi cierra de nuevo la portezuela—. De la guardia, no sacaremos nada. En cambio... Lo que nos interesa saber es si Domina continúa aquí o se ha largado, ¿no?

—Sí. Di.

—Verás, haremos lo siguiente: nos acercamos a la puerta y decimos al oficial que estamos citados con Domina. Lo dirás tú, haciendo valer tu condición de corresponsal extranjero...

El fotógrafo se ríe, sin dejar de vigilar la puerta de la Mansión.

—Y, claro, os invitarán a pasar...

—No. Si Domina no está, se nos quitarán de encima de cualquier manera..., habrá que resignarse.

—¿Y si está?

—Tampoco es de presumir que nos dejen entrar. Pero preguntarán arriba si es verdad eso de la entrevista. Y a nosotros esto nos bastará.

El fotógrafo meneaba la cabeza, señalaba la máquina.

—Confío en que más adelante, un día u otro, os haré una magnífica foto de un par de idiotas bien enmanillados.

Pero el corresponsal comenta:

—¡Mira que eres cuervo, chico! Y cuando yo lo digo... —Y a Carlo—: De acuerdo, me gusta. ¿Vamos allá?

Vuelve a abrir la portezuela y el fotógrafo, ahora serio, exclama:

—¡Suerte!

—Tú no te pierdas detalle.

Y los dos saltan a la calle. Entre el dédalo de coches, avanzan hacia la otra acera, donde los centinelas, que ya les han visto, acaban de inmovilizarse. Uno de ellos se vuelve hacia el interior y parece reclamar la presencia de alguien. Entonces Carlo modera el paso y toca con el codo a su compañero.

—Pero oye... A ti te habían expulsado...

—¿Ahora te acuerdas? Anda, vamos...

Le precede camino de la puerta, y los dos ven cómo avanza el oficial de guardia por la entrada sombría, ancha e inmaculadamente limpia.

—¿Qué desean ustedes?

Con sus ojos azules y fríos escudriña al uno y al otro sin mover la cabeza.

—Soy periodista, de la agencia Agala... Estamos citados con el Juez, que se ha dignado concedernos unos minutos.

El otro no altera la expresión fría e indiferente de sus facciones.

—¿El carné acreditativo?

Sten mete la mano en el bolsillo, saca un puñado de cuartillas dobladas y un encendedor, pero el carné sale de otro bolsillo.

El oficial lo examina con circunspección, detalladamente. Luego se lo devuelve con un gesto educado. Se dirige a Carlo:

—¿Y usted?

—Soy de *La Opinión*.

Entrega su tarjeta de prensa y el otro la examina con la misma minuciosidad. Cuando se la devuelve, dice:

—Esperarán un momento. Si me permiten...

Los dos se inclinan y el oficial retrocede hacia la derecha, donde hay una puerta de cristales esmerilados que cierra cuidadosamente detrás de él. Los periodistas se miran y Sten murmura:

—Está.

Carlo aprueba, preocupado.

—Nos hemos liado. Tu amigo tenía razón. Podrá hacer la foto.

—No sé si todavía podemos escaparnos...

Pero los dos escuchan, porque alguien baja por la escalera, espaciosa y lisa, que se pierde hacia la izquierda; son los pasos de dos hombres, lentos y pesados los unos, furtivos los otros. Cuando llegan al rellano, Carlo dice en voz muy baja:

—Ormes, el de Cultura, y su secretario.

El corresponsal, sin contestar, se adelanta hacia los escalones.

—Señor Ormes... Soy Sten, de la agencia Agala... ¿Le gustaría hacer alguna declaración?

El secretario alarga el brazo y lo coloca como una barrera entre su superior y el periodista.

—No moleste.

Le aparta a un lado, pero él insiste:

—Sólo unas palabras para...

El secretario repite, aún más adusto:

—Le digo que no moleste.

El oficial abre la puerta de cristales esmerilados, conmina:

—¡Señor Sten!

Después saluda, escolta a las dos personalidades hacia la puerta. Los guardias se cuadran. Todos asisten al laborioso proceso del coche, que avanza un poco y se para; del chófer que salta, gorra en mano, y se coloca rígido al lado de la portezuela; de Ormes, viejo y gordo, que dobla el cuerpo trabajosamente, ayudado por su secretario, y resopla como si subiese a una montaña; y nuevamente el chófer, que vuelve a cerrar respetuosamente y se instala detrás del volante después de haberse puesto la gorra otra vez...

Entonces, el oficial se vuelve:

—Señor Sten... El jefe civil, el señor Domina, le recibirá. Quizá no inmediatamente, pero tenga un poco de paciencia...

El periodista casi palidece de la emoción y balbucea:

—¿Có... có... cómo?

El oficial hace un gesto.

—Venga conmigo.

Los dos hombres se consultan con la mirada. Carlo se encoge de hombros y da un paso adelante. Pero el oficial le detiene.

—Usted no, señor Alem. Le agradeceré que se retire.

Se para en seco.

—Pero...

—Son órdenes.

Sten, ya más tranquilo, le guiña un ojo.

—¡Resignación, amigo!

Y sigue al oficial hacia las dependencias interiores del inmenso caserón.

Carlo les mira alejarse, hasta que uno de los centinelas le toca con la culata de su arma.

—Circule...

Se ciñe más el cinturón de su gabardina, que tiene una molesta tendencia a aflojarse, y se aleja hacia el coche, cuyo chófer espera apoyado en el motor. Gira entonces hacia la calzada, la cruza y desaparece entre el bosque de vehículos, desde el cual observa al guardia y al chófer.

De pronto se inclina un poco y, con las manos en los bolsillos y todo el cuerpo proyectado hacia adelante, avanza prestamente hacia el coche de Geus. Este había de estar esperándole, puesto que tiene

la portezuela abierta y sólo tiene que introducirse en el cálido interior.

—¿Qué ha pasado?

Saca un cigarrillo y ofrece otro al fotógrafo, pero el muchacho niega con la cabeza.

—No lo entiendo. Dicen que Domina le recibirá.

—¿Le recibirá? ¡Y yo que creía que le habían detenido!

—Pues no. Parece que no.

—¿Parece? ¿Quieres decir que podía ser una trampa?

—No lo sé. —Mueve la cabeza y se inclina hacia el cristal posterior, a través del cual contempla a los dos centinelas y la entrada del edificio.— Es extraño...

El otro le mira en silencio y, con la mano, sin darse cuenta, acaricia la máquina. Después dice:

—Por lo que pueda ocurrir, no me muevo de aquí.

El asiente:

—Ni yo, ahora.

Y, pensativo, expele el humo.

18

Rex Maluca, impecable en su traje gris y liso, con la camisa bien almidonada bajo la pajarita que le cierra el cuello, suda visiblemente. Debe de ser de angustia, porque en la cocina todos los fogones están apagados y ahora no hace calor. Tiene las manos unidas ante sí, pero Pots, el cocinero, continúa moviendo la cabeza con las piernas bien abiertas y el cuerpo recostado contra la mesa que hay detrás del taburete.

—No puede ser, le digo. Aunque dependiera de mí...

—Pero son extranjeros, Pots, hazte cargo. Ellos no tienen la culpa de lo que pasa.

—Ni yo tampoco. Y no sé hacer milagros. No hay gas, no hay fuerza, casi no tenemos leña, nos ha fallado el carbón... —Levanta un poco la cabeza—. ¿Y de comer, qué? ¿Qué quiere que cocine, si no hay nada?

—Siempre se encuentra algo, sobras...

Pots casi escupe, despectivo:

—¡Sobras! ¿Qué sobras? Dejan los platos limpios como si tuvieran hambre atrasada. Nunca han comido tanto como ahora. ¡Como unos tragones!

La puerta de la cocina se abre y Carbi, el viejo camarero, tan impecable como Rex Maluca, pero vestido de negro, entra con una expresión preocupada.

—Esa gente se impacienta.

Pots sólo comenta:

—Tendrían que haberse ido.

Rex Maluca, desesperado, se sujeta una mano con la otra.

—No sé lo que vamos a hacer...

—¡Nada! ¡Que ayunen!

—¿Y latas? ¿No queda ninguna lata?

Se dirige apresuradamente hacia uno de los armarios que hay al otro lado de la cámara frigorífica. Pots dice:

—¿Qué quiere darles? ¿Dos sardinitas, una docena de aceitunas y carne de esa congelada que ni los perros se comerían?

Rex Maluca, desconsolado, contempla el contenido de los estantes, alarga la mano y examina una de las latas: atún en aceite.

—Quizá se podría disfrazar un poco. Si hiciera una salsita...

—¡Una salsita! —Mira a Carbi y repite—: ¡Una salsita!

El viejo reconoce:

—No parece lo más apropiado. No tenemos pan... Y si la gente no puede mojar...

El cocinero se levanta y se desata el ancho delantal blanco.

—No hablemos más del asunto. Los que mojan son los huéspedes que han quedado... ¡Pues ahora tendrán que mojarse el dedo con saliva!

Rex Maluca cierra la puerta del armario y se acerca a la mesa con la lata en la mano.

—Si usted se niega a colaborar...

El otro se vuelve, con el delantal a medio recoger.

—¿Que yo...? Oiga, señor Maluca. Hace cuarenta y ocho horas que todo el personal ha abandonado el servicio. Carbi y yo nos hemos quedado, hemos hartado a esos marranos hasta que hemos podido. ¡Y usted nos sale ahora con que no queremos colaborar! —Acaba de recoger el vasto delantal, lo lanza sobre la mesa y se lamenta—: ¡Es demasiado! —Apunta con un dedo al director del hotel—. Si usted no hubiese sido tan confiado, ahora no nos encontraríamos así. Se lo avisé, recuérdelo... Aprovisionémonos, acaparemos si hace falta, le dije. Y usted, nada. Porque ese tonto de su cuñado...

Carbi, inquieto, echa una ojeada hacia la puerta.

—No grites. El señor Ari está en el comedor.

—Ya lo sé. —Vuelve a dirigirse a Rex Maluca—: Ya le dije que no le hiciera caso. ¿Qué sabía él si la cosa iba a durar o no? ¡Ganas de que todo se fuera al traste, eso es lo que tenía!

Rex Maluca, circunspectamente, deja la lata junto al delantal.

—Muy bien, nos equivocamos, Pots. Lo siento, pero ahora las recriminaciones no sirven de nada.

—Recriminaciones... Es usted el que me ha tirado de la lengua... ¡Que yo no quiero colaborar! —Escucha el ruido que procede del

comedor—. ¡Ellos sí que no quieren colaborar! Si en lugar de esperar que caiga el maná tuviesen el buen sentido de quedarse en sus habitaciones... —Hace un gesto violento con la cabeza—. ¡Bah!

Carbi mira también hacia la puerta.

—Se impacientan, señor Maluca.

El director, nervioso, se retuerce las manos.

—Salga, dígales...

El camarero insinúa:

—Quizás sería mejor que tratase usted de calmarlos...

Rex Maluca saca el pañuelito muy bien doblado que lleva en el bolsillo superior de la americana y se seca el sudor que corre por su frente, hasta las cejas. Del comedor llega, ahora bien claro, un rumor de pies que se arrastran por el suelo y el nítido tintineo de dos o tres tenedores golpean rítmicamente los vasos...

—Si no sale, son capaces de romper algo...

Rex Maluca suspira, guarda de nuevo su pañuelo.

—Sí, voy allá. —Da un paso hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se detiene y se vuelve—: ¿Qué les digo?

El cocinero se encoge de hombros.

—Lo que usted quiera. Yo, desde el momento en que no hay nada, me lavo las manos. No puedo cocinar buenas intenciones...

Rex Maluca mira el suelo, entre sus pies separados.

—Me da miedo pensar en cómo se lo tomarán...

—Si tuviesen sentido común, aprovecharían la ocasión para hacer un poco de ayuno. Casi todos son viejos y gordos... A veces me sorprende que no se nos reviente alguno entre las manos.

Rex Maluca estira un poco la americana gris y, sin mirar, dice:

—Carbi, sería mejor que me acompañara. A ver si entre los dos...

Pero en ese momento se abre violentamente la puerta y entra un individuo fornido con la frente fruncida.

—Rex, ¿qué significa esta falta de consideración?

—Hola, Ari...

—Hace una hora que nos tienes esperando. A mí y a tu hermana...

Rex Maluca se mira las manos, blancas, afiladas y vagamente vellosas.

—Un poco de paciencia, Ari. Las cosas...

El cocinero, sin moverse del sitio, dice:

—No sé por qué no se lo dice en seguida. Acabará por verlo.

—¿Qué es lo que veré?

—Que hoy se quedan sin comer. Ni siquiera he podido encender la cocina.

El otro se vuelve de nuevo hacia Maluca.

—¿Es verdad eso, Rex?

—Sí, Ari.

—¡Pero no puede ser! ¡Un hotel tiene obligaciones para con sus huéspedes!

El cocinero se ríe.

—¡Usted nunca ha sido un huésped!

El hombre, tras un momento de indecisión, le ignora y pregunta a su cuñado:

—¿Qué piensas hacer, Rex?

—Decírselo. No puedo hacer otra cosa.

—¡Mira que eres poco previsor! Tienes unas cuantas docenas de bocas en el establecimiento y lo único que se te ocurre es comprar al día. ¿Verdad que has hecho eso?

Pero el cocinero no le deja contestar. Casi vindicativo, ataca:

—La culpa es de usted. Cuando el señor Maluca le telefoneó...

—¿Me telefoneó?

—Sí, le telefoneó. Hace dos días, para ser exactos. Y usted le dijo que no había ninguna necesidad de inquietarse, que no pasaba nada. Porque tiene un puesto en el Aprovisionamiento Civil, ya cree saberlo todo y...

—¡Ni una palabra más!

Pero el cocinero se acerca a la mesa y apoya en ella fuertemente una mano.

—¿Cómo dice? No soy un empleado suyo. Y si se cree que todo esto no tiene nada que ver conmigo, se equivoca. Si no hay comida, yo paso por responsable.

Ari se vuelve hacia su cuñado:

—¿Cómo permites que tus obreros hablen así?

—No soy un obrero, señor Ari. Soy el cocinero. Y no he faltado a nadie. Digo las cosas como son, y basta.

El otro insiste:

—¿Dejas que...?

Rex Maluca, cohibido, explica:

—Tiene algo de razón, Ari. Tú me aconsejaste...

—¡No te aconsejé nada! Di mi opinión. Y no creas que he cambiado. Quizás esto se haya alargado un poco más de lo que creía, pero no tardaremos mucho en ver restablecida la normalidad...

El cocinero le corta:

—Si tan seguro está, no sé por qué se preocupa tanto por una comida de más o menos. ¡Se aprietan el cinturón y listos!

El otro cierra los puños.

—¿Con quién cree que está hablando? O calla de una vez o...

—¡O nada!

Carbi, mansamente, dice:

—Pots, por Dios...

Pots adelanta la mano por encima de la mesa, con un gesto airado.

—¡Es que estos tipos me exasperan!

Rex Maluca amonesta:

—¡Pots!

Ari, rojo como un pimiento, se engalla para compensar su vanidad herida:

—Es usted un insolente. Esto le puede costar caro. Es un subversivo.

—¿Y qué?

—¿Qué? Pues que me dan ganas de hacer que lo detengan.

Pots le ríe largamente, con desgana.

—¿Por quién?

—Por la policía. Individuos como usted...

—Entonces, adelante. Vaya a ver si encuentra alguno. —Mira a los otros dos, con unos ojos casi incrédulos—. ¡Esta sí que es buena! No quieren darse cuenta de que todo ha cambiado. Como hace quince años que lo solucionan todo a base de policía, ahora piensan que también...

Calla y, como los demás, mira hacia la puerta que se ha abierto de nuevo para dar paso a una mujer todavía joven, vestida con gran elegancia y con un escote impropio de sus años, tan ancho que le permite mostrar generosamente el profundo surco que separa los dos pechos grandes y blancos.

—Pero ¿qué hacéis? Rex...

Detrás de ella, la puerta oscila y su movimiento acerca y aleja alternativamente el rumor inquieto y creciente de los huéspedes reunidos en el comedor.

—¿No sabéis la hora que es? Más de las tres...

—Lo siento, Nara. Ahora le estábamos explicando a tu marido que nuestros recursos...

—¿No me dirás que el cocinero no ha preparado nada?

Pots masculla:

—El cocinero no entra ni sale en todo esto. —Se apodera de la lata que hay sobre la mesa e, impulsivamente, se la alarga—. Tenga. Si tiene hambre, esto se la quitará.

El marido da un paso hacia adelante.

—¡Hable como es debido!

—¿Es que las señoras como ella no tienen hambre? ¿Cómo lo llaman entonces?

Rex Maluca, que vuelve a sudar copiosamente, se lamenta:

—La verdad, Pots, no sé lo que le pasa hoy. Normalmente, no es usted así...

—Normalmente hay cosas con las que preparar la comida... Y la gente tampoco tiene la costumbre de entrar en la cocina. Aquí no pintan nada.

Ari mira severamente a su cuñado.

—Supongo que te desharás de este individuo tan desagradable...

Pots intercepta la réplica:

—¿Todavía está usted aquí? ¿No había ido a ver si encontraba un policía?

El otro, sin hacerle caso, vuelve a dirigirse a su cuñado:

—Rex, si quieres que continuemos en buenas relaciones, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No tienes que tomártelo así. Pots tiene su carácter, como todos los cocineros.

—¡Eso no me importa! No tengo la costumbre de poner los pies por segunda vez donde no se me trata con la debida corrección.

Pots sonríe, sardónicamente.

—¿Ya tenía en cuenta eso, cuando estaba detrás de su ventanilla de la oficina del Aprovisionamiento Civil?

—¡Yo no he estado nunca detrás de una ventanilla!

—Estaban sus subordinados. ¿Les regañó alguna vez por la brusquedad de su trato?

Rex Maluca, aturdido, pregunta:

—Pero ¿a qué viene eso ahora, Pots?

Carbi intenta calmar los ánimos:

—Todos estamos un poco nerviosos...

Nara, a la que esta clase de discusión no parece interesarle, insiste:

—Entonces ¿no hay comida, Rex?

—Sólo quedan unas latas.

Ella mira la que el cocinero ha vuelto a dejar en la mesa.

—¿Y todas son de atún?

—También las hay de sardinas. No sé... Míralo tú misma.

Y le indica la puerta al lado del refrigerador. La mujer rodea la mesa y se acerca allí, pero el cocinero corre tras ella.

—Espere, se las enseñaré yo. No me gusta que nadie toque nada en la cocina.

La mujer sonríe.

—Lo comprendo. A mí, en casa me pasa lo mismo.

—¡Pero usted tiene criada!

Ari vuelve a cerrar los puños, no tan vigorosamente como antes pero después agarra por un brazo a Rex y se lo lleva a un rincón.

—Te falta energía, Rex. Dejas que tus empleados se te suban encima...

El camarero, de nuevo atento a los rumores amortiguados que llegan de fuera, pregunta;

—¿Qué hacemos, señor Maluca?

—Nada, espera...

Ari, sin dejarse interrumpir, prosigue:

—Siempre has sido el mismo, un indeciso, un inseguro. Aquí, todo el mundo hace lo que quiere.

—No es verdad...

—Te digo que todo el mundo hace lo que quiere. Incluso habría que preguntarse cómo es posible que continúes en un puesto de tanta responsabilidad.

Rex Maluca saca otra vez su pañuelo y se restriega con él las manos.

—Esto no es una oficina, Ari. A mí siempre me ha gustado tratar a todo el mundo como personas. Quiero decir que sé hacerme cargo de las debilidades inevitables y...

—Pero ahora mismo ese hombre se insubordinaba...

—No entiendes nada, Ari. Pots sabe su oficio, es quizá el mejor cocinero de la ciudad. Y por eso le tengo contratado. No por sus virtudes sociales.

Carbi, excitado, grita:

—¡Vienen, señor Maluca, vienen!

—¿Quién viene?

Pero el rumor es bien audible y los tres aguzan el oído ante el roce de pies que se aproxima, mezclado con sonidos guturales cada vez más altos y abundantes. Entre el barullo, casi no oyen la voz de Nara, que dice:

—Me quedaré todas éstas.

La del cocinero, en cambio, se oiría hasta en medio de un temporal:

—¡Usted no se queda nada, señora! Si quiere comerse una lata, se la come y en paz. Pero las demás se quedan aquí.

Sólo Ari parece interesado por este intercambio de palabras, porque su cuñado y el camarero no apartan la mirada de la puerta, llenos de aprensión.

Rex Maluca incluso da un paso, como si hubiera tomado una determinación. Sólo que ya es demasiado tarde. El batiente libre se proyecta hacia la cocina y detrás de él penetran ocho o diez personas. Todas las bocas hablan a la vez:

—¡Esto es un abuso, señor Maluca!

—No estamos acostumbrados a este trato...

—Espera que te espera...

—¡Estas no son horas!

—¡Queremos comer!

Rex Maluca levanta los brazos, con las manos rígidas y las palmas adelantadas hacia los huéspedes.

—¡Señores, señores!

La poderosa voz del cocinero domina la suya desde el fondo del local:

—¡Fuera de aquí! ¡No quiero ver a nadie en la cocina!

Rex Maluca se vuelve y, sin levantar el tono, pero ahora sereno y seguro de sí mismo, dice:

—Un momento, Pots. —Y de nuevo a los huéspedes—: Señores... Ninguno de ustedes ignora que la ciudad pasa por unos momentos comprometidos...

En voz baja, su cuñado protesta:

—¡No exageres!

—Los ciudadanos han emprendido una lucha por la libertad, una lucha con cuyo espíritu estoy seguro que simpatizarán todos ustedes, que vienen de países libres. Pero toda lucha, aunque sea por una causa deseable...

El cuñado conmina:

—¡Rex, que después te arrepentirás!

—...desorganiza todos aquellos servicios que aseguran la vida de una ciudad y ocasiona molestias y dificultades. Nosotros ya las hemos tenido, como ustedes ya saben, con la electricidad, con la

calefacción y, ahora, con el abastecimiento. No ignoro que ustedes, en su condición de extranjeros, no tienen ningún motivo para resignarse, como hemos hecho nosotros, a todas esas privaciones... Cuando se inscribieron en el establecimiento, ustedes y nosotros firmamos un convenio tácito según el cual nos comprometíamos a alojarlos y a alimentarlos. Este convenio, por la fuerza de las circunstancias, no ha podido ser mantenido por el hotel. Sin embargo, eso no nos excusa. Por lo tanto, estamos dispuestos a reembolsarles y a responder a cualquier demanda por daños y perjuicios...

— ¡No sabes lo que dices!

— Queremos que se lleven un buen recuerdo de nosotros y que no olviden nunca que, incluso en esta hora difícil, cuando defendemos nuestro derecho a una vida más digna, en la lucha por la cual ya han caído muchos de nosotros...

— Pero ¿qué dices, Rex?

— ...sabemos enfrentarnos con nuestros compromisos y respetar los intereses de todo el mundo... Nada más, señores.

Los doce o quince huéspedes que todavía quedan en el hotel Confort han abandonado ahora su actitud belicosa y se miran entre ellos, un tanto confundidos. Rex Maluca, que parece haberse transformado a medida que su parlamento avanzaba, añade, a pesar de sus palabras finales:

— El establecimiento, naturalmente, continúa abierto a todos aquellos de ustedes que decidan quedarse con nosotros. Como ya deben de haber observado, casi todo nuestro personal se ha quedado en casa siguiendo las consignas del momento, pero la

dirección se hace responsable de la comodidad de los huéspedes en todo lo que no afecta a la parte alimentaria.

Pots, desde el armario de las conservas, deja oír su voz: —Señor Maluca, recuerde las latas...

El director asiente, mirando triunfalmente a su cuñado. —Sí, las conservas... —Y de nuevo se dirige a los huéspedes—: Como nuestro cocinero acaba de recordar, la situación no es tan desesperada como temíamos, siempre que nos sepamos resignar... Nos quedan algunas latas de conservas, las suficientes, me parece, para garantizar el almuerzo y la cena de hoy y quizás incluso el almuerzo de mañana. Casi todo son sardinas y atún en aceite, alimento monótono pero no carente de valor nutritivo...

Un hombre alto y barbudo se aparta un poco de la masa apiñada en la puerta de la cocina y abre la boca:

—Señor Maluca, creo interpretar el sentir de todos nosotros si le digo que nos avergonzamos de nuestra impaciencia. Todos sentimos una gran simpatía por este país, como lo demuestra el hecho de haber venido de todos los rincones del mundo. Y en nuestra condición de ciudadanos de países que aman la libertad, tenemos la obligación de respetar este esfuerzo de la ciudad deseosa de deshacerse de la tiranía. Tal vez esa misma condición de extranjeros nos impida mezclarnos en una lucha que sólo les compete a ustedes. No quisiéramos que se nos pudiese acusar de intervenir en los asuntos internos de un país donde somos unos simples huéspedes...

Ari no puede evitar un nuevo comentario en voz baja: —¡Otro retórico!

Pero el barbudo, que no le ha oído, prosigue:

—Sin embargo, espero que nos sea permitido expresar nuestra solidaridad moral con los valientes defensores de la dignidad humana. Por mi parte, renuncio a toda compensación de carácter económico por las molestias que hemos tenido que soportar y que probablemente tendremos que soportar todavía en los días que se acercan...

Otras voces se alzan:

—¡Y yo!

—¡Y nosotros!

—¡Yo también!

—¡Todos!

El barbudo sonrío:

—Todos, señor Maluca. Ya lo ha oído.

Dos muchachas, muy jóvenes todavía, avanzan hasta la altura del hombre y, después de animarse la una a la otra con codazos y sonrisas, la más decidida, una chica rubia y de piel muy blanca, dice:

—Yo... A mi amiga y a mí se nos ha ocurrido que algunos de nosotros tal vez podríamos solucionar eso de la comida. Todos, o casi todos, tenemos coche... Podríamos reunir toda la gasolina que queda en los depósitos para que uno de estos automóviles saliera de la ciudad... Fuera, en el campo, habrá abundancia de todo...

Ya no la dejan acabar, porque todos los demás gritan a la vez:

—¡Sí, sí, podemos hacerlo!

Rex Maluca vuelve a levantar un poco las manos y, con una cara seráfica, protesta:

—Pero señores... Por mucho que agradezca ese afán de colaborar, no me parece prudente que ustedes...

Los otros no le hacen caso, se interpelan entre ellos:

—A mí todavía me quedan unos cinco o seis litros...

—Yo llevo un bidón de reserva. Siempre, cuando salgo...

—Yo, en cambio...

—Podríamos coger mi coche, es rápido...

—Lo que conviene es un coche grande...

—Cuando veníamos, pasamos por unos campos en donde pastaban docenas de vacas...

—¡Nosotros también! Había una granja, deben de hacer queso y...

Ari les mira con ojos desorbitados y se vuelve a su cuñado:

—¿Están en sus cabales?

—Sí, sí, totalmente.

—Pero ese cambio de actitud...

Rex Maluca sonrío casi tímidamente.

—Ya te dije que aquí necesitamos otras cualidades diferentes de las que hay en un despacho oficial.

El otro se muerde los labios.

—Sea como sea, no puedo permitir.

El cocinero, que se ha acercado por detrás, seguido por la mujer, dice:

—¿Todavía no se ha dado cuenta de que usted no es nadie para permitir o dejar de permitir nada?

Ari golpea el suelo con el pie.

—Rex, este hombre...

Pero el hombre le vuelve la espalda y, dirigiéndose ahora al director, pregunta:

—¿Qué hago con estas latas? —Y enseña las dos muestras que lleva, una en cada mano—. Con un poco de imaginación, quizá podría preparar algo—. La cara se le ensancha en un rictus que no puede ocultar la cordialidad que hay detrás del insulto cuando añade—: ¡Después de todo, esos hijos de puta se merecen más de lo que yo creía!

Rex Maluca sonríe.

—Ya no hace falta, Pots. Mira.

Los huéspedes, excitados, se entregan ahora a la facilidad de sus lenguas maternas, charlan todos a la vez y se dan palmaditas en la espalda amistosamente, mientras van retrocediendo tumultuosamente hacia la puerta. Dos de ellos han sacado ya del bolsillo las llaves de su coche.

—Más vale que reservemos las latas para otra ocasión. Hoy, ya no comerán... —Suspira—. En este momento, son felices. Y nosotros también.

Sólo Ari carraspea, preocupado.

19

Detrás de los cristales de la ventana del despacho del médico de guardia, Guida Nadia observa el pequeño anexo del nosocomio, junto a cuya puerta, invisible desde este lado del edificio, han aparcado la furgoneta. Unos metros más allá, tres o cuatro personas esperan, en el aire helado de la tarde. Todos se han subido las solapas de los abrigos y los hombres tienen la gorra en la mano.

Sin moverse de su lugar al lado de los visillos de organdí, pregunta:

—¿Quién es?

El doctor Morns, joven y pálido, deja de masticar el cigarro que le llena media boca y levanta los ojos de los papeles que tiene delante.

—¿Qué dices?

—El fiambre.

—¡Ah! Uno de la tercera sala. Perforación intestinal.

Ella continúa mirando hacia el anexo.

—¿Por qué usan ahora esas furgonetas cerradas?

El doctor Morns separa la silla de la mesa, se levanta y deja el cigarro sobre el ancho cenicero de vidrio. Después, mira por detrás de la muchacha.

—Desde anteayer. Una exigencia del personal de los servicios funerarios.

Ella se vuelve, a dos dedos de su cara.

—¿Sí?

—Se reunieron. Los había que querían abandonar el trabajo, pero luego se impuso un criterio más razonable. Sólo exigieron que los entierros se hicieran sin pompa de ninguna clase, en una furgoneta cerrada y sin señales exteriores. Creo que es una decisión sensata.

—Quizá sí. De todas maneras, no le veo la punta.

El otro se encoge de hombros.

—Supongo que es una forma tan buena como otra cualquiera de solidarizarse con la actitud de la población. —Avanza la mano hacia el otro visillo—. Desgraciadamente, hay servicios que no pueden permitirse una abstención total. Nosotros, por ejemplo.

Ella consulta el reloj de pulsera.

—Tengo que irme. Es la hora de relevar a Brigil.

El doctor, maquinalmente, también mira el reloj.

—¿Acaba a las cinco?

—Sí.

—Todavía dispones de cinco minutos. —Deja caer el visillo y su mano se desplaza hacia el hombro de la muchacha—. Guida...

—¿Qué, doctor?

—Déjate de doctor... —Hace una mueca de preocupación y los dedos se cierran más sobre el uniforme blanco de la enfermera—. ¿Has vuelto a pensar en lo que te dije?

—Sí, he pensado en ello.

—¿Y...?

—La respuesta continúa siendo «no», Jef.

Los dedos se inmovilizan.

—¿Hay algún otro, Guida?

—No es eso. Ya sabes que no.

—Entonces ¿qué es?

Ella baja la cabeza, la inclina un poco hacia la ventana, cuyos visillos se han cerrado al separar de ellos la mano.

—Supongo que me he acostumbrado a vivir sola. Con Dan, quiero decir.

El vuelve a mover los dedos y con la otra mano sujeta el brazo de la muchacha.

—¡Pero eso es ridículo, Guida! Nadie se acostumbra a vivir solo.

—Bueno, ya me has entendido. Sin ningún hombre.

—No me lo explico. Si fueses una vieja...

—Tengo treinta y cinco.

—Es la mejor edad.

Ella mueve la cabeza, sin impaciencia, resignada.

—Me parece que nunca he tenido mucho temperamento.

Él deja resbalar los brazos, un poco hostil.

—¡Pero Dan no te cayó del cielo!

—No, claro que no.

Su tranquila aceptación casi le hace sonreír, le desarruga la frente.

—Si no lo haces por ti, lo podrías hacer por él. Necesita un padre.

—Tal vez sí. Pero no sería honesto que me casase contigo sólo por eso.

—No, ya lo sé. Y sabía que lo dirías. Eso es lo que más me gusta de ti: que siempre eres franca, clara. —Mete una mano en el bolsillo de la bata y, con paso lento, se dirige hacia la mesa. De espaldas, dice—: ¿Te molestaría que te hiciese una pregunta?

—Según la pregunta que sea.

Él se vuelve, sin apresurarse.

—He tenido muchas veces la intención de hacértela... ¿Cuánto tiempo hace que no has dormido con un hombre?

Ella, sin inmutarse, contesta con simplicidad:

—Es muy fácil de calcular. Once años.

—¿Y no te parece que ya es hora de remediar eso?

—No, Jef. Por ahora, no tengo ninguna intención de remediarlo. Ni dentro ni fuera del matrimonio...

—Pero...

Guida avanza hacia el hombre, y ahora es ella quien le pone la mano sobre el hombro.

—Si tuviese que ser con alguien, sería contigo, Jef. Nosotros siempre hemos simpatizado... Y no creas que no agradezco tu oferta. —Tiene en el rostro una leve sonrisa, un poco tímida—. Y hasta puedo decirte que me halaga bastante.

—¡Para lo que me sirve!

—Hay otras chicas, Jef. La misma Brigil... te echa unas miradas muy tiernas.

—No interesa. A esa puedo tenerla cuando quiera.

—¡Jef!

El se endereza.

—Perdona. —Se vuelve hacia la mesa—. No acabo de entenderte, y eso me pone nervioso.

—Es bien sencillo. Me he acostumbrado a vivir así, ya te lo he dicho. —Consulta de nuevo su reloj—. Me voy... —Se arregla los puños, sin necesidad, y se toca la cofia—. ¿Se salvará la chica?

El doctor coge el cigarro, se dirige hacia la mesa.

—Está bien, no hablemos más, si no quieres. Pero un día u otro, más adelante... —Se sienta y contesta con retraso—: Sí, confío en que se salve. Ha tenido suerte y es una chica robusta.

—¿La has visitado hoy?

—La ha visitado Brunel. Pasaré dentro de un rato.

Guida camina hacia la puerta. Al llegar a ella se vuelve, indecisa. Con la mano en el pomo, dice:

—¿Sin rencor, Jef?

—No lo sé... —Después sonrío—. Supongo que contigo no es posible guardarlo... Anda, vete.

Ella abre la puerta y sale al silencioso pasillo de paredes blancas y de suelo embaldosado. Por las desnudas ventanas que dan al patio

se filtra una claridad aceitosa, porque inesperadamente una nube se ha deshilachado delante de un rayo de sol que hiere los ladrillos sin pulir del edificio.

Rápida y sin ruido, recorre el pasillo de punta a cabo, hasta la penúltima puerta, donde hay un nombre escrito con letras rojas sobre una cartulina blanca: Oti Bargagi.

Empuja la puerta, y Brigil, sentada junto al radiador con un cuaderno en las manos, levanta la cara. Ella mira a la paciente.

—¿Cómo sigue?

—Duerme. Se ha despertado y me ha pedido agua. —Abandona la silla y cierra el cuaderno—. Parece tranquila.

—¿La temperatura? —Mira el gráfico de los pies de la cama—. Treinta y ocho tres, todavía.

La otra recoge un libro de la mesita de noche.

—¿Dices que es una chica de servicio?

—¿Una criada? Sí.

—¿Y puede pagarse una habitación individual y un servicio permanente de enfermera?

—Supongo que se lo paga su novio. ¿No ha venido hoy?

—No ha venido nadie.

—Debe de estar rendido, pobre chico. Se ha pasado prácticamente dos días enteros aquí.

Brigil se dirige hacia la puerta.

—Yo también estoy cansada. Y hasta me duele la cabeza. ¡Estos dichosos textos!

Y con la mano golpea el libro y el cuaderno.

—¿Cuándo te examinas?

—Todavía faltan dos meses. Bueno, si no me necesitas...

—No, ya te puedes marchar.

—Hasta mañana, entonces.

Guida deja el gráfico y, lentamente, avanza hasta la cabecera de la cama. La muchacha, bien arropada, sólo con la cara y la cabeza visible, respira honda y acompasadamente, con breves interrupciones durante las cuales el jadeo se precipita como si sortease un obstáculo. Tiene las mejillas muy coloradas y una película de sudor le humedece la pelusilla transparente encima del labio. Ella se lo enjuga delicadamente, con un gesto casi amoroso.

Después se vuelve hacia el radiador, lo gradúa y entonces, cuando vuelve a la cabecera de la cama, se encuentra con unos ojos abiertos que la miran. Le sonrío, pero la mirada de la muchacha parece vaga, remota. Por debajo de la sábana agita una mano.

—No, no...

Pero Oti se vuelve a mover, parece buscar algo con los dedos. Guida se inclina sobre ella y, con un gesto experto, le baja las sábanas hasta medio muslo. La chica se ha arremangado el camisón y exhibe ahora el blanco vientre, con la herida bajo una gruesa compresa que la protege de sus uñas. Comprueba que sigue en su lugar, coge el borde del camisón y se lo estira hasta la horquilla de los muslos. Después, la arropa de nuevo.

Ve moverse los labios, secos y agrietados.

—¿Tienes sed? —Sin esperar respuesta, humedece una gasa y le frota la boca que ella abre ávidamente—. ¿Te gusta?

La otra sólo mueve la cabeza débilmente y entorna de nuevo los ojos. Después, Guida se queda mirando el teléfono instalado al lado de la cama, un poco alto. El timbre se limita a zumbar discretamente. Con la mano libre, descuelga el auricular.

—Habitación sesenta y tres...

—¿Guida?

—Sí.

—El doctor me ha dicho que te encontraría ahí. Preguntan por ti.

—Está bien.

La comunicación se interrumpe un momento, pero en seguida se oye otra voz, infantil y chillona, que dice:

—¡Mamá, mamá!

Ella, alterada de pronto, aprieta la mano con la gasa contra su pecho.

—¡Dan!

—Sí, mamá.

—¿Qué te pasa?

—Ha venido el tío, mamá.

—¡Jurt!

—No se encuentra bien, se ha desmayado.

—¿No has llamado a la portera?

—No está.

Ella afirma la voz:

—Escucha, Dan... —pero es ella la que escucha el rumor confuso del aparato, del que parece haberse retirado la presencia de su hijo—. ¡Dan! ¡Dan!

En el otro lado, el auricular produce unos leves chasquidos, como si rozase con algo, y ella apremia:

—¡Dan, niño!

—¿Guida?

—¡Jurt! Dan me acaba de decir...

—No ha sido nada. No debería haberte llamado.

—¿Te encuentras bien?

—Parece que he perdido el conocimiento unos segundos y Dan se ha asustado. Pero no es nada. Un poco de fatiga...

—¿Cuándo has llegado?

—Quizás hace media hora. El tren nos ha dejado a veinte kilómetros, en Bretia, y hemos decidido venir a pie.

—¡Pero, Jurt! Con tu corazón...

—Estoy bien. Últimamente he mejorado mucho.

—De todas maneras es una imprudencia.

—¡No me podía quedar en una estación dejada de la mano de Dios!

—Pero ya sabes...

—¡Vamos, mujer! Ya ves que no ha pasado nada. ¿Dice Dan que no vuelves hasta las nueve?

—Más bien a las nueve y media. Acabo el servicio a las nueve. Pero si hace falta...

—No hace falta nada. No quieras convertirme en un inválido... Paso el aparato a Dan. Ya nos veremos esta noche.

Casi sin transición, la voz del niño, dice:

—Mamá...

—¿Te has asustado, verdad, hijo?

—Sí, un poco.

—Ya ves que no había motivo. El tío está bien, ¿no?

—Sí; ahora sí.

Ella oye en el pasillo un ruido de pasos precipitados y la urgencia de unas voces alteradas que se consultan.

—¿Y tú? ¿No has ido a jugar con los niños del principal?

—Nos hemos enfadado. Cuando vino el tío, estaba leyendo unos cuentos.

—Acuérdate de merendar.

—Sí, mamá.

—Y pregúntale al tío si quiere comer algo también.

—Sí.

—Buen chico. Y ahora cuelga; mamá tiene trabajo.

—Adiós, mamá.

Guida deja el auricular sobre el soporte negro y, con la mano todavía extendida, mira hacia la cama, donde la muchacha duerme otra vez, tranquila, pero pesadamente. Después, tira la gasa y avanza decidida hacia la puerta.

Lalia corre por el pasillo, con la cofia a punto de caérsele, como de costumbre, y, sin esperar la palabra que ya dibujan los labios de Guida, dice:

—Es el del cincuenta y nueve.

—¿El estudiante?

—Sí.

Ella se queda en el umbral, desde donde ve desaparecer a la otra. La puerta se vuelve a abrir y el doctor Morns sale al silencio del pasillo.

Con una mano se retuerce el bigote, pero al verla a ella la deja caer a lo largo del cuerpo y se adelanta con paso indeciso.

—¿No hay nada que hacer?

El doctor, con voz un poco brusca, profesional, explica a medias:

—Oxígeno. No tiene ni para media hora. —Con la cabeza señala en dirección a la puerta—. ¿Y ésta?

—Duerme.

Pero él entra. La muchacha dice:

—¿Por qué son todos tan jóvenes?

Él la mira, como si no comprendiese. Y ella completa:

—De los veintisiete que han ingresado, diecinueve no tienen ni veintidós años. Y los demás apenas pasan de treinta.

Él vuelve a caminar hacia la cama, donde destapa un poco a la paciente y le toca el brazo enyesado.

—¿Y eso te extraña?

—Es como si la policía lo hiciese adrede...

Pero el doctor Morns ya no contesta; acaba de localizar el pulso e, incorporado, con los ojos fijos en el rostro de la chica, espera. Al cabo de un momento, dice:

—Hay una ligera arritmia. Pero estoy seguro de que es constitucional. —Suavemente, deposita el brazo sobre la cama—. No es que lo hagan adrede. Tiene una explicación. Quiero decir que sólo los jóvenes se han atrevido a plantarles cara a los esbirros, a desobedecer una conminación, una orden...

Vuelve a inclinarse sobre la cama, quita la ropa, levanta el camisón vientre arriba y, con sus dedos largos y sensibles, palpa suavemente la carne de la chica, explora las vecindades de la herida. Mueve la cabeza.

—Veinte años... —Contempla el vientre y lo tapa con pesadumbre—. Esto te descansa de esas carnes pesadas, miserables, repugnantes... A veces me pregunto por qué me hice médico.

Guida no replica, arropa de nuevo a la muchacha, y él va hacia el lavabo y abre el grifo. Entonces, ella indica:

—Cuidado, doctor. Cuando los depósitos se hayan vaciado, tampoco tendremos agua.

—Sí... Otro problema. —Cierra algo más el grifo hasta que el agua que sale queda reducida a un chorrito delgado, sin fuerza, y se enjabona las manos—. Como decía, sólo los jóvenes, algunos jóvenes, han sido capaces de oponerse a órdenes directas y de enfrentarse con la policía.

Por eso nos han llenado de ellos el hospital. Y si quieres que te diga la verdad, la cosa me complace, sí, me complace mucho...

—¡Jef!

—No, no me has entendido... Lamento que se me queden entre las manos, ya lo sabes. Pero no es eso. Quiero decir que durante años y años hemos estado pensando, diciendo y repitiendo que nuestra juventud no servía para nada, que era una juventud cansada, aburrida, sin estímulos ni iniciativas... —Acaba de frotarse enérgicamente las manos y cierra el grifo—. Y ahora, estos veintitantos heridos, y los tres muertos, pronto cuatro, que ha habido, vienen a demostrarnos que éramos pesimistas sin razón.

La juventud continúa siendo lo que ha sido siempre: inconformista, inquieta y desinteresada. —Se vuelve, con la toalla en las manos—. Tú y yo no hemos sido heridos. Es verdad que no se nos ha presentado la ocasión de que nos hiriesen. Pero, enfrentados con una situación comprometida, habríamos claudicado.

Guida, pensativa, apoya una mano en la cabecera de hierro de la cama.

—Quizá porque tenemos más cosas que perder...

—Todo el mundo tiene cosas que perder. Ellos también. —Mueve la cabeza de un lado a otro—. No, no es verdad, como dije antes, que nuestra edad sea la mejor.

Nos hemos aferrado a la vida y por miserable, por triste, por estéril que sea, nos asusta perderla.

De hecho, hemos llegado a la edad de consentirlo, de tolerarlo todo mientras no nos quiten el poco aire que necesitamos para continuar viviendo... No sé, creo que deberíamos sentirnos asqueados de nosotros mismos.

—Lo de ese chico del cincuenta y nueve te ha amargado—. No creo que todo sea cuestión de edad. Es que las actitudes heroicas no caen bien a todo el mundo.

Él deja la toalla mal colgada y se vuelve de nuevo.

—Si eso lo hubieras dicho cuando tenías veinte años me lo habría podido creer. Ahora no.

Cuando se llega a nuestros años siempre se encuentran excusas para que la tarea la hagan los demás.

Es cuando decimos esas cosas tan tontas: ellos no tienen nada que perder. —Señala con la mano hacia la cama, donde la muchacha no ha cambiado su postura—. Se salvará, si no hay complicaciones. Pero si el proyectil hubiese perforado un poco más arriba, y más a la izquierda, ahora estaría bajo tierra.

Es una muchacha bonita... —Avanza hacia la cama y se inclina ligeramente—. Una muchacha muy bonita. Y su novio es un muchacho que la quiere de verdad. Por cierto, hoy no le he visto... Los dos están seguros de que serán felices. No lo serán, naturalmente, porque nadie lo es. Pasarán unos meses, unos años, agradables... y nada más. Pero ellos no lo saben. Ellos creen...

—¡Calla, Jef!

—¿Por qué? Es verdad. Viven de ilusiones y, durante un momento, un momento muy corto, la ilusión se hará realidad.

—Hay personas que siempre son felices.

—No he conocido nunca a ninguna. Algunos lo dicen, sí, pero cuesta creerlo. Un ser pensante y sensible, por poco que piense y que sienta, ha de ser desgraciado. —Se incorpora, sin dejar de mirar a la muchacha herida.

Pero ella, y todos los que son como ella, creen que la ilusión durará una vida entera. Y es admirable que eso no les impida dar lo que tienen, darlo todo, generosamente. —Distraído, pensativo, toca las sábanas—. Claro está que sólo puede dar, precisamente, aquel que posee algo. Y nosotros, a nuestra edad, ya no tenemos nada. — La mira con los ojos cansados y nostálgicos. Nosotros ya sólo podemos sacrificar nuestros desengaños.

—Eres injusto.

—¿Con ellos o con nosotros?

—Con nosotros. Porque tenemos otras cosas que sacrificar. Yo, a Dan; tú, a tu carrera.

—¿Dan? No te necesita. Ahora, si tú lo crees, sí tienes algo que sacrificar: esa ilusión que le es indispensable. Pero es lo que decía: la diferencia entre ellos, que son jóvenes, y nosotros, que ya no lo somos tanto, es que tú no renunciarás por nada del mundo a esa ilusión.

Ella calla, se mira los dedos, aferrados a la barra de hierro de la cama. El doctor prosigue:

—De hecho, me parece que sólo es digno de tener algo aquel que está dispuesto a perderlo todo, a renunciar a todo. Al fin y al cabo, esto es lo que nos enseñan todas las religiones. Y ya que hemos tocado el tema personal...

Pero la puerta se abre bruscamente.

—¿Está...? —Entonces, la enfermera le ve— ¡Doctor! Tendrá que venir...

Él ya camina a grandes zancadas hacia la puerta, donde la muchacha le cede el paso. Guida deja resbalar la mano a lo largo de la cabecera y después se separa un poco de la cama, se acerca lentamente a la ventana y, al otro lado de ella, por encima de las peladas copas de los árboles, contempla la calle.

Un gran camión lleno de grava descansa parcialmente sobre la acera, delante de un gran edificio en construcción en el que sólo se ven los grandes huecos vacíos del esqueleto abandonado, casi tétrico, como todo lo que ha sido interrumpido en plena gestación.

Se vuelve de nuevo hacia la habitación, rodea la cama y se acerca al lavabo. Ensimismada, frota un instante la porcelana blanca, el interior perlado por unas cuantas gotas de agua y, entonces, retrocede hacia la silla que está al lado de la mesilla de noche y se sienta.

Se inclina hacia adelante, con los antebrazos apoyados en los largos muslos, ahora un poco aplastados por la postura, y une los dedos, los desenlaza, los vuelve a unir...

Oti se ha vuelto hacia aquel lado y Guida, con un interés desapasionado y hasta un poco distante, contempla su rostro, una cara ovalada, ahora un poco enrojecida, con los labios encendidos, la

nariz levemente arremangada y la piel de los párpados lisa y vagamente violácea. Después, desplaza la vista hacia las propias manos, donde han caído dos lágrimas.

Las contempla largamente, agua salada a la que se añadirán dos, tres, cuatro gotas más... Entonces se incorpora, saca el pañuelo y se seca los ojos con un gesto casi airado.

En esta actitud la sorprende el doctor Morns cuando empuja la puerta de nuevo y dice casi desde el umbral:

—Fallecimiento.

Guida estruja el pañuelo entre sus dedos, levanta los ojos todavía empañados y, al final, se incorpora del todo.

—Jef...

Él se detiene.

—¿Estabas llorando?

Ella lo niega en falso, pero sólo con un movimiento de cabeza, y acto seguido, ya en pie, se acerca a él poco a poco. Repite:

—Jef... Quizás es cierto, como decías, que sólo nos quedan los desengaños. —Respira a fondo, con los labios muy abiertos, y añade, ahora en voz baja—: Pero si quieres... si quieres los míos...

Él alarga las manos en un brusco impulso, la sujeta por los codos y la atrae contra su pecho.

—Siempre los he querido, Guida. Eso es lo que te pido hace tanto tiempo. —Y adelanta los labios hacia los de la muchacha—. Será hermoso comenzar una nueva vida en una ciudad nueva.

Y ella sonrío:

—Sí, Jef... Lo intentaremos...

20

—... porque siempre pregunto por la señora. Ellos te envían las camareras, los criados o mayordomos, a veces los chóferes, como si te azuzasen un perro. Por eso digo: quiero ver a la señora.

Goliat atiza el fuego con el listón de madera que tiene en la mano.

—Y, naturalmente, te hicieron pasar al recibidor...

—Tú, no te burles...

—¡Si sólo me cuentas cosas que ya sé!

—¿Tú? Nunca has tenido riñones para preguntar por la señora.

El otro se inclina, irónico:

—Yo no vengo de buena familia.

—Está bien, échamelo en cara. Como si uno fuese responsable de su nacimiento.

—¿No has visto a tu sobrino esta vez?

—A mi sobrina. —Ríe, ciñéndose más estrechamente la andrajosa americana sobre el pecho protegido por dos gruesos jerseys llenos de agujeros y de manchas—. Tienen criada nueva. Una doncellita que parece que se traga el mundo. La otra ya sabía quién era yo y siempre me decía que habían salido. Pero esta vez ha sido diferente. «¿El señor Flixa?», pregunté.

—¡Seguro que te tomó por un cliente!

Virtus se limita a mover la cabeza con bonachonería.

—¡Eres un ignorante! A los clientes los recibe en el despacho.

—No sé por qué no vas allí algún día.

—Pues no te creas, tal vez lo haga. Es decir, ahora no podrá ser, porque supongo que no trabajan.

—¿Les van mal los negocios? ¡No habrás echado una ojeada al libro de caja!

Virtus hurga en los bolsillos en busca de algunas briznas de tabaco y, detrás de él, su sombra se contorsiona contra el fondo de hierbas y, más lejos, sobre la pared medio derrumbada.

—No hace falta. Pero hasta una persona como tú debería haberse dado cuenta de lo que pasa...

—¿Qué pasa?

Él suspende un gesto.

—¿No has visto la ciudad?

—Eso sí. Todo está cerrado, no se ve alma viviente.

—Eso es lo que quiero decir.

Inclinado hacia adelante para alumbrarse con el fuego que arde a dos palmos de sus rodillas, reúne el tabaco sobre la palma de la mano, la examina y acto seguido cierra el puño para que no se le caiga mientras busca el papel con la otra mano.

—Domina tendrá que largarse y, cuando él tome el portante, se habrán acabado las protecciones... Si fabricasen máquinas de

calidad, como es debido, no pasaría nada, pero usan un material que se estropea en seguida. No pueden competir con los de fuera.

—¿Tú lo sabes todo, verdad?

Virtus arrolla el cigarrillo, meticuloso y lento.

—No hace falta ser un experto... —Inclina la cabeza—. Pero ¿para qué te cuento todo esto? No debes de saber ni lo que quiero decir. No tienes ni una pizca de instrucción.

El otro vuelve a reír, pero de repente la risa se le convierte en una tos seca y profunda que se prolonga con resonancias de caja vacía. Después de algunos intentos, consigue escupir una flema, se aclara la garganta y dice:

—¿Y qué falta me hace, con amigos como tú?

—Ninguna, evidentemente. De todas maneras, es como hablar con una pared que tiene un eco burlón. En fin, con alguien tengo que hablar. —Alarga las manos hacia el fuego, del cual extrae una astilla de madera con cuya punta enciende el cigarrillo—. Pues, como te decía, todas estas combinas a base de protección oficial se irán a la porra, y si no tuviese...

—Pero no veo por qué tiene que largarse Domina.

—Si no se va, lo despellejarán. Aunque todo haya comenzado pacíficamente, la gente ya no tendrá tanta paciencia. Cuando comiencen a sentir la panza vacía, ya lo verás... Sólo les quedarán dos soluciones: ceder o cargarse al Juez. ¡Y harán lo último, válgame Dios! —Escupe un salivazo amarillo, teñido por la nicotina y, con la manga, se enjuga los filamentos que le han quedado en la barbilla—. Y Domina, que lo sabe, no creo que se espere. ¡Como listo no hay otro, puedes estar seguro!

—¡Le conoces bien, por lo que veo!

Virtus da una chupada al barrigudo cigarrillo y, casi con displicencia, deja caer:

—Bastante bien; hicimos el servicio juntos.

El otro vuelve a estallar, y la tos se repite, quizás algo menos cavernosa.

—¿Por qué me cuentas siempre tantas trolas?

—¿Yo?

—Claro. No te basta con querer hacerme creer que eres hijo de un pez gordo, sino que ahora me sales con eso de Nina.

—¿Te enseñé los papeles, no?

—¿Y qué? Ni siquiera te llamas Flix.

—Mi padre y su madre eran hermanos. Se apellidaban Mia. El segundo apellido de Tara.

—Eso lo dices tú.

—Muy bien, cuando vuelva a ir a su casa, si es que después de esto aún les queda una casa, vendrás conmigo.

—No me gusta el trato social.

—Has de dar, naturalmente, una excusa u otra. No querrás quedar malamente. Ahora se te ha metido en la cabeza que soy mentiroso y preferirás reventar antes de recocer que te has equivocado. No hablemos más del asunto. —Alarga el pie y, con la punta boquiabierta del zapato, hurga un poco el fuego por un lado—. ¡Coño, acepto!

Goliat, como si hasta ahora no se hubiera dado cuenta e ellos, se encoge más dentro de sus harapos, recoge las piernas bajo su cuerpo y hunde una mano entre la chaqueta sin solapas y el chaleco que ha perdido los botones; con la otra, dibuja en el suelo unas letras desiguales y torcidas:

ES MUY SENCILLO:

QUEDAOS TODOS EN CASA.

—Bueno, ¿te lo cuento o no te lo cuento?

—Cuéntalo; ayuda a pasar el rato.

—Pues, como te decía, ése y yo hicimos el servicio juntos. O, mejor dicho, él era mi sargento. Había ascendido de cuchara, ¿sabes?

—No.

—Ahora sí lo sabes... Nunca gritaba ni pegaba a ningún hombre; nunca perdía la serenidad. Quizá por eso le teníamos más miedo que a sus compañeros. Porque era cruel y refinado. Recuerdo uno de los castigos que solía imponer cuando alguno faltaba a la disciplina. En el cuartel había un abrevadero para los mulos y, al lado de él, había un pozo... Pues bien, algunas veces, cuando quería castigar a alguien, hacía vaciar el abrevadero y a eso de las once o las doce, cuando ya hacía horas que dormíamos, despertaba al infeliz que fuera y le obligaba a llenarlo de nuevo. Había calculado cuántos cubos cabían en él y cuánto tiempo hacía falta para llenarlo del todo. ¡Y pobre del que estuviese más rato! Cuando ya lo tenía lleno, el soldado, podía irse a dormir, pero al cabo de un rato —media hora, una hora o tal vez dos— le despertaba de nuevo para que lo llenara otra vez... En algunas ocasiones, la broma duraba hasta que tocaban diana.

Goliat deja oír de nuevo su risa agrietada, ahora más prudente, para no provocar el acceso de tos.

—¿Y él qué? ¿No dormía?

—No, no dormía nunca.

El otro estira una pierna, se la frota.

—¿Por qué inventas esas cosas?

Virtus se queda un momento inmóvil; después, apaga el cigarrillo y se guarda la colilla en el bolsillo.

—Porque me gusta.

Se levanta sin prisa y da dos pasos hacia la hierba que crece detrás de él. Separa las piernas y orina contra una piedra, donde el chorro restalla con un ruido humeante. La voz de Goliat dice a su espalda:

—Se nota que antes eras periodista... —Pero rectifica en seguida: O quizá tampoco lo eras y dices que lo eras... Pero eso me lo creo más, porque eres tan enredón como ellos.

Virtus observa la fuerza de proyección del chorro, ahora disminuida.

—No lo fui nunca. Sólo una vez...

Se corta y suelta un pedo estrepitoso.

—¡Hala, muchacho!

—Esto es sano. —Se abrocha la bragueta y regresa junto al fuego—. Sólo una vez escribí un artículo, y ni siquiera me lo aceptaron. Siempre tengo que repetírtelo. Criticaba la política de Domina.

—Claro... Pero, ¿a ti qué coño te importa? No tienes negocios, no pagas impuestos...

Una voz sale de la oscuridad:

—Eh, vosotros, intelectuales...

Los dos miran hacia el agujero de la cerca, por donde se acerca el recién llegado. Goliat protesta:

—¡No insultemos!

El hombre pisotea hierbas y piedras a su paso, parece triturarlo todo con las sólidas botas, que le llegan hasta media pierna. Es casi tan alto como Goliat, y más grueso.

—¿Se puede saber qué carajo hacéis aquí? —Mira a Virtus de pie junto al fuego, cuyo resplandor se le pasea por la cara, barbuda y áspera—. A ti me parece que no es la primera vez que te veo...

—Quizá no...

El guardia se inclina hacia el fuego.

—Ni a ti tampoco. No hay otro que tenga una cara tan picada.

Goliat ni se mueve.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Pues que ya os dije que no quería volveros a ver por mi sector. O quizá fue al revés, quizás os invité a volver. ¿A ti que te parece?

Virtus se abrocha la americana cruzada.

—Es difícil decirlo. Es usted tan caprichoso...

Goliat deja escapar una risita, casi con los dientes apretados, pero a pesar de todo no puede evitar otro golpe de tos, breve y enronquecido. El guardia, con aparente benevolencia, dice:

—¿Estáis de buen humor, eh? —Pero en seguida explota—: ¡Hala, a hacer puñetas, largo de aquí! ¡Y de prisa, quiero ver cómo os tocan el culo los talones!

Virtus, sin moverse, pasea la mirada del uno al otro, y después, antes de hablar, escupe.

—Se equivoca usted. Hoy no es como otras veces.

Goliat le advierte:

—Cuidado, Virtus; tiene una pistola.

Pero él sigue dirigiéndose al hombre:

—En este momento ya no representa a nadie. Y debería darle vergüenza ir por el mundo con ese aire de matón. Todos sus compañeros están durmiendo junto a la mujer...

Goliat comenta, con tono llano:

—A lo mejor él es soltero, hombre.

—Se ve que no lo has mirado bien.

El otro alarga el brazo y cierra los dedos en torno al brazo de Virtus.

—¡Menos bromas! —Se dirige a Goliat—: Y tú, deja que se enfríe esa piedra de una vez. No quiero ver ni un minuto más unas pintas como las vuestras por este vecindario.

Virtus, sin hacer ningún esfuerzo para librarse de la zarpa del otro, protesta:

—¡Este solar no es suyo!

—Precisamente, es de la ciudad.

—Pero la ciudad tampoco es suya.

El guardia se impacienta:

—¡Basta! ¿Qué coño os habéis creído? —Y le empuja violentamente, con la misma mano que le sujetaba—. Tengo unas órdenes y las cumpliré. ¡Aquí no queremos vagabundos!

Goliat estira brazo y piernas y se incorpora sin prisas.

—Y nosotras no queremos guardias. —Indica con la cabeza la pared perdida en la oscuridad—. ¡Hala, ya le hemos visto bastante!

Virtus sonrío a su compañero.

—Ahora eres tú quien olvida que está armado.

—¡Me importa un pito!

Avanza, amenazador, hacia el hombre. Pero el otro, rápidamente, saca el revólver y le apunta.

—¡Fuera he dicho! —Con la mano izquierda se acerca a los labios el silbato que le cuelga ante el pecho, en el extremo de un cordón azul—. ¡Deprisa!

Virtus dice, plácidamente:

—Está a punto de hacer algo que lamentará. Podrá matar a uno, pero el otro, probablemente, le matará a usted.

El guardia, sin contestar, acaba de alzar la mano, infla de aire las mejillas y sale del pito una urgente llamada que se pierde en los rincones invisibles de la noche. Virtus se limita a mover la cabeza.

—¡Silba, silba! Debes de ser el único imbécil que queda en toda la ciudad.

—¡Ya lo veremos!

Y continúa plantado, inmóvil, sin perderlos de vista. Ellos dos también se han quedado quietos. Y la luz de las llamas, a ras del suelo, se les pasea por los bajos deshilachados de los pantalones.

—¿Qué le parece? No contestan.

El otro mueve el revólver e inclina la cabeza con un gesto maligno.

—Hay una ley...

Virtus le corta:

—¡No hay ninguna ley! —Avanza, decidido, más allá del fuego, hacia un extremo del muro medio derrumbado—. Venga...

El guardia, a modo de respuesta, vuelve a silbar, pero Virtus continúa desplazándose hasta que le detiene un montón de piedras. Entonces, con un gesto que se pierde en la sombra, dice:

—Escuche... —Y se inclina hacia adelante, como para descubrir los edificios y las oscuras calles que viven secretamente más allá del solar—. Ni un ruido... Ni tranvías, ni coches, ni voces humanas... Nada. —Sigue escuchando, y el silencio parece espesarse detrás de sus palabras—. No hay ley, le digo. La ciudad quiere una nueva... Todo el mundo se ha encerrado en su casa, hasta la policía. Y usted, un guardia de los suburbios, ¡patrulla todavía en busca de desgraciados! —Retrocede de nuevo, rápidamente, y se planta a dos

pasos del guardia y le quita la gorra—. Doscientos trece... Será curioso recordar este número... —Pero entonces se vuelve hacia Goliat—: Oye, a ver si avivas el fuego. —Se ríe a medias—. La noche se ha calentado un poco, pero en cuanto éste se vaya volverá a enfriarse.

El guardia se le echa encima.

—¡Maldito terco!

Virtus da un paso atrás.

—No, no. Usted... —Y mientras Goliat, inclinado sobre el fuego, echa en él ramitas, hojas secas y astillas, prosigue—: Debe de llevar tan metido en la sangre eso de molestar, que ya no se sabe contener. ¿Dónde quiere que durmamos, dígame? ¿Qué mal hacemos, qué mal hemos hecho en este solar y en todos los demás solares de donde usted y sus semejantes nos han expulsado, invierno tras invierno?

El guardia vuelve a avanzar, hostil.

—Odio a todos estos puercos...

—Si me quisiera oír le diría que odia usted un símbolo. No puede soportar que todavía quede alguien al margen de una organización que lo ha previsto todo, que lo ha ordenado todo, que ata a todo el mundo de pies y manos, a los de arriba y a los de abajo...

—¡Calla!

Cambia rápidamente de mano el revólver, sujetándolo ahora por el cañón, y levanta el brazo. Goliat, desde el lado del fuego, mueve la cabeza.

—Eso no...

Y acto seguido, el hombre deja escapar el arma, porque la astilla de madera, como un dardo, se le ha clavado en la cara. Goliat se precipita a sus pies y se apodera del revólver. Cuando se incorpora, ríe y tose triunfalmente.

—¡Ahora!

Con un estirón, arranca el cordón que sujeta el pito al pecho del hombre y lo arroja muy lejos, hacia las hierbas en donde Virtus había orinado.

—¡Quítese el uniforme!

Virtus le mira de reojo.

—¿Qué vas a hacer, Goliat?

—Quiero verle desnudo como un gusano. Y temblando...

Él alarga la mano.

—Dame el revólver.

Pero Goliat retrocede un paso, protegiendo la mano que sostiene el arma.

—¡Ni pensarlo!

—¡Dámela, te digo!

—¿Quieres que te haga desnudarte a ti también?

—No harás desnudarse a nadie. No quiero brutalidades.

Su compañero le planta cara:

—No quieres, no quieres... ¿Quizá ya no te acuerdas de cómo las gastan estos hijos de puta? —Y se vuelve hacia el hombre—: Qué ganas tenía de gritarlo: ¡hijo de puta!

Virtus deja caer las manos a lo largo del cuerpo.

—No imaginaba que fueses así, Goliat.

—¿Acaso no es un hijo de puta?

—Sí. Pero yo creía que tenías más sentido del humor... Al parecer, sólo lo tenías conmigo.

El guardia, que se ha rehecho de la sorpresa, se mira los dedos, ligeramente manchados de sangre, que se ha pasado por la cara.

—No deje que mueva el revólver de esa manera. Se puede disparar.

Goliat le apunta al pecho y con la boca hace:

—¡Pum! ¡Pum! —Se vuelve hacia Virtus—: ¿Es esto el sentido del humor?

—No.

Por detrás de su compañero, sin decir una palabra más, pasa al otro lado del fuego y, algo más allá, se inclina junto a una piedra para recoger un pesado saquillo, blanqueado por el sol y lleno de costras de fango seco. El otro pregunta:

—¿Qué haces?

—Ya lo ves. Ya eres lo bastante adulto para manejar la situación.

El guardia mueve los brazos, se desplaza un poco, pero vuelve a inmovilizarse bajo la amenaza del revólver.

—No se vaya. ¿No ve que es capaz de cualquier cosa?

—Usted se lo ha buscado. No es noche para perseguir a la gente.
—Se echa el talego a la espalda—. Como ya le he dicho, es una noche para quedarse al lado de la mujer.

Da un paso hacia la sombra, algo encorvado.

—¡Virtus!

Pero él continúa caminando.

—¡No puedes hacer eso! No puedes dejarme solo...

Virtus cruza una zona de hierba, sin volverse hacia atrás.

—¡Toma, pues!

El arma cae casi a su lado, entre unos finos tallos que se doblan. Entonces, Virtus se detiene y, transcurrido un instante, retrocede.

—Está bien.

El otro dice:

—¿No la coges?

—No. No la cogerá nadie. Nosotros no queremos armas. No las necesitamos.

—Tú siempre tan seguro de ti mismo... Acabaré creyendo que es verdad que eres hijo de buena familia.

Virtus descarga el talego y ríe.

—Eso ya me gusta más. —Levanta los ojos hacia el guardia—. Y usted, ya lo ha oído también. El arma se queda donde está. —Se

acerca a él—. A ver, inclínese un poco sobre el fuego. —Y cuando el otro obedece, le mira el ojo—. Un poco más y se lo vacía.

—No se habría perdido nada. Los guardias tuertos infunden más respeto.

Y cuando intenta reír su broma, le sacude otra vez un acceso de tos que incluso le obliga a doblarse, apretándose el vientre con las manos. Virtus comenta:

—Te ríes demasiado a menudo.

Goliat recobra la respiración y, con el dorso de la otra mano, se enjuga la frente, sudorosa por el esfuerzo.

—¿Y qué quieres que haga? Es lo único que me queda.

Virtus se encoge de hombros antes de dirigirse al guardia.

—Y usted, váyase a casa y que le desinfecten eso.

—Tendré que llevarme el revólver.

—¿Para qué?

—Tengo superiores. No me puedo presentar desarmado.

Virtus chasquea los labios admirativamente.

—A pesar de todo, tiene usted buena fe.

Goliat, sorprendido, levanta la cabeza.

—¿Buena fe? ¿Tú has visto alguna vez a un guardia de buena fe?

—Sí, él. Habla de superiores cuando ya no los tiene. —Hace un gesto—. ¡Ande, váyase, váyase! Si quiere, también podemos acompañarle...

—No, no hace falta. —Se mira las manos, sucias de sangre—. No lo entiendo... Hace quince años que soy guardia de este suburbio. He expulsado a centenares de vagabundos como vosotros. Y a vosotros mismos, estoy seguro...

Virtus le sonrío casi amistosamente.

—Sí, una vez por invierno, por lo menos.

— ... y nunca me han opuesto resistencia. Entonces, ¿por qué ahora...?

—Es muy sencillo. Ya sabe cuál es la consigna.

—Pero esto no es vuestra casa...

—Sí. Este solar u otro solar parecido...

Goliat pasea la mirada, desde la cara serena de su amigo hasta la frase que él mismo ha escrito un poco antes, ahora medio borrada.

—Por esto lo hemos hecho.

Pero el guardia reflexiona ya:

—¿De manera que también vosotros estáis contra Domina? Si obedecéis consignas...

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué os ha hecho?

—Es verdad, a nosotros no nos puede hacer nada, porque esta manía de expulsarnos de todas partes la tienen todas las administraciones. Pero, por muy vagabundos que seamos, no podemos dejar de solidarizarnos con las causas nobles.

—¿Y ésta lo es?

—Lo es. Porque nadie tiene derecho a sentirse omnipotente y es bueno que, de vez en cuando, les recordemos a los poderosos que sólo son pobres criaturas como los demás.

Goliat apoya una mano en la piedra que está junto al fuego y se sienta en ella.

—Él lo sabe todo. Siempre lo ha sabido todo.

El guardia le mira distraídamente, y después dirige de nuevo la mirada a Virtus.

—Me parece una razón muy endeble...

—Porque no ha reflexionado sobre ella. Ahora tendrá ocasión de hacerlo.

El otro se rasca la cabeza.

—Es que... Eso suena como si la gente se quisiese deshacer del Juez por motivos... ¿cómo se dice?... altruistas.

—No todo el mundo. Me parece que cada cual tiene sus razones. Yo sólo le puedo exponer las mías.

El guardia mueve la cabeza, deja caer la mano sobre el otro brazo.

—¡Es cojonudo! Que gente como vosotros tenga también sus razones...

—¿Le extraña, verdad? Tiene que irse acostumbrando a la idea de que, hasta ahora, ha vivido en un mundo poco real.

Goliat, desde el fuego, guiña el ojo.

—Tiene un pico de oro, ¿verdad?

—No lo sé, no lo acabo de entender... —Mira a su alrededor, hacia las matas—. ¿Y el pito?

—¿El pito? ¡Ay, cualquiera lo encuentra ahora! Pero no importa, porque de ahora en adelante no lo va a necesitar.

El otro le mira con una expresión incrédula.

—No sé yo quién vive en un mundo poco real...

Y entonces se vuelve y camina hacia las hierbas. Se detiene allí un momento, pero acto seguido, con un gesto displicente y resignado, reanuda la marcha, ahora hacia la abertura de la pared. Goliat, con la voz enronquecida, le grita:

—¡Buen viaje!

Virtus, por su parte, lo mira hasta que la sombra se lo traga, y luego aún espera, inmóvil, mientras fuera del solar se oye el ruido de las botas que pisan escombros y pedregales. Después se mueve hacia la piedra donde estaba sentado antes, dobla trabajosamente las articulaciones y se sienta. Mirando a su compañero, dice:

—No dejes que se apague el fuego...

21

—¡Se ha acabado, señores!

Y Llor Domina, con un gran manotazo, desparrama los papeles que hay sobre la mesa, en cada uno de cuyos extremos arde una vela en un candelabro de plata.

—Así se acaban quince años de abnegado servicio a la ciudad: ¡con una traición!

El comandante Ezra, de las fuerzas de orden público, y el jefe de los servicios militares se ponen rígidos como picados por un escorpión, hacen sonar los talones y, casi al unísono, exclaman:

—¡Domina!

Pero el Juez golpea la mesa con el puño, y las llamas, altas y nítidas, oscilan levemente.

—¡Sí, traición!

—Nuestra presencia aquí en estos momentos...

—¡Me habéis tenido engañado! ¡Traición e incompetencia! Porque, vamos a ver: ¿qué habéis hecho durante todos estos años? En lugar de formar unos cuadros de confianza, de imbuirles el espíritu que informaba nuestra administración, habéis dejado que la disciplina se relajase, habéis permitido que toda clase de gente extraña, incluso hostil, tuviese la oportunidad de infiltrarse entre la oficialidad... —Rechaza con violencia la silla y se incorpora, mezquino

y patituerto—. Habéis querido aceptar las ventajas de una posición de mando sin obligaros a las responsabilidades. A esas responsabilidades que consisten en una estricta vigilancia, en la formación de un cuerpo fiel por encima de toda veleidad. Y no me diréis que os he regateado honores y prebendas... Os he tratado como a las niñas de mis ojos y, como todos los benefactores, ahora me doy cuenta que he estado criando una nidada de cuervos...

—¡Domina!

El comandante Ezra, quizá más enérgico, no tiene bastante con una exclamación:

—¡No es justo, Domina! Si la administración se ha desacreditado, no sólo ante la ciudad, sino incluso a los ojos de sus más fervientes servidores, la culpa no es nuestra, porque, a pesar de todo, somos subalternos. Siempre hemos aceptado las directrices...

—¿Aceptado? —Cruza los brazos sobre el pecho y yergue el cuerpo con la vana intención de hacerse físicamente más alto, más amenazador—. ¿Os atrevéis a decir que habéis aceptado mis directrices cuando los hechos demuestran ahora que hace años que vivo prisionero de vuestras decisiones, de vuestra ineptitud?

El jefe de los servicios militares, más tímidamente, dice:

—No hemos sabido mantener nuestro impulso de los primeros tiempos, nos han faltado objetivos por los cuales...

Domina abre los brazos con un gesto explosivo que, en la sombra, revienta contra las paredes.

—¿Objetivos? ¿Hay objetivo más alto que el bienestar del pueblo?

—El pueblo nunca lo ha entendido así. El pueblo es miope y vive en la oscuridad. Sólo es posible conquistarlo con realizaciones inmediatas, concretas.

—¿No es inmediato y concreto el establecimiento de una serie de servicios de carácter social que nos sitúan entre los países más adelantados?

Ezra mueve los hombros con un gesto escéptico.

—Servicios sociales administrados por una burocracia corrompida.

Domina levanta el brazo.

—¿Cómo te atreves...?

Pero el otro le planta cara:

—Ese es el mal, Domina: que nunca nos hemos atrevido a hablar claro. Hemos estado contigo, a tu lado, y continuamos apoyándote, en parte por egoísmo, en parte por motivos más desinteresados, porque somos amigos tuyos desde los primeros momentos, cuando todavía esperabas tu hora... Pero poco a poco nos has corrompido con tu generosidad material y con tu mezquindad moral.

—¡Ezra!

—Ahora no callaré, Domina. No obstante, ten presente que todavía estoy contigo.

—¡Querrás decir con mis enemigos!

—Nunca has tolerado que se te diga la verdad, nunca has admitido objeciones a tus proyectos, por locos, por desacertados, por ridículos que fuesen, porque a veces lo han sido. De una manera u otra has conseguido inspirarnos, no respeto, sino miedo. Y callábamos...

Domina se precipita hacia la mesa, se apodera de una campanilla y la sacude desesperadamente mientras grita:

—¡Sali! ¡Sali!

Ezra, imperturbable, prosigue:

—Callábamos porque éramos demasiado tontos para darnos cuenta del callejón sin salida a donde nos llevaba una administración que nunca ha sabido compaginar sus ambiciones con las necesidades de la población... Hasta ahora no lo hemos visto: ahora, cuando un pueblo entero, con muy pocas excepciones y todas muy interesadas, nos hace el vacío.

—¡Sali! ¡Sali! —Se vuelve hacia el jefe de los servicios militares—: ¿Y tú, Gesta?

El otro, cohibido, suelta una tosecita, pero acaba por decir:

—Tal vez tiene razón. Hemos perdido el contacto... Has querido gobernar como si la ciudad no existiera y sólo la administración...

Pero Domina, sin escucharle, avanza hacia la puerta, ahora abierta, y se dirige al hombre vestido de paisano que entra en el despacho.

—Sali... Disponlo todo para mi marcha inmediata.

El otro desorbita los ojos y balbucea:

—Excelencia... ¿Es que...?

—Sí, nos vamos. —Rectifica—: Me voy. Dispones de cinco minutos para prepararlo todo.

Ezra dice:

—Ya está todo preparado. El coche te espera desde esta mañana.

Domina frunce las cejas, que dibujan dos grandes acentos circunflejos sobre la protuberancia que protege los ojos salientes, líquidos y redondos. Con sarcasmo, comenta:

—Siempre has sido muy previsor, Ezra.

—Simplemente, me gusta tener presentes todas las eventualidades.

—¿Sí? —Bracea y sus ojos parecen querer salirse de las órbitas—. ¡Pero no habías previsto esta oposición de la ciudad! ¿Qué han hecho tus espías, tus confidentes? ¿O quizá no les pagábamos bastante? Un movimiento de esta clase exige una preparación, reuniones, conciliábulos... Y todo se te ha pasado por alto. ¡Eso si no te has vendido también a la reacción!

—¡Domina!

—¡No hay Domina que valga! Entre todos me habéis encerrado en una torre de marfil, me habéis aislado de mi pueblo, ¡vosotros sabréis con qué finalidad!

—Nunca nos has dejado hablar... Y cuando hemos insinuado que las cosas no funcionaban bien, nos has cortado la palabra. Tú siempre estabas mejor informado que nadie. Si incluso parecía que tenías celos de nuestro pequeño poder. ¡Y eso que no era más que una delegación del tuyo!

Domina se dirige al secretario:

—¡Vámonos!

Pero el jefe de los servicios militares alarga la mano.

—Domina... Ezra y yo comprendemos tu desencanto, pero no quisiéramos tener que separarnos con estas palabras. Nuestra colaboración se merece algo más.

—El piquete de ejecución, si aún me quedase una chispa de poder...

—¡Domina!

Ahora es Ezra quien mueve una mano.

—Déjalo... Nunca hemos sido nada para él. Meros instrumentos que no tenían derecho a fallar. —Se vuelve de nuevo al Juez—. Pero todavía te podemos hacer un último servicio. —Se acerca a un extremo de una mesa, donde está el teléfono, y mientras lo descuelga, prosigue—: No quiero que te ocurra nada. He podido reunir a un grupo de cinco motoristas que te escoltarán...

Domina, de un salto, se planta a su lado y deja caer su mano, corta y carnosa, sobre los dedos del otro.

—¡Cuelga eso! ¡No necesito para nada a tus asesinos!

—¡Son cinco hombres fieles, Domina!

—¿Fieles a quién? ¿Qué pretendes?

—Sólo quiero protegerte, Domina. No sabemos si puedes tener un mal encuentro.

Domina se le queda mirando fijamente, se diría que analizando hasta el fondo más oculto de sus intenciones. Después, desvía la mirada.

—Está bien. Pero no quiero a nadie. Precisamente una escolta podría llamar la atención de la gente. Me conviene pasar inadvertido. ¿Qué coche habéis preparado?

—El sedán negro de los viajes de incógnito.

—¿Chófer?

—Desde esta mañana se están relevando cada cinco horas. En estos momentos, ya debe haber llegado Batxera.

Domina echa una ojeada circular a la sala, y su mirada acaricia la larga mesa a cuyo alrededor hay seis sillas, la chimenea que arde silenciosamente en un rincón, el amplio sofá, con sus dos butacas, donde tantas veces ha discutido en petit comité los archivadores repletos de papeles que comienzan a amarillear... Después, da bruscamente media vuelta.

—¡Vámonos!

El secretario, mudo y escurridizo, le cede el paso de la puerta y los otros dos, Ezra y Gesta, le siguen hacia la sala exterior, donde las sillas se alinean a lo largo de las paredes, de las cuales cuelgan doce tapices que explican gráficamente la historia de Alejandro, el gran conquistador.

La atraviesan rápidamente, con los pies silenciosos sobre las gruesas alfombras que ilustran episodios de la Biblia, y desembocan en el vestíbulo, donde todavía quedan dos ordenanzas que se cuadran al paso de la pequeña comitiva.

Después descienden las amplias escaleras de mármol, al final de las cuales, junto a la antorcha que ilumina la entrada, les espera el oficial de guardia, rígido, como de una sola pieza, indiferente al estrépito que llega desde un lado del patio, donde alguien golpea

violentamente una puerta con los pies y las manos. Domina se detiene.

—¿Qué es eso?

El oficial sólo mueve los labios.

—Un periodista extranjero, Excelencia. Pretendía verle y nos ha parecido más oportuno retenerlo.

—Liberadlo dentro de cinco minutos.

—A sus órdenes, Excelencia.

Él se vuelve a medias hacia los otros dos.

—Mi último acto de gobierno. Un acto de clemencia, porque había ordenado que todos los corresponsales fuesen expulsados...

Y, sin esperar respuesta, camina hacia el gran portal, pasa entre los dos centinelas, que presentan armas con el gesto descamado de un autómatas, y se dirige al coche que le aguarda en la oscuridad de la calle.

—Excelencia...

—Hola, Batxera...

Se inclina un poco y penetra en el vehículo. Después se vuelve, con la mano levantada en un gesto de rechazo.

—No, Sali, esta vez viajo solo.

El otro, que ya había adelantado un pie, protesta:

—¡Pero, Excelencia!

—¡Solo, he dicho!

Ezra asoma su cara por encima del hombro del secretario.

—¿Te parece que eso es aconsejable? ¿Prefieres que te acompañe uno de nosotros, Gesta o yo?

—Mal podrían acompañarme los que ya hace tanto tiempo que me han abandonado.

—¡Domina! —Endurece la expresión de sus facciones—. Es lamentable que... Podríamos impedir que te fueses.

Él adelanta el rostro:

—Inténtalo, Ezra. Tal vez hasta me gustaría...

El jefe de las fuerzas de orden público se echa hacia atrás, se incorpora.

—Cierra, Sali.

Pero el propio Domina ha alargado la mano y, con un gesto enérgico, atrae la puerta hacia sí.

—Batxera... en marcha...

El chófer se desliza detrás del volante, cierra la portezuela y se inclina hacia los botones de mando. El motor ronca, seguido y monótono.

—¡Un momento!

Acciona, con impaciencia, el mecanismo del cristal y saca la cabeza por el hueco.

—¡Oficial! —El oficial avanza, como si desfilase, y se detiene al lado del vehículo.— ¡Fusiladlo!

—¿Excelencia...?

—Al prisionero... Al periodista.

El oficial no altera ni un músculo de la cara, pero Ezra se vuelve a inclinar.

—Domina... Eso es insensato... Tú mismo has...

Grita, con la voz quebrada por una súbita ira:

—¡Un hombre como yo no puede permitirse esas debilidades!

—Pero ahora...

—¡Ni ahora ni nunca! No quiero que la historia me juzgue por un acto propio de vencidos. —Y de nuevo se dirige al oficial—: Fusiladlo. —Entonces, sin esperar, toca al chófer en el hombro—. Listos.

El vehículo, con los faros encendidos, arranca blandamente, abandona el refugio del bordillo y busca su camino entre los demás coches aparcados casi en todas partes. Domina, con una sonrisa mefistofélica, vuelve la cabeza y observa a las cuatro sombras inmóviles delante de la Mansión y a los dos centinelas que todavía presentan armas, estáticos por toda una eternidad. El chófer, sin moverse, pregunta:

—¿Adónde vamos?

—A la Casita Verde.

La luz de los faros barre los últimos vehículos, las fachadas blancas del paseo y una figura furtiva que cojea hacia una calle transversal.

Domina se arrellana en el asiento, ancho y muelle, y mira la nuca del chófer, perfectamente inmóvil si no fuese por la ligera oscilación de los hombros, que siguen el movimiento de las manos, inquietas y atentas al volante. Después, el Juez rompe el silencio.

—¿Crees tú que lo harán?

—No.

—¿Me has entendido, verdad?

—Sí.

Cruza las manos sobre el vientre.

—No, no lo harán. Ni yo tampoco quería que lo hiciesen.

—Eso no lo he entendido.

—A mí me bastaba con dar la orden.

—Sí—

Domina se inclina un poco hacia adelante.

—¿Qué pasa, Batxera?

—¿Cómo dice?

—No acostumbras a comerte el «Excelencia»...

—Ni usted suele confiarse a sus subordinados.

Domina, frío de repente, ladra:

—¡Eso es una insolencia, Batxera!

El otro no replica, continúa con la vista fija ante él, en el piso de la avenida, algo húmedo porque comienza a gotear. Los edificios, ahora con largos claros en su continuidad a causa de los solares, desfilan rápidamente a derecha e izquierda, oscuros y cerrados como lujosos mausoleos erigidos en memoria de un pasado que ahora se liquida.

—¿Me has oído?

—Sí.

—¡Y no lo tolero!

Batxera se limita a decir:

—Eso es pueril... Usted, ahora, necesita alguien en quien descansar... Confesarse. Y eso sólo se puede hacer hablando de hombre a hombre.

Domina se inclina más, abruptamente.

—¡Basta!... Pero ¿qué te has creído? —Golpea el respaldo con el puño cerrado—. Que incluso un chófer... ¡No estoy vencido, qué carajo! —Apoya todo el cuerpo contra la arista del asiento—. Dime, ¿también tú crees que huyo? —Y, sin esperar respuesta, añade—: ¡Pues no! Volveré... Esto es sólo una retirada estratégica.

La voz del chófer, muy segura, replica:

—No se haga ilusiones.

—Que no me... Está bien, Batxera, lo pagarás caro. Pagarás cara esta necesidad de hablar mía. Porque es verdad...

—Ninguno le quiere, nadie le necesita. Ya no le quedan partidarios.

—Un hombre como yo siempre tiene partidarios. ¿Y crees que soy tan tonto como para no haber previsto que algún día surgiría un ambicioso u otro para ponerme la zancadilla?

Batxera pone en movimiento el límpiaparabrisas y, mientras el leve rumor del mecanismo llena el coche, dice:

—No ha entendido nada, Domina. Creo que hace muchos años que no entiende nada. Quizá precisamente por eso ha podido

mandar durante tanto tiempo... Esos ambiciosos de los que habla sólo existen en su imaginación. Es el pueblo, todo el pueblo...

—Los pueblos son incapaces de tomar iniciativas si no los dirige nadie. La historia lo demuestra palpablemente.

El chófer mueve la cabeza, dubitativo.

—Soy demasiado ignorante para saber lo que demuestra la historia. Pero, en todo caso, ahora lo desmentimos.

—¿Lo desmentís? ¿Tú también? —Y amargo—: ¿Para eso os he tratado como si fueseis mis hijos?

El chófer cambia las luces de ciudad por las de carretera, porque los últimos chalés se pierden ahora en la distancia.

—A los hijos se les dirige mientras son menores; se les orienta y se les protege... Pero, si se les quiere, no se les impone una ley extraña a su naturaleza.

Domina grita:

—¡Nunca han dejado de ser menores!

—¿Y quién es usted para decidirlo? Durante muchos años le han dado su confianza, pero usted ha sido como un padrastro que ha gobernado en beneficio propio. Y ahora, cuando llega el momento de rendir cuentas, ¡se larga!

Domina golpea de nuevo el asiento delantero.

—¡No me largo! Lo tengo todo previsto. Volveré a comenzar como hace quince años. Si es preciso, desde las montañas...

—¿Sólo?

El ríe ferozmente.

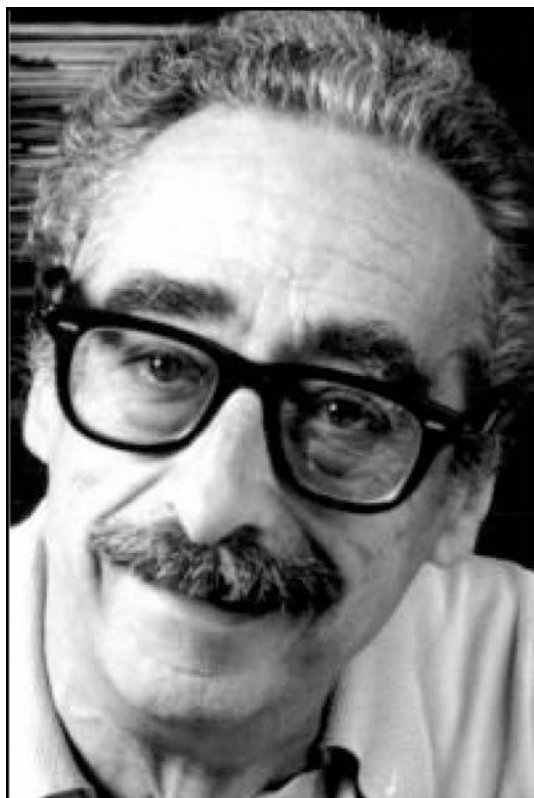
—¡Con los míos, con los que no me han traicionado! Con los mejores...

—¿Y dónde están?

—Ya los verás... —Se relaja un poco e inclina el cuerpo hacia atrás—. Todavía no ha nacido el hijo de puta que me pueda coger desprevenido. ¿Crees que me fiaba de Ezra, de Gesta?... Siempre he sido el jefe de un ejército que ellos ni han sospechado, gente escogida que tenía orden de reunirse si se presentaba un momento como éste.

—¿En la Casita Verde?

—Y Domina confirma.



ACERCA DEL AUTOR

MANUEL DE PEDROLO MOLINA (L'Aranyó, Els Plans de Sió, Lérida, 1918—Barcelona, 1990). Fue un escritor español en lengua catalana. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.

Pasó su infancia y la adolescencia en Tárrega, y en 1935 se trasladó a Barcelona.

Durante la Guerra Civil Española se afilió a la CNT—FAI e hizo de maestro en la población de Fígols de les Mines. Perteneció a la rama de artillería del Ejército Popular Republicano y estuvo en los frentes de Falset, Figueras, donde vio morir a su hermana Jacinta.

En 1949 publicó su primer libro, la obra *Ésser en el món* (Ser en el mundo), un poemario. De 1953 data su primera novela, *Es vessa una*

sang fàcil. En 1954 obtuvo el premio Joanot Martorell, lo que consolidó su posición como uno de los valores más sólidos, a la vez que más prolífico, de la novelística catalana actual, y más tarde el premio Mercè Rodoreda de cuentos y narraciones por *Crèdits humans*.

Pedrolo ensayó toda suerte de innovaciones en sus novelas. Sea cual sea el tema, refleja un fuerte realismo, que aborda la aventura del hombre sujeto a su condición humana, con todas las contradicciones que eso implica. Practicó también en otros géneros, en especial el cuento y el teatro. Destaca por encima de todos su novela de ciencia—ficción *El Mecanoscrito del segundo origen*. También fue un escritor relevante de novela negra.

Su obra fue censurada durante décadas aduciendo los siguientes criterios: catalanismo, opiniones políticas, religión, moral sexual y lenguaje indecoroso.